Un deslumbrante libro sobre lo que ocurre cuando la soberbia humana nos lleva a creer que podemos domesticar la Naturaleza.

LA HORA DEL LOBO

Una joven fue encontrada muerta dentro de uno de los recintos para lobos del zoológico de Kolmården. La guía había entrado sola esa mañana cuando los animales la atacaron repentinamente.

LARS BERGE

EL ENSAYO SOBRE LA NATURALEZA QUE CONMOCIONÓ SUECIA

ALMUZARA

Lars Berge

La hora del lobo

Traducción de Alejandra Ramírez Olvera

Copyright © Lars Berge, 2018
First published by Albert Bonniers Förlag, Stockholm, Sweden.
Published in the Spanish language by arrangement with Bonnier Rights, Stockholm, Sweden and Casanovas & Lynch Literary Agency

© de la traducción: Alejandra Ramírez Olvera, 2022
© Editorial Almuzara, S.L, 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

Editorial Almuzara · Colección Ensayo
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición de Javier Ortega
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com
@AlmuzaraLibros

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005, Córdoba

ISBN: 978-84-11314-84-8

Hecho en España - Made in Spain

El ataque de los lobos

Domingo por la mañana

Sé que el domingo 17 de junio de 2012 el viento llega desde el oeste, junto con la lluvia, cayendo sobre Bråviken. Sé que la temperatura es de unos 13 grados. Sé que el agua de lluvia ha bloqueado los desagües del hábitat desértico de los rinocerontes y que una cuidadora del zoológico intenta desatascar las ventilas del suelo de hormigón con ayuda de un rastrillo. Sé que la cuidadora se llama Sofie y que es la última persona en ver a Karolina con vida.

Karolina, en la treintena, educadora y guía de lobos del zoológico, pasa por el hábitat desértico a eso de las nueve de camino hacia el hábitat de los lobos. El recinto SÖKA se encuentra en la parte del zoológico de Kolmården no abierta al público. SÖKA corresponde a las siglas en sueco para sabana, desierto, coliseo y «primaterio» —el área de los primates— y forma parte de la organización del zoo. Otras secciones son Delfín y Safari. El recinto se utiliza exclusivamente para albergar a una manada de lobos durante la experiencia *Contacto Cercano con Lobos*, que consiste en visitas guiadas para convivir con ejemplares adultos.

Alrededor del recinto hay establos, prados, cuartos de máquinas, almacenes y vestuarios. Un Kolmården entre bastidores. Parece, más bien, una gran explotación agrícola, aunque, en lugar de cerdos y vacas, se pueden ver los cuellos largos de las jirafas, asomándose por encima del techo de hoja de lámina, y rinocerontes de dos toneladas que rebuscan en la tierra. Hay un recinto más para los lobos en Kolmården. Se encuentra en la parte pública del zoo. Allí vive la manada Tasch, de menor tamaño, que tiene sus propios cuidadores y guías.

Sofie lleva trabajando desde las siete treinta y se ha pasado la mañana alimentando a las jirafas, los rinocerontes y los antílopes; rastrillando y alistando los establos con serrín. Intercambia unas palabras con Karolina en un rincón del establo antes de seguir con su trabajo. Es una mañana común y corriente en el Zoo. Hay mucho que hacer.

Sé que Sofie y Karolina acuerdan seguir las mismas rutinas del día anterior. Deciden que se verán más o menos una hora después para abrir juntas la llamada Escuela-Zoológico de Kolmården. Allí los niños aprenden la diferencia entre los dientes de los animales herbívoros y los de los carnívoros, por qué a algunos animales se les caen los

cuernos, mudan de piel o les sale pelaje más grueso en el invierno. Solo que Karolina tiene que hacer el control matutino con los lobos antes de eso.

Sofie la ve desaparecer caminando en dirección al recinto de los lobos. Su compañera de trabajo viste la ropa impermeable negra del zoológico y botas de goma con gruesas suelas acanaladas. Sofie vuelve a su trabajo con los desagües mientras la lluvia sigue cayendo sobre Kolmården y los alrededores de Norrköping. Vaya comienzo de verano más horrible. Media hora más tarde, ha terminado de rastrillar, ha esparcido el serrín por todo el suelo y ha dejado salir a los animales. Se dirige al Coliseo, la casa de los elefantes. Ahí, el personal tiene un sitio donde se sirve el desayuno. Cuenta con reunirse con Karolina, pero su compañera no se ve por ningún lado.

Sé que Sofie intenta llamar al número de trabajo de Karolina. Nadie responde. Desayuna. Recoge la mesa, se pone, incómoda, el impermeable mojado y se decide a dar una vuelta por el recinto de los lobos y echar un vistazo. Sé que hay algo llamado el bloc de los lobos. Una especie de bitácora en la que los empleados hacen anotaciones después de cada visita. Está sobre unas cajas de pienso en un almacén, cerca de la entrada al recinto de los lobos. Sofie verifica que Karolina no se haya saltado hojas por error, pero no, no hay nada escrito.

He leído el bloc de los lobos, así que conozco la letra de Karolina: pulcra y clara. Era una persona que apretaba el bolígrafo con fuerza contra el papel. Sus trazos son de un azul más oscuro que los de los otros guías de lobos. Solía firmar sus anotaciones con las iniciales K. B., pero no hay nada escrito sobre el estado o humor de los lobos aquel 17 de junio de 2012.

Sofie comienza a sospechar que algo no anda bien. Karolina siempre es muy meticulosa. Jamás se le pasaría llenar el bloc con sus observaciones.

Hay dos escenarios posibles. Uno es que su compañera jamás haya llegado con los lobos porque algo se cruzó en su camino. El otro es que aún esté dentro del recinto.

Sé que Sofie llama al número de Karolina una vez más. No hay respuesta. Ha pasado más de una hora. Llama a la jefa, Birgitta, para preguntarle si Karolina está con ella. Pero tampoco responde.

A veces, los guías de los lobos se demoran un rato más con los animales. Karolina es de las que piensan que pasar tiempo con los lobos es importante, decisivo, para el apego. Es así como se construye una relación de confianza con los grandes depredadores. Y eso lo han aprendido por las malas Karolina, Sofie y los otros guías. Los lobos se relacionan de un modo significativamente más físico que nosotros los humanos. Un lobo tiene un pelaje grueso y resistente, que puede soportar fuertes mordidas y temperaturas por debajo de los treinta o

cuarenta grados bajo cero fácilmente. Cuando un lobo mordisquea la piel de un compañero de manada quizá este no sienta nada en particular. Pero la piel humana es sensible y delgada. Es más como para acariciarla. No mordisquearla o rasgarla con sus garras largas. Pero eso los lobos no lo entienden. La misma Sofie se ha llevado una herida por mordida de lobo que aún no sana del todo. Ser guía no es una tarea para cualquiera. Hay que ser dura y decidida. Jamás echarse para atrás.

Si una no se siente cómoda en compañía de los depredadores, es mejor no entrar. Como guía de lobos eres responsable de la seguridad de los visitantes al recinto, y el depredador reconoce de inmediato si te sientes insegura o tienes miedo. A Sofie eso no le supone un gran problema. Le gustan los lobos. A pesar de que uno de ellos le mordió la mano hace unas semanas. O bueno, algo así. Estaba parada fuera del recinto, se sujetaba de la cerca y sus dedos terminaron en el hocico del lobo por error. Retiró instintivamente la mano y el animal retrocedió. Fue un rasguño, pero la herida era tan profunda que tuvo que ir al médico. Pero había sido error suyo, pensó ella. Un poco como si se hubiera magullado la mano con una puerta. Solo podía culparse a sí misma.

Karolina siempre es decidida y clara. Los lobos jamás se atreverían a mostrarse amenazantes o a desafiar su autoridad. Es un hecho que los machos jóvenes parecen de algún modo idolatrarla. El resto del personal del grupo de lobos en Kolmården está impresionado con su forma de manejar a esos grandes depredadores. A pesar de no ser especialmente alta —mide poco más de un metro sesenta—, puede controlarlos con facilidad si se alborotan.

Karolina tenía por costumbre ir a saludar a su compañero de trabajo, Thomas, cuando este alimentaba a los cachorros con un biberón durante sus primeras semanas en aquel lugar. Aparecía por allí casi a diario y tenía una relación con los lobos significativamente más profunda que la del resto de los guías.

Sofie continúa subiendo por el camino angosto que lleva al recinto de los lobos. La lluvia aumenta. Intenta llamar de nuevo al número de Karolina, pero esta vez ni siquiera entra la llamada. Llama una vez más, pues los móviles de trabajo tienden a desconectarse.

Sé que el personal de Kolmården tiene viejos aparatos Samsung, de esos resistentes a los golpes y con bordes recubiertos de goma. La calidad de esas cosas es más bien regular. Sofie cambia a su móvil personal. Desde ahí llama al número personal de Karolina. Ya son las 10:25 y llevan casi media hora de retraso. Karolina no responde, lo que no es tan extraño, pues no suele llevar consigo su móvil personal mientras trabaja. Lo que sí resulta extraño es que parece haber olvidado qué hora es. ¿De verdad sigue allí dentro? ¿Después de hora

y media de lluvia torrencial?

Sé que, justo en ese momento, suena el móvil de trabajo de Sofie. Tal vez se siente aliviada por un instante. Pero el número que aparece en la pantalla no es el de Karolina. Es María, otra compañera. Sofie nota la sorpresa en su voz. Una cierta frustración, tal vez. María es la responsable de la Escuela-Zoológico, que ya tendría que estar abierta. Sofie le comunica que piensa ir hasta el recinto SÖKA para buscar a Karolina. Tal vez esté atrapada allí dentro.

Ahora se encuentra frente a la cerca del recinto de los lobos. Sobre la puerta enrejada cuelga un letrero grande con la leyenda «Kolmården ayuda a los animales del mundo». Afuera hay también una cajita con folletos que los asistentes a las visitas guiadas pueden tomar para leer sobre la fundación recaudadora de fondos de Kolmården.

—Voy a entrar —le dice a María por el teléfono.

Su colega responde:

—Vale, voy para allá.

Sé que Sofie abre la puerta del recinto de los lobos. Un sistema de resorte hace que se cierre de golpe a sus espaldas; lo sé porque he leído detenidamente el informe de la investigación preliminar. Es extremadamente detallado. Lo he leído varias veces. Lo he leído, tachado, marcado con pósits; he imprimido algunas partes y las he pegado en la pared de mi sótano-oficina, parecido a una de esas habitaciones de las series policiacas en las que los protagonistas van a la caza de un asesino en serie. En la pared también están los nombres de los lobos de la manada: Farkas, Ùlfur, Vilkas, Amaroq, Ookami, Tchono, Volk, Lobo y Kurt. El nombre de Kurt está tachado porque fue sacrificado el verano anterior. En la pared hay un mapa del recinto. Los movimientos exactos de Sofie están descritos en el acta del interrogatorio de la policía y he marcado sus pasos con puntitos en el mapa.

Varias veces he pensado que esto ha ido demasiado lejos. Que debería ocuparme de otros asuntos. Como mi trabajo, por ejemplo. En lugar de eso, he evitado hablar con mis clientes habituales —los jefes de redacción de una serie de periódicos en los que colaboro con regularidad—, pues temo que eso afecte mi trabajo con el ataque de los lobos de Kolmården. Han dejado de llamarme y he pensado que me ocuparé de eso después, cuando esté listo. Finalmente, es mi contable quien se ve obligado a explicarme que mi obsesión va a arruinarme. Dejo que un agente inmobiliario tase el piso donde vivimos para así poder solicitar un préstamo que permita que mi existencia siga girando en torno a qué sucedió realmente en Kolmården aquel domingo de junio de 2012.

Sé que Sofie primero pasa por un recinto de separación más pequeño. Después llega a la puerta de alambre de acero que conduce hacia el

recinto propiamente dicho. Nota que las puertas aún están cerradas sin llave, lo que significa que lo más probable es que Karolina aún se encuentre en el recinto. Se mete el móvil en el bolsillo y se asegura de cerrar la cremallera. Los lobos son un caso perdido en lo que se refiere a objetos sueltos. Les encanta birlar cosas de la gente —guantes, gorras, cámaras y teléfonos— y jugar con el botín. Rara vez los objetos vuelven a sus dueños en su estado original. Uno tiene que contentarse con que al menos regresen en una pieza. Pero eso es, al mismo tiempo, parte de la diversión para los visitantes que han comprado el billete para *Contacto Cercano con Lobos*. Los objetos de piel y ante quizás resultan demasiado efectivos para la experiencia.

Una vez, hubo una chica que llevaba zapatos de piel de conejo y los lobos se volvieron locos. Los guías tuvieron que darles los zapatos, de otra forma se los habrían arrancado de los pies a la chica. Uno de los guías varones tuvo que salir pitando hacia su auto y traer su propio calzado para prestárselo. Tal vez sea el olor de la piel animal lo que excita a los lobos. Tampoco la ropa impermeable impregnada de ceras o aceites se salva, probablemente porque el material se parece a la piel y tiene cierto olor particular. Y es que el olor, definitivamente, es un problema. Las bolsitas de *snus* —ese tabaco que se pone bajo el labio — y los cigarros deben dejarse fuera. Las cremas y los perfumes pueden traer problemas. Pero a la gente le gusta que se coman sus gorras de visera y sus boinas. Eso hace que la experiencia sea más intensa. Más auténtica. Para eso paga uno el billete. Cada entrada cuesta unas mil coronas suecas.

Cuando la tercera y última puerta se cierra de golpe detrás de Sofie, ha llegado hasta adentro, con los lobos. Lo primero que oye, además de las gotas de lluvia que le caen sobre la capucha del impermeable, son los gemidos. Al entrevistarse con la policía, Sofie relata cómo los lobos chillan y, estresados e inquietos, corren de un lado para otro frente a la puerta de entrada. Aún no sabe dónde está Karolina. De inmediato va hacia la izquierda para seguir la alta cerca de malla metálica que rodea al recinto. Es lo que hacen cada mañana: dar una vuelta a todo el perímetro para comprobar que la cerca siga intacta y que nadie haya tratado de escapar escarbando la tierra. La última vez que inspeccionó fue el día anterior, en compañía de Karolina, quien mientras tanto alimentaba a los lobos.

Cuatro de ellos siguen a Sofie a distancia mientras camina por el terreno rocoso y resbaladizo. El inspector Anders Wallberg le preguntará más tarde si hubo algo en especial que le llamara la atención. Y sí, hay un detalle específico que llama su atención. Se trata del lobo de menor rango en la manada y que, últimamente, pasaba casi todo el tiempo echado, desanimado, bajo las ramas de un abeto arrancado de raíz. El que ahora esté con la manada, en medio

de los otros lobos, la sorprende.

Ha recorrido casi la mitad del perímetro, una distancia de unos cientos de metros. Avanza cuidadosa para no resbalar. Ve a otros dos lobos que rondan la esclusa de alimentación un poco más adelante. Sofie sube a un pequeño montículo y divisa algo negro. Algo que no pertenece al recinto. Parece basura. Quizás una bolsa que el viento hizo volar por encima de la cerca. Al aproximarse, ve que es una chaqueta impermeable con el logotipo del parque impreso en color verde en el reverso. Reconoce haberlo visto aquella mañana. Debe de ser la chaqueta impermeable de Karolina. ¿Percibirían los lobos el olor de algo en la chaqueta y empezarían a hacerla pedazos? Bastaría que fuera algo pequeño, el olfato de los lobos es increíble. Pudo ser que notaran un olor en la tela que los hiciera interesarse. Karolina debe de haber tenido que quitarse la chaqueta y dejarla en el suelo. Una medida de seguridad para evitar que la derribaran.

Los lobos están habituados a las personas y se asemejan a perros grandes. Pero su instinto depredador natural y sus diversos comportamientos de manada, desarrollados a lo largo de milenios, siguen intactos. Eso los hace, sobre todo, nerviosos e inquietos —alguien acostumbrado a los perros probablemente los tildaría de cobardes—. Pero también pueden ser bastante violentos y bruscos. Sofie sabe cómo esos grandes depredadores pueden hacer jirones un jersey o una chaqueta como si estuvieran hechos de papel higiénico. Una debe ser cuidadosa, pero al mismo tiempo firme, cuando trata con lobos.

Sofie levanta la chaqueta impermeable del suelo. Tras echarle un vistazo rápido le parece que está entera. Más tarde se revelará que la tela muestra perforaciones de dientes y tiene pequeños desgarros y agujeros en la capucha, la espalda y la manga derecha. Sofie hace bola la prenda para luego aventarla por encima de la cerca de modo que los lobos no se hagan con ella de nuevo y la destrocen. Otea a su alrededor e intenta contar a los lobos de la manada, que están parados en un montículo por encima de ella. Al principio eran nueve. Ahora que ya no está Kurt, son ocho. Da unos pasos más antes de detenerse en seco. En el suelo hay otra prenda del mismo material negro e impermeable que el de la chaqueta. Son un par de pantalones. Parece extraño que Karolina se quitara los pantalones voluntariamente dentro del recinto. Además, tienen desgarros y agujeros visibles. Los levanta, los hace bola e intenta aventarlos al otro lado de la cerca, pero se desdoblan y se atoran en el alambre electrificado que corre por el borde de la cerca, cuya parte superior se inclina hacia el recinto para evitar que los lobos la salten. La prenda queda colgada y ondea ligeramente al viento, impregnado de lluvia. Sofie da otros pasos más sobre las rocas.

Los lobos la observan con sus penetrantes ojos color ámbar, como si tuviesen curiosidad por saber adónde irá después. En tanto no sepa qué ha sucedido con Karolina, lo más seguro es intentar mantenerlos a raya. Tal vez haga lo mismo que la mayoría de las personas cuando el clima es frío e inhóspito: ocultar las manos en las mangas del impermeable. Últimamente, los lobos se han mostrado muy interesados en las manos. Las mordisquean y lamen. Rasgan mangas de chaquetas y jerséis.

Ve algo en el suelo, entre algunos troncos de árbol, un poco más allá de la esclusa de alimentación. No se dio cuenta de qué era al entrar al recinto pues una gran roca lo ocultaba. Ahora ha recorrido toda la cerca y ha llegado a la esclusa de alimentación por el otro lado. Lo primero que piensa es que se trata de comida sobrante del día anterior, cuando Karolina y ella alimentaron a los lobos. Recibieron mucha más comida de lo usual. Metieron la mitad de un animal sacrificado en el recinto a través de la esclusa. Ahora Sofie se pregunta si la comida se quedó ahí. Casi siempre, los lobos empiezan a darse un festín de carne inmediatamente después de que el personal sale del recinto, de acuerdo con la jerarquía dentro de la manada. Primero come el líder y luego el resto, en orden descendente. Todos menos el de más bajo rango pueden disfrutar del festín. Pero esta vez deben haberlo dejado intacto, lo que es un poco extraño, considerando que solo reciben comida tres veces a la semana. Por lo común están hambrientos.

Sé que así es como funciona el cerebro humano. Busca patrones conocidos y explicaciones plausibles para aquellas impresiones visuales que no logramos decodificar en un inicio. Sofie sabe que los pedazos de carne se espolvorean con un polvo mineral blanco, que hace que adquieran un tono beis parecido al de la piel. Se acerca y, antes de ver el reloj de pulsera, una idea alcanza a cruzar su mente: tal vez la carne no fuera apta para el consumo. El reloj le parece conocido. Su cerebro tarda unos segundos en comprender lo que está viendo entre las piedras, las agujas de pino y los troncos que tiene enfrente. Pero cuando la imagen se aclara, entra en pánico. Retrocede. Camina hacia la esclusa de alimentación, que está a unos metros del cuerpo desnudo y lacerado de Karolina. Empieza a buscarse la llave del candado en los bolsillos. Es difícil abrir la compuerta desde el interior del recinto. No está pensada para funcionar como salida. Pero es la más cercana. De otro modo, tendría que cruzar toda el área hacia la entrada que lleva al recinto de separación.

Entre Sofie y la entrada se halla la manada. Tiene a los lobos a sus espaldas y un candado que se cierra desde fuera. Es necesario meter las manos en un resorte angosto, entre la puerta de acero y la cerca, para abrirlo. Si tira las llaves en la superficie cubierta de rocas frente a

la puerta, no está segura de poder recuperarlas.

Finalmente, oye cómo se abre el candado con un «clic». Lo saca con cuidado de la anilla y empuja la puerta hacia arriba, sale y la cierra de inmediato tras de sí. Vuelve a poner el candado. Una vez segura, se quiebra. Tiembla y llora incontrolablemente. Un instante después aparece su compañera María.

Sé que María encuentra a Sofie, apenas en sus cinco sentidos, hecha ovillo entre ambas puertas de la esclusa de alimentación. Sé que Sofie intenta explicar lo sucedido, pero las palabras se le atoran en la garganta. Sé que, entonces, María presiona 1-1-2 en su teléfono. Son las 11:17 del domingo 17 de junio de 2012.

Hablar el idioma de los animales

Cuando era pequeño, estaba convencido de tener la capacidad de comunicarme con los animales. No hablo de acariciarlos, alimentarlos o lograr que hicieran trucos. Creía que los animales tenían un idioma propio que podía aprender.

Durante mi infancia, los animales siempre estuvieron presentes. En la familia teníamos aves. Periquitos australianos y cacatúas. Teníamos un acuario y, cuando una mañana me encontré un tetra neón en el suelo, todo seco, organicé un solemne entierro en el jardín de la casa. Me llevaba a casa zorzales reales lastimados que había recogido en el bosque, los metía en envases de helado y los cuidaba. Soñaba con tener un cachorro de *husky*, pero nunca lo tuve porque mi papá es alérgico al pelo de los animales.

Ante todo, me relacioné con los animales frente a la televisión. Veía todos los programas de naturaleza. Me encantaba cómo David Attenborough, susurrando con un aire teatral, se acercaba a los gorilas de montaña salvajes. Escuchaba la voz segura y paternal de Arne Weise en el programa *Uno con la naturaleza,* o *Ett med naturen*, como se titulaba en sueco. En especial, recuerdo *Våra tigrar*[1]*,* una miniserie emitida en la televisión pública de Suecia que trataba de cómo el documentalista de naturaleza Jan Lindblad y su pareja, Pia Thörn, criaban a dos cachorros de tigre en algún lugar de los bosques de Östergötland. Mis padres observaron mi fascinación y me consiguieron libros de Lindblad. El tío de caqui se convirtió en mi más grande ídolo. Otros chicos que crecieron en los años ochenta del siglo XX quizá adoraran a Diego Maradona o a Kiss. Yo soñaba con ir a la selva del Amazonas con una cámara de vídeo. Cuando, en una entrevista, Jan Lindblad afirmó poder hablar «tigrés», lo interpreté literalmente. Estaba convencido de que era posible hablar con los animales salvajes, tal como lo hacía Mowgli en *El libro de la selva*. Tenía aquella historia de Rudyard Kipling, en la versión de Walt Disney, en audiolibro, de esos en los que se cambiaba de página al sonido de un timbrecillo. Escuchaba el casete una y otra vez. Cuando la cinta magnética se rompió de tan desgastada, lloré. Todavía puedo recitar largos fragmentos de la narración y cantar todas las canciones de memoria.

Cuando los tigres de Lindblad habían crecido tanto que se volvió imposible tenerlos en habitaciones normales, amuebladas y todo, los llevaron al zoológico de Kolmården. Un verano, creo que el de 1984, toda la familia fue al zoológico para ver a Lillan y Rani; así se llamaban los tigres de Lindblad. Recuerdo cómo subimos las

ventanillas del Volvo 240 en medio de aquel calor de verano y condujimos lentamente por el safari en el que leones, osos y lobos se paseaban libres por entre los coches. Me acuerdo del delfinario, de los delfines nariz de botella que hacían trucos. Recuerdo una aventura fantástica. Tal vez fueron justamente los recuerdos de mi infancia los que se hicieron presentes al oír por primera vez hablar del ataque de los lobos de Kolmården. Me identificaba con la mujer fallecida. Imagino que ambos habíamos crecido con una devoción y reverencia especiales por la naturaleza, y que desde pequeños habíamos sentido un amor profundo por los animales. Nunca me convertí en documentalista de naturaleza como Jan Lindblad, pero sí en periodista y escritor, probablemente en gran medida gracias a todos los programas sobre animales que vi de niño. Los documentales de naturaleza son un material didáctico excelente para aprender dramaturgia y el arte de la narración. En otras palabras, los seres humanos y nuestros intentos de acercarnos a los animales salvajes siempre me han fascinado. Es posible que, a nivel inconsciente, me hagan volver a la infancia. También es posible que sea una cuestión de sentir nostalgia por un mundo muy alejado del trajín diario de Estocolmo, de los sentimientos de enajenación provocados por la vida urbana moderna. Ahora, de adulto, lo más fascinante para mí son el arte, el cine, el periodismo y la literatura que exploran la frontera entre los seres humanos, nuestra cultura y lo salvaje. La documentación que la fotógrafa Julia Lindemalm hace de los zoológicos, capturando a seres humanos y animales a ambos lados de las cercas y de los gruesos ventanales de un mundo artificial, me ha inspirado. Sus imágenes son desternillantes y al mismo tiempo melancólicas y hermosas. A menudo hay algo fortuito en el encuentro con la naturaleza, a pesar de todos los esfuerzos del ser humano por categorizar, pesar, medir, controlar y comprender el universo que lo rodea. He caído en la cuenta de que las personas con gusto hacemos la vista gorda ante nuestro propio narcisismo, nuestra ambición y nuestras aspiraciones de poder cuando se trata de hacer una representación de la naturaleza en su estado salvaje. El documental *Grizzly man*[2], de Werner Herzog, retrata con exactitud esta zona gris entre la vida interior del espíritu humano y las interminables extensiones vírgenes que llamamos naturaleza salvaje. La historia del egocéntrico portavoz de los osos Timothy Treadwell, y de su trágica muerte en los parajes salvajes de Alaska, se compone en su totalidad del material visual del fallecido. Pero en lugar de un documental nostálgico, Herzog construye una historia sobre los sueños y fallas humanos. El resultado es uno de los documentales más impresionantes y conmovedores que haya visto.

A veces, las historias sobre nuestros constantes intentos por

representar e interpretar la naturaleza me hacen reír. *El Pato Donald en la jungla*, que millones de suecos ven cada Navidad, muestra a un documentalista frustrado que hace lo imposible por retratar el bosque tropical como un paraíso de colibríes de hermoso canto. Su proyecto se ve interrumpido por una cháchara ruidosa que lo lleva a un estado de cuasipsicosis. Otra figura que lo hace todo por acercarse a lo salvaje dentro de sí es el veterinario y filósofo británico Charles Foster. Durante seis semanas vive como tejón en una colina de Gales, comiendo gusanos. Anima a sus hijos a hacer caca en las riveras de Exmoor para marcar su territorio, tal como hacen las nutrias. En su papel animal, asalta contenedores de basura en el centro de Londres en busca de comida, lo que lleva a la gente a su alrededor a pensar que ha perdido la cabeza. Su libro *Being a beast*[3], en el que analiza en profundidad los estilos de vida de los animales salvajes, es tan extravagante como genial. Otras historias de las relaciones de los seres humanos con los animales exóticos son solo trágicas. El reportaje de Chris Jones sobre un zoológico privado en Ohio, publicado en febrero de 2012 —es decir, apenas unos meses antes del ataque de Kolmården —, trata sobre Terry Thompson, su decisión de cometer suicidio y las consecuencias fatales del hecho para la pequeña comunidad en la que vive. Aquel veterano de Vietnam y antiguo chico *scout* deseaba, más que nada, poseer la naturaleza. Terry Thompson coleccionaba animales exóticos vivos de la misma forma que otros hombres coleccionan coches o armas. Antes de que el hombre de negocios, profundamente marcado por la depresión y las malas finanzas, se volara la cabeza, abrió las jaulas de su zoológico. La policía estatal se pasó la noche cazando lobos, osos pardos, leopardos, diecisiete leones africanos y dieciocho tigres de Bengala en la pequeña ciudad estadounidense de Zanesville y sus alrededores. Cuando finalmente se encontró a Thompson, un tigre blanco arrastraba su cuerpo ensangrentado por la propiedad. Durante la noche la policía mató a tiros a su colección de grandes depredadores exóticos, uno tras otro. Veo el ataque de Kolmården como una más en una lista de historias sobre la naturaleza como fantasía y construcción psicológica.

He estado en contacto con los familiares de la mujer fallecida. Me reuní con su madre y uno de sus hermanos en un café de su ciudad natal, Borås. Me hablaron de una mujer universitaria, con una máster en Biología y un ardiente interés por los animales. Nunca dio señal de buscar fama o desear ser el centro de atención. Era una persona de gran integridad, meticulosa e inteligente. Lo que le importaba eran los animales. En especial los elefantes africanos, sobre los que había realizado investigaciones zoológicas. Su familia se preguntaba qué pretendía yo al escribir este libro. Intenté explicarles que creía vislumbrar en este trágico incidente algo determinante sobre lo que

significa ser humanos; que el accidente no era solo resultado de un lugar de trabajo con fallos en sus rutinas de seguridad, sino que describe algo significativamente mayor.

Considero que el ataque de los lobos nos dice algo especial sobre Suecia y sobre cómo nos vemos. La imagen nacional que los suecos tenemos de nosotros mismos es —además de ser amantes de nuestra naturaleza— la de una sociedad progresiva e igualitaria que continuamente busca ser aún más moderna. Nos jactamos de tener la mejor protección animal y la legislación más completa del mundo en materia de salud y seguridad en el trabajo. En los doscientos años previos al ataque de Kolmården no se había registrado la muerte de otro ciudadano sueco provocada por lobos. Ello hace que el incidente también traiga a la memoria la Suecia de antes de Per Albin Hansson y su concepto de «la casa del pueblo» —*folkhemmet*, como se lo conoce en sueco—. Una época de suecos campesinos, pobres y analfabetos que se hallaban en los márgenes de Europa, doblegados por el hambre, las epidemias y un clima y paisaje hostiles. Por respeto a los familiares de la mujer, he decidido no ahondar en detalles sobre la muerte. Pero créanme, no hay duda de que fueron los lobos los que la mataron. Quién era Karolina como persona en su vida privada no tiene mayor importancia para esta historia. Cualquiera de sus compañeros pudo sufrir aquel accidente.

Por supuesto, cualquiera que tenga el más mínimo interés en la historia de la literatura reconocerá los símbolos ancestrales y los arquetipos mitológicos en esta historia; los lobos, sedientos de sangre, que atacan a una joven indefensa suenan a algo salido de las leyendas populares; al mismo tiempo, algo de ciencia ficción se asoma en el hecho de que un zoológico moderno, de pronto e inesperadamente, pierda el control de una manada de depredadores. Nos recuerda a *Parque Jurásico*, aunque claro, en lugar de lagartos asustados tenemos lobos.

No es frecuente que los acontecimientos de la Suecia rural se conviertan en noticia internacional. El accidente en el recinto de lobos de Kolmården fue una excepción. Agencias de noticias como la cadena estadounidense CNN, la BBC, la revista *Time* y Reuters reportan el suceso. Todas haciendo referencia a la conferencia de prensa dada el mismo día del ataque. Delante de un nutrido grupo de periodistas, el entonces director del zoológico, Mats Höggren, declara que la mujer se encontraba sola en el recinto junto con los lobos para, según sus palabras, «socializar con los animales». Era una actividad que sucedía con regularidad entre los guías del zoo. En el noticiero de Sveriges Radio, la emisora radiofónica pública de Suecia, es posible escuchar a un muy afligido Höggren:

—Es horrible, estamos conmocionados y, por supuesto, nuestros

pensamientos están con ella, con sus familiares y con nuestro personal —le cuesta respirar—. Sin olvidar, aunque parezca algo secundario, a los lobos y su imagen de marca.

Al fondo, se oyen los chasquidos de las cámaras fotográficas. El director del zoológico continúa:

—No es precisamente la especie de nuestra fauna más apreciada en algunos círculos. Somos conscientes de que esto influirá en el debate y las políticas sobre los lobos, y que tenemos cierta responsabilidad en ello.

Nadie, ni Mats Höggren ni otra persona, puede responder por lo sucedido en el recinto, dado que no existen testigos del suceso. Tampoco hay imágenes del accidente. El zoo carece —raro en estos tiempos— de cámaras de vigilancia. Lo que llevó a que el personal se diera cuenta de que algo andaba mal, de acuerdo con Höggren, fue que la mujer no respondiera a las llamadas. Fue entonces cuando, de inmediato, se dieron a la tarea de buscarla y hallaron a su compañera muerta en el recinto, a eso de las once de la mañana.

En el foro de internet Flashback no tardan en aparecer las especulaciones, como sacadas de la Edad Media: la mujer estaba embarazada, dicen los autoproclamados expertos. Los lobos tienen un apetito especial por los fetos humanos. O estaba menstruando, lo que desató su sed de sangre. Los hilos de comentarios desembocan en especulaciones sobre lo que la fallecida hacía allí en realidad, sola, en el recinto de los lobos. Quizá tenía tendencias suicidas o estaba bajo la influencia de las drogas. O realizaba algún tipo de ritual místico. Ninguna de estas especulaciones tiene nada que ver con la realidad. Así lo demuestra la autopsia del forense. No había rastro de drogas, medicamentos o infecciones en la sangre de la fallecida. Lo único que hacía era seguir, diligente, su rutina laboral en su centro de trabajo.

Lo que hace el tema tan espinoso es, por supuesto, el hecho de que la cuestión del lobo esté tan plagada de opiniones. Este libro no es ninguna contribución al debate que, como un disco rayado, se repite cada tanto desde que el lobo reapareció de pronto en la naturaleza sueca a principios de la década de 1980. Por el contrario, me parece que la polarización que marca la cuestión del lobo ha contribuido a que la tragedia de Kolmården continúe siendo inconcebible para la mayor parte de la gente. En lugar de discutir sobre si el lobo es o no peligroso, en esencia malo o bueno, deseo creer que tiene sentido intentar averiguar, para empezar, cómo fue que la mujer terminó en el recinto. El conflicto político en torno al lobo nos ha impedido ver a este potente y fascinante depredador de forma objetiva. La extraña reacción de Kolmården tras el suceso es, probablemente, resultado de lo delicado del tema.

Lo que más me desconcertó fue la mención de la «imagen de marca»

del lobo. Suena extraño hablar de una especie animal en términos de mercadotecnia. Un lobo no ofrece promesas de mejorar mi vida o convertirme en un consumidor más satisfecho. El lobo no actúa en un mercado de productos y servicios. Un lobo vive en una realidad material completamente distinta, en la que todo gira en torno a sobrevivir y la regla más importante es no gastar energía innecesariamente. Un lobo es un lobo. Trabajando en este libro, tuve motivos para reconsiderar este punto de vista en varias ocasiones. Porque, si en algo somos expertos los humanos, es en otorgar a los animales ciertas cualidades que, en realidad, son reflejo de nosotros mismos. Durante mucho tiempo esperé a que alguien más, algún reportero experto en crímenes con instinto investigador, o tal vez algún investigador especializado en lobos, examinara la extraña muerte en el recinto de Kolmården y aportara explicaciones plausibles sobre cómo podía haberse dado el ataque. Pero al ver que nada sucedía, empecé a investigar por mi cuenta. Cuando el fiscal por fin presentó cargos en enero de 2016, la investigación judicial se volvió pública. Tuve acceso a las exhaustivas pesquisas del inspector Anders Wallberg; casi dos mil páginas de interrogatorios policiacos con todos los involucrados y testimonios de expertos en lobos provenientes de todo el mundo. A partir de esta información comenzó a tomar forma, gradualmente, la imagen de Kolmården como lugar de trabajo y hogar de una manada de lobos.

Desde el verano de 2015, año en que comencé mis investigaciones seriamente, he consumido toda la información que he podido encontrar sobre los lobos. He buscado en bibliotecas y archivos. He repasado informes de investigación, he visto imágenes de noticiarios y viejos programas de televisión, y he escuchado emisiones radiofónicas. Sobre todo, he leído montones de libros. Para ser un animal más o menos esquivo e inusual, se ha escrito bastante sobre el lobo. Es probable que sea una de las criaturas a las que más mitos se le han atribuido dentro de la cultura humana. El estadounidense Barry Lopez, uno de los últimos grandes escritores de naturaleza, nos dice en su *Of Wolves and Men*[4]: «El lobo ejerce una gran influencia en la imaginación humana. Coge tu mirada y te la devuelve reflejada».

Debo admitir que no me fascina la vida en plena naturaleza tanto como a otros escritores interesados en los lobos. Ser lobo y vivir en el bosque me parece frío, incómodo y aburrido. La especie de Kolmården que más me interesa es la que se encuentra fuera del recinto. Es decir, la especie humana. Aquellos que tienen las llaves para abrir las rejas. Los que, sin obstrucción, se mueven entre dos mundos distintos. El de los lobos y el nuestro. El ataque me ha hecho dudar de la autenticidad de mi propia relación con la naturaleza. Mi noción de la vida salvaje se limita más bien a, además de haber hecho un par de excursiones de

senderismo de montaña y asistir a la escuela de vida al aire libre cuando era pequeño, lo experimentado a través del cine, la televisión y la literatura.

A lo largo del juicio en contra del para entonces exdirector del zoológico de Kolmården, que presencio en Norrköping en el otoño de 2016, creo percibir una narración subyacente más grande sobre nuestros tiempos, hipermediatizados y controlados por la mercadotecnia, y el papel de la naturaleza en ellos, y, por lo tanto, me da la historia de Kolmården. Me doy cuenta de que nunca había reflexionado en profundidad sobre el lugar del zoológico en nuestra sociedad secular. Caigo en la cuenta de que vamos al zoológico a experimentar la historia del surgimiento de la vida en la tierra y la amenaza de una inminente desgracia. El zoológico tiene una dimensión espiritual de la que rara vez se habla.

Esta idea nunca quedará más clara que en el exitoso musical de Kolmården titulado *Life*, vida. En él, los delfines nariz de botella del zoo hacen de superhéroes que salvan al planeta de la destrucción. El espectáculo está lleno de música rimbombante y costosas animaciones por computadora, tal como una película moderna de Hollywood. Los delfines emiten chasquidos simpáticos y, obedientes, realizan trucos circenses frente al público. Esta otra historia —de la cual los lobos son los personajes principales— es, por el contrario, algo enteramente distinto. No hay banda sonora ni libreto, coreografías o sonidos aprendidos. Se desenvuelve entre la lluvia y el barro, bajo cielos oscuros del inhóspito bosque de coníferas nórdico; las fuerzas que la ponen en marcha son animales e impredecibles. Se trata de violencia y dominio en un mundo que, a pesar de todo, nunca podremos comprender del todo. En esta historia no hay final feliz en el que hombre y naturaleza terminen por reconciliarse y vivir en armonía divina. Ahí, en el recinto de los lobos de Kolmården, en la búsqueda por acercar lo salvaje a nosotros tanto como fuese posible, se cruzó una frontera invisible. El entendimiento tácito, sin palabras, entre el ser humano y el animal desapareció. Dominaron el caos y la muerte. Los ojos que miraron fijamente a la mujer en sus últimos segundos de vida eran tan amarillos como indiferentes.

Sé que la lluvia se detuvo más tarde aquel día. Sé que el zoológico permaneció abierto como de costumbre, sin que se informara a los visitantes sobre el incidente. Conozco todas estas circunstancias. Pero lo que en realidad deseo saber es cómo pudo suceder. ¿Cómo es posible que una manada de lobos rodee, ataque y mate a un ser humano en el corazón del país más moderno del mundo? Quiero intentar comprender por qué una joven entraría sola en un lugar donde hay ocho lobos machos adultos. Alguna razón subyacente debe haber para esta aparentemente incomprensible decisión. ¿Por qué

murió Karolina? Es una incógnita que he intentado responder los últimos tres años.

---

1 [*Nuestros tigres]*.

2 [*El hombre oso*].

3 [*Ser una bestia*].

4 [*De lobos y hombres*].

Más grande, más fuerte, más feroz

El coche patrulla de policía llega al zoológico de Kolmården a las 11:22, apenas cinco minutos después de la llamada al servicio de emergencias. Por pura coincidencia, la policía se encontraba cerca debido a un accidente de tráfico. Es Kjell quien abre las puertas de servicio aquella tarde para darles paso. Ha trabajado en el zoológico desde abril de 1973, mucho antes que la mayoría de sus compañeros. Sabe bastante de lobos. Entre otras cosas, ha criado, a golpe de biberón, a tres camadas de ellos en su propia casa. Kjell cuidaba de los cachorros junto con su señora un par de semanas antes de devolverlos al zoo. Una vez allí, se mudaban a su propio recinto. Poco después se los iba familiarizando gradualmente con los ejemplares adultos. Primero solo unas horas al día; al llegar el otoño, se mudaban al recinto y se convertían en parte de la manada. Pero en aquellos tiempos apenas había un par de adultos, tres quizá. No como en el recinto SÖKA, en el que, al día de los hechos, vivían ocho lobos de la misma edad.

En el trabajo, Kjell era estricto con las rutinas. Una de ellas era respetar la *fika*, el sagrado descanso para beber café acompañado de algún tentempié. Así que aquel día, cuando un compañero le llama diciendo que ha sucedido un accidente y que sería bueno que vaya al recinto SÖKA, Kjell responde que no, que ni de broma. Que se las arreglen solos. No es sino hasta colgar el auricular que se arrepiente, se levanta con un suspiro y le da un último sorbo a la taza de café. Tiene la sensación de que será un día largo. Por supuesto, no se imagina hasta qué punto lo será mientras lleva su bandeja al escurridor, irritado porque le han interrumpido el café de media mañana. Aún no tiene ni idea de lo que le espera.

Kjell le señala el lugar del accidente a los dos oficiales de la policía, ambos varones. En tanto que varios de los compañeros más jóvenes están impactados y lloran desesperados, él intenta mantenerse tan calmado y en su juicio como le es posible. A Sofie y a María se las ha llevado una ambulancia, ambas en estado de profunda conmoción. Los policías y él aún están parados en el exterior del recinto de los lobos. Uno de los oficiales se inclina hacia delante y entrecierra los ojos para comprender qué es lo que tiene frente a sí. El servicio de emergencias les ha informado de que hay alguien gravemente herido dentro. Están dispuestos a emprender acciones de soporte vital, pero al ver el cuerpo maltrecho coinciden rápidamente en que no tiene caso. Toman fotografías del lugar del accidente a través de la cerca. Eso molesta a

Kjell. La gente —compañeros de la mujer fallecida— se ha empezado a reunir afuera del recinto de los lobos, y le parece que deben asegurarse de sacar el cuerpo tan rápido como sea posible. No hay necesidad de que esté ahí, expuesta de esa forma.

Pero él no tiene la última palabra, sino la policía. El recinto de los lobos es la escena del accidente y las fuerzas del orden han tomado el mando. Ambos oficiales dudan. Conversan en voz baja con el personal de la ambulancia y el personal de emergencias de la localidad de Krokek, presentes en el lugar. Kjell otea el recinto a través de la cerca. Los lobos mantienen su distancia. Hay un silencio sepulcral en el zoológico. El tiempo pasa. Karolina sigue ahí, en el suelo, entre raíces, tierra y agujas de árbol. Está muerta. No hay duda de eso. La policía comienza a colocar barreras fuera del recinto para obstaculizar la visión.

Kjell no puede dejar de sorprenderse ante la excesiva seguridad. No puede entender por qué, sencillamente, no entran y la recogen. Después de todo, yace a solo unos metros de la esclusa de alimentación. Pero la policía espera el mensaje de la central de mando. Claramente, no se puede garantizar que el recinto de los lobos sea un ambiente de trabajo seguro. Los hombres y mujeres que trabajan rescatando a la gente de casas en llamas o lidiando con personajes violentos y terroristas no se atreven a entrar en el lugar donde hay ocho lobos domesticados; el mismo recinto al que los cuidadores han entrado todos los días. El público en general y los clientes empresariales han empezado a hacer fila para entrar. Hasta ahora, Kjell ha tenido una imagen de los lobos socializados como si fueran una pandilla de cachorros de perro no entrenados, aunque más grandes y fuertes. Te empujan y retozan y, con algo de mala suerte, pueden sacarte sangre de la nariz, pero ¿ser peligrosos? No, no lo son. Ni un poquito. No si uno puede leer su lenguaje corporal, y Karolina ciertamente podía. Como su compañero Tonny ha dicho: en Suecia es más posible que te caiga un rayo a que un lobo te mate.

Uno de los oficiales se encuentra hablando con la central de mando. Cuando termina, le pide a Kjell que traiga su arma de caza. Hace lo que le indican.

Tras más de media hora, entran. Kjell y un par de veterinarios del zoo van armados con rifles para la caza de alces. El personal de la ambulancia entra al recinto con una camilla. Kjell mira buscando a los lobos, con el arma descansando sobre su hombro. Los depredadores se mantienen alejados. Incluso los lobos de la manada parecen ser conscientes de que algo está endiabladamente mal. Mientras vigila el recinto, Kjell mira por el rabillo del ojo cómo ponen los restos de Karolina en la camilla. Los cubren con una manta amarilla y los sacan a través de la esclusa de alimentación hacia una ambulancia. Cuando

el cuerpo ya no está y se ha logrado conducir a los lobos al recinto de agrupamiento, él, junto con los policías y algunos cuidadores, forma una cadena humana para registrar el recinto. Justo al pie de la esclusa se encuentran una plaquita de identificación y un bolígrafo. En el suelo mojado hay huellas de arrastre. La cadena humana se mueve por el recinto en línea recta, desde las puertas de entrada hacia la esclusa de alimentación y al lugar en donde se halló el cuerpo. Por el camino yacen la ropa y las pertenencias de la guía. Todo es recogido. A partir de las marcas en el suelo, Kjell concluye que su compañera fue atacada justo tras cruzar la puerta al entrar al recinto. Solo pudo haber alcanzado a dar un par de pasos antes de ser derribada. Luego, revelan las huellas, los lobos la arrastraron por el recinto hasta la esclusa de alimentación al otro extremo. Kjell busca mechones de cabello. Se imagina que, de haberse dado una lucha a muerte dentro del lugar, la manada habría arrancado grandes mechones de cabello de la cabeza de su compañera. O que ella, para defenderse, habría hecho lo mismo con el pelaje de los lobos. Pero no hay cabello. Tampoco ve sangre alguna. Más adentro, hallan el jersey y las botas de su compañera. En el suelo están sus pantalones y su camisa. Los lobos le han arrancado toda la ropa. En el recinto encuentran incluso el móvil de trabajo de Karolina. Un Samsung gris con bordes recubiertos de goma para absorber impactos. La pantalla y el teclado han sido completamente masticados. Faltan la batería y la tarjeta SIM. Es muy posible que ahora estén en la barriga de alguno de los lobos; son capaces de tragarse un poco de todo. El último objeto restante para el perito en criminalística de la policía es un trozo de papel doblado. Karolina anotó algo ahí. Pero la lluvia ha hecho que la tinta del bolígrafo se corra por todo el papel.

Algunos visitantes del zoo notan una serie de ambulancias que abandonan el área. Pero los entrevistados esa misma tarde para la radio se muestran sorprendidos. No tenían ni idea de lo sucedido durante su visita.

Fuera del recinto, Thomas, el compañero de Karolina, comienza a mostrar síntomas de estar en *shock*. El coordinador está pálido. Él y Karolina tenían una relación especial y cercana con los lobos del recinto. Fue en casa de Thomas donde los cachorros pasaron sus primeras ocho semanas. Los lobeznos pueden ser más difíciles de manejar que un recién nacido; eso lo sabe Kjell por experiencia propia. No puede imaginarse criar a nueve lobeznos a la vez. Seguramente en cuanto el noveno acababa de ser alimentado, el primero ya estaba pidiendo de comer otra vez. Y probablemente así se pasaban las veinticuatro horas del día.

Kjell no conoce a estos lobos especialmente bien. No ha trabajado con animales desde 1996, año en que se pasó al lado técnico del trabajo

del zoológico. Por ello no está muy informado sobre cómo funcionaba la manada. No conoce la jerarquía exacta. Pero sabe que el líder se llama Farkas, dado que al grupo lo llaman la manada de Farkas. Para ser honestos, Kjell se había mostrado algo escéptico a que las mujeres trabajaran con lobos. No tanto por el tamaño de sus cuerpos, que no juega mayor importancia, según él, sino por sus voces. Las mujeres sencillamente no pueden sonar tan imponentes. Las voces de hombre comunican una autoridad distinta a las de las mujeres en un recinto de lobos. Es posible que haya expresado esta opinión. Y quizá no haya sido muy popular. Pero sabe que su compañero Willy, incapaz de respaldar los métodos usados en el recinto SÖKA, dejó de trabajar ahí. Le parecía que había demasiada intimidad y complacencia con los lobos. No había orden. Ni disciplina. Aunque sabía que eso no se aplicaba a Karolina. Ella mantenía a raya a los animales.

Kjell, el jefe de operaciones, es el último ser humano en poner pie en el recinto de lobos de Kolmården. Una vez retirado el cuerpo de Karolina y recogidas sus pertenencias, cierra bien el enrejado y echa la llave. Además, encadena las puertas y las sella con candados separados para evitar que individuos no autorizados traspasen la escena del accidente, tras el cual, la administración del zoológico decide suspender todo contacto humano con los lobos de Kolmården. Las visitas guiadas ya reservadas se cancelan. El popular producto-experiencia *Contacto Cercano con Lobos* se elimina del programa. Los lemas publicitarios del zoológico, «Más grande, más fuerte, más feroz» y «Kolmården: se siente en todo el cuerpo», son retirados por consejo de la agencia de relaciones públicas Springtime, contratada durante la gestión de la crisis. El experimento llevado a cabo en el zoológico de Kolmården durante treinta años ha terminado. Al retirarse del lugar, Kjell oye detrás de sí vomitar a algunos de los lobos.

El inspector

El novio llega a la estación de policía que, con sus once pisos, se eleva sobre Norrköping como una caja vista de costado. Sobre el hormigón de la fachada lateral descansa el escudo de armas de la policía, con su corona real y sus fasces cruzados. Es temprano esa mañana del 24 de junio. Está nublado y el aire es fresco. El verano de 2012 tiene sus dudas. No se atreve a llegar de verdad. Ha pasado una semana desde el evento que destruyó la vida del hombre y frustró todos sus sueños a futuro.

Lo recibe Anders Wallberg, inspector de la policía de Norrköping; un hombre paciente y alto que ronda unos cincuenta y tantos años. Wallberg le ofrece café de su propia cafetera y el interrogatorio dura alrededor de una hora. Durante ese tiempo, el novio le cuenta que Karolina y él se conocieron en una fiesta seis años antes. Llevaban medio año comprometidos cuando ocurrió el ataque. Planeaban casarse aquel otoño y comprar una casa en la zona. Quizás formar una familia. La Eurocopa se celebraba ese verano. La noche previa al accidente habían visto a Zlatan darle la ventaja a Suecia en el minuto 52 del partido inaugural contra Ucrania. Pero, a fin de cuentas, Suecia había perdido dos a uno. El equipo nacional se las vería difíciles para avanzar dentro de su grupo; aun así, Karolina ponía sus esperanzas en Zlatan y en Suecia. Le encantaban los torneos de fútbol y se quedaba hasta tarde viendo todos los partidos. El novio le cuenta al inspector que en realidad no era una persona nocturna. La mañana del 17 de junio, es decir, el día del accidente, estaba más cansada que de costumbre.

Anders Wallberg toma notas. Hace sus preguntas. El inspector es un investigador experimentado y está acostumbrado a encontrarse con gente en profunda crisis. Pero este caso no se parece a ningún otro. Y, sobre los lobos, apenas sabe lo que ha logrado atrapar al vuelo de los artículos de periódico y documentales de naturaleza que se emiten por televisión. Los lobos atacan al ganado, algo que preocupa a los ganaderos del país. Pero jamás ha oído hablar de que ataquen a humanos adultos.

Durante una investigación común de asesinato se busca el motivo del crimen. Se hace un reconocimiento exhaustivo. Se traza un mapa preciso de la vida de la víctima. Se reúnen las pistas que ofrece la ciudadanía y se hacen visitas de puerta en puerta en el área donde se ha cometido el crimen. A menudo, la policía local recibe apoyo de la división operativa nacional para coordinar y organizar a los grandes

equipos de investigadores convocados cuando se trata de asesinatos y violencia mortal. Este no es el caso. Anders Wallberg se especializa en accidentes de trabajo. En el momento del ataque, es el único investigador en toda la provincia de Östergötland con dichas competencias. Eso significa que trabaja solo. No ayuda a su cometido que, al mismo tiempo, investigue más accidentes de trabajo. Un accidente de tren en Linghem que deja un muerto y más de cuarenta heridos, además de otro accidente mortal en el zoológico de Kolmården que, tras el ataque de los lobos, termina en las sombras de los reportes mediáticos y en el que un contratista externo de 46 años, originario de Eskilstuna, se atascaría con un taladro para roca —durante la construcción de la montaña rusa Wildfire— y moriría a causa de las heridas.

El simple hecho de hacerse una idea aproximada de lo ocurrido en el recinto de los lobos toma tiempo. Mucho tiempo. Wallberg empieza interrogando a los familiares y compañeros de trabajo de la víctima.

Con relativa sorpresa, descubre que casi a diario se puede encontrar a alguien del personal encerrado en el recinto con los poderosos depredadores. A menudo, tal como la víctima, trabajando solos. El inspector ha oído decir que se podía visitar a los lobos de Kolmården. Ignora la escala de tales visitas. Pronto quedaría claro que el producto-experiencia *Contacto Cercano con Lobos* había significado que unos diez mil turistas al año podrían haberse encontrado en aquel recinto, entre los depredadores. Los lobos han generado una ganancia millonaria para la empresa Parks & Resorts. Visitar a los lobos en su propio recinto no es algo que parezca darse en otros zoológicos. No en Suecia. Ni en el resto del mundo. Polar Zoo[5], en Noruega, ha tenido una atracción similar, pero en modo alguno a la misma escala. Kolmården ofrecía a sus visitantes un producto único. Cuando el director entonces responsable, Mats Höggren, se pronuncia en el noticiero local *Östnytt* tras el accidente y habla de la entrada al recinto de los lobos como «un riesgo calculado», surge en Anders Wallberg la sospecha de que no se trata de un accidente, sino de un delito grave.

A ninguno de los testigos interrogados —ni siquiera al novio— les parece que haya algo extraño en permitir que los seres humanos se encuentren en el mismo lugar que estos lobos machos adultos. El novio mismo ha estado en aquel recinto en al menos cinco ocasiones, declara durante el interrogatorio. Y nunca ha tenido razón para sentir miedo. Cierto, los lobos son vivaces y curiosos. Están en tu cara todo el tiempo, dice. Pero ni él ni ninguno de los compañeros de trabajo de la víctima ha imaginado que pudiesen ser una amenaza para los humanos. Por el contrario, a los guías se los ha animado a entrar solos al recinto para mantener una relación cálida y de confianza con los depredadores. El trabajo en solitario se consideraba parte del método

de manejo. Pero la relación con los lobos del zoológico no ha transcurrido libre de problemas y conatos de accidente en ambos recintos. Anders Wallberg intenta comprender la magnitud de las lesiones que, antes del ataque mortal, han sufrido los empleados en el recinto de los lobos. Una veterinaria del zoo, quien al momento del accidente lleva apenas año y medio trabajando allí, declara al ser interrogada que le parece un poco extraño que el personal entre con los lobos sin una radio de comunicación. Ella jamás entraría sola. También reacciona ante el hecho de que, durante el corto tiempo que lleva en el zoológico, haya sido llamada al menos tres veces por miembros del personal con necesidad de ser curados por mordidas en las manos.

Tiempo antes del accidente, Karolina se había sentido agotada. Su novio y varios de sus compañeros dan testimonio de ello. Tenía la mala costumbre de estresarse por asuntos de trabajo y, a partir de que se convirtió en la responsable de un proyecto de la UE sobre lémures, comenzó a marearse, a sentir náuseas y una especie de presión en el ojo. Una de sus compañeras pensó que estaba embarazada, pero no era así. Lo demuestra la autopsia. Durante los interrogatorios que lleva a cabo Wallberg en las semanas posteriores al ataque, saldrá a la luz que no era la única empleada en sufrir estrés. Incluso Thomas, coordinador y miembro del personal, a quien sus compañeros consideran el más habituado y capaz en lo que respecta al manejo de los lobos, revela haber vuelto recientemente a trabajar a tiempo completo después de «toparse con una pared». Al momento del accidente llevaba 17 años trabajando con los lobos. Incluyendo esta, había criado en su casa tres manadas seguidas.

Según su novio, Karolina se había planteado dejar de ser guía. Era estresante tener que estar echando ojo a los visitantes y a ocho o nueve lobos a la vez. Sin embargo, nunca le preocupaba su propia seguridad. Aunque era consciente de que los depredadores bien podían hacerle saber que ya no era bienvenida en su recinto. Otros guías habían sido expulsados. El hecho es que la mayor parte de la veintena de guías que había empezado a trabajar en el recinto SÖKA cuando los lobos eran pequeños, había renunciado a ello al sentir que la relación con los animales no funcionaba. Karolina jamás había tenido ese tipo de problemas. De haberse tratado de un conflicto jerárquico en el interior del recinto, habría estado avisada, creía el novio. Algo así no sucede de la noche a la mañana.

Todos los compañeros de trabajo interrogados por Wallberg parecen verdaderamente sorprendidos de que los lobos atacaran precisamente a Karolina. Parecía tener un contacto especialmente bueno con los animales. Mientras que los lobos habían refunfuñado ante otros guías —o los habían «marcado», como dice el personal—, con ella nunca

parecieron tener ese tipo de problema. Su compañera Lovisa le cuenta a Anders Wallberg, en un interrogatorio posterior, que la única explicación razonable que se le ocurre es que Karolina haya sufrido alguna condición médica aguda. Podría haber sufrido una bajada de tensión y haberse desplomado dentro del recinto. Los lobos, sencillamente, no pueden haberla matado de manera deliberada. Tras el accidente, sus compañeros describen un comportamiento extraño entre los cánidos. Cada vez que se acercan a la esclusa de alimentación y al lugar del accidente, el líder, Farkas, se detiene con la cola entre las patas. El resto comienza a gimotear y a chillar. Está claro que la manada tiene la sensación de que algo profundamente traumático sucedió justo allí.

Wallberg trata de entender la composición de la manada. Anota los nombres de los animales y de qué zoológico provienen. A quienes han estado involucrados desde el principio y han alimentado a los lobeznos con biberón se les llama «madres» o «padres». La manada del recinto SÖKA la conformaban nueve lobos. Farkas, Vilkas y Úlfur son hermanos provenientes del zoo de Borås. El otro grupo de hermanos lo constituyen Ookami, Amaroq y Tchono. Vienen del Nordens Ark, a las afueras de Eskilstuna. Del zoológico de Skåne llegaron los hermanos Kurt, Volk y Lobo. Todos los nombres significan «lobo» en diferentes idiomas. Cuando los lobeznos tenían apenas semanas, se los retiraron a sus respectivas madres biológicas. En lugar de crear su impronta con ellas, buscaron seguridad en los humanos que les daban comida. La fallecida Karolina era la mamá. Y Thomas, en cuya casa habían crecido, era el papá de la manada. Ciertamente no es posible escuchar la opinión de los lobos respecto a quiénes son sus padres, pero que los ejemplares adultos socializados desafiaran y atacaran a Karolina, su figura materna, resulta incomprensible e improbable para la mayoría del personal de Kolmården. Su colega debió resbalarse con las piedras y golpearse la cabeza cuando los lobos llegaron a saludarla. Son animales grandes, de mucha fuerza física, que se exaltan con facilidad. Si no estás preparado, terminas en el suelo, manoteando, y el juego puede convertirse en algo más. Si terminas con tres o cuatro lobos encima, te será imposible levantarte. Sencillamente te conviertes en un juguete para morder. Eso es lo que Kjell cree que sucedió. Así lo declara en el interrogatorio. Los lobos deben haberse agitado y matado a su colega por error, cree él. Karolina debió tener muy, muy mala suerte.

El nombre de Kurt se menciona constantemente durante los interrogatorios. Era uno de los lobos del recinto SÖKA, en donde trabajaba Karolina. En agosto de 2011, diez meses antes del accidente, el zoo decidió sacrificar a Kurt. Para entonces era un joven totalmente desarrollado. Agresivo y poco fiable, mordisqueaba y mordía a la

gente en la nuca. Varios de los cuidadores le tenían miedo. Karolina no quería que muriera, pero la decisión se tomó por encima de sus deseos. Apenas un año antes del accidente, se dispara un dardo tranquilizador desde fuera hacia el recinto. Lo sacan en una camilla. Ya inconsciente, le inyectan una sobredosis de somníferos. El cuerpo es enviado a una central cercana de manejo de basura y se quema. Cuando otras voces se elevan pidiendo que también se sacrifique al malhumorado y por momentos agresivo Vilkas, Karolina protesta. Verdaderamente se preocupaba por los lobos. Eran sus amigos. Los planes se suspenden y Vilkas logra seguir
con vida.

---

5 N. de la T.: Tras declararse en bancarrota, el lugar cambió de nombre. Al momento de la publicación de este libro, se lo conoce como Polar Park.

El ahuyentador de perros

En el exterior de la sala 1 del tribunal de Norrköping flotan murmullos en el aire. Han pasado más de cuatro años desde que el inspector Anders Wallberg condujera sus primeros interrogatorios y ahora solo faltan unos minutos antes de las primeras audiencias del día. Se han seguido recibiendo testimonios: correos electrónicos de particulares interesados que envían datos sobre el lobo han llegado a raudales hasta la policía y el fiscal Jan Olof Andersson. El lobo despierta emociones fuertes. Tanto en quienes desean verlo erradicado de Suecia como en quienes lo admiran y desean conservarlo. Mucho del material es correo basura: teorías de la conspiración y calumnias. Pero también se ha transmitido información valiosa. Wallberg ha entrevistado a una serie de expertos e investigadores internacionales en la materia. Al final, el fiscal juzga tener suficientes hechos sobre el asunto. El 28 de enero de 2016 dicta su auto de procesamiento por delitos contra la salud y la seguridad en el trabajo y homicidio imprudente.

Las audiencias dan comienzo el 30 de septiembre de 2016 a las nueve de la mañana. Todos los medios importantes están en el lugar. Fotógrafos de SVT, TV4 y de los canales web de los diarios vespertinos luchan por obtener las mejores fotografías cuando el exdirector del zoológico e inculpado, Mats Höggren, entra a la sala junto a sus abogados. Una vez que las pesadas puertas de roble se han cerrado de golpe y todos se han acomodado en sus sitios, el silencio se instala en el lugar. La defensa se encuentra en el lado derecho de la sala, frente al juez que preside. El representante legal del acusado es Johan Eriksson. Es el abogado —conocido por el programa de telerrealidad *Advokaterna*[6] de TV4— a quien la mayoría de sus colegas recurriría si se encontraran frente a un tribunal. Al zoológico de Kolmården —que se arriesga a hacerse acreedor a una multa de varios millones de coronas suecas— lo defiende Thomas Olsson, quizás el abogado defensor más renombrado de Suecia; entre otras cosas, ha representado al delator Julian Assange y fue quien consiguió la absolución del asesino en serie Sture Bergwall. Kolmården no planea perder este caso, eso está claro. Se ha llamado a los dos mejores exponentes del gremio.

En el lado izquierdo de la sala se encuentra la familia de Karolina. Su madre, su padre, dos hermanos y quien fuera su novio al momento del accidente. El joven está pálido y delgado. A su lado está la hermana pequeña de Karolina. El abogado Stefan Risö, de Borås, acompaña a la

familia. Al frente están los dos fiscales, Linda Schön y Jan Olof Andersson. Al comenzar la presentación del caso, el primer día, los sollozos de los familiares llegan hasta el techo. Cuando el médico forense va a declarar, el padre se desploma y un guardia uniformado tiene que sacarlo de la sala. Lo que hasta entonces ha parecido solo una noticia impactante y extraña, aquí se transforma en la tragedia familiar que realmente es.

El 20 de octubre, el fiscal escucha a la hermana pequeña de la fallecida, quien guarda la compostura y responde las preguntas del fiscal sobre su crianza en común en una pequeña comunidad a las afueras de Borås. La casa estaba rodeada de bosque, dice. Ella era la menor de todos los hermanos y se refugiaba en su hermana, seis años mayor que ella. Siete años antes del ataque, ambas trabajaron en el zoológico de Borås. Ella en el puesto de lotería y Karolina en la entrada. La hermana mayor estudió zoología en la universidad en Linköping mientras que la menor eligió otro camino: la actuación. Podía confiarle a su hermana cualquier cosa, dice. A menudo les bastaba una mirada para entenderse entre ellas. La pequeña tenía 24 años cuando sucedió el ataque e iba camino a cumplir sus sueños de hacer carrera en la actuación. Había comenzado sus estudios y había conseguido un empleo de temporada en Vimmerby. Recibió el aviso sobre la muerte de su hermana estando en el trabajo. Por la tarde, vio que tenía una llamada perdida de uno de sus hermanos. Le llamó. Él le dijo que se sentara porque tenía algo horrible que decirle. Las palabras se le atoran en la garganta mientras declara. La sala está en silencio.

—Entonces entiendo que ha sucedido algo. Él está triste. Dice que no debería estar sola…

Se detiene para recuperar la compostura antes de continuar:

—Luego dice que Karolina no vive más. Yo me derrumbo en el suelo.

Durante toda su declaración, los abogados estrella permanecen inmóviles en sus asientos. Quizás no sepan mucho sobre lobos, hasta coquetean con su ignorancia

—Eriksson menciona de cuando en cuando al perrito de su esposa—, pero son más hábiles que la mayoría en derecho penal. La fiscalía ha llamado a una serie de testigos y expertos de todo el mundo. La defensa se conforma con uno solo: Mats Amundin. Testifica el mismo día que la hermana. Me doy cuenta de que lleva los mismos pantalones reforzados usados para actividades al aire libre que tenía puestos el día que nos conocimos. Los abogados de la defensa han llegado a la misma conclusión que yo: nadie más apropiado para responder preguntas sobre el manejo de los lobos socializados del zoológico que el antiguo director de investigación y actual asesor sénior. Yo mismo lo había entrevistado en su lugar de trabajo poco más de un año antes. Según los abogados, es probable que no exista

nadie en todo el mundo con mayores conocimientos y más amplia experiencia con lobos socializados que el zoólogo de casi setenta años de edad. En la sala, la fiscal Linda Schön le hace preguntas sobre la relación entre ser humano y lobo posterior a la crianza con biberón:

—¿Cómo se puede estar seguro de que los lobos consideran a alguien como su madre o su padre? —pregunta, y se acomoda las gafas sobre la frente.

Observa a Mats Amudin ahí, sentado en el estrado, que no es sino una silla con un atril provisto de un micrófono, ubicado en medio de la sala. El exdirector de investigación de Kolmården se inclina hacia el micrófono y responde:

—Lo ves en el comportamiento de los lobos contigo. Lo ideal es estar ahí todos los días. Es una gran inversión de tiempo e implica una curva de aprendizaje intensa.

Entre las primeras tres y doce semanas de vida, un lobezno se apega a los seres vivos que tiene cerca, explica el zoólogo. A esto se le llama impronta y es un fenómeno descubierto por el etólogo austriaco Konrad Lorenz. Dentro de una manada de lobos salvajes, ello significa que los lobeznos se apegan a la pareja alfa, es decir, a sus padres. En el zoológico, el papel de figuras paternas recae en cambio en las personas equipadas con biberones de fórmula nutritiva reemplazo de la leche. Mats Amundin describe la relación entre lobo y ser humano como cálida y positiva. Según él, la manada que mató a Karolina era de tamaño normal. Es habitual tener hasta una docena de lobos en los recintos del parque. No puede decir cuántas personas pueden hacer de padres de los lobos, pero que pueden ser más de dos, de eso está convencido. Había muchos que querían trabajar como guías en el recinto SÖKA, «ser parte de aquella cosa fantástica», como lo expresa Amundin.

La mayoría no tenía experiencia previa con los lobos. Razonablemente, no todos podían funcionar como padres, apunta la fiscalía. No, es verdad, admite Mats. Pero no puede imaginarse que fuera peligroso para los humanos estar en el recinto de los lobos. En particular, si uno tenía una relación de progenitor con ellos. Que un «papá o una mamá» entrara a ver a «sus amigos» los lobos se consideraba completamente libre de riesgos. La experiencia previa del parque así lo señalaba. Casi cuatro años y medio más tarde, aún no puede explicarse lo ocurrido aquella mañana.

—He pensado mucho en ello, pero no lo entiendo. Si alguien era la mamá, esa era Karo. Tenía una relación fantástica con los animales. La adoraban.

La sala 1 del tribunal de Norrköping está en silencio. La fiscal toma la palabra:

—Ha dicho que sabían cómo respondían los lobos

—Observa al experto por encima de las gafas—. ¿Ha reevaluado su conocimiento sobre los lobos? ¿Qué sabían en realidad?

Mats Amundin suspira y baja la mirada.

—Lo diré de esta forma —afirma, demorándose en sus palabras—, dado que no comprendemos esto, no podemos estar seguros de saber nada.

Al término de la audiencia y tras vaciarse la sala, Amundin se acerca a los familiares. Le da un abrazo reconfortante a la madre y estrecha la mano del novio con los ojos llenos de lágrimas. El juicio es un proceso agotador para todos los involucrados. De inicio, la mayoría de los presentes en la sala están convencidos de que lo sucedido es un accidente. Algo único e inusual, imposible de predecir, tal como lo describieran los medios inmediatamente después de que ocurriera.

Ambos fiscales, por el contrario, son de otra opinión. Las próximas semanas harán todo lo posible por convencer al tribunal de que el ataque es resultado de negligencia y descuido por parte de Kolmården. El responsable de la situación originada es el exdirector del zoológico, Mats Höggren, que durante el juicio permanece sentado, en silencio, entre los dos bien arreglados abogados. Se le acusa de homicidio imprudente grave. Un delito por el que puede pisar la cárcel. Los fiscales se enfocan en un detalle de la investigación que induce a pensar que la relación entre el personal de Kolmården y los lobos socializados puede no haber sido tan amistosa y relajada después de todo. Se trata de un ahuyentador de perros. Un aparatito que los carteros británicos usan como protección personal cuando están en servicio. Los agresivos perros guardianes, o simplemente los perros comunes no entrenados, se han convertido en un gran problema de salud y seguridad en el trabajo para los empleados de correos del Royal Mail. Cada año, más de 2600 carteros del Reino Unido resultan heridos mientras entregan el correo en los domicilios de dueños irresponsables. El ahuyentador de perros emite un sonido en una frecuencia tan alta que no es perceptible por los humanos. De acuerdo con la publicidad de la empresa que lo comercializa, también sería insoportable para otros cánidos. Mats Amundin ordena este dispositivo de protección por internet a petición de Per, uno de los guías más experimentados de Kolmården, quien ha trabajado en el zoológico desde 1974, es decir, por más de 40 años.

Per testifica ante el tribunal sobre un evento que lo habría impactado profundamente. Era el año 2000 y se disponía a hacer una tarea de rutina en el recinto de los perros salvajes africanos. Estos son, tal como los lobos, parientes lejanos de nuestros perros domésticos. Pero son más pequeños a comparación del lobo gris. Un perro salvaje africano adulto pesa poco menos de treinta kilos y habita la sabana y el semidesierto en manadas de hasta treinta individuos. Son cazadores

rápidos y efectivos que, como los lobos, persiguen a su presa en ataques coordinados conjuntos. La especie se encuentra en grave peligro de extinción a raíz de su caza intensiva y de las enfermedades padecidas a causa de los perros domésticos importados al continente africano.

Cuando Per se encontraba en el recinto, la manada de perros salvajes lo rodeó de pronto. Lo siguieron y, cuando se descuidó, se lanzaron al ataque. Sucedió inesperada y rápidamente. Per logró defenderse con ayuda de una barra de metal que había llevado consigo. Está convencido de que, de no ser por el arma de dos metros de largo, la manada lo habría matado. En verdad iban detrás de él. El incidente hizo que ya no sintiera que podía confiar en los animales en manada. No, tampoco en los lobos socializados. En el recinto Safari vivía en ese entonces un grupo de cuatro lobos que él mismo había criado, alimentándolos con el biberón. Era su figura paterna, o su «papá», en la terminología usada por Mats Amundin. A medida que los lobos crecían, la relación empeoraba, en especial con uno de ellos. Este macho se encontraba en el fondo de la jerarquía, incapaz de imponerse a los otros tres. En vez de eso, comenzó a probar y desafiar a Per.

El comportamiento amenazante continuó por varios años, en especial durante la primavera, el periodo de celo de los lobos. Entonces, solía atacar a Per. Se apoyaba sobre sus patas traseras e impulsaba las delanteras hacia los hombros de Per, apretando las mandíbulas cerca de su rostro y cuello. La táctica del hombre era ignorarlo y, luego de un rato, el lobo se cansaba. Pero las provocaciones se intensificaron y Per sintió que necesitaba alguna forma de ayuda para defenderse a sí mismo y a los visitantes que guiaba al interior del recinto. Pensó que un ahuyentador de perros le ofrecería la protección adecuada.

El dispositivo ultrasónico probablemente le habría sido útil durante una visita guiada en marzo de 2010, dos años antes del accidente mortal en el recinto SÖKA. Pero no alcanzó a sacarse el aparato del bolsillo. El problema es que, cuando un lobo decide atacar, lo hace en un instante y aparentemente sin previo aviso. En aquella ocasión, guiaba a un grupo de 15 turistas al interior del recinto Safari. Trabajaba solo. Por ello, no hubo quien pudiera advertirle cuando el macho se le acercó por detrás, acechante. Al parecer, el gran depredador lo pescó de una pierna frente a los horrorizados visitantes. Fue una mordida fuerte. Con la intención de causar dolor, sin duda. Los lobos socializados pueden mordisquear ropa y manos juguetonamente. Pero esto era diferente. La presión de las mandíbulas era contundente. El lobo lo soltó por un instante, quizás para cambiar el agarre, y Per logró zafarse.

El lobo se preparaba para un nuevo ataque, sin embargo, Per logró

defenderse gritando y gesticulando. Ello puso al animal a la defensiva. A diferencia de los guías más jóvenes, Per siempre se aseguraba de llevar un radio de comunicación, que se colgaba en el cinturón y ocultaba bajo la chaqueta. Cogió el aparato y dio la alarma a un compañero que momentos después apareció en el lugar. La visita, que debía ser un recuerdo para toda la vida para los visitantes, se interrumpió rápidamente; los sacaron del recinto, sobresaltados pero ilesos. Después de aquel evento, Per no se atrevió a volver al recinto en tanto el macho amenazante continuara ahí. Este le había demostrado claramente que ya no era bienvenido. Unos meses después, sacrificaron al lobo a causa de problemas renales. Entonces a Per le fue posible volver con los tres otros lobos que, alegres, lo saludaron. Pudo retomar su carrera como guía. Siempre llevaba el ahuyentador de perros en el bolsillo, por seguridad. Como último recurso. Lo usó en una ocasión: uno de los lobos olió a perro en el jersey de una mujer y rehusó a soltarle el brazo.

Per opina que todos los guías y cuidadores de Kolmården deberían estar equipados con un ahuyentador de perros. Pero los compañeros más jóvenes no quisieron escucharlo, según cuenta. Entre ellos había la idea de que, si uno necesita un ahuyentador de perros para atreverse a estar con los lobos, entonces quizás no debería entrar. Mi interpretación es que el necesitar de un recurso así se percibía como una debilidad de carácter. El problema no eran los grandes depredadores en el interior del recinto, opinaban, sino la persona y sus temores internos.

---

6 [*Los abogados*].

El musical de los delfines

Dos años antes del inicio del juicio, el último fin de semana de octubre de 2014, mi familia y yo nos subimos al auto y recorremos las dos horas que nos separan de Kolmården por la autopista E4, desde los suburbios del sur de Estocolmo. Gracias a nuestra membresía de una cadena de supermercados, conseguimos un descuento para visita al zoológico con estancia de hotel incluida. Es el fin de semana del Día de Todos los Santos, los últimos días de operación del zoológico esta temporada. Han pasado dos años y medio desde el ataque en el recinto de los lobos. He pensado en ello a menudo. Aún sigo esperando que alguien produzca un reportaje más largo y profundo sobre el evento.

El género de historias basadas en crímenes reales está de moda. Una serie de *pódcasts* y programas de televisión examinan asesinatos y desapariciones. Todos escuchan *Spår* y *Serial*. Todos ven *Making a Murderer* en Netflix. Pero nada sucede con el ataque de los lobos. Todavía hago búsquedas en internet sin encontrar información nueva. Poco a poco, empiezo a hacerme a la idea de que tal vez sea mi tarea averiguar qué hubo detrás de la extraña muerte en el recinto de lobos de Kolmården. El problema es que no soy reportero del crimen ni experto en naturaleza. He buscado «zoo-accidents» en Google, lo que resulta ser todo un género de fragmentos de vídeo de animales de zoológico atacando a humanos. He leído *La llamada de lo salvaje*. He ordenado algunos libros sobre zoológicos y lobos, pero sin llevar a cabo ninguna investigación más profunda. Una visita a Kolmården sería un buen comienzo, razono.

Pero, naturalmente, no presento la sugerencia de esa forma mientras ceno con mi familia.

—¿Quieren ver delfines?

—¡Síííí!

No somos los únicos en tener una membresía del supermercado o la idea de que Halloween es una ocasión perfecta para visitar Kolmården. La superficie asfaltada del estacionamiento del hotel Vildmarkshotellet está llena de vehículos. En el aire, se oye el sonido de portezuelas de auto cerradas de golpe y voces de padres inquietos. La fila para registrarse en el hotel es interminable. El vestíbulo está lleno de niños. Por fin nos dan nuestra habitación y podemos cruzar las puertas de entrada al zoológico. Uno de los primeros recintos cruzando de la entrada es el de los lobos. *Canis lupus lupus*. De acuerdo con la información de los letreros de Kolmården que cuelgan fuera del

recinto, los lobos viven en grupos familiares compuestos de una pareja de padres y sus cachorros de distintas edades. Los lobos también pueden vivir solos. A menudo, se trata de jóvenes que vagan en busca de sus propias parejas. El lobo es un cazador en extremo resistente y puede derribar grandes presas. En la información se lee que, principalmente, caza presas jóvenes, viejas o en cierto modo debilitadas, pues son más fáciles de atrapar. Es un depredador muy tímido.

Oteo a través de la cerca y alcanzo a entrever un pelaje gris y un par de ojos amarillos que miran fijamente. ¿Serán los mismos lobos que mataron a la mujer? No, mostrarlos al público sería macabro, pienso. Doy por sentado que sacrificaron a toda la manada tras el ataque. Por lo general, es lo que sucede con los animales del zoológico que escapan o atacan a humanos.

Al ser Halloween, el zoológico está lleno de brujas, zombis, hombres lobo y otras criaturas desagradables. Pero no me preocupan los monstruos. Lo que deseo evitar es que mis hijos, de cuatro y ocho años, se enteren por casualidad del incidente en el recinto de los lobos y me obliguen a dar explicaciones. ¿Cómo es que una joven se encontraba sola en un recinto con una manada de lobos? ¿Qué hizo que los lobos decidieran matarla, a ella, que había sido como su madre? Estas preguntas amenazan con destruir la imagen ilusoria de la relación entre el ser humano y la naturaleza salvaje alimentada por un zoológico que desea comunicarla. Le he prometido a mi pareja no cargarme esta excursión familiar ocupándome demasiado del ataque de los lobos.

—Rápido —le digo a los niños—, apresúrense para no perdernos el espectáculo de los delfines.

Aún no he alcanzado a reflexionar que la información de los letreros adyacentes al recinto no coincide, de hecho, con las condiciones en las que vive un lobo en el zoo. La manada que mató a Karolina no estaba compuesta de una pareja de padres y su descendencia, como en la naturaleza, sino de hermanos de camadas distintas arreados a un mismo recinto. Todos machos. Y esa no es la única condición antinatural. Los animales del zoológico no cazan, sino que comen pedazos de animales ya muertos. No recorren trechos de bosque como hacen los lobos salvajes, sino que están constreñidos en su muy limitada y cercada superficie. No tienen cachorros. Y a los lobos de Kolmården no les asustan los humanos. En general, la vida como animal de zoo no tiene mucho en común con la vida de un lobo en libertad. Condiciones de vida similares prevalecen, claro está, para los otros animales en cautiverio en Kolmården. Tigres y leones viven una existencia de restricciones. Pero quizás no haya otro animal para el que el contraste entre libertad y cautiverio dentro del zoológico sea

mayor que para los delfines.

Nos apresuramos a recorrer el zoo. Nos cruzamos con los camellos y las cebras en la llamada sabana. Pasamos por donde están las focas y los perros salvajes africanos antes de llegar al delfinario. Al espectáculo de la vida, *Life.* Es una especie de musical animal en el que los delfines nariz de botella son los personajes principales. Con ayuda de pirotecnia, la potente voz masculina de un locutor y versiones instrumentales de conocidas melodías de películas, se cuenta la historia del origen del mundo. Se apagan las luces del gran auditorio. En una pantalla gigante se proyectan animaciones fascinantes. Es la típica historia de superhéroes. En el principio de los tiempos, todo era paz y alegría. La tierra era un paraíso exótico en el que los mamíferos marinos vivían juntos coordinadamente. Entonces apareció el ser humano y lo destruyó todo con sus peligrosas sustancias químicas. Alguien tenía que salvar al mundo de la destrucción. Y ese es un trabajo para los superinteligentes delfines. En colaboración con personas de buen corazón y conciencia ambiental, detienen la degradación de la naturaleza y todas las especies animales de la tierra pueden seguir viviendo juntas en amor y armonía. El musical *Life* me recuerda a las imágenes que vemos en los folletos de los Testigos de Jehová; esas que muestran familias tradicionales, vestidas de manera conservadora, que conviven con leones y otros animales salvajes en medio de una naturaleza deslumbrante. Es como estar en un avivamiento evangelista. Aplaudimos a los hábiles delfines que realizan sus trucos haciendo que el agua salpique. Los niños vitorean y aúllan de risa. Pero no puedo evitar sentirme un poco mal. Veo un grupo de animales de circo entrenados para hacer trucos. Es difícil no preguntarse cómo experimentan los delfines aquella participación en algo más parecido a una gira de Lady Gaga que a su biología marina natural. Aparte del brillante arenque plateado con el que se los recompensa tras ejecutar bien un truco, no hay nada más que se asemeje a su vida en la naturaleza. Comunicar narraciones épicas delante de un público es un comportamiento netamente humano.

Mientras transcurre el espectáculo, me imagino cómo se sentiría uno encerrado en un espacio diminuto cubierto de azulejos por seres extraños que me alimentan, juegan conmigo y, múltiples veces al día, me obligan a interpretar la destrucción de la tierra al ritmo de *My Heart Will Go On,* de Celine Dion. Suena a pesadilla. Los delfines tienen cerebros grandes y bien desarrollados y son capaces, como nosotros, de sufrir de ansiedad y depresión; en cautiverio, viven menos que sus parientes salvajes. Se dice que incluso pueden suicidarse. Flipper lo hizo; o, mejor dicho, uno de los delfines que hizo el papel del hábil y servicial delfín en la serie de televisión

estadounidense. Se llamaba Kathy. Ella y los otros delfines fueron capturados en el mar y entrenados por el estadounidense Richard O'Barry. Tres años después de que se emitiera el último episodio de *Flipper* en la cadena NBC, fundó The Dolphin Project en 1970, una organización activista en contra de la explotación de delfines. Tras su participación en el documental de 2009 *The Cove*[7], que trata sobre la matanza en masa de delfines en Japón, se convirtió en un mundialmente reconocido activista protector de los animales.

Quizás parezca algo paradójico. Después de todo, Richard O'Barry había hecho carrera en el mundo del espectáculo cazando y entrenando delfines salvajes. La razón que lo llevó a cambiar de bando fue el suicidio de Kathy. O'Barry solo puede explicar lo sucedido en el acuario Seaquarium de Miami en 1970 afirmando que su delfín favorito se quitó la vida.

Terminada su carrera actoral, Kathy pasaba la mayor parte del tiempo en un tanque metálico lleno de agua. A veces participaba en demostraciones frente al público en las que balanceaba pelotas en la nariz, saltaba a través de aros *hula hoop* y la recompensaban con pescados pequeñitos sacados de un cubo de plástico. Según O'Barry, esta vida deprimió profundamente a Kathy. La respiración de los delfines y las ballenas no ocurre automáticamente como en nosotros, los humanos. Cada respiración es un acto consciente, lo que significa que estos mamíferos acuáticos pueden acabar con sus vidas en cualquier momento simplemente dejando de respirar. Y de acuerdo con Richard O'Barry, eso fue justamente lo que sucedió. Kathy respiró por última vez, cerró su orificio nasal y murió en los brazos del entrenador. En julio de 2014, unos meses antes de visitar el zoológico de Kolmården con mi familia, el antiguo entrenador de delfines participa, junto a otros 150 activistas de la Alianza por los Derechos de los Animales[8], en una manifestación a las puertas del zoo. O'Barry compara las condiciones de vida del delfinario a la esclavitud, pues se obliga a los animales a hacer trucos para recibir suficiente comida. Los manifestantes exigen el cierre inmediato del delfinario de Kolmården y la liberación de los animales. 56 delfines han muerto en los tanques de Kolmården desde la apertura de las instalaciones en 1969.

Por supuesto, no le cuento esto a mis hijos, sentados en las graderías del delfinario. Por el contrario; quiero que nuestra visita al zoo sea una experiencia memorable. Mi esperanza es que Kolmården los haga desear proteger a los animales y al ambiente, además de poder aprender algo sobre la vida silvestre. No obstante, una visita a Kolmården con estancia de hotel incluida es bastante cara y sería penoso sentir que no obtuvimos valor por nuestro dinero. Así que me esfuerzo en mantener a los chicos de buen humor. Si parecen aburridos, los animo. Leo en voz alta los letreros informativos y señalo

los diferentes animales en los recintos para que los vean. Se preguntan por qué los animales duermen tanto y cuándo comen, y yo miro con atención el reloj, intentando coincidir con las horas de alimentación de focas y glotones.

Más tarde, ese mismo día, nos balanceamos en silencio en las góndolas del teleférico sobre el parque safari y sobre leones que bostezan. Vemos chimpancés tirándose fruta y heces los unos a los otros en el primaterio, para alegría de mis hijos —que no disimulan para nada—. Cuando veo al enorme gorila solo en un rincón, sentado, con la mirada triste y los largos brazos abrazándose el cuerpo, apunto en otra dirección. ¡Miren al monito que se cuelga del árbol! ¡Qué divertido que juega!

Consigo evitar las preguntas más espinosas acerca de hasta qué punto es ético tener animales en cautividad. A fin de cuentas, resulta una excursión exitosa. Los niños caen exhaustos y se quedan dormidos en sus camas de hotel después de pasar varias horas bañándose en el parque acuático durante esa tarde. Pero yo no puedo sacudirme la sensación de que nos encontramos en un lugar profundamente absurdo y, a decir verdad, espantoso. Claro que puede deberse a las fechas. Después de todo, es Halloween.

---

7 [*La ensenada*].

8 *Djurrättsalliansen*, en sueco.

Lobo Park

El verano siguiente me encuentro en un auto rentado, diminuto y poco apto para carretera, y conduzco a lo largo de la A-343, en medio de las montañas de Andalucía, en el sur de España. No corre el aire. El calor hace que el camino vibre y, por las ventanillas, se observa un paisaje rocoso y borracho de sol. Para entonces me he decidido a profundizar en el ataque de los lobos y he dado un paso en mis investigaciones. He averiguado que existen seres humanos alrededor del mundo que han abandonado parcialmente la vida civilizada para, en cambio, vivir con los lobos. Desde la década de 1970, se han construido parques en distintos lugares del planeta en los que los entusiastas crían y mantienen en recintos a estos depredadores que se organizan en manadas. Principalmente para investigarlos, se dice. Pero en ciertos casos la finalidad es menos clara. Parece que todos ellos simplemente gustan de socializar con los lobos.

Paso Córdoba, llego a la ciudad de Antequera —apodada el corazón de Andalucía— y me pierdo en callejuelas que serpentean por entre las blancas casas encaladas. La ciudad se fundó en la época romana y era conocida a lo largo del imperio por su aceite de oliva. En el año 711 fue conquistada por los árabes; en el 1212, una alianza de reyes cristianos venció a los moros musulmanes. A ello le siguieron las atrocidades de la Inquisición.

Encuentro una salida y avanzo a todo gas y de subida por caminos aún más angostos. El paisaje, con sus montañas rocosas, siempre ha sido un hábitat natural para el lobo ibérico. Su relación con los seres humanos, entre tanto, ha sido mucho más tensa. Durante la dictadura de Franco, se declaró al lobo como una plaga y se promovió una campaña para eliminar completamente a la especie en España. Los lobos sobrevivientes han sido cazados con entusiasmo, y en los alrededores de Sierra Morena apenas queda una cincuentena de ejemplares en libertad. Unos dos mil se esconden en las montañas distantes del noroeste del país, lo que convierte a España en uno de los países europeos más ricos en lobos.

Al fin llego a Lobo Park, un solitario complejo con apenas algunos edificios y grandes recintos rodeados por altas cercas electrificadas. Una mujer abre una pesada verja y conduzco hacia adentro. Se presenta como Alexandra Stieber. Momentos después aparece su esposo. Un hombre afable y alto de rostro moreno curtido por los elementos. Daniel Weigend llega caminando por el césped en compañía de un enorme perro lobo irlandés; delgado, pero fuerte,

lleva un sombrero de piel de ala ancha, más o menos a lo Cocodrilo Dundee. Tiene los antebrazos, que se asoman por la camisa arremangada, llenos de laceraciones. Carga dos biberones de sustituto de leche y me hace la seña para que lo siga hasta un pequeño cobertizo rodeado por una cerca. Allí dentro, el piso está cubierto de serrín. Hay un olor acre a desechos animales. Una hamaca cuelga extendida.

—Aquí es donde paso la noche por el momento —dice Daniel Weigend.

La hamaca parece bastante incómoda para ser su cama, pienso yo, mientras él, con mano firme, alimenta a ambos lobeznos. Desde el año 2000, él y su esposa Alexandra administran Lobo Park, lugar para el estudio de las manadas de lobos. Los turistas también pueden visitarlo. Pero me pregunto si no será que Lobo Park existe, ante todo, por puro gusto de Daniel Weigend. Más tarde, sentados al sol en unos amarillentos muebles de jardín de plástico mientras bebemos cerveza fría, echa la cabeza hacia atrás y aúlla. Obtiene la respuesta inmediata de un coro de lobos y sonríe burlón y triunfante. Daniel Weigend es uno de esos hombres en busca de libertad que parece encontrarse mejor entre animales salvajes que entre personas, y dice que odiaba la vida en la ciudad.

—Las ciudades son basureros y hacen enfermar a la gente. Todo lo malo se reúne ahí —dice.

Treinta años atrás laboraba como director creativo para una gran agencia de publicidad en Berlín, pero no soportó engañar a la gente para sacarle dinero, según dice.

Weigend tiene muchas opiniones controvertidas, lo que probablemente no lo hiciera muy popular entre sus compañeros de oficina en Berlín. Por ejemplo, se dice dudoso de que el aterrizaje en la Luna verdaderamente haya sucedido. También está convencido de que gran parte de la humanidad será exterminada en los próximos cien años. Siente lástima de que, en la actualidad, partes de Suecia estén sometidas a la sharía y que el país se encuentre al borde de una guerra civil. Por mi parte, pienso que una de las ventajas de socializar con los animales es que nadie cuestiona tu visión del mundo. No hay discusiones, nadie se ofende, nadie se para de la mesa tan iracundo que la vajilla y los cubiertos tintinean y la silla termina de cabeza. Entre lobos, puedes conspirar a tus anchas. Les da lo mismo el capitalismo global, el feminismo, el incremento de las temperaturas, las oleadas de refugiados y el apocalipsis inminente. Las expectativas de los lobos giran alrededor de la comida, el sexo y la supervivencia. Más o menos en ese orden. No he venido a debatir sobre las políticas suecas en torno a la migración y, a pesar de los prejuicios de Daniel Weigend, parto de que sabe de qué habla cuando de lobos se trata.

Después de todo, este hombre ha vivido entre ellos por más de tres décadas. Levanta el antebrazo bronceado lleno de cicatrices. Justo por debajo de la muñeca, la articulación se ve un poco torcida, como si una fractura no hubiera sanado como debería.

—Tenía un macho, un bribón de casi setenta kilos —dice—. Lo llamaba Sumo, y él me dejó así la muñeca. Naturalmente, habría podido quebrármela fácilmente de haberlo deseado. Pero fue una prueba. Buscaba debilidades. Ese lobo me atacó cientos de veces.

Se acomoda el sombrero y le da una calada al cigarrillo liado a mano.

—Tuve que escuchar cómo se partía mi muñeca, pero sin poder ni hacer una mueca. De haber gritado o caído al suelo, habría tenido a los otros lobos sobre mí de inmediato.

Daniel Weigend dice que no tenía otra opción. De haber dominado al macho descarado, la balanza de poder habría cambiado y se habría adaptado a él, lo que habría puesto en riesgo la idea subyacente a la existencia de aquellas instalaciones. La finalidad de Lobo Park es estudiar científicamente los comportamientos de la manada de los lobos, dice. El hombre bronceado por el sol se encoge de hombros.

—Por lo menos habría sido una muerte sin dolor. Si los lobos me hubieran atacado, todo habría terminado antes de que pudiera sentir cualquier cosa.

Según Weigend, lobos y perros se parecen entre sí hasta llegar a la madurez sexual. La diferencia es que el perro jamás deja el estadio de cachorro, sino que sigue dependiendo de su amo o ama por el resto de su vida.

—Por eso el perro se queda con nosotros. Para un lobo, la vida adulta significa algo completamente distinto: una enorme responsabilidad. En algún momento debe abandonar a su familia para formar una manada nueva. Debe conquistar territorios nuevos. Debe economizar energía pues nunca sabe cuándo volverá a comer.

La diferencia entre un perro y un lobo que ha alcanzado la madurez sexual se puede ver en las huellas que dejan en la nieve, dice. El perro corre en círculos y desperdicia fuerza y energías, mientras que el lobo adulto se mueve con eficiencia y poco gasto de energía. Un lobo adulto que avanza entre el punto A y el punto B deja huellas en línea recta tras de sí.

Para el lobo, la pubertad es una época de incertidumbre, pues las relaciones de poder en el seno de la manada son puestas a prueba y las jerarquías pueden cambiar con rapidez, explica. En tales conflictos, el lobo es implacable. Los individuos de la familia que no se someten al orden de la manada se vuelven una carga para el colectivo. Son atacados, pueden salir muy lastimados o incluso muertos. De acuerdo con Daniel Weigend, el lobo tiene una capacidad extraordinaria para localizar enfermedades, debilidades y discapacidades en otros

miembros de la manada y en sus presas. Debilidades que puede explotar. El hombre que tengo sentado a la mesa frente a mí afirma que ha visto a sus lobos marcar claramente a visitantes de Lobo Park. Pero suele guardar silencio al respecto. Ha sucedido, afirma, que los lobos notan enfermedades graves antes de que el afectado, felizmente ignorante de, por ejemplo, sufrir de un tumor cancerígeno, siquiera haya recibido un diagnóstico. Un rasguño o una temperatura corporal ligeramente elevada bastan para captar la atención de los lobos. Perciben, inmediatamente, si un visitante no se encuentra bien.

Más adelante veré un vídeo de Kolmården que confirma la tesis. Muestra a una mujer sorda de visita en el recinto donde sucedió el ataque. A los lobos les resulta muy interesante su discapacidad y la rodean. El resto de los visitantes les dan igual. La guía, que en esa ocasión trabajaba sola, se ve obligada a proteger a la mujer con su cuerpo. Finalmente, anima al resto del grupo de visitantes a ponerse de pie para distraer a los lobos. No es sino hasta que empiezan a moverse que los lobos pierden el interés y la mujer, claramente impresionada, puede abandonar el recinto y ser llevada a un lugar seguro.

La manada de lobos que atacó y mató a su cuidadora en Kolmården estaba formada por ocho machos de poco más de tres años. Según Weigend, la edad de los lobos probablemente sea la explicación más importante del cómo fue posible que ocurriera aquella tragedia. A diferencia de los directivos de Kolmården y de los expertos en animales que se pronunciaron ante los medios de comunicación tras el incidente, él no se muestra ni un poco sorprendido.

—Al contrario, lo que me sorprende es que un accidente así no sucediera antes. Me parece peligrosísimo, además de un delito, permitir a los turistas acercarse a una manada de lobos —dice.

En Lobo Park, solo Daniel Weigend y su esposa Alexandra tienen permitido entrar al recinto de los depredadores. Cuando le muestro imágenes de revistas del corazón en las que aparecen celebridades y estrellas del deporte abrazando y mimando a los lobos de Kolmården, apenas puede creérselo:

—Es una locura. Una locura total…

Se retrepa en la silla y le da otra calada a su cigarrillo. Se ve que está indignado:

—Lo que tenemos aquí son depredadores salvajes. El recinto es el hogar de los lobos, su dominio. Esto es como si tuvieras un pariente molesto que, sin pedirte permiso, invita a un montón de extraños a tu casa.

Sacude la cabeza, apaga el cigarrillo y de inmediato comienza a liar otro. El sol quema y le doy un trago a mi cerveza, que se me ha quedado tibia.

—Manejar a los lobos de esa forma requiere que su cuidador los domine. La manada termina viendo a las personas como opresores y esto los enfada. Los lobos son fenomenales para localizar puntos débiles, créeme.

El encendedor hace su aparición. Weigend da una calada profunda y saca el humo por la nariz.

—Van a buscar y van a probarte día tras día y, al final de cuentas, te llevarán la ventaja. Para mí, la muerte de esa chica es una consecuencia directa de la mala gestión a la que fueron sometidos los animales.

Sus palabras me hacen estremecer. Pero la pregunta es si Daniel Weigend es digno de confianza. Es un interesante amante de la naturaleza, pero las teorías conspiranoicas y la aversión a todas las formas de vida civilizada me vuelven un poquito suspicaz. Me doy cuenta de que debo volver a Kolmården. Alguien tiene que hacer preguntas en torno a por qué en el zoológico más grande del norte de Europa se hizo una evaluación completamente diferente de los riesgos que implicaba el acercamiento entre humanos y una manada de lobos.

Los gladiadores

Un par de meses después, paso con una camioneta Subaru por las puertas de la parte del zoológico de Kolmården en donde solo pueden estar los animales y el personal. Es un día gris y nublado. Al volante está Mats Amundin. Con su barba salpicada de canas y sus modales discretos, me recuerda al esquiador Thomas Wassberg. Lleva camisa y unos pantalones de la marca Fjällräven resistentes al desgaste; al cuello, sujetas con un cordel, un par de gafas para leer. Ha trabajado en Kolmården desde la inauguración del delfinario en 1969; desde 1977 es zoólogo de la institución. El primero en Suecia en ostentar ese título.

Pertenece a la generación que se manifestó contra la guerra en Vietnam e inventó el *rock'n'roll*, aunque a él le interesaba más lo que sucedía en las profundidades del mar. En una entrevista con la estación P4 de la radio sueca, reveló que lo que hizo que comenzara a soñar en trabajar con animales exóticos fue la serie de televisión *Flipper*. La televisión estatal de Suecia la emitió en versión blanco y negro en 1967. Amundin todavía puede tararear la distintiva melodía grandilocuente que termina con el delfín emitiendo su característico sonido —quien ha escuchado la melodía de *Flipper* alguna vez, jamás podrá sacársela de la cabeza—, y yo evito mencionar la manifestación a las afueras del zoo el verano anterior. No quiero perturbar el ambiente hablándole del activista promotor de los derechos animales Richard O'Barry y de la trágica muerte de su amiga delfín Kathy. La grava cruje bajo los surcos profundos de los neumáticos. Mats y Karolina eran compañeros y amigos y, según el obituario del periódico *Borås Tidning*, él pronunció un discurso muy emotivo y apreciado el día del entierro. No he sido muy claro en cuanto a la finalidad de mi visita. Pero sé que antes de que termine el día debemos hablar de lo sucedido en el recinto de los lobos. Debemos hablar de que los depredadores son peligrosos. De que están programados genéticamente para atacar a otras criaturas —para conseguir comida, reclamar su territorio, asegurar la diseminación de sus genes— y de que es un comportamiento que puede afectar a las personas a su alrededor. Ante todo, deseo confrontarlo con la opinión de Daniel Weigend de que el manejo de los lobos de Kolmården se basaba en métodos inapropiados y, por lo tanto, era una bomba de tiempo en sí mismo, que detonaría en cualquier momento. Me preocupa la reacción de Mats Amundin. Él, a diferencia del exdirector creativo de Lobo Park, ostenta méritos académicos: es profesor visitante de zoología en

la Universidad de Linköping; ha participado en una serie de estudios y reportes científicos; es consejero sénior y exdirector de investigación de Kolmården, lo que significa que debe saber de lo que habla. Apoyarse solamente en los dichos de un ermitaño alemán que vive con sus lobos, aislado en las montañas de Andalucía no es algo precisamente sólido. Soy consciente de que necesito más hechos.

Por esa misma razón, el año pasado he llamado al fiscal en al menos cuatro ocasiones. Le he dado la lata respecto a la investigación, preguntando si ya se ha decidido a levantar cargos. Tengo la sensación de que se informó a los medios de únicamente una fracción de las circunstancias en torno al accidente, y de que en los interrogatorios del inspector Wallberg se ocultan pistas fundamentales e incluso una respuesta a lo que en verdad sucedió en el recinto de los lobos. Para que el material se haga público es necesaria una imputación. De no levantarse cargos, todo se destruirá y nadie tendrá ni la más mínima idea de por qué la manada de lobos decidió matar a su cuidadora aquella fatídica mañana de junio de 2012.

La respuesta del fiscal continúa siendo igual de vaga. La ya enorme investigación aún necesita completarse, dice. El caso es complejo. Es necesario entrevistar a más testigos y expertos antes de poder tomar una decisión. El fiscal me pide comunicarme de nuevo dentro de unos meses.

Tiempo después, por fin tendrá suficiente información sobre el accidente y los eventos que desembocaron en él y decidirá levantar cargos por delitos contra la salud y la seguridad en el trabajo y homicidio imprudente. En aquel futuro, Mats Amundin será llamado al juicio como experto. Pero, aquel otoño de 2015, sentado a su lado en aquella Subaru todo terreno, no tengo ni idea de que todo eso sucederá. En aquel momento aún no he logrado hacer ninguna entrevista con los involucrados ni he intentado reunir las piezas del rompecabezas sobre lo que hay detrás del ataque. Aún no hay reporte de la autopsia que pueda explicar qué heridas causaron la muerte de la guía. El hecho es que ni siquiera sé si fueron los lobos los que mataron a la treintañera. Tampoco sé mucho sobre cómo es el manejo de los lobos en el zoológico. Ni siquiera he comprendido que Kolmården tiene dos manadas de lobos en dos recintos separados. Las circunstancias en torno a la muerte de la mujer son completamente desconocidas para el público y para mí hasta que el fiscal por fin levanta cargos. En 2015, todo lo que sé es que se ha hallado a una mujer en un recinto de lobos, sin ropa y muerta en circunstancias extrañas. Ese es el punto de partida. Luego he conocido a un hombre en Andalucía que afirma que la muerte era de esperarse dadas las circunstancias reveladas en los periódicos.

Lo que tanto Amundin como yo sabemos de cierto es que el lobo es

un animal muy controvertido. La cuestión del lobo despierta emociones profundas y opuestas entre la población. Mi misión aquel día es escribir un ensayo sobre la historia cultural del zoológico para el periódico *Svenska Dagbladet*. Es posible que se lo haya hecho saber, no muy honestamente, a la responsable de relaciones públicas del zoo. Ella se muestra servicial; además, que ese mismo año el zoológico celebre su 50 aniversario probablemente facilita mi visita. Mats Amundin se convierte en mi guía. La Subaru se detiene frente a los leopardos de las nieves. Bajamos y cerramos las portezuelas de golpe. El sonido atrae a los felinos. Uno de ellos mira por un pequeño hueco cuadrado en la pared de hormigón. Un cristal grueso separa nuestros mundos. El pelaje del animal es gris, moteado y grueso; las orejas, pequeñas para no congelarse con el frío; las garras, grandes y equipadas para caminar sobre una capa de nieve endurecida. Sale de un brinco de su guarida de hormigón y revela una cola excepcionalmente larga, de casi un metro. Amundin describe cómo la usa para mantener el equilibrio al saltar entre las rocas de las montañas. Se nota que está acostumbrado a hablar sobre animales salvajes. Escucharlo es entretenido y pedagógico. Pienso que sería bueno como presentador de televisión, sin saber que, durante la década de 1980, fue justamente uno de los hombres de camisa a cuadros y voz suave que explicaba la vida de los animales salvajes a millones de televidentes suecos, entre otras cosas, como experto en *Café Norrköping* y *Ett med naturen.* Sonríe y se acaricia la barba despeinada y abundante. Señala al leopardo, que salta hacia una saliente de roca en el recinto. La cola puede más o menos hacer las veces de bufanda para protegerle el rostro cuando el viento sopla en las laderas del Himalaya, explica. Qué bien, pienso yo, y leo los carteles de información que hay junto al recinto. El mensaje que ofrecen se enfoca principalmente en el codiciado pelaje del animal. Su caza furtiva y la falta de alimento en Asia central han hecho que el leopardo de las nieves, que se alimenta de liebres y cabras, se vea fuertemente amenazado. Apenas quedan algunos miles de ejemplares en libertad. Por solo 30 coronas suecas al mes puedo convertirme en padrino del leopardo y colaborar en la captura de ejemplares salvajes para su marcaje con un dispositivo GPS; así, los científicos podrán seguir los movimientos del animal en el terreno montañoso y obtener el conocimiento necesario para conservar a la especie en el futuro. La conservación de especies en peligro de extinción es fundamental para los zoológicos modernos.

Todo suena a tecnología punta, progreso y, ante todo, ciencia. Así que debo recordarme que Kolmården no es principalmente un complejo de investigación, sino, más bien, un parque de atracciones para familias con niños. El público meta exige, más que nada,

entretenimiento. Por eso Wildfire se encuentra en construcción durante mi visita; es la montaña rusa de madera más grande del norte de Europa y alcanza una velocidad máxima de 113 kilómetros por hora. Por eso, en el Vildmarkshotellet hay un costoso parque acuático. Y también por eso se acaba de inaugurar el Mundo de Bamse, donde los más pequeños pueden conocer en vivo a los amados personajes de la serie de historietas y dibujos animados de Rune Andréasson; entre ellos está Vargen, el personaje que, en su biografía, refleja cómo fue cambiando la imagen del depredador salvaje y rodeado de mitos a lo largo del siglo XX en Suecia.

Al principio, Vargen era el campeón mundial en maldad, un temido cabecilla de la Asociación de Malos muy Malos. Huérfano a causa de un incendio forestal y criado por tres primos lobos criminales, nadó contracorriente desde el primer día. Slugger, Tyker y Urk ni siquiera se molestaron en ponerle nombre, simplemente lo llamaron Vargen, «el lobo». Su comida de bebé fueron salchichas y cerveza. Pero a diferencia de sus primos, que eran caso perdido, Vargen era, en el fondo, bueno. Ante la perspectiva de disfrutar de la hermandad de la Pandilla Bamse y poder cuidar de Billy Boy y del resto de los caballos, Vargen abandona su trayectoria criminal. Se dice que su historia es la narración de Andréasson que más lectores desean que se repita, y para que eso suceda se acercan a los editores de la historieta.

En el Mundo de Bamse, un empleado temporero se pasea por ahí en su peludo disfraz de lobo negro, abrazando a los niños. La sonrisa de Vargen es estática y sus ojos grandes siempre están bien abiertos. Es fácil imaginarse lo calurosa y sofocante que ha de resultar aquella cabeza tan acolchada y pesada, pero es un trabajo que rinde sus frutos; las inversiones de Kolmården en el Mundo de Bamse y otras nuevas atracciones han dado resultado: más de 700.000 entradas vendidas hacen del zoológico uno de los destinos turísticos nórdicos más populares.

Mats Amundin recibe una llamada. Es la estación de radio P4 Östergötland; desean hacerle algunas preguntas sobre un delfín salvaje que, para entusiasmo de muchos, ha sido avistado en Bråviken. El otrora director de investigación responde paciente las preguntas del reportero. Se siente cómodo en el papel de experto en animales. Yo deambulo frente a los leopardos de las nieves. Sigo leyendo los letreros de información y miro a mi alrededor. Un par de mujeres jóvenes vestidas con uniformes de trabajo de Kolmården se acercan caminando. Dado que Amundin está ocupado con su llamada, pienso que tal vez sea una buena oportunidad para preguntarles cómo vivieron el trágico accidente en el recinto de los lobos. No alcanzo a presentarme cuando Mats Amundin ya ha reaparecido a mi lado. Me deja muy claro que he de hacerle a él, y a nadie más, cualquier

pregunta sobre el zoológico en general y sobre el accidente de los lobos. Me siento estúpido y, desarmado, me encojo de hombros y subo de nuevo a la Subaru. Por el retrovisor veo a las dos cuidadoras que charlan entre sí. Me pregunto de qué hablarán.

Dejamos a los leopardos de las nieves y seguimos adelante por el angosto camino asfaltado, en dirección a uno de los recintos de lobos de Kolmården. El tiempo sigue nublado y lluvioso. En algún momento, Kolmården fue el municipio más pequeño de Suecia, y el zoológico una empresa municipal. Ya no es así. Desde 1971, Kolmården es parte del municipio de Norrköping. El zoológico se privatizó en 1997 y, a principios del nuevo siglo, las operaciones pasaron a manos de Parks & Resorts, su nuevo dueño, que también posee el parque de atracciones Gröna Lund en Estocolmo, Furuvik, a las afueras de Gävle, y Skara Sommarland.

—Para nosotros, en Kolmården, lo más importante es educar a la gente —dice Mats Amundin sentado al volante—. Cada recinto ha de contar una historia. Lo que ofrecemos es infoentretenimiento, es decir, conocimiento y entretenimiento combinados.

Fue así como nació la idea de Contacto Cercano con Lobos, es decir, que a los visitantes del zoo se les permitiría, a cambio de un pago, socializar con los lobos en los recintos del parque. A finales de la década de 1990, la población de lobos suecos anteriormente extinta se había dispersado por ciertos territorios a lo largo del país, con un total de unos setenta ejemplares. A partir de tal multiplicación, algunos de esos ejemplares comenzaron a moverse y buscar nuevos dominios y lugares donde vivir. Unos cuantos lobos salvajes habían dejado sus huellas en Östergötland. En las cercanías de Rejmyre, al norte de Norrköping, los cazadores hallaron cadáveres de alce que parecían haber sido desgarrados por lobos. A partir de entonces, los lobos parecieron desarrollar un gusto por el ganado. Corrales de ovejas del área sufrieron ataques. Mats Amundin y sus compañeros observaron cómo la actitud entre la gente local cambiaba a medida que la población de lobos se fortalecía. El milenario odio hacia ellos comenzó a encenderse de nuevo. En Kolmården habían criado camadas de lobos alimentándolos con biberón desde inicios de la década de 1980. Domar a aquellos esquivos depredadores facilitó su manejo por parte del personal.

—Ya no necesitábamos dispararles con dardos somníferos para poderlos revisar —dice Amundin y mete el freno al toparse con el recinto, que se encuentra justo pasando la entrada del zoológico.

Se baja y cierra de golpe la portezuela.

Los dóciles lobos de Kolmården ocuparon mucho espacio en los medios de comunicación suecos. Estos ayudaron a diseminar la imagen del lobo como animal sociable, de compañía. Devil —el macho

criado con biberón— y sus hermanos estaban acostumbrados a las manos humanas. Se dejaban acariciar gustosos y se acurrucaban con el personal. La manada de Devil fue la primera en recibir visitas de gente ajena al zoo continuamente en su recinto. Algunos de los empleados llevaban a amigos y familiares interesados a ver a los lobos una vez que el zoo cerraba. Resultó ser una aventura muy valorada. Ni los visitantes ni los empleados habían tenido razón alguna para creer que los animales pudieran ser peligrosos. Por el contrario, los depredadores parecían apreciar la compañía. Mats Amundin y sus compañeros estaban seguros de que, si los pobladores de los alrededores tenían la posibilidad de compartir esa experiencia, verían a este fascinante animal con otros ojos.

Se pusieron en contacto con la Unión Sueca de Cazadores o SJF, por sus siglas en sueco[9], que, con sus 145.000 miembros, es la asociación sin fines de lucro más grande del país en lo que respecta al cuidado de la fauna y conservación de la naturaleza. Juntos, la SJF y Kolmården invitaron a habitantes del norte de Östergötland a una reunión, cara a cara, con los lobos.

—Pudimos mostrarles a los visitantes cómo se comportan los lobos dentro de su familia, que tenían personalidades alegres y que buscaban el contacto; la gente pudo observar la fuerza bestial de estos animales. Cuando uno los escucha aullar, se siente en el estómago. Fue estimulante para nosotros, para los lobos y para los visitantes.

En el contexto de estos encuentros incipientes con los lobos, Mats Amundin y sus colegas tuvieron la oportunidad de ofrecer una alternativa —una mirada objetiva, según el exdirector de investigación— a las leyendas e historias de terror que habían comenzado a circular de nuevo por los alrededores. Se aseguraron de no tomar partido en aquel feroz conflicto. Los periódicos del área elogiaron la iniciativa del zoo. Para los noticieros locales, los alegres y curiosos lobos resultaron ser el perfecto cierre cómico de la emisión, antes del pronóstico del clima. En la prensa nacional, la manada de lobos domesticados se volvió una más de las emocionantes curiosidades del zoológico de Kolmården. La idea de un nuevo producto-experiencia comenzó a tomar forma en las mentes de los directivos del zoo.

En el 2000, en el hogar del cuidador Thomas y de su familia se cría una camada de cinco lobeznos. Son todos machos, dado que se ha descubierto que una manada con hembras se vuelve agresiva y ansiosa con la llegada de la primavera, época del apareamiento. Así, no hay reproducción entre los lobos resguardados en los recintos del zoo. Los lobeznos de la nueva camada les deben sus nombres a los populares gladiadores del programa de entretenimiento de la televisión TV4.

En noviembre de ese mismo año, en las secciones del corazón de los

tabloides se puede leer cómo los gladiadores humanos visitan el recinto. Zeke, Isor, Korax, Atlas y Tromb se revuelcan con… así es, con Zeke, Isor, Korax, Atlas y Tromb. Incluso la presentadora y estrella de la televisión Agneta Sjödin los acompaña. El diario vespertino *Expressen* escribe: «Le temblaban un poco las rodillas al entrar con los lobos, pero el temor se desvaneció rápidamente cuando empezó a jugar con los traviesos lobos. "Te lamían la cara e intentaban mordisquearte los lóbulos de las orejas", dice ella».

Los cánidos se convierten en los nuevos embajadores de Kolmården y el producto Encuentro Cercano con Lobos es uno de los que más se solicita. Se escribe más de aquellos hermanos lobos y se vuelven, en definitiva, más populares que los delfines. Más y más visitantes compran las entradas exclusivas. Entre ellos se encuentran algunos de los personajes mediáticos y del deporte más conocidos de Suecia. El verano de 2011, los lobos del recinto SÖKA —la última camada criada a golpe de biberón y la que más tarde mataría a su cuidadora— recibe la visita del futbolista Zlatan Ibrahimović y del entonces capitán del equipo, Olof Mellberg. Incluso el Rey visita el recinto; sí, el verdadero, el que aparece en las monedas de una corona. De acuerdo con Mats Amundin, lo sucedido el 17 de junio de 2012 es totalmente incomprensible. Como un rayo que cae un día soleado.

—Ni siquiera puedo imaginarme un escenario probable para el accidente. Tal como lo veo, no hay explicaciones. Lo que quiero decir es que llevamos treinta años haciendo esto sin problema.

Determinar qué cuenta como «problema» será una cuestión de definiciones.

---

9 Svenska Jägareförbundet.

El rallador

El lunes 17 de octubre de 2016, temprano por la mañana, viajo de la Estación Central de Estocolmo hacia Norrköping para escuchar las audiencias principales. Justo después de las nueve subo las escaleras a la Sala 1 del tribunal. Llego tarde. Las puertas están cerradas. Pero no porque haya ninguna audiencia en curso. Las luces de la sala de espera están apagadas y estoy totalmente solo.

Mis pasos hacen eco contra el piso de mármol. No se ven abogados defensores vestidos de traje bien planchado, ni fiscales o reporteros de radio estresados. No hay camarógrafos musculosos ni turistas aficionados a los juicios. Despistado como soy, he comprado los billetes de tren para el día equivocado. La audiencia se reanudará al día siguiente, el 18, y tengo que matar el tiempo un día entero en aquella ciudad exindustrial —la Manchester de Suecia—. Mientras bajo las escaleras, caigo en la cuenta de que debería saber más sobre la historia de Kolmården. ¿A quién se le ocurrió realmente que animales exóticos vinieran a vivir en la fría región nórdica? Una consulta rápida a Google en mi teléfono revela que el hombre detrás de la idea de instalar un zoológico a 20 kilómetros al noreste de Norrköping se llama Ulf Svensson. A pesar de tener 86 años, aún se autodenomina «consultor para el futuro»; o al menos ese es el título que aparece en las Páginas Amarillas. De acuerdo con la aplicación de mapas de mi móvil, su oficina está a solo un par de manzanas del edificio de los tribunales. Le llamo y, diez minutos más tarde, estoy sentado en el sofá de un piso del centro de Norrköping. Ulf Svensson trabaja desde casa, según me explica. Frente a mí, en la mesa, hay un par de álbumes de fotos. Aparte de cierta pérdida del oído no hay mucho en Ulf Svensson que dé testimonio de su edad. Aún tiene las mejillas redondas como las de un chico y una sonrisa infecciosa. Con ayuda del álbum y una memoria que parece nítida como el cristal, me conduce de vuelta a la época en la que comenzó todo.

El año es 1962. El mismo año en el que el disco «se desliiiiza a la porteríaaa». La televisión ha penetrado de verdad en Suecia. Su oferta aún es un único canal de televisión estatal en el que el comentarista de deportes Lennart Hyland pronuncia su reseña informativa desde el torneo mundial de *hockey* sobre hielo donde el equipo de las Tres Coronas vence a Canadá para ganar el oro. 1962 también es el año en el que Erik Carlsson gana de forma sensacional el rali de Monte Carlo a bordo de un Saab. La venta de automóviles se ha disparado en Suecia hasta alcanzar cifras récord. Y son precisamente la televisión y

el automóvil los que cambiarán la visión del sueco sobre la naturaleza de muchas formas. Además, resultarán dos factores determinantes para el futuro establecimiento de Kolmården.

Justo antes de la Noche de San Juan de 1962, una delegación reducida del municipio más pequeño de Suecia, Kolmården, solicita audiencia con el gobernador civil Per Eckerberg, en el castillo de Linköping. Eckerberg era un hombre calvo y bajito que llevaba suelas extragruesas para aparentar mayor estatura. Pero, a pesar de su escasa estatura, era el hombre más grande de Östergötland. El presidente de Sveriges Radio; el hombre detrás de la investigación que resultaría en el establecimiento de la pensión general complementaria, la ATP, por sus siglas en sueco; el antiguo secretario de Estado de Gunnar Sträng. Un hombre que se codeaba con Tage Erlander, Olof Palme y el resto de la élite socialdemócrata de Estocolmo. Que había hecho migas con el rey y la familia Wallenberg. El primer *politruk* de Suecia y, durante años, una eminencia gris, tal como lo llamaría el publicista Bertil Torekull más tarde en una afectuosa biografía de título *Lille hövdingen*[10]. El gobernador también era un hombre con casi nula paciencia para cualquier clase de tonterías.

La delegación, compuesta de tres hombres de Krokek, tuvo que esperar en el castillo, afuera de la habitación del duque Karl. El rector Erik Andersson tenía el pulso elevado. Erik Karlsson, el entrado en años presidente del consejo municipal de Krokek, se tronaba las manos, nervioso. El único de aquel grupo no afectado por la importancia del momento era Ulf Svensson. Este personaje bajito y con gafas había sido bautizado por la prensa local como «el rallador». Sencillamente por ser alguien que daba resultados. Hablaba, pero también actuaba.

---

10 [*El pequeño gobernador*].

La obra de una vida

Finalmente, se abren las puertas de la habitación del duque Karl y los tres hombres son bienvenidos a presentarse ante el gobernador. Ulf Svensson es el más joven. A pesar de ello, es él quien dirige la conversación. El hombre de treinta y dos años pertenece a una generación más joven de socialdemócratas. Una generación que ha crecido con el Meccano, *Tarzán* y la revista *Rekord*. Estos jóvenes visionarios tienen ideas osadas y respiran un optimismo casi utópico respecto al futuro. En aquel momento, Ulf Svensson acaba de ser contratado como «consultor municipal» para el municipio de Kolmården. Algo que nadie antes que él habría podido escribir en su tarjeta de presentación, sencillamente porque él fue el primer consultor de su clase.

Es el hito equivalente a Per Schlignmann, activo mucho antes de que alguien hubiera oído el concepto de *storytelling* o *branding*. Tras su contratación como consultor, abrió su oficina en un trastero debajo de la escalera en el edificio de la escuela parroquial de Krokek. Hasta ahí llevó un teléfono, un tapete nuevo, y cargó con una máquina de escribir marca Facit. «Nada es imposible» era su lema, y lo que lo hacía único era que solía respaldar sus palabras con acciones. El antiguo administrativo de la unión de *scouts* llevaba apenas meses empleado por el municipio cuando ya había vendido la vieja chimenea de la fábrica de ladrillos por 15.000 coronas; a la empresa estatal Televerk. En preparación a la reorganización del tráfico, aseguró la instalación de una fábrica para la transformación de autobuses en la localidad. La acción le valió la creación de doce nuevos puestos de trabajo. Pero todos sabían que haría falta mucho más que un taller mecánico y la venta de chatarra para rescatar al municipio de Kolmården. El cierre amenazaba a la cantera de mármol y el desempleo aumentaba a velocidades récord. La ciudad necesitaba desesperadamente un proveedor de empleos más grande.

Y es justamente por eso que los tres hombres han llegado hasta el castillo para entrevistarse con el gobernador. Tienen una idea. O, mejor dicho, Ulf Svensson tiene una idea. Una idea loca. El futuro de Kolmården está en el portafolio que tiene a sus pies. Cuando por fin los dejan entrar al despacho, los políticos locales de mayor edad no pueden evitar sonreír avergonzados mientras Ulf Svensson arrastra el voluminoso portafolio y lo pone en el suelo frente al escritorio del gobernador. Pero no queda más que tragarse el orgullo. Kolmården está en crisis. Entre cuarenta y cincuenta personas abandonan el

municipio cada año. La población, de poco menos de tres mil habitantes, se encoge como una pelota de playa que se ha pinchado. Los ingresos por concepto de impuestos no alcanzan ni siquiera para cambiar las farolas rotas.

Ulf Svensson abre el portafolio y saca un mapa enrollado. Entrecierra los ojos, mirando al gobernador, y muestra su sonrisa más infecciosa. Luego se tira de rodillas sobre las baldosas del suelo.

—Un zoológico creará cientos de oportunidades de trabajo —explica.

El gobernador Eckerberg no hace ni un gesto. Escucha, sereno, desde su escritorio. El bosque a las orillas de la playa de Bråviken sería el lugar perfecto para la empresa, dice Svensson, y así, con el trasero bien trajeado al aire, desenrolla más planos frente al gobernador. Un secretario local que también se encuentra en la habitación carraspea incómodo y mira intrigado a los colegas del consultor municipal. Ellos desvían la mirada. Ulf Svensson continúa, de rodillas en el suelo, preconizando su parque temático. Será la segunda iniciativa de ocio más grande de Europa. A ojos vista, el zoológico más grande del continente. Eckerberg se inclina, apoyado en los codos, incapaz de ocultar cierta curiosidad al estudiar los planos que tiene frente a sí en el piso. Hay un estacionamiento para 1200 autos, con su correspondiente gasolinera; un hotel donde se pueden organizar conferencias; una iglesia al aire libre y un minigolf. También una piscina templada de dimensiones olímpicas para competencias y para bañarse; los visitantes podrán rentar botes y dar un paseo por Bråviken. Mientras que el secretario local pone los ojos en blanco y, con un suspiro de descontento, abandona el despacho, Per Eckerberg comienza, pensativo, a acariciarse la bien rasurada barbilla. El Parlamento acaba de legislar el derecho a cuatro semanas de vacaciones. La economía sueca avanza muy bien. La gente de las ciudades tiene más dinero para gastar que nunca. Y como símbolo de la clase media y su recientemente adquirida libertad… está el automóvil. Salir de excursión en un Volvo Amazon o un Saab V4 y acampar o hacer un día de campo a la orilla de la carretera es un nuevo disfrute común. Ulf Svensson se levanta del suelo y extiende los brazos por encima de su creación. Hay 2,2 millones de personas en un radio de 125 kilómetros, o una hora de viaje en automóvil por la nueva autopista europea número 4, dice él. El gobernador asiente gustoso. Ciertamente es una idea loca. Pero loca en el buen sentido. ¡El joven piensa bien!

No hace falta mucho tiempo para convencer al gobernador de levantarse de su silla y acompañar al consultor municipal en el suelo. Svensson señala las diferentes áreas en el mapa. Desierto, jungla y glaciar. La fauna escandinava tendrá su propia área para vacas montañesas, caballos Fiordo, linces, renos, osos y lobos. Y nada de

animales enjaulados, asegura Ulf Svensson. ¡Es algo importante! Todos los animales podrán vagar libres en sus propios recintos. Las jaulas son cosa del pasado. Y ahí, entre pinos y arándanos rojos, vivirán los tigres. ¡Las primeras instalaciones al aire libre para tigres en Europa!

En su autobiografía, *Boken om Svensson*[11], Ulf describe cómo el reservado gobernador carraspea y, antes de que la delegación abandone el despacho, exclama: «Siga trabajando sobre estos planes. Algo grande puede resultar de ellos».

Los habitantes del municipio más pequeño de Suecia no son tan entusiastas. La mayoría simplemente se ríe de la idea de Svensson. ¿Acaso los leones y las jirafas, acostumbrados al calor de la sabana, no se congelarán durante los fríos inviernos nórdicos? Eso no es problema, asegura Ulf. También el Sahara se enfría de noche.

Cincuenta y tres años más tarde, estudio las fotografías en blanco y negro de su álbum mientras el anciano desaparece en la cocina para hablar por teléfono con la enfermera de distrito. El octogenario podrá parecer joven a la vista, pero el cuerpo humano tiene sus limitaciones.

Kolmården es la obra más importante de la vida de Ulf Svensson. Al lado de la mesa, en la esquina del salón, hay una vitrina llena de los reconocimientos que ha recibido por sus esfuerzos. Está la gran medalla de oro al mérito cívico de la Real Sociedad Pro-Patria. La medalla *Illis quorom* del gobierno por servicios al público —una medalla real de 33 milímetros de diámetro abarrotada de plaquitas—. Un diploma del periódico *Expressen* por contribuciones a la naturaleza y a una buena sociedad, el mayor premio ambiental de 1981 del diario, cuelga de la pared. Paso las hojas del álbum. En una fotografía color sepia tomada el 31 de agosto de 1964 veo cómo Per Eckerberg saca una primera palada de tierra del suelo rocoso y magro junto a Bråviken. Para entonces, el gobernador había apostado todo su prestigio político a la realización de los descabellados planes de Ulf Svensson. En Estocolmo, al ministro de Finanzas Gunnar Sträng la idea del zoológico le sonaba emocionante, pero no podía garantizar fondos gubernamentales para el proyecto. En cambio, el gobernador logró convencer a la junta administrativa provincial de que concediera un título de garantía por 1,5 millones de coronas. El plan o resultaba o se hundía.

En la imagen, Ulf Svensson se encuentra a la orilla del bosque junto a un antiguo rival de sus años de jugador de fútbol con el equipo de Mariestad. Es el arquitecto Tage Hedlung, de la oficina municipal de planeación técnica de Borås. Él es diseñador del zoológico de Kolmården; ha dibujado los planos de los recintos, cavernas y piscinas para los animales. Entre los señores trajeados se encuentra incluso John Mattson, fundador de JM Bygg, que en los años siguientes desarrollaría muchas de las viviendas del llamado programa del

millón[12]. Después de ciertas presiones, el poderoso señor de la construcción le ha concedido a Ulf Svensson sendos créditos generosos. Se estima que tan solo el costo del zoológico será de unos seis millones de coronas. Se volarán cuatro mil toneladas de roca de la montaña para dar paso al foso de tigres más grande de Europa. Se excavarán cientos de miles de toneladas de tierra y piedra del área para reubicarlas. Se construirán seis kilómetros de carretera. Se prevé que el teleférico lo fabrique la empresa Alimak en Skellefteå; es la misma que construyó los ascensores para los cohetes espaciales en Cabo Kennedy. Kolmården será no solo un zoológico, sino una muestra de ingeniería sueca. En ese momento, todo aquello suma la asombrosa cantidad de diecisiete millones de coronas.

A fines del verano, se escucha un estruendoso ruido desde los acantilados que se yerguen por encima de Bråviken. A medida que el zoológico crece vuelven la esperanza y la fe en el futuro para la población del municipio más pequeño de Suecia.

El domingo 18 de octubre de 1964 es posible ver una caravana compuesta de seis transportes cubiertos avanzando por las calles de Krokek en dirección a las grandes puertas enrejadas de la obra. Una vez que los vehículos se detienen y se apagan los motores, se oye el golpeteo de pezuñas, los gritos de los monos y los extraños cantos de las aves. Desde una de las cajas se oye el jadeo de un inquieto macho de tigre siberiano. En algún lugar hay tres encantadores cachorros de tigre. La fiebre aftosa causa estragos en Dinamarca. La noche anterior, restando apenas unos minutos, el último camión de carga ha abordado el ferry en Elsinor. Ulf Svensson se había visto obligado a recoger, a toda velocidad, un total de 85 animales exóticos de manos de un comerciante en Copenhague antes de la entrada en vigor de la prohibición de importación. Las fronteras se cerraron a la media noche.

---

11 [*El libro de Svensson*].

12 Iniciativa gubernamental sueca para la planeación y construcción de un millón de viviendas dentro de un periodo de 10 años, de 1965 a 1974, a fin de contrarrestar la escasez de vivienda en las grandes ciudades suecas. Fuente: www.allmannyttan.se/historia/tidslinje/miljonprogrammet/.

La inauguración

El 27 de mayo de 1965, Día de la Ascensión de Cristo, se inaugura el zoológico de Kolmården. Las entradas cuestan 4,50.

—Había colas de autos desde el zoo hasta Strömfors. Una distancia de diecisiete kilómetros —recuerda Svensson.

Según los periódicos, 40.000 visitantes se han desplazado hasta el recién construido zoo para ver, entre pinos y arbustos de arándanos, a los tigres en vivo. Ahora, 210 especies distintas se pasean en un área de 125 hectáreas. El exhausto presidente municipal Erik Andersson pronuncia uno de los discursos inaugurales.

Se ha necesitado de un gran equipo de colaboradores para llevar el proyecto a buen puerto, proclama ante los aplausos del público. Un grandioso moratón le adorna el rostro, producto de la carrera nocturna por ultimar detalles. Todo el personal del municipio ha participado en los preparativos. Ulf Svensson no ha pegado ojo. Apenas logró llegar a casa a las seis de la mañana para cambiarse de ropa. Ataviado con su mejor traje, le cede la palabra a su amigo Per Eckerberg. Segundos después, la voz del pequeño gobernador resuena por encima del paisaje boscoso y las aguas de Bråviken.

—El zoológico de Kolmården es un magnífico ejemplo de lo que es posible hacer con intuición, pensamiento constructivo, innovaciones que florecen cuando, juntos, actuamos libremente y usamos la imaginación —dice él.

Los visitantes aplauden sin cesar. Tage Erlander y el resto de su gobierno han sido invitados. Pero ninguno de sus colegas de partido en Estocolmo ha querido dejar la comodidad de las oficinas de gobierno para acercarse a la apertura del zoológico más grande del norte de Europa. Con todo, Eckerberg ha obtenido su revancha. El pequeño gobernador se yergue en toda su altura, infla de aire los pulmones y suena como predicador en una campaña de avivamiento al pronunciar las palabras con tal fuerza que podrían llegar a oídos del poder central en Estocolmo:

—Podemos lograrlo todo en tanto dejemos de esperar que otros hagan las cosas por nosotros.

Ulf Svensson pronto cambiará su título en las tarjetas de presentación; de «consultor municipal» a «director de zoológico». De inmediato, comienza a planear la expansión de las instalaciones. En 1967, dos años después de la inauguración, al fin es posible que entren en funcionamiento las noventa y dos cabinas en forma de huevo del teleférico. 1968 marca la apertura del hábitat de los osos

polares. Al año siguiente, el modernísimo delfinario abre sus puertas. Los Svensson se mudan a una casa con vistas a Bråviken. Ulf les deja una habitación a Jan Lindblad y su colega de filmación Sven Gillsäter. A menudo llegan de visita entre viaje y viaje alrededor del mundo. En agradecimiento a su hospitalidad, Jan Lindblad donará más tarde un tapir blanco a Kolmården, un animal con el que se ha familiarizado en las selvas de América del Sur, para luego transportarlo al norte.

Tage Erlander aparece, por fin, al término de su mandato de veintitrés años. Ulf Svensson recuerda cómo él y Eckerberg guían por el zoológico al padre de la patria, quien estudia a los múltiples animales exóticos a través de sus gafas con armazón de baquelita. Svensson desea que el primer ministro se lleve un recuerdo para toda la vida. Lo conduce hasta la llamada Casa del Tigre, donde los cuidadores han recibido instrucciones de liberar a Radja, el macho de más de 140 kilos. El impresionante depredador perdió a su madre al nacer, ha sido criado por humanos y, por lo tanto, es dócil como un gato de granja; o, mejor dicho, es socializado, para usar el término correcto. Pero eso no lo saben los guardaespaldas de la Säpo —la Policía de Seguridad del Estado— que, nerviosos, empiezan a buscarse a tientas las armas que llevan bajo la chaqueta. El gobernador Eckberg sale despavorido del recinto. Pero el jefe de Estado conserva la calma. El gran felino se restriega contra sus largas piernas. Tage Erlander proclama:

—No morderías a un primer ministro sueco. ¿O sí?

No lo haría. Erlander sobrevive a su visita a Kolmården y pasa a la historia como el jefe de Estado de más longeva permanencia en el puesto de entre todas las democracias parlamentarias del mundo.

Si Skansen había sido una expresión del romanticismo nacional característico del cambio de siglo, Kolmården lo era de la *folkhemmet* y la socialdemocracia. A partir de 1982, la conmemoración anual del Día del Trabajo tiene lugar en las instalaciones de Ulf Svensson. En septiembre de 1985, en mitad del zoológico, Olof Palme se dirige a 40.000 personas en la que se convertirá en la reunión política masiva más grande de la historia de Suecia. Aquel mismo año, los socialdemócratas obtienen el 44,5 por ciento de los votos en las elecciones y consolidan su posición como el partido político más poderoso del mundo libre; dentro de la asamblea municipal de Kolmården, también son mayoría.

Unos treinta años después, en el salón de su casa, Ulf Svenson dice, sin orgullo, mientras llena su taza de café:

—Incluso logré que los fondos de inversión de los asalariados compraran acciones en el movimiento.

En su álbum encuentro una fotografía de Olof Palme con uno de los chimpancés del zoo en el regazo. Es una imagen emotiva, capturada

apenas medio año antes de que asesinaran al primer ministro en la calle Sveavägen de Estocolmo.

Ulf Svensson lloró a su compañero de partido, pero siguió trabajando incansablemente. Desde sus inicios como director del zoológico, impuso un requisito a su departamento de relaciones públicas. Cada catorce días se enviaría a todas las redacciones del país una nota de prensa sobre un suceso de Kolmården, junto con una fotografía de alguno de los animales del zoo. El mismo Svensson mantenía contacto cercano con algunos de los reporteros de periódico, un puñado de los cuales consideraba amigos cercanos. Contaba minuciosamente las notas de prensa del zoológico que llegaban a los lectores de diarios del país. La cifra era notablemente alta. Un 75 por ciento de los mensajes e imágenes enviados desde el departamento de relaciones públicas terminaban en el periódico, según él.

—Cuando oí decir que la televisión estaba grabando un programa sobre la familia real, los invité a Kolmården. El día previo a Nochebuena, los telespectadores suecos pudieron ver a nuestro regente, a la reina y a sus hijos nadando con nuestros delfines. Las cifras de audiencia del programa alcanzaron a las del especial de Navidad del Pato Donald —dice Svensson, taza en mano. Se termina el café con una sonrisa y pone la taza en la charola con un tintineo.

Ulf Svensson era un socialdemócrata inusual. Se lo podía ver conduciendo por las carreteras de Krokek en su coche deportivo rojo intenso. Pero no había quien pudiera echarle en cara sus deseos de brillar; había salvado, prácticamente solo, al municipio más pobre y pequeño de Suecia. Gracias al nuevo zoológico, Kolmården se hizo de cuatrocientos nuevos contribuyentes al fisco en pocos años. El gobernador Per Eckerberg le otorgó un número de placa de cifra baja, símbolo de estatus con el cual embellecer su automóvil.

El lobo en la casa del pueblo

En 1965, el mismo año en que Per Eckerberg cortara el listón del zoo de Kolmården un soleado día de verano, el lobo quedó protegido en Suecia. De acuerdo con una investigación estatal pública, los cuatro grandes depredadores de nuestra nación, es decir, el lobo, el lince, el oso y el glotón, se veían amenazados por un «holocausto» —una elección terminológica extraña, cabría pensar—.

La razón parecía ser, principalmente, la explotación minera y de energía eléctrica, lo que implicaba que áreas boscosas antes vírgenes ahora eran atravesadas por caminos. Los cazadores podían desplazarse fácilmente con sus armas hasta estos territorios desiertos. Según los expertos, en aquel momento quedaba apenas una decena de lobos en libertad dentro de las fronteras del país. Estos animales habían sido cazados con ayuda de motonieves y helicópteros. Hoy, la idea de perseguir desde el aire a un puñado de animales en plena huida con la finalidad de erradicar a toda una especie nos parece casi una expresión de extremismo violento. En los hechos, durante gran parte de la historia de Suecia ha existido la opinión generalizada y normalizada de que debería erradicarse al lobo; los métodos usados por cientos de años han sido muchos, imaginativos y, no pocas veces, sádicos. Se han cavado fosos, se han preparado presas con cianuro de potasio, se han instalado cepos de caza y sumergido balas de plata en agua bendita, se han tendido redes y se han amasado montones de jabalinas y otros dispositivos para llevar al lobo a la muerte.

Hasta bien entrado el siglo XIX, los hombres adultos de ciertas partes de Suecia estaban obligados a participar en la cacería masiva de lobos con la finalidad de deshacerse a una de tantos ejemplares como fuera posible. Dos países que se distinguieron en su ambición de erradicarlos fueron Suecia y los EE. UU. El invento de Alfred Nobel que marcó una época, la dinamita, hizo posible volar madrigueras con lobeznos dentro. En aquel contexto, resultaba un método de caza más humano y considerado. Claro que había otros métodos, como amarrarle el pene a un macho para así evitar que pudiera orinar. Finalmente, atormentado por el impulso, era sacrificado con la vejiga llena. Luego, esta se extraía y el contenido se usaba para atraer al resto de la manada y matarlos a todos. Por otro lado, hombres armados se desplazaban por la nieve en trineos que llevaban un cerdo atado, al que atormentaban de diversas maneras para que sus chillidos desesperados atrajeran a los lobos fuera del bosque. Escuchar con atención los quejidos de los lobeznos en las claras noches de inicios de

verano y luego asaltar la madriguera era otro método eficaz; se mataba a los indefensos cachorros, pero no a todos de una vez. El maestro cazador Israel Adolf af Ström recomendaba reservar al último y colgarlo por las patas traseras a un pino. «Cuando los lamentos del cachorro hayan atraído a la hembra, se le podrá disparar también».

En su obra *Vargen-den jagade jägaren*[13], el autor y descriptor de naturaleza Henrik Ekman comparte, además de estos métodos, una serie de cifras sorprendentes de la Suecia del siglo XIX. Entre 1830 y 1840, se mató a 6790 lobos en todo el país, casi 700 por año. Los lobos, por su parte, consiguieron matar a 465 caballos, 3100 reses y casi 22.000 ovejas, cabras y cerdos tan solo en 1829; en una época en la que la agricultura era la principal actividad del país y el caballo su principal herramienta de trabajo. El suministro de alimentos de una familia campesina y sus empleados consistía, por lo general, en unos cuantos cerdos y vacas lecheras. La lana de oveja se utilizaba para tejer calcetines y jerséis de invierno. Y en aquellos inviernos del siglo XIX, el hambre y el frío azotaban a la población. Si tomamos en cuenta que los animales de la granja podían significar la diferencia entre la vida y la muerte en aquel entonces, es fácil entender cuánto más se odiaba a esas bestias peludas que se paseaban por los bosques a los alrededores de pueblos y granjas, a las que se podía oír aullando entre las montañas al anochecer.

La primera novela de Selma Lagerlöf, *Gösta Berling,* se desarrolla en esta época. En la historia no encontramos conciliación alguna con el bosque. No es un lugar al que la gente vaya por voluntad propia, al menos no después de caer la noche. Por senderos bien andados y por caminos boscosos rondan bestias impías de instintos sanguinarios que hacen que les brillen los ojos. Lagerlöf describe así la amenaza de las manadas que aúllan en el bosque:

«Allí se refugian los lobos que aparecen al cerrar la noche para perseguir los trineos de los campesinos, y a los que la madre les arroja el niño que lleva en el regazo para salvar su vida y la de su marido».[14]

«Lobo» es un sucedáneo, algo que se dice en lugar de la palabra verdadera que podría invocar a la maldad salida del bosque. *Varg*, la palabra en sueco, es un eufemismo del original *ulv*. Puede tener diferentes significados, ninguno de los cuales conlleva asociaciones muy positivas. Por ejemplo, puede significar «persona extraña», «asesino» o «individuo violento». Para algunas personas, incluso como insulto se volvió tabú, de modo que empezaron a reemplazarlo con «pata-gris», «garra-gris», «el malo» o, simplemente «el otro».

El temor a los lobos se remonta a la cuna de la cultura europea. Ya en las *Fábulas* de Esopo, que datan más o menos del 500 a. C., se podía leer sobre lobos insidiosos vestidos de oveja, que se infiltran en los rebaños de los pastores. En la Iglesia y en la Biblia, el lobo se presenta

como el secuaz del diablo, siempre al acecho de corderitos lanudos inocentes a los cuales busca hincarles el diente. Los peores serían los lobos nórdicos, que, de acuerdo con el clérigo, etnógrafo y cartógrafo sueco Olaus Magnus (1490-1557), eran depredadores especialmente sedientos de sangre que, por encima de todo, anhelaban arrancarles del vientre los fetos a las mujeres embarazadas. En antiguas leyes penales se los equipara con delincuentes y asesinos humanos, y había que castigarlos con la muerte.

Durante la época victoriana, la capacidad del ser humano de dominar a grandes depredadores se consideraba una victoria de la cultura y la civilización. Hombres musculosos e intrépidos vestidos con pieles de animales exigían la obediencia de grandes y exóticos depredadores, tales como leopardos y leones, al chasquido de sus látigos. Los que, como el lobo, no se sometían, eran satanizados y se convertían en objeto de intensas campañas de exterminio. En la vieja historia de *Caperucita Roja*, cuya versión más conocida es la de los hermanos Grimm, escrita a inicios del siglo XIX, el lobo es presentado como un ser malvado y vicioso, pero al mismo tiempo, notablemente humano. Por ejemplo, el depredador que se acerca a la chiquilla en aquel angosto camino del bosque habla el lenguaje de los humanos. Convence a Caperucita Roja de coger un ramo de flores para su abuela. Cuando la niña abandona el camino, sin permiso, el lobo se apresura a llegar a la cabaña de la abuela, mata y se come a la viejecita enferma, se viste con su camisón y su gorro de dormir, y se mete a la cama a esperar a la niña. El cuento se ha interpretado como una historia moralizante para que las jóvenes no hablen con extraños. Se dice que la caperuza roja simboliza la primera menstruación de la chica. El lobo es la representación del impulso sexual masculino, violento y desenfrenado.

Se puede discernir el temor de las personas a volverse como el lobo, controladas por una sed de sangre e impulsos sombríos; un temor a convertirse de pronto en algo extraño y malvado. Ejemplo claro de ello son, por supuesto, los antiguos mitos sobre los hombres lobo extendidos por toda Europa. El convertirse en hombre lobo afecta a las desafortunadas víctimas a la luz de la luna llena, cuando las fronteras entre lobo y humano terminan disolviéndose por completo. Kerstin Ekman, en su *Herrarna i skogen*[15], escribe sobre la capacidad de los hombres de «volverse uno con el lobo» o «tragarse una pata», es decir, convertirse en hombres lobo a través de la metamorfosis. Se rumoreaba que las mujeres que vivían solas en el bosque cooperaban con las manadas de lobos. Tales «madres lobo» podían ordenarles a sus cánidos que aterrorizaran las granjas y aldeas cercanas en venganza por injusticias cometidas, o por pura maldad hacia los vecinos. Se consideraba que había pruebas que demostraban la

realidad de la metamorfosis entre ser humano y lobo. En escritos más antiguos es posible leer sobre humanos que, tras su muerte, mostraban tener una pata en lugar de mano, o sobre cómo al desollar un lobo al que se le había disparado resultaba que llevaba un cuchillo y un morral bajo la piel.

Cuando, a principios de la década de 1940 la investigadora de folclore Ella Odstedt hizo un mapeo de leyendas suecas de transmisión oral, se encontró con personas que insistían en creer que los viejos mitos de la transformación eran verdaderos. En los márgenes de «la casa del pueblo» en construcción, había quienes estaban convencidos de que en el bosque aún se ocultaban hombres lobo.

---

13 [*Lobo: el cazador cazado*].

14 Lagerlöf, Selma. *Gösta Berling*. Trad. Rodolfo J. Slaby. Barcelona: Cervantes, 1955. Impreso.

15 [*Los amos del bosque*].

La ley de la selva

Me paso la mayor parte del verano de 2016 en una bóveda ubicada en el subsuelo del centro de Estocolmo. Ello hace que me sienta como un vampiro. Bajo tierra, en Humlegården, donde los móviles no funcionan, se encuentra la hemeroteca de la Biblioteca Real. Ahí se hallan periódicos del año 1800 en adelante, resguardados en microfilme y en formato digital.

El reflejo de mis gafas ha visto pasar miles de páginas de periódicos mientras, sentado ahí, desplazo rollos de microfilme de un lado a otro, rodeado de personajes más o menos desconcertantes. Ellos también hacen sus investigaciones. Buscamos patrones y lógica en interminables extensiones de letras escritas en papel amarillento; todos varones, abstraídos en algún suceso histórico. No sé ellos qué buscarán, pero tengo mis suposiciones: desplazamiento de tropas durante la Segunda Guerra Mundial; nuevas pistas sobre el asesinato de Palme; un padre al que se echa de menos; amantes desaparecidos. Me da miedo convertirme en uno de esos tipos encorvados que huele a rancio y se ha olvidado de la higiene personal. He empezado a saludar a algunos.

Busco pistas del lobo en una capa de nieve manchada de tinta negra. Me detengo en un anuncio de 1939 a una plana, publicado en *Svenska Dagbladet*. Al titular «El lobo regresa» le sigue un texto fatídico sobre el aullido de los lobos que, al parecer, ha empezado a escucharse por la noche en regiones poco pobladas de Suecia. La caricatura que lo acompaña muestra a un lobo colmilludo sacando la lengua y echando la cabeza hacia atrás, aullando con el cielo nocturno de fondo.

«Su silueta destaca contra el cielo como un símbolo de la naturaleza salvaje contra la que nuestro pueblo, durante miles de años, ha luchado y finalmente ha conquistado; como enemigo de las tierras cultivadas, la cultura y los valores humanos».

El responsable del mensaje es la Agencia de Publicidad de Sven Rygaard AB que, desde su domicilio en Mäster Samuelsgatan en el centro de Estocolmo, desea contribuir a la erradicación final del lobo en Suecia. Me lleva un rato entender qué producto anuncia el anuncio en realidad. Sven Rygaard escribe en el texto publicitario:

«No buscamos más que poder involucrarnos en una tarea de propaganda que atañe a los dominios de la cuestión agrícola. En la medida en la que contribuimos a realizar dicha tarea en beneficio de nuestro cliente y de nosotros mismos, contamos también con la satisfacción personal de formar parte de la expulsión del lobo de la

granja, como recompensa».

Tras leer la última parte varias veces por fin comprendo. El mensaje se produce justo antes de que estalle la Segunda Guerra Mundial. Los regímenes de Stalin y Hitler aún no han manchado la palabra «propaganda». Su significado no debe interpretarse como algo negativo. Al aludir al odio generalizado hacia el lobo, Sven Rygaard simplemente desea promocionarse a sí mismo y a su negocio. Durante esta época revolucionaria, la clase política mostró una curiosidad cada vez mayor por los métodos del ramo de las relaciones públicas. Una sociedad nueva y moderna estaba en construcción. Los ciudadanos debían estar informados, había que adecuar sus hábitos y estilos de vida a los nuevos tiempos. Tal vez Rygaard fuera mejor conocido en el ramo por su eslogan para un tónico para cabello:

«¿Pueden imaginárselo sin cabello? Ella tampoco…». Pero a lo largo de su carrera, a menudo también expresó su convicción de que la importancia de la publicidad y las relaciones públicas iba mucho más allá de los anuncios luminosos parpadeantes y los mensajes de venta llamativos. Una guerra se estaba gestando. La depresión había hundido sus garras en el cuerpo de la sociedad. Había un alto desempleo y la crisis azotaba a la agricultura sueca. Los jóvenes abandonaban las granjas familiares para buscar su suerte en la ciudad.

Como editor de *Futurum*, la revista de la industria publicitaria, Rygaard escribe con la fuerza del impacto típico del ramo: «¡La publicidad construye la sociedad!». En su opinión, son los hábiles publicistas los que, en tiempos de crisis, han de estimular la demanda de nuevos productos por parte de los consumidores y, así, estimular el crecimiento económico. Pero, además, ve la publicidad como una herramienta en manos de los políticos elegidos por el pueblo. Con ayuda de las relaciones públicas, podrían guiar e influir en la voluntad del pueblo para bien de la nación. Los estadounidenses de la Comisión Creel habían demostrado cómo era posible manipular la voluntad del pueblo. En poco tiempo, ayudados por conocimientos en psicología de masas, genios de las relaciones públicas como Walter Lippmann y Edward Bernays lograron revertir la oposición del pueblo estadounidense a participar en la Primera Guerra Mundial.

Las revoluciones sociales que tocaban a la puerta significaron nuevas oportunidades de negocios para alguien como Sven Rygaard. Por eso se anunciaba en *Svenska Dagbladet* con la silueta de un lobo aullando. Suecia se hallaba en medio de una transformación; de sociedad agrícola a nación industrial. El punto demográfico de ruptura llegó poco después de 1930. La curva decreciente de población residente en las zonas rurales se había cruzado con la de población residente en las zonas urbanas, que iba en crecimiento. Estas migraciones poblacionales significaban una lucha por el poder político entre la

antiguamente dominante Unión de Campesinos y el creciente movimiento sindicalista y la socialdemocracia, un conflicto que culminó en el llamado «chalaneo»[16] de 1933. El compromiso al que llegaron los dos partidos populares más importantes del país fue la piedra angular sobre la que se edificaría «la casa del pueblo» de Per Albin Hansson. Pero al mismo tiempo que un mundo nuevo, hermoso e iluminado eléctricamente se construía con razón, funcionalidad y buena higiene, en la periferia aún rondaban sombras tenebrosas de miradas ardientes. El miedo a lo desconocido aún olía a pelaje de lobo. Suecia se modernizaba, pero el odio hacia el lobo seguía vivo, y la imagen del depredador esquivo y astuto estaba cargada de distintas formas de simbolismos. Por toda Europa, el extremismo político ganaba terreno. La serpiente, el león y el oso son, todos, símbolos bélicos poderosos. Pero fue justamente el lobo el animal con el que más terminaron identificándose los movimientos fascista y nacionalista del continente.

El líder nazi Adolf Hitler veneraba la jerarquía estricta, la lealtad e incluso la brutalidad que se imaginaba permeaba la vida en una manada de lobos. Los diferentes lugares en los que se refugió durante la guerra tenían nombres como «La Guarida del Lobo» o «La Madriguera del Lobo». En el campo de batalla, el nombre en clave del *führer* era El Lobo. Llamaba «manada de lobos» a sus tropas de asalto de las SS. En sus últimos días en el búnker, a menudo se lo vio acariciando a un cachorro de nombre Wolf, «lobo», en inglés. Y así, como una manada de imponentes depredadores sin sentimientos ni debilidades, era como se había imaginado que, con violencia depuradora, los nazis tomarían el control de la degenerada República de Weimar y de sus instituciones democráticas corruptas. Cuando el demagogo y ministro de propaganda del régimen nazi, Joseph Goebbels, describió cómo planeaban hacerse del poder en el parlamento, comparó la toma de poder con la disciplina con la que una manada de lobos se lanza al ataque contra las ovejas indefensas.

Entre las primeras decisiones tomadas por Hitler como canciller estuvo la declaración del lobo como especie protegida. En 1934, la Alemania nazi se convirtió en la primera nación del mundo en proteger a este depredador plagado de mitos. Como muchos otros aspectos del nazismo, aquello fue, ante todo, un acto de simbolismo político. El lobo ya se había extinguido en el *Reich* alemán. Proyectar virtudes nazis sobre un animal que no existía resultaba, por supuesto, más fácil cuando era imposible que los pequeños agricultores y ganaderos atestiguaran sobre problemas que el lobo podía causar en las zonas rurales.

Al otro lado del Atlántico se ridiculizó el interés de Hitler por los lobos: en una de sus series de dibujos animados, Walt Disney vistió a

su Lobo Feroz con una esvástica y una gorra militar de pico como la que llevaban los soldados de las SS. Ahí, el lobo sopla y resopla para derribar la casa de los cerditos. El techo de palma y los maderos de las paredes vuelan por los aires. Los cerditos buscan refugio con su hermano, Práctico. A diferencia de sus hermanos perezosos, Práctico ha sido responsable y ha construido las paredes de su casa de resistentes ladrillos rojos. El lobo nacionalsocialista se queda sin aliento y tiene que huir bajo una lluvia de ladrillazos. Cuando los tanques alemanes empezaron a avanzar hacia la frontera polaca la madrugada del 1 de septiembre de 1939, Adolf Hitler vio ante sí un Tercer Reich que se extendería por miles de años. No fue así. Hacia el final de la guerra, la situación de las fuerzas armadas alemanas era tan desesperada que enviaron al campo de batalla a las Juventudes Hitlerianas. Naturalmente, estos niños soldado fueron bautizados en honor al animal favorito de Hitler. Las fuerzas occidentales acribillaron sin piedad a los «hombres lobo».

Los aliados bombardearon el sueño nazi de una sociedad de raza pura hasta hacerlo añicos. No obstante, el mito del lobo, la manada y el orden de la naturaleza construido por el nazismo se mantuvo con vida hasta nuestros días —con ayuda de los animales de dibujos animados de Disney, debo agregar—. Mi segmento favorito del especial de Navidad del Pato Donald es *El libro de la selva*. Nunca me canso de los intentos que hace Baloo por enseñarle al cachorro humano Mowgli a pelear y rugir como los osos. Me sé toda la letra de esa maravillosa canción sobre cómo disfrutar de todo lo que da la vida y olvidarse de preocupaciones, penas y problemas. Gracias a *El libro de la selva* siempre he considerado al bosque tropical como un patio de juegos verde, lleno de personajes interesantes, recursos delicados y aventuras excitantes. Es una imagen errónea. O al menos no fue así como el autor de la historia original, Rudyard Kipling, quiso que se percibiera la vida en la selva de la India. Lo que intentó retratar en su colección de cuentos de 1894 fue un colegio para varones, un campo de entrenamiento militar que, con disciplina autoritaria, claras jerarquías y castigos corporales habría de criar a una nueva generación de caballeros británicos. El libro no trata de que Mowgli aprenda a tomar la vida día a día y viva sin preocupaciones, sino de que, con su vida, proteja al imperio de la reina. Debo confesar que tampoco me he percatado mucho del racismo que exuda *El libro de la selva*, ese mismo que encontró resistencia ya desde el estreno de la película animada de Walt Disney en 1967. Lo que más molestó a la gente del movimiento de los derechos civiles fue el personaje del Rey Louie, el primate cuyo mayor deseo era convertirse en ser humano. Es una figura constituida por estereotipos puramente raciales. Baila, hace sonidos rebuscados con los labios y canta jazz *dixieland*. Naturalmente, jamás podría ser

un verdadero ser humano. Claro que la visión colonial es mucho más pronunciada en el original de Rudyard Kipling; en ella ni siquiera hay un rey mono. El grupo de primates no es más que una masa sin liderazgo plagada de caos y decadencia, justo como en el mundo colonizado antes de que los británicos llegaran a poner las cosas en orden. O al menos así lo era según Kipling. Escribió el poema «La carga del hombre blanco»[17] durante la ocupación estadounidense de las Filipinas, en 1899. El poema no trata del asesinato imperialista de la población civil ni del saqueo de recursos naturales, sino del pobre hombre blanco; a pesar de su generosidad, sabiduría y sentido del orden, se topa con rostros enfadados cuando llega a lugares distantes del planeta. Qué triste, pensó Kipling.

A diferencia de los monos, que eran caso perdido, Kipling vio un enorme potencial en la jerarquía estricta de la manada de lobos. En *El libro de la selva*, el macho alfa, Akela, es quien en una reunión de consejo decide que la manada se hará cargo del cachorro de humano abandonado. El niño será criado según la «ley de la selva». Esta regla implica obediencia ciega a las autoridades, disciplina militar, y que el grupo siempre está por encima del individuo. En la jungla no hay lugar para sentimentalismos. Romper las reglas de la jungla se castiga con la muerte. En el bosque tropical, Mowgli aprende no solo a orientarse y a encontrar comida, sino también a matar. Sucede de forma casi ritual. La vida en la jungla convierte a Mowgli en un *übermensch*, en un superhombre. No mucho después, el cachorro humano asume el mando de la manada. Finalmente, se convierte en el soberano de toda la jungla. Lidera, entre otras cosas, la persecución de una jauría de perros salvajes rojos que siembra anarquía y preocupación a su alrededor. Mowgli los atrae, astuto, hasta una trampa. Entonces comienza una matanza que no termina hasta que todos y cada uno han sido aniquilados.

Rudyard Kipling fue un intelectual influyente durante el cambio de siglo. Sus libros se vendieron por millones y, en 1907, recibió el Premio Nobel de Literatura. Entre sus admiradores se encontraban, además de Adolf Hitler, Theodore Roosevelt, Winston Churchill y el científico austriaco Konrad Lorenz quien, junto con Charles Darwin, es considerado uno de los padres de la etología, la ciencia del comportamiento animal. En cierto modo, Lorenz convertiría los cuentos de hadas de Kipling en ciencia, algo que los ideólogos de la llamada biología racial obviamente apreciaron. El mismo Lorenz era un nazi declarado, miembro del Partido Nacionalsocialista y activo en la oficina de política racial. Sus investigaciones se adaptaban extrañamente bien al intento del nacionalsocialismo de construir una identidad cultural en común para los «pueblos nórdicos». Según él, investigaciones anteriores habían sobreestimado fuertemente la

importancia del medio ambiente sobre los distintos comportamientos de una criatura. En cambio, la herencia genética, es decir, la raza, parecía ser el elemento principal en la conformación de un individuo. No es de sorprender, por supuesto, que sus descubrimientos resultaran en un mayor financiamiento por parte del régimen nazi.

Al igual que a Kipling, a Lorenz le fascinaban los perros lobo y sus comportamientos de manada. Afirmaba, entre otras cosas, la existencia de dos tipos de perros domésticos: A) los que descienden del lobo en las naciones del norte de Europa, y B) los provenientes de los chacales de la Mesopotamia histórica.

De acuerdo con Lorenz, los perros del norte —muy apropiadamente llamados «perros arios»— estaban más orientados hacia la convivencia en manada y la lealtad. Los perros semíticos del desierto, por su parte, actuaban desde el egoísmo. Konrad Lorenz se oponía a la mezcla de razas —tanto entre humanos como entre animales—, pues afirmaba que se corría el riesgo de debilitar y degenerar la especie o raza original. Para él, la vida cómoda y burguesa de las metrópolis europeas en expansión no era sino una especie de enfermedad que afectaba lo mismo a los humanos que a los animales.

Al igual que las razas de perro deterioradas, la gente de las ciudades estaba, poco a poco, perdiendo sus instintos naturales, según él. En su lugar, se estaban desarrollando defectos genéticos, tales como extremidades más cortas y estómagos redondeados. La psique de la gente de las grandes ciudades se caracterizaba por el letargo, la frialdad emocional y una libido elevada. Konrad Lorenz consideraba que, de permitir que esto continuara así por mucho tiempo, el apogeo de la humanidad sobre la tierra pronto se acabaría. En su *Animals in the Third Reich*[18], el escritor Boria Sax señala que las caricaturas de los judíos que circulaban en las publicaciones antisemitas eran, en su mayoría, idénticas a las descripciones que hace Lorenz del «ser humano civilizado» en las ciudades. En un artículo científico publicado en 1940, Lorenz reivindica que «el material humano deficiente» debía «ser expulsado» del cuerpo de la sociedad.

La carrera de Lorenz terminó abruptamente en 1944, cuando el Ejército Rojo lo capturó y envió a un campo de prisioneros. Tras la guerra, se distanció del nazismo y lamentó haber pertenecido al partido. En la localidad bávara de Seewiesen fundó, por encargo de la Sociedad Max Planck, un instituto para la investigación del comportamiento animal. A partir de entonces tendría un gran impacto internacional. En 1968 lo eligieron miembro de la Real Academia Sueca de Ciencias: en 1973, recibió el Premio Nobel en Fisiología y Medicina —junto con el entomólogo Karl Von Frisch y el zoólogo Nikolaas Tinbergen— por sus descubrimientos sobre el comportamiento de las abejas en sus colmenas. Sus libros, en especial

Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros, han sido conocidos internacionalmente y se han traducido a bastantes idiomas. Las imágenes de un Konrad Lorenz paseando tranquilamente con una bandada de gansos bamboleándose detrás de él hicieron del otrora nazi un personaje querido entre la gente. Antes de su muerte, en 1989, apoyó al Partido Verde de Austria y se opuso enérgicamente a la energía nuclear.

Dentro del campo de investigación sobre el lobo se sigue considerando a Lorenz una de las autoridades más influyentes hasta nuestros días. Durante el juicio celebrado en Norrköping el otoño de 2016, escuchó a los peritos referirse a él en varias ocasiones. Uno de sus muchos discípulos fue Erik Zimen, hijo de padres alemanes pero criado en Majorna, Gotemburgo. De joven, volvió a Alemania para estudiar. Se convirtió en etólogo especializado en lobos. Profundamente inspirado por las ideas de su maestro, este hijo de Gotemburgo tendría un papel determinante en la diseminación de una nueva imagen del lobo en Suecia.

---

16 *Kohandeln.*

17 *The White Man's Burden*, en el inglés original.

18 [*Los animales en el Tercer Reich*].

La ruta de la naturaleza

Si buscamos el momento en el que muere oficialmente el mito del lobo peligroso en Suecia, lo encontraremos en la guía de televisión del 24 de mayo de 1975. El programa *La ruta de la naturaleza* o *Naturrutan*, en sueco, se emite en horario estelar, a las 6:30 p. m., en una época en la que el Estado aún tenía el monopolio de las emisiones televisivas. Al mismo tiempo, los índices de audiencia se acercan a los niveles más altos medidos hasta entonces. En el programa se ve a Bertil Hedlund en cuclillas, rodeado de lobos. Se encuentra en el pueblo alemán de Waldhäuser, a unas decenas de kilómetros de la frontera de la entonces Checoslovaquia. La manada de lobos pertenece a Erik Zimen y en ellos lleva a cabo sus estudios etológicos. Los animales viven en un recinto adosado a su casa y, de vez en cuando, necesitan dar un paseo, lo que llama la atención en el pequeño pueblo. Erik Zimen, junto a su joven esposa, acostumbra a caminar por la carretera del pueblo con los grandes depredadores sujetos a una correa. Estando a cuadro, un lobo mastica el guion del presentador. Zimen hace una propuesta sencilla; es hora de reintroducir al lobo en la naturaleza sueca, dice. Según el investigador, toda Suecia tiene, a excepción del sur de Skåne, las condiciones necesarias para sostener a una población de lobos salvajes. Habiendo realizado estudios en lobos salvajes a treinta kilómetros de Roma, no ve obstáculos para que los lobos tengan sus dominios en las cercanías de las grandes ciudades suecas.

—¿Tenemos lobos que podamos insertar? —cuestiona el presentador.

—Sí, los tenemos —responde Erik Zimen—, tenemos una población sueca en cautiverio en Skansen y en el zoológico de Skåne que, seguramente, puede usarse para reintroducir al lobo sueco en el país.

El presentador Bertil Hedlund asiente con la cabeza. Luego, el investigador señala las regiones que le parecen más apropiadas para albergar a una futura población de lobos suecos: Dalarna, Härjedalen y Värmland.

—No existen problemas biológicos para insertar al lobo —explica Zimen a los televidentes suecos—, los problemas son sociales.

Hay un plan para corregir la falta de tolerancia por los lobos entre la población, revela Erik. Para que la gente cambie la opinión que tiene del lobo se construirán recintos enormes. Su finalidad no es solo que los animales de zoológico se acostumbren a la vida en la naturaleza, sino también que la gente se acostumbre a una vida con lobos.

A cuadro, dice Erik Zimen:

—Luego, se podría permitir a la gente entrar al recinto para que vea

por sí misma que el lobo no es peligroso. ¡Podría volverse una atracción turística!

Bertil Hedlund asiente una vez más.

—¿Hay evidencias objetivas de que un lobo haya matado a un ser humano alguna vez? —pregunta.

Zimen, de jersey de punto y típica barba poblada, sacude la cabeza y responde:

—No, no las hay. No tenemos evidencias objetivas de que los lobos hayan atacado personas.

Después de temerle por siglos, parece que el lobo ya no es peligroso. Al contrario, puede ser esquivo, pero, al mismo tiempo, es un animal sociable e inteligente. En la hemeroteca encuentro una noticia extraña de aquellos tiempos de cambio. Justo después del Año Nuevo de 1974, un arrendador se entera de que uno de sus departamentos alberga un inquilino inesperado. En un pequeño monoambiente del centro de la ciudad vive Irene, de 26 años, junto con una loba adulta, que ha comprado al zoo de Lycksele por 800 coronas. Fue como un sueño hecho realidad, explica en entrevista a *Aftonbladet*. Pero ahora, Irene enfrenta problemas. Las autoridades amenazan con sacrificar a Zalka, como se llama la loba, si no se deshace del animal voluntariamente. El arrendador teme por la seguridad de sus inquilinos.

«Moriré en el segundo en que maten a Zalka», le dice Irene de forma dramática al reportero del tabloide.

Unas semanas después, el periódico informa que Zalka está muerta. La dejaron salir de un corral de la granja de caballos donde vivía, en el exilio, mientras las autoridades investigaban la situación. El dueño del lugar no soportó todo el alboroto que la loba domesticada causaba y le abrió la puerta. La loba se echó a correr y fue atropellada en la autopista nacional número 15, al norte de Lund. En una imagen del periódico se ve a una devastada Irene sujetando a su loba muerta en su regazo. Llora.

«Todos creen que un lobo debe ser agresivo, pero no es verdad», afirma desesperada ante otro tabloide, *Expressen*.

No cabe la menor duda sobre con quién simpatizarán los lectores. La joven amiga de los animales perdió su lucha contra los detractores de los lobos y las autoridades sin corazón. La noticia se vuelve material de primera plana. Los días siguientes, se publican varios artículos llenos de indignación que le dan la razón a la pobre Irene. Apenas una década antes, probablemente habrían considerado que la joven mujer sufría de sus facultades mentales o, quizá, era asolada por demonios. La opinión pública en lo que respecta al lobo está por cambiar. Al mismo tiempo que Irene vivía con su loba en un monoambiente citadino, en Estocolmo se llevaba a cabo un trabajo significativamente más estructurado y extenso para reintroducir al lobo a la naturaleza

sueca.

Algunos años antes (1971), la Sociedad Sueca para la Conservación de la Naturaleza o NSF, por sus siglas en sueco,[19] había instaurado un grupo de trabajo conformado por varios miembros del consejo de conservación de la naturaleza de la Dirección General de Protección Ambiental. Llamaron a la iniciativa «Proyecto Lobo». El objetivo del grupo era la cría de una nueva población de lobos en zoológicos suecos para su reintroducción a la naturaleza. El método ha resultado efectivo para aves de rapiña; el Proyecto Búho Real, por ejemplo, había visto sus inicios algunos años antes. Las sustancias tóxicas en el ambiente y la tala de árboles habían llevado a la especie al borde de la extinción, pero, gracias a un trabajo intenso de cría e inserción, el gran rapaz había logrado volver a los bosques suecos. Incluso el Proyecto Halcón Peregrino y el Proyecto Pigargo Europeo resultarían contribuciones exitosas. Al permitir a las aves reproducirse en cautiverio, introducir a las crías en la naturaleza y alimentarlas para apoyar su crianza, se ha logrado conservar a estas imponentes especies rapaces en la fauna sueca. Los halcones peregrinos pasaron, de hallarse en grave peligro de extinción en 1972, a contar con 200 parejas reproductoras en Suecia.

Las acciones de Proyecto Lobo se basan en la «Declaración de principios para la conservación del lobo», una especie de manifiesto creado por doce delegados de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza durante una reunión en Estocolmo en 1973. *Dagens Nyheter* (DN) escribe sobre ello. En el documento se establece, entre otras cosas, que «el lobo, como el resto de los animales salvajes, tiene derecho a existir en libertad». Este derecho se basa en una visión del hombre como parte del ecosistema natural. En el manifiesto del lobo se constata que en más de la mitad de los países en donde ha habido lobos, el ser humano los ha exterminado por completo o está a punto de hacerlo. La razón de esta actitud hostil hacia el lobo radica, según los expertos de la Unión, en la ignorancia de los ciudadanos respecto al lobo, y en el temor injustificado a este casi extinto depredador que vive en manada. El punto 11 —de 12— del documento aborda la importancia de cambiar la actitud humana:

«Hay una necesidad constante de información para el público respecto al lugar del lobo en la naturaleza».

Entre los presentes en la reunión de Estocolmo se encuentra, de acuerdo con el reportaje de DN, el entonces príncipe heredero de Suecia, Carl Gustaf Bernadotte. Como miembro honorario de la sección sueca del Fondo Mundial para la Naturaleza —WWF, por sus siglas en inglés—, siente un especial aprecio por los animales en peligro de extinción. El futuro rey escucha con interés mientras se describen, paso a paso, los planes para reintroducir al lobo a la

naturaleza sueca. Lo primero que debe hacerse es organizar un banco genético de lobos de la raza escandinava, el llamado lobo fenoscandio. El enviado de DN reporta:

«Pero pasará un tiempo hasta que los guardianes de la naturaleza hayan avanzado tanto que puedan comenzar a formar una nueva población de lobos en Suecia. Primero deben eliminar el odio al lobo profundamente enraizado en muchas personas».

El WWF ha de reunir el dinero entre el público general para llevar a cabo lo descrito como «campaña intensiva de educación». Para ello, se recomiendan métodos entre los que se encuentran campañas masivas en los medios y promoción de actividades turísticas. Hay poco tiempo. Al momento de la publicación del reporte *Proyecto Lobo: sobre la situación y el futuro del lobo en Suecia* en 1976, queda un único lobo salvaje en Suecia: una hembra ancana que, sola, vaga por las regiones montañosas de Sarek/Padjelanta. La posibilidad de que la población de lobos suecos crezca naturalmente se considera «altamente improbable». Igual de improbables son las posibilidades de una inmigración de lobos desde Finlandia.

El año siguiente a la emisión en SVT del programa *Naturrutan*, Kolmården recibe a sus primeros lobos y se vuelve parte del programa conjunto de reproducción planeada entre la NSF y Proyecto Lobo. La población de lobos en cautiverio aumenta de 29 a 35 individuos. En ese año nacen 18 cachorros en total en cinco zoológicos selectos, 11 de ellos en el zoo de Skåne, cuyo recinto de lobos fue establecido por Proyecto Lobo y ha recibido apoyo económico de, entre otros, la Administración Nacional de Empleo de Suecia o AMS, por sus siglas en sueco.

«Esta población de zoológico y la diseminación de información en torno a ella son una condición importante para el cumplimiento del objetivo principal de Proyecto Lobo: la existencia de una población salvaje autorreproductiva de lobos fenoescandios», leo en el reporte de Proyecto Lobo.

«Si deseamos conservar al lobo en el país», se lee, «la reintroducción es la única posibilidad que queda».

Busco los datos de contacto de Erik Zimen, pero resulta que falleció en 2003 a consecuencia de un tumor cerebral; murió en su hogar, tenía solo 62 años. En el obituario del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* se lo compara con grandes personalidades como su mentor, Konrad Lorenz, o la madre de los chimpancés, Jane Goodall.

Imprimo el obituario y lo coloco en la pared de mi sótano-oficina junto a un recorte de la revista para caballeros Lektyr de 1976. Una imagen granulada muestra al apuesto etólogo con un gran lobo en sus brazos. En el pie de foto se lee: «“Un lobo solo es peligroso para los débiles y los enfermos”, dice el investigador E. Zimen». En otra

imagen se lo ve paseando a sus grandes lobos atados a una correa. El pie de foto pone: «Hasta ahora, las autoridades se han mostrado negativas a los planes de Erik Zimen. Pero aún espera poder reintroducir a los lobos en los bosques suecos».

Sigo buscando. El responsable de operaciones de Proyecto Lobo tiene un nombre inusual: Mart Marend. Eso me facilita mucho el hallarlo. Marco el número de teléfono y oigo que llama. Cuando Marend responde, cuarenta años después de haber escrito esas líneas sobre insertar a los lobos en los bosques suecos, resulta que no soy, ni de lejos, el primero en comunicarme con él. Hace mucho que abandonó Estocolmo y se instaló en Gotland. Allí, ahora en el otoño de su vida, dirige su propia editorial y una pequeña librería independiente en línea. Su interés por los animales y la naturaleza sigue siendo apasionante. Hace fotografías, observa pájaros y acaba de publicar un libro sobre su insecto favorito: la libélula. Escribe observaciones cortas y sobrias sobre naturaleza para DN con cierta regularidad; tratan de la vida animal a los alrededores de su hogar en Klintehamn. Aprecia que lo haya llamado a esa hora. Acaba de pasar el almuerzo, el sol brilla sobre Gotland. La mayoría de quienes desean hablar sobre su papel en Proyecto Lobo suelen llamarlo a altas horas de la noche, no pocas veces demasiado agitados. En ocasiones gritan descontrolados por la ira; otras, simplemente respiran, callados y llenos de odio, en el auricular.

---

19 *Svenska Naturskyddsföreningen*.

Hola, ¡kollikok!

En 1975, el joven biólogo de campo Mart Marend consigue un puesto en la Sociedad Sueca para la Conservación de la Naturaleza en Estocolmo. Lo primero que hace como líder de proyecto para Proyecto Lobo es viajar a Los Abruzos, en Italia, para conocer a su ídolo, Erik Zimen. El viaje se lleva a cabo en una época nueva tanto para el lobo como para el ser humano.

La naturaleza del lobo no ha cambiado. Sigue haciendo lo que han hecho los lobos en nuestras latitudes por miles de años, es decir, ser un cazador inusualmente tenaz, adaptable y en extremo eficiente. Nosotros, los humanos, tampoco hemos cambiado, a decir verdad. Seguimos siendo los mismos en tanto nos dejamos llevar principalmente por nuestros miedos, al igual que en el pasado. Los miedos, sin embargo, son otros. El sueco de los años setenta no le teme ni a los hombres lobo ni a la oscuridad del bosque; en los setenta, a la gente le preocupa que el planeta esté siendo destruido. Hay quienes temen que las condiciones de vida en las ciudades en crecimiento, con sus atascos de tráfico y las emisiones de los escapes de los autos, sean perjudiciales para los niños. A algunos les parece repugnante ver la televisión; a otros, les estresan las exigencias de hacer carrera profesional y las opciones que da el consumismo. Hay una necesidad de acercamiento a la naturaleza, de buscar consuelo en aquellos parajes salvajes que dejamos atrás.

La sensación había empezado a extenderse entre la sociedad cuando la urbanización tomó velocidad a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial. En un número de 1959 de la revista de promoción de las actividades al aire libre *I alla väder* leo las ideas del intendente militar Gösta Frohm sobre los aspectos negativos de los cambios reinantes en la sociedad.

«El citadino ocupado es quien nos necesita. Allí donde los gimnasios no son apropiados para la educación motora de los niños, donde el reloj para fichar y la mecanización amenazan con convertir a los adultos en robots físicamente atrofiados, es donde evidentemente está nuestro campo de trabajo».

El siglo XX era el siglo de los niños. Al otrora oficial deportivo lo motivaba la convicción de que un contacto temprano con la naturaleza generaría un amor de fondo por el bosque y sus animales entre los niños suecos. Y no era un tonto, comprendía que la juventud de entonces no escucharía a un exmilitar. Por eso, Frohm creó una figura que pudiera comunicar su mensaje. Vistió a su personaje

fantástico con un traje hecho de hojas y un gorro hecho de corteza de árbol, adornado con una pluma roja. Incluso inventó un saludo propio: «Hola, ¡kollikok!». Llamó Skogsmulle a su personaje —una especie de trol del bosque—. Mulle limpiaba el bosque con su cola y tenía claras como el agua todas las reglas del Derecho de Acceso Público a la Naturaleza[20]. El objetivo de la creación de Skogsmulle era despertar el interés por la naturaleza a través del juego, así como el cuidado y preocupación por el ambiente, entre niños de 5 a 6 años. Era importante que el niño sintiera felicidad y amor al encontrarse con la naturaleza. A Gösta Frohm le gustaba ponerse su disfraz de trol y convertirse en Mulle, pero comprendía que no podía llevar a cabo esta campaña solo. Llamó a «madres interesadas» de todo el país a que se acercaran a la finca de actividades al aire libre ubicada en Lida, a las afueras de Estocolmo, para recibir instrucción sobre la flora y la fauna suecas. Se animó a estas madres de casa aburridas a difundir la idea de la llamada «Escuela Trol» entre «niños interesados y madres con problemas ocupacionales». En 1959, el nombre de la iniciativa cambió a «Escuela Mulle del bosque»[21], pues la Dirección Nacional de Sanidad y Bienestar Social había señalado que la palabra «trol» podía despertar asociaciones atemorizantes entre niños sensibles.

En las áreas boscosas que rodeaban a barrios residenciales de casas y apartamentos de alquiler ahora había pandillas de niños emprendiendo misiones de descubrimiento. Estudiaban hormigueros con una lupa, lamían piedras para probar su sabor y atrapaban renacuajos en tarros viejos de mermelada. A su tiempo, yo mismo me convertí en uno de estos niños. Skogsmulle nos enseñó que no era necesario derrotar, conquistar o aniquilar a la naturaleza, sino que es un ser sensible necesitado de amor y cuidado. Durante mi infancia en la década de 1980, el bosque ya no era solo para que los campesinos lo dominaran y explotaran, sino para el disfrute de todos los ciudadanos, incluso mujeres y niños. En palabras de la historiadora de las ideas Petra Rantasalos, la naturaleza llegó a domesticarse. Los sueños que Elin Wägner describió en su crítico panfleto social, *Väckarklocka*[22], prácticamente ignorado tras su publicación en 1941, ahora se ponían en práctica. Las mujeres salían del hogar y extendían su trabajo de cuidados incluso hacia la naturaleza y los animales. El nuevo interés de las amas de casa por la vida al aire libre coincidió con que un nuevo movimiento político veía la luz. En *Dagens Nyheter* leo la primera reseña de *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, con fecha del 8 de febrero de 1963:

«Me atrevo a guardar la esperanza de que este libro bien escrito y de fácil lectura llegue a suficiente gente como para convertirse en una chispa que encienda el debate que nos ha hecho falta por tanto tiempo», escribe el reseñista.

Y así sucede. El libro, que trata sobre el pesticida DDT y su impacto en el ciclo natural, encabezó las listas de ventas, fue objeto de debate en la radio y la televisión, y marcó el inicio del activismo medioambiental moderno en Occidente. Los Biólogos de Campo, una organización juvenil de la Sociedad Sueca para la Conservación de la Naturaleza fundada en 1947 en Estocolmo, fueron algunos de quienes tomaron nota de este despertar. Al principio, estos jóvenes se dedicaban más que nada a hacer excursiones de naturaleza para observar y estudiar aves raras. Pero en el curso de los años sesenta y setenta cambiaron de dirección, en gran parte gracias a este, el libro que marcó una época. Estos jóvenes interesados en la naturaleza, que llevaban botas de goma y chaquetas de la marca Fjällräven, se radicalizaron. Aparte de registrar especies poco comunes en sus libros de avistamiento, comenzaron a involucrarse cada vez más en acciones políticas inspiradas por, entre otras organizaciones, la entonces recién fundada organización ecologista canadiense Greenpeace.

Los Biólogos de Campo formaron grupos guerrilleros locales que vigilaban a las autoridades municipales; llevaron a cabo robos simbólicos de los envases desechables de las hamburgueserías; organizaron marchas de protesta en contra de los planes de construcción de aeropuertos; recogieron miles de latas vacías y las devolvieron a las autoridades competentes en protesta por el desperdicio de materias primas. Todas acciones espectaculares, se dio cuenta de ellas en los periódicos. Según los Biólogos de Campo, la sociedad de consumo basada en el crecimiento no era compatible con las leyes de la ecología. El ser humano se había colocado por encima de los principios básicos y, de esa forma, se había convertido en su propio peor enemigo. La amenaza contra la sociedad ya no provenía de afuera, sino de nuestro interior. Solo corrigiendo nuestra manera de pensar, nuestro estilo de vida y nuestros valores, la humanidad podría alcanzar la armonía con la naturaleza. El humanismo debía ampliar sus horizontes, y esta consideración debía englobar a todos los seres vivos; incluso al lobo.

En 1977, la Dirección General de Protección Ambiental de Suecia realiza una encuesta de opinión. Esta muestra que la visión de la población respecto al lobo ha cambiado. La mayoría de los suecos están listos para aceptarlo de vuelta en los bosques suecos. Solo a un diez por ciento de los encuestados le parece que los lobos podrían representar una amenaza para los humanos.

---

20 *Allemansrätt*, como se le conoce en sueco.

21 *Skogsmulleskollan*.

22 [Reloj despertador].

Proyecto Lobo

Gracias a un modesto informe de 46 páginas publicado en 1976, Mart Marend termina envuelto en unas de las teorías de la conspiración más persistentes de la Suecia moderna, construida a partir de un conflicto sueco clásico: el poder centralizado contra la provincia, la ciudad contra el campo, la modernidad contra la tradición, los amantes de los lobos contra sus detractores.

El origen de tal conspiración es que el depredador ha pasado de estar extinto a aparecerse, en apariencia sin explicación alguna, en el bosque sueco. El invierno de 1978, dos años después de que Proyecto Lobo ha presentado sus planes para la reintroducción del lobo, se descubren en la nieve las huellas de un macho solitario en los alrededores del lago Boviggen, al norte de Torsby, a unas decenas de kilómetros de la frontera con Noruega. Un cazador local y su compañero siguen las huellas. Encuentran marcas de sangre y, luego, dos crías de alce. Algunos meses después, a finales de febrero, estudiantes de conservación del ambiente y la vida silvestre de la Universidad Popular de Klarälvdalen se percatan de las huellas de un lobo más pequeño que parece haberse unido al macho en las cercanías de Sysslebäck. Se trata de una hembra. El lobo ha vuelto a Värmland por primera vez en más de cien años.

Para los detractores y conspiracionistas está claro que el depredador no llegó a aquel lugar remoto de forma natural; basta con leer el reporte de Proyecto Lobo. El entonces líder de proyecto Mart Marend dice, en sus conclusiones, que se debe ubicar a los animales de zoológico en recintos especiales para que los científicos puedan estudiarlos. Luego se los soltará en la naturaleza, justo de acuerdo con el plan que Erik Zimen presentó a los televidentes de *Naturrutan* unos años antes. De acuerdo con el reporte de Proyecto Lobo, las áreas geográficas a considerar son el norte de Västmanland y el sur de Dalarna, además de Värmland, el área en la que precisamente han aparecido ambos lobos. En otras palabras, los planes ya se han puesto en marcha.

Pero según Maren, jamás hubo tal reintroducción. Lo dice mientras hablamos por teléfono cuarenta años después de la aparición de los primeros lobos en Värmland. Las autoridades consideraron que resultaría demasiado costoso, dice. Además, la reintroducción habría supuesto conflictos innecesarios con las poblaciones locales.

Pero entonces, ¿de dónde llegaron los lobos? Marend tiene una teoría que, a través de los años, ha compartido con muchos otros expertos

suecos. El macho probablemente vino de Noruega. Resulta que en la zona de Trysil se había hallado una pequeña y previamente desconocida manada de lobos, una manada que los investigadores noruegos habrían mantenido en secreto por temor a que los cazadores furtivos la exterminaran.

Los lobos no saben de fronteras nacionales, vagan de un lado a otro entre Noruega y Suecia. Y, en aquellos tiempos, los bosques de Värmland pululaban de alces y ciervos. De acuerdo con el autor y experto en lobos Henrik Ekman, a fines de la década de 1970 había más de 40.000 alces en la zona. Este bufé de animales salvajes atrajo al lobo desde Noruega. Ahora bien, si el macho llegó de Noruega, ¿de dónde vino la hembra?

—Probablemente migró desde el este, atravesando la Cortina de Hierro —dice Marend.

En 1977, patrullas fronterizas finlandesas constataron un aumento importante de huellas de lobo en la frontera con la Unión Soviética. Algo había sucedido del lado soviético que había llevado a los lobos a migrar hacia el oeste. Una teoría es que el Ejército Rojo llevaba a cabo pruebas atómicas secretas en la taiga rusa; otra, quizás más plausible, era que Moscú había emprendido una deforestación más intensiva en las cercanías de Finlandia. Es probable que algunos de los lobos soviéticos atravesaran Finlandia y siguieran de largo atravesando la frontera sueca. En teoría, uno de esos lobos, una hembra solitaria, habría continuado todo el camino hasta el sur, desde las montañas hasta Värmland; un estrecho de miles de kilómetros. Según los detractores de los lobos y los conspiracionistas, es poco probable que un lobo fuera capaz de cruzar por las áreas de pastura de los renos en las áreas montañosas de Suecia sin ser detectado; más sensacional aún es que la hembra eligiera justo aquel invierno para emprender su épica migración, al mismo tiempo que el macho se encontraba en el área.

¿Qué tan probable es eso?

Le hago esa misma pregunta a Mart Marend, que escucha con el móvil pegado a la oreja. Es claro que ha tenido esta discusión con anterioridad. Le hago saber que, en lo personal, la introducción de lobos en Värmland no me parece especialmente controvertida o sorprendente. Los extremistas políticos ciertamente han hecho cosas peores.

—No te estoy entendiendo muy bien —responde él.

Y entonces yo, con casi nula educación o experiencia en la conservación de la naturaleza o la vida salvaje, intento explicarle cómo va la cosa con el lobo sueco. Admiro la paciencia de Marend. Le cuento sobre mi infancia en Umeå. Él escucha. Explico cómo el movimiento vegano se hizo popular en los noventa, en mi época de

adolescente —tarareo *Pump the Brakes* en el auricular—. Algunos jóvenes se dedicaban a tocar una forma particularmente agresiva de rock-punk en diferentes centros extraescolares de la ciudad, le explico. Se decoraban las manos con grandes cruces negras, lo que significaba su oposición a cualquier tipo de drogas y productos animales.

—*Okey*… —murmura Marend.

Algunos de quienes crecimos con Skogsmulle y «El buzón de los animales»[23] se radicalizaron para convertirse en activistas por los derechos de los animales. Se liberó a visones de su cautividad en una granja de pieles local. Miles de pequeños depredadores terminaron sueltos en la naturaleza para evitar que se convirtieran en estolas de invierno y gorros para acomodadas señoras que votaban a los Moderados. La mayoría de estos animalitos se congelaron de frío o murieron atropellados en el tráfico; los supervivientes se lanzaron sobre roedores pequeños o saquearon nidos de aves en busca de comida, perturbando así el orden ecológico de la fauna de Norrland. Pero ningún activista había pensado en el posible alcance de sus acciones. La cosa era actuar. No permanecer quietos mientras había seres vivos sufriendo. Después de todo, esa es la definición del término «activismo»: hacer algo. También había un núcleo de activistas preparados para ir más lejos. Manifestaron su rechazo al manejo de los animales de aquella época quemando un quiosco de perritos calientes y un par de camiones de la planta procesadora de carne Scan, ubicada al otro lado del río Ume. Si uno quería mostrar su preocupación por los amigos animales, amenazaba y seguía a la familia que se dirigía a ver al peletero de la ciudad. Lo que quiero decir, como se lo explico a Mart Marend al teléfono, es que no era necesario más que un par, o a lo mucho un puñado, de personas motivadas para llevar a cabo estas acciones en nombre del ambiente y de los animales. Al parecer, jóvenes suecos, normales y corrientes, de clase media, estaban listos para cometer delitos graves —incendios provocados, acoso y amenazas de muerte— con fines políticos. ¿No habría sido capaz un número de personas con la educación apropiada e igualmente motivadas de introducir un par de lobos jóvenes en los bosques de Värmland de forma secreta? Marend escucha mis argumentos. Pero no comparte mi punto de vista.

—Los proyectos de cría e introducción de, por ejemplo, águilas y búhos reales sucedieron a puerta abierta. No hubo secretismo en torno a las aves rapaces; al contrario. ¿Por qué envolver en tal secretismo justamente el lobo, si iba a introducirse según el mismo modelo? Me cuesta ver la lógica —dice Marend.

Objeto la idea de que el lobo no sea un depredador controvertido. Tampoco había tiempo de esperar la resolución de interminables procesos políticos. La población de lobos suecos iba a desaparecer

para siempre si no se tomaban medidas de inmediato. Además, el activismo ambiental radical estaba de moda en aquellos tiempos. En aquella época la organización de Los Biólogos de Campo tuvo su mayor número de miembros en la historia. Greenpeace se había hecho famosa por sus espectaculares acciones políticas. Desafiando a la muerte, la primera generación de activistas canadienses dirigió sus pequeñas lanchas inflables hacia los balleneros rusos, ubicados a las afueras de las costas californianas, para, con sus propios cuerpos, proteger a las ballenas de los arpones. Soldados franceses de élite persiguieron y maltrataron a esas mismas personas cuando navegaron hasta las aguas que rodeaban al atolón de Mururoa para evitar explosiones de prueba con armas nucleares. Quebrantar las leyes y acuerdos internacionales de aquel entonces no preocupaba a estos rebeldes en lo más mínimo. Estaban listos para sacrificar sus vidas por la madre naturaleza, tal como la Baader-Meinhof hacía lo que fuese en nombre de la revolución. ¿Sería tan extraño que los suecos amigos del ambiente de aquellos tiempos políticamente turbulentos practicaran la desobediencia civil intentando salvar a una especie en peligro de extinción? Mart Marend suspira, rendido, al otro lado del auricular.

—Sí, bueno, no es posible estar cien por ciento seguros de que no haya sucedido algo así. Pero una operación de ese tipo necesitaría de muchos involucrados. No hay lobos de zoológico en los bosques; es algo muy controlado. No había un solo cachorro nacido en algún zoo de Escandinavia o Finlandia que no estuviera registrado. Y que yo sepa, no hubo ningún lobo desaparecido —dice él.

El único que sabe a ciencia cierta el estado de las cosas es el coordinador de especies y registrador de poblaciones del lobo para la Asociación Sueca de Zoológicos, es decir, el otrora jefe de investigación de Kolmården, Mats Amundin. Y él ya ha negado rotundamente que hubiera lobos de zoo sueltos en la naturaleza sueca. Pero ¿es posible estar completamente seguros de que los defensores de los derechos animales infiltrados en el asunto no lo engañaron, o, lo que es más, que él mismo pertenecía al grupo que había puesto en marcha el plan en secreto?

—Eso ya se ha verificado con ayuda de pruebas de ADN —dice Marend.

Y está en lo correcto, según veo cuando me adentro en los orígenes de la población sueca de lobos. Mats Amundin y Kolmården no son los responsables de que una pareja de lobos apareciera en Värmland en 1978. Con la irrupción de la ingeniería genética, investigadores de la Universidad de Uppsala pudieron examinar el origen de la nueva población sueca. De acuerdo con Hans Ellegren, profesor de biología evolutiva, las pruebas recogidas a mediados de los años noventa muestran que los lobos salvajes suecos no provenían de una población

de zoológico. La manada que se había establecido en Norrbotten durante los años setenta tampoco parece provenir de la población surgida en los bosques de Värmland.

Entonces, ¿de dónde vienen? En sus investigaciones, Hans Ellegren y sus colegas pudieron constatar una relación que apunta hacia el este. Se cree que los lobos migraron desde Finlandia o Rusia. Los conspiracionistas tenían otra explicación. Según los detractores del lobo, a inicios de los setenta se traficó a algunos individuos desde el Bloque del Este y se los introdujo en Värmland con gran secretismo.

—Si fuera cierto que un grupo de personas organizó una reintroducción de lobos, estoy muy seguro de que habríamos escuchado hablar de ello después de todos estos años. Pero no se ha sabido nada —dice Mart Marend.

De todos los argumentos que refutan la introducción del lobo sueco, este me parece el de mayor fuerza; incluso más creíble que los análisis de ADN. Las experiencias de las dinámicas de grupo entre personas nos dicen que, en principio, es imposible ocultar información sensible de nuestro entorno por mucho tiempo. Las personas pueden crear enemistades. Pueden experimentar remordimiento o querer impresionar a algún agente externo. La mayoría de las personas tienen el deseo de ser vistas y escuchadas. Si bien nunca he sido un vegano militante o gran admirador del punk *straight edge*, creo que podría señalar en mi anuario escolar a quien le prendió fuego a los camiones de Scan en Umeå. Y si puedo hacerlo, entonces muchos otros —bastante más cercanos a esa persona— deberían poder señalarla también. Por eso tampoco creo en una reintroducción planeada del lobo; no porque fuera muy improbable, sino porque, de haberse dado, ello significaría que los involucrados han logrado permanecer callados todos estos años.

Por ello, no le veo más caso a centrarme en estos mitos de la reintroducción con ayuda humana. Tampoco son el tema principal de esta narración. Por el contrario, lo relevante del ataque de Kolmården es el profundo y largo conflicto que rodea a la cuestión del lobo. En las bien difundidas ideas de la conspiración y de la reintroducción de los lobos se menciona que Kolmården tuvo un papel significativo: se dice que hubo camiones de carga paseándose por los caminos forestales de Värmland; personajes con el logotipo del zoológico impreso en la ropa habrían estado merodeando las zonas en las que se observaron huellas de lobo por primera vez. Ninguno de estos datos ha sido verificado, debo decir.

Cuando en la rueda de prensa celebrada pocas horas después de encontrar muerta a Karolina el director del zoológico Mats Höggren especula sobre cómo el incidente influiría en la opinión que se tiene de los lobos en Suecia, aquello me parece extraño; como si las

políticas suecas en torno a los depredadores fueran de importancia alguna cuando una joven acaba de perder la vida en su local de trabajo. Pero tal vez aquella declaración deba verse como una expresión de cuán implicado se siente el personal de Kolmården en lo que respecta a la cuestión del lobo. Al fin y al cabo, se supone que el producto-experiencia Contacto Cercano con Lobos implicaba la formación de opinión entre los asistentes, la misma que frenaría el odio hacia los lobos y salvaría a la especie de la extinción en territorio sueco. La idea de ser capaces de marcar una diferencia es importante en la mayoría de los trabajos. Ello hace posible, al menos, despertar la sensación de que hay un significado más profundo en lo que se hace, en especial cuando se trata de un trabajo incómodo, arriesgado y con recursos insuficientes en un ambiente exigente.

La finalidad proclamada de Contacto Cercano con Lobos era influir en la visión negativa que se tenía del depredador, la misma que el zoo alegaba era producto del desconocimiento y los miedos. Ello hace del ataque no solo una tragedia para todos los involucrados, sino también un fiasco monumental de relaciones públicas. Porque la única conclusión a la que se puede llegar después de los eventos sucedidos en el recinto de Kolmården es que los lobos son, de hecho, peligrosos. Por lo visto, son depredadores enteramente capaces de matar seres humanos. Así que en lugar de profundizar más sobre quién pudo haber introducido lobos en la naturaleza sueca durante la segunda mitad de la década de 1970, parece mucho más importante investigar el cómo y cuándo iniciaron las visitas de la gente al recinto de Kolmården.

Después de todo, la consecuencia más dramática y trágica de la existencia de lobos en Suecia sucedió en un lugar cerrado, rodeado de una cerca alta, ubicado en mitad de un zoológico moderno. Y hubo alguien a quien se le ocurrió la idea, pienso; alguien, en algún momento, decidió que era buena idea abrir las puertas del recinto, hacer lo que a otras personas apenas una generación atrás les atemorizaba en extremo: entrar y volverse parte de la manada. Me decido a intentar averiguar quién es esa persona.

---

23 *Djurensbrevlåda* (1976) fue un LP basado en el programa de radio infantil sueco del mismo nombre, con canciones centradas en temas sobre los animales.

Contacto cercano

Habían empezado a conocerse a través de la cerca por entre la que, finalmente, ella metió los dedos. Ellos percibieron el olor a paté de hígado. Curiosos, olisquearon y le lamieron las yemas de los dedos. Luego, ella entró.

Dos años más tarde, en la primavera de 1981, la bautizarían como «la chica que puede hablar con los lobos». El tabloide *Expressen* escribe sobre una chica de 18 años que «destruye por completo el mito del gran lobo feroz». Es la primera vez que se reporta en los medios suecos que ha habido personas dentro del recinto de lobos de Kolmården. El periódico entrevista al instructor de la joven, Mats Amundin, quien parece entusiasmado:

«La chica tiene algo innato que hace que los lobos le tengan confianza», le dice al reportero del periódico.

Hace falta algo de trabajo detectivesco para localizarla 35 años después de la publicación del artículo. En Suecia hay montones de mujeres de unos cincuenta años llamadas Annika Olsson. Mi llamada es recibida con sorpresa y, por momentos, con cierta hilaridad: «¿Que si puedo hablar con los lobos? Nunca me he encontrado con uno, así que no lo sé…» (¡clic!).

Por fin, encuentro a una Annika Olsson que maneja una empresa de cursos para cachorros y de adiestramiento en una finca de Närke. La edad coincide con la de aquella joven del reportaje de 1981. La llamo y resulta que ella es la chica que puede hablar con los lobos.

—Mi época en Kolmården me trae buenos recuerdos —dice.

Confirma que fue la primera en entrar al recinto de los lobos. Pero no estaba sola. Fueron ella y María, su compañera de clase del bachillerato orientado al cuidado de los animales que cursaban en el centro de Haga en Norrköping. La mayoría de los estudiantes en prácticas seguramente preferirían nadar con delfines o estudiar a los imponentes tigres siberianos, pero a estas dos chicas los lobos les parecían emocionantes. A ambas les interesaban los perros, y en los gestos y lenguaje corporal de los lobos reconocían los diferentes comportamientos de los primeros, aun cuando las señales de los lobos fueran mucho más claras y expresivas. Se tomaron muy en serio sus labores, recuerda Annika. A nadie se le había ocurrido entrar al recinto antes. Los lobos de Kolmården eran huraños. A la hora de alimentarlos se asustaban y huían. Se parecían más a grandes pastores alemanes sarnosos que se movían como sombras grises entre los árboles. Como atracción del zoológico no eran especialmente

populares.

Otro problema con los lobos del zoo era la endogamia. Toda la población de zoológicos de Suecia provenía de aquella época en la que se capturó a dos parejas de hermanos. A los primeros, Poika y Petronella, los sacaron de una guarida en Lemmenjoki, Finlandia, en 1963. A los segundos los capturaron siendo lobeznos en las tierras altas de Suecia y los enviaron a Skansen en 1950. La falta de variación genética ha hecho que una enfermedad ocular y problemas renales se extiendan entre la población. Por lo reportado en los periódicos de la época, la tenencia de lobos en cautiverio tampoco estuvo exenta de problemas en aquellos tiempos. Dos individuos transferidos del zoológico de Skåne al de Lycksele a principios de los años setenta del siglo XX logran escapar de su recinto y entran al de sus parientes canadienses, que de inmediato los atacan y los matan. Más tarde se enviarán cuatro nuevos lobos de Skåne a Lycksele. Tres de ellos logran escapar mordisqueando una cerca doble. A dos los matan a disparos el 19 de febrero de 1976. El tercero sigue prófugo durante un mes hasta que, con ayuda de una ampolla somnífera, lo capturan. De vuelta en el zoológico, el lobo intenta con desesperación salir de nuevo a la libertad. Finalmente, el zoológico decide mantenerlo anestesiado con Valium. El prófugo y sus primos son parte de una manada de trece individuos del zoológico de Skåne que ha sido dividida. Además de los cuatro enviados a Lycksele, ocho de ellos son transportados a Kolmården. Según *Aftonbladet*, también estos lobos son tratados con sustancias psicoactivas para que no intenten huir, lastimarse o atacar a otros lobos del recinto. En el zoológico de Skåne se queda apenas un lobo, solitario, ansioso y agitado, en cautividad. Se queda sin dientes en sus intentos de escapar del recinto para buscar a su familia perdida. Pero los ocho lobos de Kolmården parecen estar bien. Se ajustan y comienzan a echar raíces.

Durante nuestra conversación telefónica, Annika Olsson menciona que seguramente tiene guardado en una caja en el ático un trabajo final con todas sus notas. Me pide que la llame de nuevo en unos días; su ático es grande y tiene muchísimas cajas. Antes de colgar, le pregunto qué miembro del personal del zoo las escoltó la primera vez que entraron al recinto y qué clase de medidas de seguridad siguieron para protegerse en caso de que los lobos mostraran un comportamiento agresivo. Dado que nadie en Kolmården había hecho algo así antes, probablemente no se podía predecir cómo reaccionarían los lobos a la presencia de humanos entre ellos, así de pronto, dentro del recinto. El lobo es un depredador que reclama su territorio. El recinto es su hogar. En la naturaleza, los perros domésticos o lobos desconocidos que terminan en el territorio de una manada suelen ser atacados. Annika responde:

—Al principio, nadie en el zoológico sabía que habíamos entrado. Lo hicimos a escondidas.

Casi derramo mi taza de café. Estoy convencido de que debo haber oído mal. Que el personal del zoo entre en secreto al hábitat de un gran depredador seguramente rompe un montón de reglas y premisas de seguridad; que dos alumnas de bachillerato en prácticas lo hagan me suena a escándalo. Pero no, no he oído mal. Las chicas entraron a ver a los lobos sin pedir permiso. Al pensar en el juicio que he presenciado en Norrköping, la información me deja estupefacto. Nadie tenía ni idea de lo que estaba pasando. El invierno de 1979, dos adolescentes estuvieron encerradas junto a una manada de trece lobos adultos en un recinto de 40 por 60 metros, es decir, tan grande como media cancha de fútbol.

Entonces Annika se corrige a sí misma: Amundin lo sabía.

Era el tutor escolar de las chicas y su supervisor en el zoo, y estaba de acuerdo con el proyecto. Además, Olsson vivió con los Amundin mientras estudiaba; Mats y Birgitta fueron sus profesores del programa para cuidadores de animales, conectado en parte con el zoológico de Kolmården. Birgitta aún trabaja en el zoo y fue jefa inmediata de Karolina.

—Por las noches hablábamos bastante sobre los lobos y sus comportamientos —dice Annika—. A Mats le fascinaba el contacto que yo tenía con la manada y escuchaba mis descripciones de los distintos individuos.

Al llegar a este punto de la conversación, siento que tengo que conocer personalmente a la «chica que puede hablar con los lobos». Me lleva casi cuatro horas conducir hasta allá desde Estocolmo. Mi auto se abre paso en algún lugar entre Västergötland y Närke, justo entre los lagos Vänern y Vättern. Es febrero de 2017 y, en Suecia, el invierno ha llegado para quedarse. Después de un rato me quedo solo en la carretera. Al avanzar, veo la nieve a lo largo del carril cada vez más angosto. La temperatura es de un par de grados bajo cero. Paso la reserva natural de Vargavidderna antes de girar a la izquierda sobre un caminito forestal estrecho y al final me detengo frente a una pequeña granja. En un prado hay algunos caballos de largas melenas, pastando. A la puerta me reciben cuatro perros de compañía, de diferentes razas y tamaños. Me siguen hasta una cocina pequeña pero acogedora, con muebles de pino y estufa de leña. Annika se prepara el café en una cafetera vieja de aluminio. Tres de los perros son suyos y uno, un labrador cariñoso de pelo color crema, es un perro guía que está entrenando. Ha adiestrado perros guardianes, perros policía, perros especializados en desactivar bombas y perros guía a lo largo de su carrera de unos treinta años como entrenadora. Los conocimientos adquiridos en el recinto de los lobos de Kolmården la han seguido

todo este tiempo y le han resultado muy útiles.

De acuerdo con las anotaciones del trabajo final de Annika, «Estudios etológicos de lobos en recintos», la primera reunión dentro del recinto se da el 6 de diciembre de 1979, es decir, dieciocho meses antes de que la noticia aparezca en *Expressen* y la convierta en una especie de celebridad. En aquel entonces acababa de cumplir diecisiete años. Era invierno y el zoo estaba cerrado, tras la conclusión de la temporada. Hacía frío y Kolmården estaba tranquilo y en silencio. Había caído la primera nevada. La manada de lobos la conformaban la pareja de Vanja y Nisse con sus cachorros producto de tres camadas. Annika escribe:

«El jueves 6/12/79 fue la primera vez que estudiamos a los lobos en el recinto. Entramos con tranquilidad y nos sentamos en una piedra al lado de la cerca. Los lobos estaban muy interesados en nosotros y curiosos. Apenas había unos metros entre ellos y el lugar en donde nos sentamos, y nos olfatearon; a nosotras y a las chucherías que les ofrecimos: premios para perro Frolic y paté».

No hizo falta mucho tiempo para que Nahani, la loba más intrépida de la manada, se aventurara a acercarse. Lamió con cuidado el paté que había en las manos extendidas de las chicas. Luego, uno a uno, los otros lobos se acercaron para lamerles suavemente los dedos hasta dejárselos limpios. Finalmente, Vanja, la líder, también se atrevió a acercarse. Al cabo de un rato, las chicas volvieron a salir, animadas por lo que habían vivido. Annika relata ahora, mucho después, sentada en la cocina y al calor de una taza humeante de café, que el personal en general se había agitado y casi había entrado en *shock* cuando se hizo público que habían entrado al hábitat de los lobos. Pero Mats Amundin sabía lo que sucedía y había defendido a las estudiantes, a quienes les había mostrado imágenes del recinto, argumentando que podían hacer una contribución importante para la investigación sobre los lobos. Tras una reunión con la dirección del zoológico, se decidió que Annika y María —solo ellas dos— tendrían autorización para entrar al recinto de los lobos de Kolmården y continuar sus estudios.

Leo las notas de Annika, que describe cómo Lupus, un macho grande, disfrutaba de examinar sus olores. Calmado y metódico, le olisqueaba las trenzas largas, los brazos, las piernas y el resto del cuerpo. Y no se oponía a que Annika le acariciara el rostro con cuidado.

Annika pasaba gran parte de su tiempo libre en el recinto y desarrolló una relación cercana y de confianza con la manada. Bastaba con que gimiera levemente para que los lobos vinieran corriendo y no le quitaran la vista de encima. Nunca entró con la idea de convertirse en una líder, explica. Los lobos del recinto no la veían como una loba más. No desarrollaron una impronta con respecto a los humanos como

aquellos lobos a los que, posteriormente, se crio a golpe de biberón. En cambio, la relación lobo-mujer joven se desarrolló poco a poco, con lentitud. Annika recuerda su paso por el recinto como algo emocionante. Fue una experiencia positiva.

—Creo que Mats me vio, a mí y a mi interés por los perros, como un recurso, y era muy conocedor de otras áreas en las que pude participar; por ejemplo, de los delfines y las marsopas, entre otras cosas, así que se dio un buen intercambio entre nosotros —dice Annika.

Luego me revela algo que me deja estupefacto. En al menos una ocasión, la entonces estudiante de diecisiete años pasó la noche en el recinto de los lobos junto con su maestro. Mats y Annika durmieron entre los lobos. Sonríe al acordarse.

—Tuvimos que meter todas nuestras cosas en los sacos de dormir para no arriesgarnos a que los lobos cogieran algo. Al principio, se mostraron muy interesados en nosotros, pero luego volvieron a sus asuntos y pudimos observar, con calma, lo que sucedía en la manada.

Me muestra un recorte del periódico *Lerums Tidning* que confirma la historia. Alguien a quien no le escandalizó que la estudiante en prácticas entrara al recinto de los lobos o que personal del zoo pasara la noche ahí fue el siempre optimista director Ulf Svensson. En lugar de eso, él y el departamento de relaciones públicas vieron nuevas oportunidades en el emocionante encuentro entre los seres humanos y los depredadores. Se informó a las redacciones de periódicos de toda la nación que en Kolmården no solo había delfines y tigres, sino también una joven con la habilidad de hablar con los lobos. Un equipo de filmación de la televisión estatal fue invitado al zoo cuando se acercaba la temporada de verano. La filmación se emitió en *Kafé 18* en mayo de 1981 —posteriormente busco el fragmento en los archivos de Sveriges Television—.

En aquella transmisión, Annika lleva una sudadera color gris jaspeado con el texto «El lobo: quizás no es quien tú crees». Ella misma la ha confeccionado. Se disculpa con el reportero porque los lobos no actúan más juguetones frente a la cámara. Los animales parecen algo tensos y nerviosos cuando el equipo de televisión los sigue por el recinto con su equipamiento de trabajo. Al momento de la filmación, había pasado casi un año desde la última vez que Annika estuviera con los lobos. Tal vez por eso los animales se muestran nerviosos. O quizá se deba a que el camarógrafo y los técnicos de sonido los estresan.

—Lo mejor es cuando estoy sola con ellos —dice ella. La cámara enfoca a un macho que, agazapado, baja desde la orilla del peñasco en donde la chica se encuentra sentada, rodeada por los demás lobos—. Ese es Theelo, esto le pareció demasiado estresante y desagradable —

continúa.

—¿Nunca te da miedo cuando estás así, sentada aquí con los lobos? —inquiere el presentador.

—No, no me da miedo —responde ella.

—Este temor a los lobos, ¿te parece exagerado?

—Sí, estos son lobos en cautiverio. El lobo es, en realidad, un animal en extremo cauteloso, muy esquivo. Las cosas se sacan de proporción cuando le achacan un montón de historias.

El equipo le agradece a Annika su participación. Luego, de vuelta en el estudio, el programa sigue; Klasse Möllberg canta *Bona cera, senorina* ataviado con unas gafas enormes y una dentadura postiza. El lobo no solo ha vuelto a la naturaleza sueca, también se ha estrenado como líder de opinión en las pantallas de televisión.

El biberón

Entrada la década de 1980, el personal de Kolmården cría a la primera camada de lobeznos ayudado de biberones y sustituto de leche. En la primera plana de *Dagens Nyheter* aparece la noticia sobre los «lobos amistosos de Kolmården», los primeros lobos criados por humanos en la historia del zoológico. A fines del verano de 1983, un equipo de Sveriges Television, la televisión estatal, nuevamente se encuentra entre lobos. Aquellos cachorritos indefensos ahora son lobos jóvenes. Justo ese día, el 19 de septiembre, *Café Norrköping* se transmite completamente desde el zoológico municipal, para gran satisfacción de su director, Ulf Svensson. No hay cantidad de dinero que hubiera podido pagar tal nivel de exposición: una hora en pantalla, sin interrupciones, en el mejor horario de la programación. Los televidentes son bienvenidos a «El África del norte de Europa», con sus plantas y sus animales salvajes y, agrega el presentador Bengt Nordlund a modo de broma, «sus personas salvajes». Dice:

«En este programa se hablará mucho de aquello que no saben sobre los animales. Analizaremos si el lobo es peligroso o bondadoso. Y desde ya les digo que es bondadoso. Al menos para con nosotros los humanos…».

Gran parte del programa transcurre dentro del recinto de los lobos, en el que nadie había puesto un pie apenas un par de años antes. Al considerar la tragedia que tendrá lugar ahí tiempo después, me resulta vertiginoso observar las imágenes de aquel programa de entretenimiento tan relajado. Me encuentro en la sección de medios audiovisuales de la Biblioteca Real de Suecia y he vuelto atrás en el tiempo unos treinta años. El formato de imagen es el antiguo 4:3, ajustado a los dispositivos de la época, y noto cierto ruido en el sonido. En la pantalla veo niños de no más de seis o siete años parados sobre las rocas del recinto. Caigo en la cuenta de que tendrían la misma edad que yo y habrían nacido a mediados de los setenta. Piernas jóvenes y bronceadas asoman de los pantaloncillos cortos. A su alrededor, la manada de machos se mueve con sus flexibles patas. Las cámaras de televisión registran cómo uno de los lobos se atreve, dubitativo, a acercarse para olisquear la espalda de un niñito. El crío se endereza y se da la vuelta. Al parecer, la única empleada presente es una joven de camiseta amarilla y gafas polarizadas. Da un paso hacia el lobo, que retrocede. La chica lleva el calzado de moda: un par de zuecos negros. Yo tenía unos iguales y aún recuerdo el sonido de las suelas contra el asfalto cálido en verano. Por eso también sé que

esos zapatos resultan inútiles para correr.

En otro fragmento del programa se ve a un padre joven con una niña pequeña que se le abraza al cuello; la niña no tendrá más de dos o tres años.

—Si te dijera que puedes entrar con la pequeña, ¿me creerías? —dice el presentador Bengt Nordlund sonriente, y aproxima el micrófono hacia el hombre.

—No…

El presentador se acerca el micrófono.

—Entonces veamos si es posible.

El padre responde, intrigado.

—A ver…

Veo a una joven madre volcarse sobre la barandilla que rodea al foso y agitar la mano para saludar a su familia. Dentro, en las rocas, se ve al padre con la pequeña hija en el regazo. Los lobos se pasean a su alrededor. Dirigen sus curiosos ojos amarillos hacia la niña, que se abraza con más fuerza al cuello de su padre. Los depredadores parecen analizar la situación.

En un tercer fragmento, el bronceado presentador
—que luce sus características gafas con molduras doradas— aparece dentro del recinto. Pero los lobos no siguen el guion. Un curioso macho de dos años se le acerca y Bengt Nordlund suelta un grito, aterrado. Intenta espantar al lobo. Pero cuando este no retrocede, el personaje televisivo se da la vuelta y echa a correr hacia la cámara. El lobo emprende la persecución, por completo ajeno a la transmisión en vivo. Bengt Nordlund no desea quedar mal ante los millones de espectadores. Pero desde el otro lado de la pantalla no queda duda de que está verdaderamente aterrorizado. Tiene los ojos bien abiertos y una sonrisa forzada; salta con inesperada presteza a la orilla de la roca desde la que el camarógrafo y el técnico de sonido documentan los acontecimientos. Repaso la filmación en cámara lenta, avanzando y rebobinando. El lobo parece tener la mirada fija en las perneras ondeantes del pantalón azul marino del presentador, pero al ver al resto del equipo de televisión se detiene en seco y brinca hacia un lado.

Agitado y con una risa nerviosa, Nordlund recupera la compostura frente a la cámara tras haber sido perseguido hasta la orilla de la roca.

—Nada de temor por aquí —dice, en un intento de volver a su tono relajado de presentador—, pero —continúa— ¿debería uno temer a los lobos?

—No —responde la mujer de la camiseta amarilla, uno de los cientos de empleados de Kolmården—. Simplemente le divierte verte correr y parecer un poco temeroso.

El presentador asiente con la cabeza y pone los ojos en blanco.

—Desde que era niño supe que los lobos eran peligrosos. ¿Tú compartías esa visión?

—Sí, de hecho, cuando era pequeña les temía —responde ella.

Bengt Nordlund le pregunta si los lobos la respetan.

—No me temen en absoluto. Me tratan casi como si fuera un miembro de la manada.

—¿Y qué rango tienes en la manada? —inquiere el presentador.

La mujer ríe algo avergonzada.

—El más alto.

Que los lobos no son peligrosos para los humanos y que una mujer joven puede liderar una manada se convierte, a partir de ese momento, en verdad escrita en piedra entre los telespectadores suecos y, claramente, entre el personal del zoológico más grande de la región nórdica.

El lenguaje de los lobos

«¡Auuuuuuu!».

El característico aullido hace eco en el paisaje boscoso.

Desde que la estudiante de bachillerato Annika Olsson se escurrió, ansiosa de conocimiento, en el recinto de lobos de Kolmården para ofrecerles paté a aquellos depredadores tan temidos y rodeados de mitos, el personal del zoológico no solo se ha convertido en parte de la manada, sino que se ha convencido de estar en el rango más alto entre los lobos. Se ha enseñado a hablar el lenguaje de los lobos. Es una forma de pensar que el director de investigación y zoólogo Mats Amundin desarrolla en un programa de radio titulado «El lenguaje de los lobos»[24], emitido en la estación P1 de Sveriges Radio el verano de 1986. La emisión comienza con el aullido prolongado del zoólogo.

—Tienen dientes bastante grandes, que nos muestran… —afirma la reportera.

—Sí, a fin de cuentas son depredadores que deben ser capaces de derribar grandes presas —dice Amundin.

Transcurre un instante. Luego, la reportera grita.

—¡Ay! ¿Por qué me mordió la oreja?

Mats Amundin explica que el lobo es muy parecido a los seres humanos en lo relativo a su vida en manada.

—Tenemos la misma problemática de rangos que los lobos. Y podemos aprender algo acerca de ello —dice el zoólogo, y continúa—; cuando hablamos de rangos, debemos mostrar con claridad qué queremos decir. Mantener un rostro impávido y actitudes similares solo acarrea problemas. Es mejor demostrar que se está enfadado a andar por ahí consumiéndonos por dentro.

Claramente, la reportera no ve razones para dejar que el zoólogo siga hablando sobre cómo el día a día en los lugares de trabajo o los hogares suecos le recuerda al recinto de Kolmården, pues evita hacer más preguntas sobre las similitudes entre una manada de lobos y una organización compuesta de humanos. Podría haber preguntado, por ejemplo, si en verdad es constructivo manejar los conflictos entre humanos del mismo modo en que lo hacen los lobos en el interior de la manada, es decir, a partir de un orden social basado en la violencia, el acoso y la expulsión, en el que hijos y padres se enfrentan en batallas a vida o muerte. Pero los medios raramente se cuestionan las afirmaciones de los zoólogos y los expertos en animales. Y esta no es la excepción.

—¿Quiere decir que el lobo es honesto? —se pregunta la reportera.

—Sí, muy honesto —responde Amundin—. Y es su característica más agradable, creo yo.

Mats Amundin explica a los radioescuchas de P1 que lo que distingue a los lobos de Kolmården de sus parientes salvajes es que los lobos socializados han perdido su temor natural a los humanos. Lo que, admite, también los vuelve potencialmente peligrosos para nosotros.

—Si le grito «¡buu!» en el bosque, el lobo salvaje huirá, pero aquí no.

El programa sigue con el trino de pájaros al fondo y la voz armoniosa del experto en animales, que explica a los radioyentes que la vida en una manada de lobos nos recuerda, de muchas formas, a la vida diaria de los humanos y que, de hecho, tenemos mucho que aprender de nuestros amigos peludos.

Entre tanto, no todos los expertos en depredadores se sienten cómodos con lo que sucede en el recinto de Kolmården durante esta época de los años ochenta. Eso me dice Anders Bjärvall cuando llamo a su casa en febrero de 2016, medio año antes del comienzo del juicio en Norrköping. Hoy lleva una vida tranquila de jubilado en Reimersholme, en el centro de Estocolmo. En las décadas de 1970 y 1980 estuvo involucrado en Proyecto Lobo y, entre 1964 y 1967, fue intendente de la Sociedad Sueca de Conservación de la Naturaleza, para luego trabajar como investigador en la Dirección General de Protección Ambiental. Se le considera uno de los mayores expertos en lobos del país. Cuenta que en Skansen, en Estocolmo, se comenzó a experimentar con la cría de lobeznos alimentándolos con biberón. Al primero lo llamaron Trollet, y fue recogido del foso de los lobos en los años sesenta, cuando tenía apenas unas semanas y después de que su madre, por razones poco claras, lo rechazara. El personal de Skansen solía llevarlo a pasear por la isla de Djurgården atado a una correa, lo que llamaba la atención en la ciudad y capital del lugar. En una ocasión, el príncipe Bertil lo vio al pasar a bordo de su gran automóvil. Pisó el freno. Al bajarse e intentar saludar a Trollet, el lobo saltó y le puso las patas frontales encima, gruñendo amenazante. Desde entonces, el que uno de los lobos de Skansen hubiera estado a punto de comerse a un miembro de la familia real se convirtió en una especie de leyenda urbana entre los residentes de los barrios aburguesados de Estocolmo. Pero a Anders Bjärvall aquello no le hizo gracia entonces, ni le hace gracia ahora.

—Durante décadas he afirmado que uno no debería interactuar de esta forma con los lobos. Cogerlos, acariciarlos y acurrucarse con ellos da una imagen sesgada de la especie. Hablamos de un depredador salvaje y potencialmente muy peligroso.

Pero los lobos dejaron buena impresión en la televisión. A principios de 1984, Jan Guillou contacta a Bjärvall. La cuestión del lobo vuelve a estar a la orden del día. Se ha celebrado una reunión en el centro

comunitario de Ambjörby, a pocos kilómetros al norte de Torsby, en Värmland. Cientos de personas se hallan ahí reunidas, con la presencia de la televisión y la radio. La oposición al lobo de nuevo recibe mucha atención en los medios de comunicación suecos y la Dirección General de Protección Ambiental ha sido muy torpe en su intento por calmar las aguas a través de un comunicado público en el que se «rechaza todo alegato respecto a que la Dirección habría tenido conocimiento, participado en, o llevado a cabo la introducción de lobos en Värmland o en otro lugar de Suecia». No sorprende que el efecto sea justamente el contrario. La gente de las provincias colindantes con los bosques se ha convencido aún más de que algo se le está ocultando. El periódico *Nya Wermlands Tidningen* anima a sus lectores a enviar sus opiniones sobre el futuro del lobo en la región. Se reciben 8500 respuestas. 7380 personas no desean ni siquiera ver un lobo en los bosques de Värmland. Por el contrario, la mayoría de la gente quiere verlo exterminado una vez más.

Y justo cuando el debate ha llegado a su punto más álgido, Anders Bjärvall tiene al reportero estrella Jan Guillou al teléfono. Este se pregunta qué tan difícil sería conseguir un lobo para una emisión en vivo del programa de televisión *Magazinet*, que se transmite en Malmö. Lo necesita pronto, además. A Bjärvall le parece que meter a un gran depredador en un estudio con luces y cámaras es una idea increíblemente arriesgada y excepcionalmente mala. Afirma no poder ayudar. La celebridad de televisión refunfuña algo sobre que Bjärvall no entiende cómo se hace la buena televisión. *Magazinet* tendrá que grabarse sin un lobo en el estudio. El 22 de febrero de 1984 —cuando el debate sobre el lobo se ha intensificado más— se emite «el único programa verdadero sobre el lobo». Así lo afirma el presentador. A lo largo de una emisión de una hora, Jan Guillou, con su voz seria de locutor y con música de flauta de Pan al fondo, informa a los telespectadores suecos sobre la mitología nueva y moderna en torno al lobo. Esa que contrasta por completo con las viejas historias de terror contadas por la Iglesia sobre lobos en piel de ovejas que no son sino secuaces de Satanás. En esta ocasión, la cuestión se centra en los indígenas. Aquellos que viven en armonía con la naturaleza y han sentido desde siempre una profunda afinidad con el lobo. En el programa se pinta al animal como un cazador excepcionalmente hábil cuyas presas, débiles e incapacitadas por elección, luego mata por pura compasión. Los hábitos alimenticios del lobo se comparan con los de la industria estadounidense de la carne. El mensaje es que mientras que el lobo vive siendo uno con la naturaleza y hace un consumo moderado de recursos, las grandes empresas estadounidenses explotan a otros seres vivos sin consideración alguna, en una matanza por completo grotesca de animales inocentes. Pintar al lobo como un ser

peligroso es una acusación extravagante según Guillou. En especial si se le compara con el animal más peligroso de la tierra: el ser humano. Llegado este punto del programa, se muestra un fragmento de vídeo con la detonación de una bomba atómica —con fines educativos—. Disuelta la nube de hongo, el espectador se encuentra en Skansen, donde Jan Guillou acaricia con ternura a Pelle, un lobo macho. A fin de cuentas, logró tener a su lobo de verdad, e incluso, a su lado y frente a las cámaras, al experto en lobos del zoo de Skansen, Hans-Ove Larsson.

—He trabajado con lobos durante bastantes años y me he hallado en situaciones en las que se los ha provocado con intensidad —dice Larsson—. No hay razón alguna para tenerles miedo. ¡Puedo afirmarlo con certeza!

Jan Guillou asiente y lo confirma.

—Tampoco hay razón lógica para creer en los fantasmas.

Pero no todo era felicidad en el foso de los lobos de Skansen, como se hace creer en el programa. Tiempo después de su participación en *Magazinet*, los hermanos de camada de Pelle lo muerden hasta matarlo. La causa de la muerte se mantiene en secreto.

Y ¿cómo le fue a Trollet, el primer lobo socializado de Suecia? Según Erland Wadsten, quien ha trabajado en Skansen como cuidador desde la década de los sesenta del siglo pasado, lo transfirieron al zoológico de Skåne para fungir como semental, pero una vez ahí comenzó a actuar cada vez más agresivamente hacia sus cuidadores. Finalmente, no quedó otra salida que sacrificarlo.

En 1991, el veterinario de Skansen puso a dormir a la última loba socializada del zoo. Se llamaba Silva y, llegada la madurez sexual, comenzó a atacar a las personas. Al final, se decidió que era un riesgo de seguridad tan serio para el personal que la sacrificaron. Con Silva terminó el intento de socialización de lobos en Estocolmo. Se determinó que los individuos que habían sido criados alimentándolos con biberón eran demasiado peligrosos.

---

24 *Vargarnas spark* en sueco.

Campo de internamiento

Es noviembre de 2016, durante una de las pausas recurrentes en las audiencias del tribunal. El abogado Thomas Olsson, parado en la escalera del tribunal de Norrköping, enciende un cigarrillo más. Una lluvia helada azota la calle allende el edificio. Pero aquello no parece afectar al cabello bien aceitado del abogado. Probablemente los cigarrillos no sean una maravilla para la salud, pero le han dado a sus cuerdas vocales una profundidad e impacto que el hombre aprovecha en la sala de procedimientos. Thomas Olsson es una de esas personas que, con su estatus de estrella y su encanto algo engreído, posee la envidiable habilidad de dominar una habitación por completo; es posible que el traje negro a medida también sea parte de la magia. Su significativamente más joven oponente, el fiscal Jan Olof Andersson, camina de un lado a otro frente a las puertas cerradas de la sala del tribunal, frunciendo el ceño profundamente. Transmite una imagen mucho más modesta, en ocasiones casi torpe. Se ha olvidado de rasurarse la barba de tres días. Un pico de la camisa le cuelga por fuera de los pantalones. Lo he visto tirar sus carpetas con los papeles de la investigación en el suelo de madera de la sala, obligándose así a inclinarse para reunir el material al mismo tiempo que murmura disculpas.

Olsson vuelve de su pausa para fumar y de inmediato entra a la habitación donde él y el acusado esperan la reanudación de la audiencia. Frente a mí, en la sala de espera de la Sala 1 del tribunal de Norrköping, está sentado Olof Liberg. Espera su turno para testificar. Ha sido llamado por los fiscales; es catedrático adjunto de zoología ecológica, especializado en lobos. Entre nosotros hay una mesa de centro cuadrada. El investigador la utiliza para describir el tamaño del territorio promedio de una manada. En Suecia, donde los lobos son relativamente escasos y las áreas forestales son grandes, estos territorios suelen ser de unos mil kilómetros cuadrados. Si el área fuera cuadrada, como la mesa que tenemos frente a nosotros, cada lado sería de poco más de 30 kilómetros de largo. Dentro de dicha área, la manada con frecuencia se divide en grupos más pequeños. Una manada de lobos puede compararse con una familia nuclear, explica Liberg. Se compone de una pareja de padres y sus descendientes. Los padres suelen preferir la compañía el uno del otro. A menudo viven en relaciones monógamas para toda la vida. Los pequeños comienzan a pasar más tiempo por su cuenta a partir de más o menos los ocho meses. El instinto de abandonar a la familia aumenta

a medida que el lobo crece, más o menos de la misma forma en que sucede con los adolescentes humanos. Los lobos jóvenes añoran la libertad y la autonomía tanto como los jóvenes de nuestra especie y, un buen día, ya no aceptan que sus padres los dominen. Por regla general, esto sucede durante la primavera de su segundo año de vida.

—Me sorprendí al escuchar que los lobos del recinto tenían tres años de edad. Nunca hemos visto a lobos de esa edad quedarse en la constelación familiar original en la naturaleza —dice Olof Liberg y se rasca la cabellera rubia—. Una vez que son adultos, los hermanos suelen evitar la compañía los unos de los otros. Desean formar sus propias familias.

En el recinto SÖKA de Kolmården, antes del accidente viven tres camadas distintas de hermanos, todos juntos. Y son todos machos, de tres años; en otras palabras, hace un buen rato que pasaron por la pubertad. Estos depredadores viven apretados en una superficie de 6400 metros cuadrados. Si el recinto fuera cuadrado, cada lado sería de cerca de diez metros de largo. Liberg y yo observamos la mesa que tenemos enfrente. Si la superficie fuera un territorio natural de lobos, el recinto de Kolmården correspondería a un cuadrado pequeñito de cerca de tres por tres milímetros del total de la superficie de la mesa. Como un puntito del tamaño de la cabeza de un alfiler, si lo dibujara con mi lápiz; para usar un campo de fútbol como referencia: si un territorio natural fuera del tamaño de una cancha reglamentaria, el recinto de Kolmården sería del tamaño de una hoja tamaño A4. Y en esa superficie equivalente a la hoja A4 había ocho lobos adultos que, en la naturaleza, probablemente habrían hecho todo lo posible por evitarse entre ellos.

—Imagino que, hablando de nosotros los humanos, una situación similar sería estar en una prisión o en un campo de concentración. Como es de esperar, el cautiverio despierta comportamientos antinaturales en los lobos. Hacen cosas que no se observan en los lobos en libertad —dice Olof Liberg.

Una mayor agresividad es un ejemplo. En el seno de una familia nuclear de lobos, es decir, de una manada común distribuida en un territorio de tamaño normal, no se dan muchos conflictos. En general es una existencia bastante pacífica, afirma Olof Liberg.

No alcanzamos a hablar mucho más, pues suena un tono y una voz femenina anuncia que se reanuda la audiencia en la Sala 1. Liberg se levanta y entra.

La madre y el novio de la víctima están presentes, como de costumbre. Los asientos para el público están vacíos. Solo un par de curiosos jubilados locales, uno de cuyos pasatiempos parece ser darles seguimiento a los juicios, se encuentran en la audiencia junto conmigo. De todos los periodistas que se agolparon en la sala del

tribunal el primer día solo quedo yo. Como ocurre a menudo a lo largo de los diecinueve días que dura el juicio, la audiencia oscila entre conjeturas y especulaciones sobre cómo ve un lobo el mundo que lo rodea y cómo nos ve a los humanos.

Durante su declaración, el noruego experto en lobos Runar Næss propone la idea de que los lobos ven a sus cuidadores humanos como una especie de dioses, ya que pueden entrar y salir por la cerca mágicamente, controlan el acceso a la comida, afuera, se mueven en distintos tipos de vehículos que los lobos adoran seguir desde el otro lado de la cerca, usan máquinas —sierras motorizadas— que hacen ruido y que provocan que grandes ramas se desprendan de un árbol. Los humanos les rascan a los lobos por detrás de las orejas e imitan su aullido cuando los visitan en el recinto. Pero también se comportan de forma dominante y reprenden comportamientos no deseados en los animales con solo mirarlos, gruñirles amenazadoramente o agarrándolos por la nariz. Según Næss, un lobo guarda hasta el más mínimo detalle en su mente. Recuerda todo aquello que pueda ser de importancia para definir las jerarquías de la manada. La teoría del experto noruego es que el día del accidente, inmediatamente después de entrar al recinto, uno de los individuos de la manada retó a Karolina. Luego empezó lo que él llama una lucha sin cuartel. Si la mujer caía al suelo, no tenía oportunidad. Karolina era una mujer bastante ligera, de cincuenta o cincuenta y cinco kilos, contra más de cuatrocientos kilos de lobo.

¿Cómo podemos saber que la memoria de un lobo es infalible?, se pregunta el defensor de Kolmården, Thomas Olsson, cuando llega su turno. ¿Está científicamente comprobado que un lobo jamás olvida una injusticia? Por cierto, ¿Runar Næss tiene una formación relevante para el caso? ¿O es apenas un hombre de negocios que en la década de 1990 sufrió una especie de crisis interna y voluntariamente comenzó a hacer prácticas no remuneradas en el Wolf Park de Indiana, EE. UU., es decir, un hombre sin un título académico que ahora se hace llamar experto en lobos?

El presidente del tribunal se acomoda las gafas de lectura sobre la frente, se frota los ojos y parece estar muriendo por tomarse unas vacaciones. La estrategia de la defensa parece ser socavar la credibilidad de todos los expertos llamados por la fiscalía. Para Johan Eriksson y Thomas Olsson no hay quien pueda compararse, en lo referente a conocimientos y experiencia con lobos socializados, con el otrora director de investigación de Kolmården, Mats Amundin. Descartan la afirmación del experto de la fiscalía, que describe los métodos de manejo de Kolmården —plagados de dominio y castigos— como arriesgados y anticuados; les parece una tontería. Varios de los guías y cuidadores que han declarado durante el juicio han explicado

cómo, dentro del recinto, el personal se esforzaba por jugar un papel semejante al de la pareja de padres lobo. Los guías eran, simplemente, la mamá y el papá de los lobos. Y, como padres, tenían la autoridad para reprender y dominar a los miembros de la manada, es decir, sencillamente de ser sus líderes. Pero Mats Amundin afirma que ello no significa valerse de violencia.

—Se puede gruñir; a veces basta con que uno se aclare la garganta, como figura paterna que es, para que los lobos reaccionen —dice al ofrecer su testimonio.

Kjell, el exjefe de operaciones que abrió las puertas del zoo a la policía tras el ataque y crio con sus propias manos a tres camadas de lobeznos a finales de los años ochenta y principios de los noventa, ahonda un poco más en aquel razonamiento:

—Ser padre en la manada significa ser el jefe. Puedo corregir a los lobos sin que suceda nada—. Con corregir quiere decir, por ejemplo, cogerlos por el pellejo del cuello o gruñirles—. En ocasiones hay que ponerlos en punto muerto. Tenderlos sobre el suelo. Para demostrarles que yo decido y no ellos.

Incluso el papá lobo Thomas es interrogado por la fiscalía. En su papel de coordinador, pertenece al llamado grupo de los animales, es decir, a los jefes de rango medio responsables por el manejo de los animales en Kolmården. Cuando sucedió el ataque lo reportó al director, el ahora inculpado Mats Höggren. Thomas se yergue alto y rubio. La camada del recinto SÖKA pasó sus primeras ocho semanas de vida en su casa. Al momento del accidente se le consideraba la autoridad principal del zoo en lo que respecta a los lobos. Al menos según Mats Amundin. El fiscal se pregunta dónde obtuvo Thomas su conocimiento sobre los lobos. ¿Leyéndolo en los libros o de alguna otra forma? Thomas se encoge de hombros. Nombra un libro, *Vargmänniskan*[25], escrito por Werner Freund, un paracaidista alemán que llegó a ser conocido en todo el mundo como «El Hombre Lobo».

A partir de 1972, este excéntrico crio a más de setenta lobos que recogió de distintos zoológicos y parques y llevó hasta sus instalaciones en Merzig, en Alemania Occidental. Se adjudicaba el papel de macho alfa de las diferentes manadas e imitaba sus movimientos y sonidos. Entre otras cosas, comía sus alimentos junto con los lobos, arrodillado en el suelo. Colocado en esa posición, dejaba que los grandes animales comieran de su boca. Según Runar Næss, quien visitó las instalaciones de Merzig, los lobos llegaban a morder a Freund. El soldado de élite alemán respondía mordiéndolos de vuelta, tal como lo haría un lobo de verdad.

De vuelta en la sala del tribunal, queda más que claro que el papá lobo Thomas es un hombre práctico antes que un académico. Los hechos hablan más que las palabras. Sus conocimientos se basan en

pasar cientos de horas en el recinto, además de sostener largas conversaciones con los compañeros de Kolmården que tienen más experiencia en la cría y el manejo de lobos. Ante todo, Thomas se comunica con los propios animales. Ha estudiado a fondo sus comportamientos en el recinto; ha aprendido cómo los líderes consolidan su posición en la manada. Luego ha intentado copiar los comportamientos, los movimientos, los sonidos y los gestos. Ha hablado con los lobos en su idioma.

Durante su testimonio, dice: «Un lobo de bajo rango se repliega apenas el líder le lanza una mirada desde una distancia de diez metros. A eso aspira uno a llegar…»

Por su parte, el catedrático Olof Liberg se confiesa escéptico cuando, frente al tribunal, se le pide comentar las relaciones entre lobo y ser humano. No cree que tengamos la habilidad de aprender los matices de su lenguaje. Los lobos viven en un mundo de olores. No se comunican con palabras, sino con lenguaje corporal, cuyo mensaje más claro es la agresión y la sumisión. Un lobo interpreta los gruñidos y el mostrarle los dientes como una amenaza. Mirarlo fijamente a los ojos es, claramente, un desafío. Pero no puede imaginar que el depredador considere a los humanos más que solo eso: humanos. Descarta la idea de que los lobos viesen algo de divino en nuestra aparición. La religión es una invención humana. Incluso le cuesta trabajo comprender el significado del término «lobos socializados». Los lobos son lobos. Punto. Siguen siendo lobos sin importar si se encuentran dentro o fuera de un recinto cerrado. No obstante, cree que el ser criados con biberón siendo cachorros o recibir la impronta de los humanos a edad temprana influye en su relación con nosotros. Aprenden, por ejemplo, a no tener miedo. Pero ello no cambia su esencia. Tienen la misma disposición genética, los mismos instintos predeterminados que les dan un cierto comportamiento en circunstancias especiales, independientemente de si crecen en un zoo o en libertad, entre montañas y grandes estrechos de paisajes boscosos. Jamás serán como perros. La relación entre ser humano y perro se ha desarrollado a lo largo de miles de años de domesticación y cambios genéticos. El fiscal carraspea, se quita las gafas y hace una pregunta.

—¿Se puede confiar en un lobo?

Olof Liberg reflexiona un momento.

—Pertenecemos a especies distintas y jamás sabremos cómo nos ven los lobos. Jamás nos entenderemos por completo el uno al otro.

Farkas era la figura líder natural entre los lobos del recinto SÖKA. Guías y cuidadores lo consideraban confiable. Solía proteger a las personas que visitaban el recinto de su malhumorado hermano Vilkas y de sus acciones repentinas e impredecibles. Cuando Vilkas

olisqueaba, gruñía y actuaba amenazante, Farkas ayudaba a ponerlo en su sitio. Si Farkas hubiera perdido su posición dominante en la manada y su hermano Vilkas hubiera tomado el control, es probable que los lobos se hubiesen vuelto aún más huraños y esquivos hacia los humanos.

De la investigación se desprende que el desarrollo de eventos en el recinto SÖKA preocupaba a los guías. Un Vilkas más dominante se alejaría de la finalidad del producto-experiencia. La cercanía —la oportunidad de tomarse un selfi o recibir un beso húmedo de uno de los poderosos depredadores— era el «*unique selling point*», como se le llama en inglés al reclamo estrella, de *Contacto Cercano con Lobos*. Pero desde tiempo atrás, antes del accidente, los lobos no se comportaban según la imagen que el zoo deseaba comunicar a su público. La cuidadora Cecilia describe en el interrogatorio policial cómo le parecía la interacción de los animales con la gente.

—Sí, bueno, se alejaban corriendo en vez de acercarse cuando entraba un grupo.

Y es que esas características son precisamente las que han hecho del lobo un depredador tan extrañamente exitoso. Por naturaleza vigilante y tímido, prefiere guardar una distancia segura de nosotros, los humanos. Si uno desea hacer de él una atracción entretenida para un parque temático, este comportamiento no es precisamente conducente al éxito.

—Cuando la gente entra, ellos se alejan. Había que sentarse y animarlos a acercarse a la gente. Quizá dos de quince visitantes lograban tocar a un lobo; así de esquivos eran. Y ese no es el tipo de lobo que queremos. Deseamos que la gente pueda tocarlos —dice ella.

Ahí, en la sala del tribunal, dejo vagar a mis pensamientos. Pienso en los tebeos que leía de pequeño. En El Hombre Enmascarado y su dócil lobo de bengala, Devil (una especie que solo existe en la imaginación, por cierto). Hacían un buen equipo, El Hombre Enmascarado y Devil. Pienso en la película *Bailando con lobos* y en cómo el personaje de Kevin Costner, John Dunbar, se hace amigo del lobo Calcetines, lo que impresiona a los indígenas sioux de los alrededores. Pero fuera del mundo de la ficción, no recuerdo haber visto alguna vez a un lobo someterse a la voluntad de un ser humano. Tigres, osos, leones marinos e incluso orcas aparecen en números de circo y demostraciones coreográficas. ¿Pero que un lobo haga trucos? No, jamás se ha oído eso.

---

25 [*El humano lobo*].

Bailando con lobos

En la década de 1970, el investigador sueco Erik Zimen intentó hacer que sus lobos socializados cooperaran con los seres humanos. Inscribió a su manada en una carrera de perros con trineo. En teoría, tener un equipo de lobos tirando de un trineo parece un concepto ganador. En libertad, un lobo puede recorrer distancias enormes. Es más grande, más fuerte y resistente que todas las razas de perros. Además, el lobo es un jugador en equipo inigualable. Al cazar, la manada funciona como una unidad bien organizada, paciente y devastadoramente efectiva. Pero la carrera acabó siendo un fiasco. A los lobos no les importaban las órdenes que daba el investigador desde el trineo que llevaban a cuestas. Estaban mucho más enfocados en sus conflictos internos. No les interesaba un pepino arrastrar a un humano gritón por la nieve.

En su libro *The Wolf*[26], Erik Zimen describe cómo las continuas batallas por el rango parecen intensificarse en la vida de los lobos en cautiverio. También señala que la jerarquía de la manada no es, como antiguamente se pensaba, un sistema estático cual cadena de mando militar. En la manada, el rango es algo fluido que depende de condiciones o situaciones externas; se aplica un cierto orden de turnos cuando se trata de comer, otro cuando se trata de cazar. Los grandes conflictos dentro de la manada son raros en la naturaleza, escribe Zimen. Pero suceden. No es raro que concluyan con el lobo vencido fuera del grupo y del territorio, teniendo que buscar suerte en otro lugar. En un lugar cerrado, por obvias razones, no existe esa posibilidad. Ello implica que los lobos que tienen problemas para reivindicarse dentro de la comunidad a menudo son objeto de ataques y persecuciones. A veces, esto resulta en heridas tan graves que finalmente se debe sacar al lobo de bajo rango del recinto para que sus parientes no lo maten. En una reseña de 1981 del libro de Zimen, publicada en la revista *New Scientist*, se plantea, entre líneas, la pregunta de si este manejo de los lobos debería clasificarse como maltrato animal.

«Uno espera», escribe el reseñista Rob Pilsworth, «que el principio justifique los medios y que el conocimiento sea de utilidad en el futuro».

New Scientist incluso cuestiona los métodos de trabajo de Erik Zimen. En la reseña, se lo califica de irresponsable. En varias ocasiones arriesga no solo la vida de los lobos, sino la propia. Los depredadores logran escapar de su recinto. Por descuido e inconciencia, Erik Zimen,

vez tras vez, provoca a sus lobos, que lo atacan. Uno de estos lobos es especialmente agresivo; el que más tarde se convertirá en líder de la manada. En cuanto este individuo en particular alcanza la madurez sexual y la edad adulta, comienza a amenazar y a arremeter contra el investigador sueco, aquel que a lo largo de su crianza actuó como su padre y fue el líder natural de la manada. Por fortuna, Erik Zimen sale ileso en cada una de las ocasiones.

Dentro del Proyecto Lobo de la Sociedad Sueca para la Conservación de la Naturaleza —la iniciativa que estuvo detrás de que tanto Kolmården como otros zoológicos suecos comenzaran a criar lobos—, podría decirse que Erik Zimen era la influencia más importante. El proyecto de conservación descansaba en sus investigaciones y experiencias. Si a alguien debe señalarse como el responsable de haber diseminado la imagen de los lobos como inofensivos para los seres humanos es a él. Si bien el difunto etólogo era un científico muy competente y un buen fotógrafo, es difícil no percibirlo, al mismo tiempo, como alguien un poco vanidoso. En sus propias filmaciones a menudo se lo ve a cuadro con la vista clavada en el horizonte y el viento haciendo ondear su larga cabellera. Trabaja con equipamiento de medición de alta tecnología. Viaja en helicóptero y en auto. A veces, su material de filmación se parece, más que otra cosa, a una vieja serie televisiva de detectives. Me cuesta interpretar eso de otra forma que no sea que las imágenes tenían dos propósitos: describir la fascinante naturaleza del lobo, pero también construir una imagen del científico Erik Zimen, una personalidad aventurera que conquistó y controló a la naturaleza salvaje. Lo entiendo, ¿quién no desearía verse genial en la pantalla de televisión?

New Scientist escribe:

«A fin de cuentas, los lobos no son perros, sino depredadores salvajes. Si muriera o resultara gravemente herido, los intereses del lobo quedarían en segundo plano como consecuencia de la actuación humana».

Algunas décadas más tarde, el macho de nombre Lobo sufre en el recinto de Kolmården; tiene una herida infectada en el lomo resultado de las mordidas de sus compañeros de manada. El traumatizado y maltratado ejemplar se pasa largos periodos escondido bajo un árbol caído. Una cerca que se eleva tres metros sobre el suelo y se hunde un metro por debajo de él le impide hacer lo que la mayoría de los lobos harían en una situación similar: huir, dejar a sus maltratadores y echar a andar en busca de un territorio propio.

Las notas del llamado bloc de los lobos muestran que Lobo la pasa tan mal allí dentro que Karolina lo alimenta a espaldas de los demás. Contrabandea trozos de carne envueltos en bolsas de plástico en el bolsillo de su chaqueta. A pesar de ello, Lobo empeora. El 13 de marzo

de 2012, Karolina, en conjunto con un veterinario, decide que Lobo necesita medicamentos para deshacerse de las infecciones. Los trozos de carne, preparados con antibióticos, dan resultado. A lo largo de la primavera, Lobo se repone y comienza a recuperar algo de su antigua fuerza. Por fin, se atreve a salir de su escondite y a acercarse de nuevo a la manada. Esta vez es lo suficientemente fuerte para no retroceder cuando los demás lo desafían. Al mismo tiempo que el personal se alegra de verlo en mejor estado, su mejoría conlleva una preocupación para los demás lobos de la manada. El orden está cambiando. Un nuevo individuo debe tomar su posición en lo más bajo de aquella jerarquía de maltratos.

---

26 [*El lobo*].

El blanco de los otros

Poco más de dos semanas antes del ataque, Volk tiene el dudoso privilegio de tomar el lugar de Lobo como blanco del resto de la manada. Este cambio repentino en la jerarquía aparece en los comentarios que el personal anota en el bloc durante sus visitas.

Para Volk, esto significa que todo cambia. Se convierte en la nueva víctima de los maltratos de los otros de un día para otro. A partir de finales de mayo de 2012, se tumba cada vez con más frecuencia bajo las ramas del abeto caído, desaliñado y ansioso, como solía hacer Lobo. Este, por su parte, ha vuelto a la pandilla. Junto con los informes de advertencia elaborados tras algunos de los incidentes graves ocurridos en el recinto un año antes del accidente surge un patrón presagioso. A medida que se acerca el 17 de junio, se aprecian cada vez con más frecuencia incidentes en los que se observa a los lobos actuar amenazantes o incluso atacar a las personas.

Durante las visitas guiadas al recinto, Volk a menudo se aparta de los turistas. Al mismo tiempo, Vilkas ha ascendido posiciones. A diferencia de Farkas, su hermano y líder de la manada, muestra un comportamiento más impredecible y animoso frente a los grupos de extraños que prácticamente a diario visitan el recinto en compañía de los guías. Tampoco teme desafiar con regularidad a los guías. Sencillamente, no parece encantado con los humanos. Aún no se ha atrevido a enfrentarse a sus figuras paternas, Thomas y Karolina. Pero Sofie ya no se atreve a entrar sola al recinto. No se siente segura en compañía de Vilkas; especialmente después de que, a finales de abril, le mordiera la mano por entre la cerca. Ya en febrero de 2012, su compañera Emelie ha dado aviso de que dejará de ser guía, pues siente que «los lobos la traicionan». En abril también renuncia Martina. A estas alturas, del grupo original de veinte guías quedan solo tres, sin contar al padre, Thomas, y a la madre, Karolina.

Las reservaciones para Contacto Cercano con Lobos siguen llegando a mares. Los turistas son objeto de la curiosidad de los lobos. Los animales olfatean a los visitantes extraños; lamen aquellos rostros tersos; mordisquean mangas de chaquetas y ropa; roban cosas, aunque no deben, solo para ver qué puede pasar.

A juzgar por las anotaciones en el bloc de los lobos, se interesan cada vez más por las manos. Las mordisquean o las muerden. El comportamiento puede interpretarse de distintas formas: aquello puede ser un comportamiento juguetón y una expresión de cariño. Pero también, tal como lo cree Runar Næss, puede significar que las

manos humanas representan algo amenazante. Esas manos agarran con fuerza el pellejo del cuello y aprietan el puente de la nariz —de modo que los labios del lobo quedan aprisionados en la dentadura— con el fin de castigar y corregir. Las manos estresan a los lobos.

El 20 de abril de 2012, Karolina escribe:

«Discusión con Farkas y Volk por mis manos. Debo ser menos gruñona. Las sugerencias para una nueva estrategia son bienvenidas».

El 5 de mayo, Karolina y su compañera Marie guían la visita de un grupo de catorce personas. En el bloc escribe lo siguiente:

«Vilkas le pellizcó el brazo a una chica casi de inmediato. Ella salió y ya no quiso volver a entrar».

Esas oraciones cortas no dicen mucho sobre lo sucedido. Una versión más detallada figura en un informe de incidentes incautado por la policía. De allí se deduce que los lobos se han vuelto muy pesados con los visitantes en cuanto entran a su área. Karolina escribe:

«Apenas entramos al recinto, los lobos, como de costumbre, se exaltan y quieren saludar a los visitantes…».

El grupo de turistas se forma a lo largo de la cerca y Karolina se mantiene cerca de Volk, que ahora lucha por su posición en la manada. Jala y mordisquea el cabello de los visitantes para hacerse ver en aquella cuerda floja. Marie está al otro extremo de la fila y vigila a Úlfur que suele ser muy intenso con sus «besos». Ambas guías oyen a una chica gritar. Karolina escribe:

«Oímos un “ay” y vemos que Vilkas ha mordido a una chica en el brazo. Ambas reaccionamos y lo corregimos. Vilkas se tumba en el suelo».

Karolina sale con la mujer que ha sido mordida. Los dientes de Vilkas le agujerearon la chaqueta. No sangra, pero le quedarán dos buenos moratones. El suceso ha aterrado tanto a la mujer que no se atreve a volver al recinto de los lobos, a pesar de que su novio la anima. Karolina y Marie deciden, a pesar de todo, finalizar la visita guiada. El novio de la mujer vuelve a entrar; ella se queda afuera, con los ojos hinchados y rojos de tanto llorar.

Un lobo no muerde a alguien por error. Además de su sensible nariz, es con el hocico y los dientes que explora y se comunica con el mundo a su alrededor. Una loba puede llevar, con cuidado, a los lobeznos recién nacidos en su hocico. Un mordisco cariñoso tampoco hace daño. La fuerte mordida de Vilkas tenía el propósito de lastimar a la chica y enviar un mensaje. Naturalmente, podía haberla lastimado mucho más de haber querido. Tiene suficiente fuerza en las mandíbulas como para desgarrar un brazo humano con facilidad. Vilkas sabía que estaba rompiendo las reglas. Esto se evidencia en su comportamiento inmediatamente después de la mordida. Se tumba en el suelo y muestra claramente su inferioridad cuando las guías llegan

corriendo. Al mismo tiempo, acaba de averiguar las posibles consecuencias de morder, no solo mordisquear, sino morder en serio a un humano. Dado que los lobos son observadores y continuamente se vigilan los unos a los otros, también ha enviado un mensaje al resto de la manada.

El otro recinto de lobos del zoológico está a un aullido de distancia, cerca de la entrada. El líder, Tasch, vive allí con su pandilla, un total de seis lobos, tanto machos como hembras. En consecuencia, la manada recibe el nombre de manada Tasch.

Apenas dos semanas antes, el 22 de abril, uno de los lobos de la manada Tasch ataca a una chica de quince años. Un empleado de Kolmården la ha invitado al recinto junto con su familia y algunos amigos. El encuentro sucede fuera del horario de actividad del zoo y se denomina una sesión privada. De acuerdo con el reporte del incidente, cinco visitantes se sientan en las rocas para que los lobos se acerquen y los saluden. Así suelen comenzar las visitas guiadas. La adolescente no está preparada para lo intensos que pueden ser aquellos grandes animales y la situación le parece incómoda. Grita fuerte cuando uno de los lobos se le acerca demasiado. Un instante después, toda la manada se ha reunido a su alrededor. Los lobos comienzan a destrozarle la ropa, ella cae al suelo, pero, por fortuna, la guía logra levantarla y llevarla hasta la puerta que da a la esclusa que separa el recinto de la salida. Ahí se da cuenta de que la chica ha sido mordida. Los lobos usan sus mandíbulas y dientes para afirmarse frente a otros y, a veces, para investigar y probar a otros lobos y personas. Pero en este caso no se trata de un mordisco juguetón ni de un *marcaje*. La herida es profunda y sanguinolenta, y se ubica muy arriba en la musculatura del muslo. Llevan a la chica a un edificio adyacente. Allí, la cuidadora le pone un primer vendaje y descubre que la adolescente tiene otra buena mordida en la otra pierna. Por alguna razón, no llaman a una ambulancia. Mientras el sol se pone sobre Bråviken, los familiares llevan a la chica lastimada hasta el coche. Luego conducen, con ella en el asiento de atrás, los setenta kilómetros que los separan del Hospital Universitario de Linköping, donde la adolescente recibe sedantes, analgésicos y antibióticos. El médico de urgencias confirma que la mordida es tan seria que la chica necesitará cirugía plástica. Permanece en el hospital por varios días. El suceso se convierte en una noticia menor en los medios. En *Aftonbladet*, el inculpado Mats Höggren, entonces director zoológico, minimiza lo sucedido unas semanas más tarde. El temor de la chica a los perros desencadenó el comportamiento «de juego» de los lobos, afirma. En vez de abordar la posible falta de normas de seguridad del zoológico, culpa a la adolescente. Höggren espera que en el futuro pueda trabajar la fobia que obviamente sufre. Al reportero del

periódico, le dice:

«No fue tan dramático, no fue necesaria una ambulancia; lo resolvimos junto con la familia».

El reporte del incidente no censurado dibuja otra situación, significativamente más preocupante, dentro del recinto de los lobos de Kolmården. La familia de la chica resulta fuertemente conmocionada por el evento. Incluso la cuidadora muestra remordimiento y preocupación. De haber sabido que la adolescente se asustaría tanto, jamás la habría llevado consigo al recinto. La cuidadora escribe:

«Todo sucedió muy rápido y no sé cuál de los lobos la mordió, pero varios tiraron de ella. Yo estaba completamente focalizada en alejar a los lobos y llevar a la chica a un lugar seguro».

Incluso para alguien que no sufre fobias particulares, un encuentro así, con una manada de depredadores grandes y agresivos, debe de ser un trauma profundo. Quizá lo peor del relato de la cuidadora es que el personal del zoológico parece no tener ni idea de cómo responder ante una situación peligrosa y amenazante dentro del recinto. La cuidadora escribe, en su informe del incidente:

«Me parece que una discusión respecto a este y otros sucesos sería muy buena para evitar que pase de nuevo. También sería genial tener un plan sobre cómo reaccionar en estas circunstancias».

No puedo interpretar aquellas líneas más que como la ausencia de plan alguno para manejar una situación de emergencia que pudiera presentarse con los lobos. La gente que ha visitado el recinto de lobos de Kolmården ha estado completamente a merced de ellos. No ha habido rutas de escape ni salidas de emergencia. Tampoco normas de conducta o instrucciones especiales para el personal en caso de que algo saliese mal dentro del recinto. A menudo, los guías no han tenido un radio de comunicación o al menos un móvil para poder mantenerse en contacto con el mundo exterior. Tampoco tienen medios para protegerse a sí mismos o a los visitantes. A excepción del ahuyentador de perros que el guía Per había encargado por internet. Ese que nadie más que él solía llevar consigo.

Mientras la primavera avanza hacia el verano, Volk ya no recibe parte de los huesos y trozos de presa que los cuidadores les llevan a los lobos. Los otros, al parecer Amaroq y Ookami, son muy agresivos contra él. Al mismo tiempo, los cuidadores consideran que el temperamental Vilkas está encima de sus compañeros de manada todo el tiempo. Pero, sobre todo, se comporta agresivo contra los visitantes. Vilkas y el ahora degradado Volk se convierten en un problema mayor para el ambiente de trabajo de Karolina y sus colegas. Arremeten, mordisquean y muerden. El papá lobo, Thomas, que ha criado a los lobos con un biberón, en su propia casa, escribe las siguientes líneas en el bloc de los lobos el 31 de mayo de 2012:

«Volk intentó agarrar a Sofie del brazo. Escapó cuando Sofie le gruñó. Vilkas también le mostró los dientes. Luego lanzó un mordisco al aire contra Sofie. Thomas lo sometió…».

Tres días más tarde hay una visita guiada al recinto. En el bloc se describe a Volk y a Vilkas como «bastante problemáticos». Pero, a pesar de que los lobos les agujerean las chaquetas, los visitantes están satisfechos. Al siguiente día, el 4 de junio, Karolina escribe que Volk le mordisqueó la capucha de la chaqueta. Podría verse como un gesto amoroso, un mordisco delicado entre miembros de la misma manada. Pero ahora, con el conocimiento de lo que pasará en el recinto un par de semanas más tarde, es difícil no imaginarse que el marcaje de Volk tenía otra finalidad. La capucha de la chaqueta no está lejos de su cuello. Interpreto las notas y me parece que, justo antes del ataque, Vilkas y Volk han empezado a desafiar incluso a Karolina, la líder y figura materna de la manada. A pesar de su otrora posición dominante, parece que le han comenzado a poner pruebas cada vez más duras. A las 11 de ese mismo día, el 4 de junio, los compañeros de trabajo Thomas y Sofie entran de nuevo. Volk desafía a la guía de inmediato. Pero Thomas la alaba por su forma de manejar la situación. Escribe en el bloc:

«Volk se va contra Sofie, pero ella lo corrige de inmediato, funciona bien, pienso que siente cada vez más respeto por ella».

Cuatro días más tarde, uno de los guías nota que Amaroq ataca y muerde a Volk, quien ahora es acosado por el resto de los lobos, mientras que Lobo asciende en la jerarquía.

El día siguiente, 9 de junio, Volk no se aparece a saludar a los cuidadores cuando entran por la mañana. Karolina los mete a la esclusa. Una vez que el resto de la manada está encerrado, vuelve al recinto para buscar a Volk. Lo encuentra en su refugio debajo del árbol. Después anota en el bloc:

«No logré ver ninguna herida, pero es claro que ha estado ahí, protegiéndose. Tenía el pelaje mucho más pegajoso de lo normal».

Esa misma tarde, el actor Mikael Persbrandt visita Kolmården. Se sabe por los interrogatorios que aquel día Karolina se sentía pachucha y sopesaba irse a casa. Pero la visita del actor la hace quedarse en el trabajo.

Como preparación para su personaje, Beorn, de la película de gran presupuesto del director Peter Jackson *El Hobbit: la desolación de Smaug*, Persbrandt quiere dejarse inspirar por los lobos. En el libro *El Hobbit: la desolación de Smaug. Guía oficial de la película*, comparte su experiencia:

«El líder de la manada se acercó y habló conmigo. En verdad alimentó mi ego».

El lobo al que se refiere es Farkas. El actor jamás tuvo miedo,

asegura. Ha pasado tiempo en el gimnasio y es seguro de sí mismo.

«Pensé que, si algo sucediera y me encontrara en un peligro serio, lograría romperle el cuello al lobo».

Lo que Mikael Persbrandt estima gravemente mal es cómo actúa una manada cuando se lanza al ataque, así como la fuerza muscular de estos depredadores. La fuerza de la mandíbula de un lobo es el doble de lo que esperaríamos de un *rottweiler* o un pastor alemán. Su hocico alberga 42 grandes dientes. No son delgados y filosos como, por ejemplo, los de los felinos. Los dientes del lobo están diseñados para destrozar tejidos y huesos. El animal también está equipado para tolerar patadas fuertes o mordidas serias de sus presas. Cuando un lobo ataca, está anestesiado por hormonas analgésicas, lo que significa que un hombre en buena forma como Mikael Persbrandt podría, en principio, darle con una pala en la cabeza, con todas sus fuerzas, y lo único que conseguiría sería que el lobo se sacudiera un poco antes de alistarse a atacar de nuevo.

Un lobo decidido a matar solo parará de atacar si queda inconsciente. Leo eso en un manual de seguridad del parque británico Anglian Wolf Society. No existen lineamientos de seguridad similarmente por escrito en Kolmården en 2012. Si alguno de los lobos se decidiera a atacar al actor, este seguramente no tendría oportunidad de medir sus fuerzas contra un solo ejemplar. Los lobos no se enfrentan a sus oponentes como si estuvieran en un combate de artes marciales u otro deporte de contacto. Someten y matan. A menudo, varios contra uno.

Incluso si están envueltos en conflictos internos, cazan a su presa en manada y derriban a sus enemigos en manada. Si un lobo se lanza al ataque, el resto se le une en cuestión de segundos. Ciertamente, se da el caso de que un lobo cace por cuenta propia. Un solo lobo puede despedazar a un alce, un animal de varios kilos. En el recinto SÖKA de Kolmården, Mikael Persbrandt se enfrentaría a alrededor de cuatrocientos kilos de músculo, dientes y pelaje rugoso. No tendría oportunidad.

Por fortuna, el lobo es, por regla general, un animal muy cauteloso y esquivo. El encuentro con el hombre a menudo ha terminado mal para él. Una coexistencia de diez mil años le ha enseñado que el humano es un animal peligroso. En la naturaleza, una manada se mueve mucho antes de que los humanos descubran que los depredadores han estado en las cercanías. Además, un lobo tampoco ataca a menos que esté convencido de salir victorioso del encuentro. Desde una perspectiva humana, es un cobarde. Pero este es un comportamiento lógico y muy racional en la naturaleza. En el mundo del lobo no hay dentistas ni salas de urgencias adonde ir si sale herido. Un diente, una pata o un ojo lastimados pueden significar la diferencia entre la vida y la muerte. Un lobo incapacitado se convierte en una carga para su

manada. Le será difícil reclamar su posición y, por lo tanto, se quedará sin comida, lo que lo debilitará aún más. Ello hace que jamás tome riesgos innecesarios, sino que elija a sus víctimas con gran cuidado antes de atacar. Los lobos demuestran una paciencia aparentemente infinita. Según el testigo experto Runar Næss, ello implica que las tensiones y los conflictos en el interior de una manada se desarrollan a lo largo de mucho tiempo antes de, finalmente, escalar hasta ser un encuentro a vida o muerte.

De ahí que el ataque en el recinto SÖKA no parezca —a diferencia de la línea argumental que los abogados de la defensa de Kolmården siguen durante el juicio— haber sucedido de pronto. Por el contrario, constituye el final lógico y trágico de una serie de incidentes y luchas de poder que se han dado en el recinto por meses. La situación parece tan seria que el 23 de abril de 2012, apenas dos meses antes del ataque mortal, el director de zoología Mats Höggren convoca a una reunión de emergencia. Todo el personal ligado a ambos recintos, el representante de seguridad, el director de recursos humanos y los directivos participan de la reunión. La razón es la adolescente de 15 años que fue mordida. En el correo electrónico, Höggren describe cómo los guías del zoo pueden dar testimonio de una serie de «situaciones no deseables» en ambos recintos. Pero, al mismo tiempo, añade que la tensión hace de Contacto Cercano con Lobos un «producto estrella», y que la experiencia es, por su naturaleza, impredecible.

En la reunión se discute, entre otras cosas, el muy serio incidente ocurrido alrededor de un año antes en el recinto SÖKA y que, finalmente, desemboca en el sacrificio de Kurt en agosto de 2011.

Ello significa que la dirección del zoológico es plenamente consciente de la preocupante situación del recinto mucho antes de la muerte de Karolina. En la sala del tribunal, Næss describe lo sucedido el 7 de mayo de 2011 como una especie de ensayo general previo al ataque mortal un año después.

El ensayo general

Anna llevaba trabajando cuatro años en Kolmården cuando se postuló para ser guía con los lobos. Anteriormente se había enfocado casi por completo en las aves de rapiña y anhelaba un nuevo desafío. En aquel entonces, en el otoño de 2009, los lobos habían cumplido medio año. Muchas personas soñaban con ser guías. Más de veinte de ellas habían solicitado cuidar a la nueva manada del recinto SÖKA.

Según el testimonio de Anna durante el juicio, no era claro quién lideraba el trabajo del recinto. Pero quien se encargó de la capacitación introductoria fue el papá lobo Thomas. Las lecciones se componían de un par de visitas conjuntas a otro de los recintos del zoo. En aquel entonces, ahí vivía otra manada, de mayor edad, conformada de apenas cinco lobos. Dichos animales eran significativamente más calmados que Farkas y su pandilla de jóvenes del recinto SÖKA. Anna aprendió a gruñirles para corregirlos. Nunca entendió del todo por qué había que hacer ese sonido con la boca. Es probable que funcionara igual de bien decir algo como «¡alto!» o «¡shh!», tal como se haría con un perro. Pero Thomas creía que había que apretar las mandíbulas, mostrar los dientes e imitar al depredador. Aquello parecía funcionarle. Si gruñir o mirar fijamente a los ojos del animal no bastaba, uno podía coger al lobo de la nariz usando la mano. En el peor de los casos se los podía coger del pellejo del cuello y presionarlos contra el suelo. A menudo no era necesario ser muy violentos. Un lobo que se siente dominado se tumba por sí mismo para demostrar sumisión.

A la mayoría de los compañeros de Anna el trabajo de guía les parece en extremo desafiante. Muchos renuncian. Sienten que no desarrollan una buena relación con los lobos. Algunos se quejan de la capacitación introductoria deficiente. Es probable que algunos otros experimenten un temor a los lobos que no desean discutir con el resto de los cuidadores. En un lugar de trabajo dominado por la competencia con compañeros apasionados, nadie quiere exponerse.

Pero Anna sigue adelante. Al principio, se siente cómoda en compañía de los lobos. Le recuerdan a grandes perros juguetones. Pero son muchos, y entre más mayores se hacen, más difícil es darles seguimiento. Nueve lobos por vigilar son demasiado si se considera que se trabaja solo.

La primavera de 2011, el año anterior al ataque, es Kurt quien a menudo les causa problemas a los empleados. Junto con Vilkas, es una preocupación constante. Anna recuerda la ocasión en la que el macho

pareció ir claramente a por su mano para morderla, no por curiosidad o afecto, sino para lastimarla. La situación de la manada le parece cada vez más preocupante.

Lo peor es que Kurt y Vilkas influyen en el resto de los lobos. A medida que crecen, Anna experimenta más y más que la ignoran y ya no escuchan sus exhortaciones. No importa que les gruña o intente aparecer más grande y amenazadora. Continúan buscando morderles las manos y quitarles cosas a los grupos de visitantes a pesar de que ella los reprende. Pero, ante todo, la ignoran. Con frecuencia, al entrar al recinto experimenta cómo la manada desaparece. Sencillamente no parecen interesados en conocerla. Discute el asunto con sus compañeros y concluyen que su ropa de trabajo puede ser el problema. Quizás huela extraño o haga un ruido desagradable para los oídos de los lobos. Anna decide intentar entrar con ropa normal para ver si aquello hace alguna diferencia. Cuando, la tarde del 7 de mayo de 2011, entra vestida de civil con una chaqueta con capucha y mallas, la atmósfera es ciertamente diferente. Se ha dejado el radio de comunicación afuera del recinto, tal como se lo han recomendado, para que los lobos no lo cojan de juguete. Según sus propias notas del reporte de incidentes que escribirá más tarde, entra al hábitat de los lobos para «fortalecer el lazo como líder de la manada».

De vuelta en la sala del tribunal, el fiscal interrumpe su narración y le pregunta en dónde se encuentra el compañero más cercano en aquel momento. Anna responde que en aquella ocasión había gente en la casa de los elefantes, que se ubica a unos cien metros del recinto de los lobos. Apenas a una distancia audible un día sin viento. Pero incluso si la oyeran gritar, no hay certeza de que pudieran atravesar las tres puertas del recinto. Solo los guías tienen las llaves correctas. El presidente del tribunal anota esto y le pide continuar.

Anna describe cómo entra al recinto. Está ahí sola, sin equipo de protección ni algún medio de comunicación. Ni siquiera lleva pantalones de uso rudo o suelas gruesas, sino mallas comunes y zapatillas deportivas. Aúlla al viento cuando atraviesa la esclusa de separación para marcar su presencia. En cuanto entra, Kurt comienza a buscarle las manos.

«Kurt y Vilkas están ansiosos. Hay algo extraño en sus miradas», puede leerse en el reporte de incidentes. Anna se sienta en una roca a unos veintitantos metros de la entrada, tal como ha aprendido. Úlfur se acerca, le olisquea el cuello y, de pronto, le agarra el cabello con los dientes. Es doloroso, y Anna reacciona estirando los brazos hacia atrás por encima de su cabeza y cogiéndole la piel de justo debajo del cuello. Úlfur intenta zafarse, pero Anna no relaja el agarre. Gruñe, tal como ha aprendido a hacerlo. Finalmente, cae al suelo. Cree que el corto enfrentamiento azuza a los otros lobos. Rápidamente gatea, se

pone nuevamente de pie y descubre a toda la manada rodeándola. Uno de los lobos ataca, no alcanza a ver cuál, pero grita. Camina hacia el que tiene más cerca. Pero eso solo parece irritar más a los animales. Vilkas y Kurt comienzan a moverse de un lado a otro frente a ella, mientras los demás la ven fijamente con sus ojos amarillos. El ánimo entre los lobos ha explotado. Los depredadores están silenciosos y concentrados. Anna mira suplicante a Farkas, el líder de la manada. Se encuentra con una mirada gélida y vacía. Las pupilas de aquellos ojos amarillos son más grandes que de costumbre. Tiene la cola parada y quieta, la cabeza un poco inclinada y las orejas apuntando hacia el frente; los músculos del correoso cuerpo, tensos. El líder está al borde, listo para echársele encima de un salto. Anna escribe en el reporte de incidentes:

«Si hubiera intentado tumbar a Kurt o a Vilkas, estoy segura de que los otros los habrían ayudado, no a mí».

Instintivamente, Anna retrocede hasta quedar contra un árbol, los lobos frente a ella. No hay ningún compañero cerca. No tiene teléfono u otra forma de sonar la alarma. No sabe si alguien pueda escuchar sus fuertes gritos. Y grita a todo pulmón. De temor y rabia. Afuera, la vida del zoo sigue como de costumbre. Las familias con niños pasean por entre los recintos. Las góndolas del teleférico se deslizan con lentitud por encima del safari de los leones. Los monos riñen en el primaterio. Nadie nota el sonido proveniente del recinto SÖKA. Nadie tiene ni idea de qué le está sucediendo. Anna se encuentra completamente a merced de la violencia de los lobos.

Kurt se pasea de un lado a otro frente a ella, con la cabeza gacha. Ataca. Anna intenta defenderse pateándolo. Le da en la quijada y este retrocede. En la sala del tribunal, describe, a punto del llanto, cómo ahí, sola en el recinto de los lobos, experimenta un temor a morir paralizante y gélido. Pegada al tronco del árbol, la esperanza está por apagarse. Está convencida de que los lobos la matarán. De acuerdo con los expertos interrogados durante la investigación, muestran un comportamiento típicamente depredador. Anna está aterrada, pero, sin poder explicar por qué, al mismo tiempo se vuelve casi loca de rabia. Grita y patea hacia los animales que circulan a su alrededor. Ellos se alejan y se acercan de nuevo. Los lobos son pacientes y están tranquilos.

Probablemente es aquella furia la que le da un poco más de tiempo. No sabe cuánto tiempo pasa, pero en algún momento los lobos oyen el sonido de un motor. Un tractor se acerca por el camino que pasa por afuera del recinto. El ruido hace que los animales concentren su interés en el vehículo en lugar de en Anna. Se detienen para investigar lo que sucede. En ese momento, Anna puede abandonar el tronco del árbol y empezar a caminar hacia la salida. Justo antes de llegar a la

puerta, se detiene.

Al describir lo que hace a continuación, se oye un suspiro de sorpresa entre los asistentes. Los dos abogados de la defensa, en particular, arquean las cejas y se acarician el mentón bien rasurado, pues lo que relata ahora es increíble.

Estando casi en la salida y segura, se da la vuelta y comienza a caminar de vuelta hacia los lobos. De nuevo, los animales se mueven en círculo a su alrededor. Una vez más, Anna grita aterrada ante la idea de morir. También esta vez, algo afuera del recinto interrumpe a los lobos, posiblemente los compañeros de Anna, que por casualidad han oídos los gritos y se acercan para ver qué sucede. Anna sale del recinto. Los animales simplemente le han drenado toda la energía. Llora con desenfreno.

La pregunta que se hacen todos en la sala es por qué se dio la vuelta. Para alguien ajeno, parecería un acto incomprensible e irracional. Hasta que se piensa en que aquello era su sueño, que ella, como muchas otras jóvenes en Kolmården, era ambiciosa y tenía un objetivo. Para los jóvenes que desean trabajar con animales exóticos no hay un lugar de trabajo más atractivo que el zoológico. Cientos de chicos buscan ingresar a ese programa de bachillerato, que tiene plazas muy limitadas. No hay zoológico en Suecia más grande o con más animales. Ninguno atrae a tantos visitantes. Quizás oiga las palabras de su supervisor como un eco en su cabeza; aquellas que le dicen que quien sale desplazado del recinto jamás puede volver. Todas las horas que ha dedicado a capacitarse para ser guía habrán sido en vano.

Todos quienes han tenido la oportunidad de trabajar en el empleo de sus sueños saben que uno no quiere decepcionar a sus jefes o a sus compañeros. Nadie quiere equivocarse, arruinarlo todo y desperdiciar sus oportunidades.

En aquel momento, Anna es sustituta, con una plaza temporal. De su testimonio y el de otros se desprende que no solo hay desacuerdos entre los lobos de la manada, sino que la atmósfera entre los guías de Kolmården también es un poco tensa. A algunos de sus compañeros varones de mayor edad, con gran experiencia en la crianza de lobos, no les parece que la joven pueda con la tarea. Varios de los hombres mayores han reaccionado en contra del orden en el recinto SÖKA. Algunos han renunciado porque no pueden aceptar cómo está estructurado. Hay demasiados guías y muy mala disciplina entre los animales, creen. Si Anna permitía que los lobos la sacaran del recinto, estaría dándoles la razón. Es dura. Quizás demasiado dura. Así que hace lo que, por lo general, hacen las mujeres duras y ambiciosas. No se deja intimidar. Ni siquiera por una manada de lobos. Quizás también ella duda de su propio sentir. Quizás aquello no era tan

peligroso como lo sintió de inicio, aprisionada contra el árbol. Sencillamente, no se da cuenta del peligro grave e inmediato en el que se acaba de poner. El experto noruego en lobos Runar Næss define como «puramente suicida» la decisión de volver con la manada. Tras el incidente, Anna se retira como guía de lobos.

En la investigación de la policía leo que en agosto se toma la decisión de sacrificar al lobo Kurt. Parece estar demasiado dañado y ser poco confiable. Pero queda Vilkas. Y continúa aterrorizando a sus guías y a los visitantes a lo largo del año siguiente. El 10 de junio de 2012, una semana antes de que suceda el ataque, el macho marca de nuevo a Sofie, quien al día siguiente entra en compañía del papá lobo Thomas. El machacado Volk no aparece. Vilkas es sometido por el líder de la manada, Farkas, y recibe una mordida de Ookami cuando intenta mordisquear a Sofie. Parece ser que los otros lobos intentan defenderla del ataque de Vilkas. La irritación en el interior de la manada se disipa minutos después y los lobos se calman. Un momento después, Sofie acaricia el pelaje de Vilkas. En el bloc escribe cómo surge «una sensación fabulosa de calma» en el recinto. Pero es una calma del tipo premonitorio. La situación está a punto de descarrilar seriamente.

El 12 de junio de 2012, cinco días antes del ataque, Volk aún es rechazado por los otros lobos. Está en su sitio bajo el árbol, hecho ovillo. De acuerdo con las anotaciones en el bloc, Karolina lleva consigo restos de comida para dársela. Anota que Amaroq y Vilkas parecen estar irritándose mutuamente. Cuando Thomas entra al recinto, más o menos a las tres ese mismo día, el ambiente aún es tenso entre ambos machos. Para su sorpresa, Vilkas ha comenzado a imponerse seriamente sobre el otrora dominante Amaroq. A la mañana siguiente, Tchono tiene una herida en la oreja. Parece que ha habido peleas entre los animales durante la noche. El 16 de junio de 2012, el día previo al ataque, llueve a cántaros en Kolmården. La temperatura ronda los 15 grados. Los lobos gimotean junto a la cerca cuando Karolina aparece alrededor de las 9:30. Toda la manada se pasea por la entrada a excepción de Volk, que se oculta en el montículo. Karolina anota que Farkas, el líder de la manada, parece reaccionar a sus botas de caucho. Es extraño. Ya antes las ha usado dentro del recinto sin problema. El cómo se comporta el macho frente a ellas no aparece anotado. ¿Las muerde? ¿Las huele? ¿Intenta comunicarle algo a Karolina? ¿Un mensaje que no puede descifrar?

¿Quiere alertarla?

La última anotación en el bloc es del 16 de junio a las 11:00 horas. Exactamente veinticuatro horas antes de que hallen muerta a Karolina. Sofie y ella están de nuevo en el recinto. Han llevado un gran trozo de carne, una pata, para que los lobos la compartan. Todos la prueban excepto Volk. Después, Sofie escribe —rápidamente, a juzgar por la

letra inclinada—:

«Karolina le llevó un pedacito a Volk, que él recibió».

Después de eso, las páginas rayadas quedarán vacías. Esta es la última anotación del bloc.

¡Nunca entrar solos al recinto!

En el verano de 1939, el estadounidense Adolph Murie se asentó en una pequeña cabaña de maderos, la cabaña número 31 de Sanctuary River, para estudiar a los lobos en su hábitat natural en Alaska. Era el primer estudio de campo en el mundo sobre lobos. El libro de Muries, *The Wolves of Mount McKinley*[27], es considerado un clásico del género y llevó a que se retirara el programa gubernamental de erradicación de lobos en Estados Unidos. La primavera de 1940, Adolph Murie siguió las huellas de un lobo en la nieve fresca hasta la madriguera del animal. Ahí encontró seis cachorros recién nacidos y no pudo resistir la tentación de meter a uno de ellos en su mochila. Se lo llevó a su cabañita para sorprender a su hija. El científico pensó que podría usar al lobo cautivo como objeto de estudio. Como la cachorra agitaba tanto la cola, la llamó Wags, es decir, *meneos*, en inglés. Murie hizo anotaciones exhaustivas de hasta el más mínimo detalle sobre el desarrollo de la joven hembra. Anotaba exactamente cuánta leche se bebía del biberón. El 10 de junio de 1940 emitió su primer aullido, característico de los lobos. Era una amiga muy juguetona y adorable. El objeto de estudio pasaba la mayor parte del tiempo encadenada junto a la puerta, afuera de la cabaña. Cuando Adolph Murie terminó sus estudios y la familia volvió a casa, dejaron a Wags con el encargado del parque nacional.

En el libro de Adolph Murie se describe un incidente sucedido la primavera de 1942, cuando Wags ya había cumplido dos años y, por lo tanto, había pasado la pubertad. Según el encargado que había asumido el cuidado de la loba, Wags había comenzado a mostrar un comportamiento nuevo y agresivo. Después de haber sido como un perro sociable al que le gustaban los mimos, la hembra de pronto atacó a su cuidador, quien tuvo que huir por su vida. Wags lo agarró de la solapa de la camisa y se la arrancó antes de que este saltara la alta cerca del corral en la que la loba vivía encerrada.

Según los abogados de la defensa, el ataque mortal de Kolmården era imposible de prever; como un rayo que cae en un día soleado. Así se describe el evento. Incluso el testigo experto Mats Amundin, otrora jefe de investigación y profesor adjunto en zoología, se apega a esta versión de los hechos, que me dio en nuestra primera entrevista años antes. No había nada, absolutamente nada, que hiciera pensar que los lobos socializados del zoo podrían atacar y matar a seres humanos. En particular, no a quienes les servían de figuras paternas. Como la madre Karolina.

Entre más investigaciones leo sobre los lobos, más extraña parece esta teoría. Si de algo no carece la zoología es de reportes y disertaciones sobre los lobos, sus comportamientos y la dinámica imperante en una manda.

Según el profesor estadounidense en psicología social Harry Frank, el lobo es probablemente el animal de manada más detalladamente examinado del planeta. Él mismo se especializó en los comportamientos y las dinámicas de manada de los lobos. La antología de la que fue editor, *Man and Wolf. Advances, Issues and Problems in Captive Wolf Research*[28], se publicó en 1987, pero es quizás, hasta la fecha, el informe más detallado sobre la investigación realizada en lobos socializados durante el siglo XX. Posiblemente el factor más determinante que subyace a la popularidad del lobo como objeto de estudio sea que la especie tiene una capacidad única de adaptarse a la vida en cautiverio, escribe Harry Frank en su prólogo. Ya en 1947, el zoólogo Rudolph Schenkel había acuñado, por ejemplo, el debatido concepto del animal «alfa», tras estudiar lobos en un recinto del zoológico de Basilea, en Suiza. Sus observaciones serían, por mucho tiempo, indicativas de cómo se percibía la vida dentro de una manada de lobos, esto es, como una organización casi militar caracterizada por una jerarquía estricta, violencia y dominio. Estas teorías se han reconsiderado posteriormente, dado que no se han podido estudiar comportamientos similares en lobos en libertad. Parece que, sencillamente, el hacinamiento en un zoológico afecta el comportamiento del lobo y conlleva bastantes más conflictos y tensiones dentro de la manada.

El que una gran parte de los estudios sobre lobos se haya realizado con individuos en cautiverio se debe a que el lobo, a diferencia de otros depredadores exóticos, continúa reproduciéndose aun estando en jaulas y recintos. En las investigaciones presentadas en el especial sobre lobos de *American Zoologist* en 1976, se observa que un lobezno puede crear relaciones fácilmente con otros lobos, e incluso con seres humanos, hasta las nueve semanas de edad. Después de estas nueve semanas, la socialización se vuelve más problemática. Luego de cuatro a seis meses, tiempo a lo largo del cual un individuo joven comienza a moverse con el resto de la manada, desaparece su capacidad de establecer lazos psicológicos de confianza con otros individuos. Es entonces que se convierte en un depredador huraño.

A partir de este conocimiento documentado, resulta extraña la expectativa de que el personal de Kolmården formara relaciones seguras con los lobos del recinto SÖKA mucho después de esas primeras nueve semanas críticas. Una veintena de cuidadores, que no habían trabajado antes con lobos ni los habían conocido siendo lobeznos, terminaban siendo sus cuidadores. La mayoría los

abandonaban por iniciativa propia, pues no se sentían aceptados por los lobos.

Una investigación muestra que la vida en cautiverio también influye en las relaciones en el interior de la manada. Si no hay suficiente espacio en un recinto para que un lobo de rango bajo escape de sus hostigadores, aumenta la agresión entre la manada. John C. Fentress, en su artículo de *American Zoologist* lo constata. Pienso en Lobo, durante el invierno que precedió al ataque mortal, tumbado bajo el árbol, hecho un ovillo con sus heridas a causa de las mordeduras. Él, que luego sanó y ascendió en la jerarquía mientras Volk se convertía en la nueva víctima. Un estudio estadounidense de 2001 explora más a profundidad los hallazgos de Fentress y muestra una conexión evidente entre el número de lobos en un recinto y el nivel de agresividad. Mientras más lobos juntos, más conflictivo se vuelve todo. Con dos lobos en un recinto apenas surgen conflictos. Con tres hay algo de problema. Cuando cinco o más lobos se encuentran en un recinto, aumentan los conflictos dentro de la manada de forma casi explosiva. El mismo estudio muestra incluso una correlación evidente entre el tamaño del recinto y con qué frecuencia los lobos se gruñen, atacan, persiguen o muerden los unos a los otros. Mientras más pequeña es la superficie por cada lobo, mayor es el nivel de agresión. Justo antes del ataque, en Kolmården vivían juntos ocho lobos en 6400 metros cuadrados, lo que significa que cada uno tenía cerca de 800 metros cuadrados disponibles. El estudio estadounidense muestra que el nivel más alto de agresión entre los lobos se encontraba entre los 400 y 1000 metros cuadrados por lobo. A partir de ahí, la curva de agresión disminuye a medida que aumentan los metros cuadrados de los que dispone el recinto. Un mayor espacio por lobo significa menos conflictos.

En otras palabras, que los lobos socializados pueden exhibir un comportamiento agresivo y que se puede correr el riesgo de que lastimen a otros miembros de la manada y a sus cuidadores no está realmente en duda. Hay un capítulo en *Man and Wolf* dedicado por entero a cómo los zoológicos y las instalaciones de cría de lobos pueden evitar que los lobos socializados lastimen y maten al personal. El artículo está escrito por Erich Klinghammer y Patricia Goodmann. El primero fundó Wolf Park en Battle Ground, Indiana, Estados Unidos, en 1972. Es uno de los parques de lobos más antiguos del mundo y, probablemente, la institución con mayor experiencia en el manejo de lobos socializados. Tras varios estudios de largo recorrido de lobos en cautiverio, Klinghammer y su personal han creado un «etograma», es decir, un resumen esquemático de los diferentes comportamientos y sonidos del lobo. Desde lo que hace cuando orina y juega hasta el cómo una manada de lobos procede al atacar a una

presa. Erich Klinghammer murió en 2011, a los 81 años, pero su colega, Patricia Goodmann, ha continuado el trabajo en Wolf Park. Los fiscales la llaman al juicio en Norrköping como uno de los varios testigos expertos.

El enfoque de Kolmården respecto a sus lobos socializados se basa en el dominio. No se pueden interpretar los testimonios de otra manera. El propio Mats Amundin, exjefe de investigación del zoo, utiliza el término «autoridad amistosa». Según las actas de las reuniones del zoo con las que me encuentro en la extensa investigación policial, los guías y cuidadores habrían tenido como objetivo ser «líderes fuertes» y convertirse en una especie de «lobos en jefe» de la manada. Papá lobo, Thomas, estudiaba a los machos alfa de la manada para aprender su lenguaje corporal. Se comunicaba con los lobos gruñéndoles, mirándolos fijamente a los ojos o, a veces, demostrándoles quién era el jefe al presionarlos contra el suelo. Los métodos se transmitían al resto de los guías. En la sala del tribunal, Patricia Goodman dice que los métodos de Kolmården parecen «un poco anticuados», un eufemismo amable. El hecho es que, desde mediados de 1a década de 1980, Goodmann y su colega Klinghammer desaconsejaban enfáticamente toda forma de dominio en el manejo de lobos socializados, simplemente porque aquello creaba animales infelices y potencialmente mortíferos. Wolf Park tiene una lista para todo el personal que planea entrar a uno de los recintos de lobos. El punto número uno está escrito en mayúsculas:

«¡NUNCA ENTRAR SOLOS AL RECINTO!».

La medida de seguridad más importante en el manejo de lobos socializados es siempre, ante todo, entrar acompañado a un recinto de lobos. A los colaboradores que entran a los recintos de Wolf Park se les recomienda, además de entrar por lo menos de dos en dos, llevar un garrote de cerca de treinta centímetros de largo o un palo de madera para defenderse si los animales comienzan a mostrarse amenazantes. Intentar golpear a un lobo hasta dejarlo inconsciente no es buena idea. No es para eso para lo que se lleva el arma. El implemento se puede usar en maniobras de evasión, el lobo puede morder el palo en lugar de un brazo, una mano o una pierna. Si, a pesar de todo, esto ocurre, se recomienda a la víctima resistir el reflejo de retraer el brazo o la mano hacia el cuerpo; ello puede agravar las heridas. En cambio, uno debe actuar con cautela y dominio propio. Si toda la manada se lanza al ataque al mismo tiempo, la persona atacada debe colocarse en posición fetal y protegerse la garganta y el cuello con las manos. De ser posible, debe evitar gritar para no agravar más la situación. Todo esto se describe a detalle en el manual de seguridad del parque, que se compone de 13 puntos. En el punto 12 se lee: «No intentes entrar con los lobos si tienes una enfermedad,

sientes que vas a enfermarte o te has lastimado. Un resfriado o incluso un moratón pueden acarrearte problemas».

Al momento del ataque no existía un documento similar en Kolmården. A pesar de todos los incidentes, parece que en Kolmården no se creía que los lobos fuesen capaces de lastimar o matar a un ser humano en el recinto. En Kolmården, el personal por lo general entraba solo, por sí mismo, a ver a los lobos. Aquello habría sido impensable en Wolf Park. En Kolmården se animaba al personal a entrar solo, pues se decía que ello fortalecía la relación personal con los lobos. No puedo hallar, en ningún libro o reporte sobre la materia, alguna prueba científica de que ese fuera el caso.

La consternación y la sorpresa de que la víctima del ataque mortal fuera justamente una de las guías más experimentadas, quien, además, había criado a los lobos a golpe de biberón fue mayúscula entre el personal de Kolmården. Patricia Goodmann no comparte la sorpresa. Su experiencia, afirmada también en el libro *Man and Wolf*, es que las personas más cercanas a los lobos son las que mayor riesgo corren de sufrir un ataque. En una manada de lobos, cada individuo busca constantemente vías para fortalecer su posición social en el grupo. En un zoológico con lobos socializados dicho grupo incluye a las personas. Los lobos son animales cautelosos. Pero, ante todo, son oportunistas. Un lobo socializado no es lo mismo que un lobo seguro o bondadoso, subraya Patricia Goodmann. Por el contrario, que el lobo tenga la impronta de humanos hace que tienda a tratarlos de la misma forma que al resto de los lobos de la manada. Quien más riesgo corre de ser víctima de un ataque es una persona que exhibe un comportamiento agresivo o amenazante dentro del recinto. Una actitud machista y de dominio se asocia a un peligro de muerte inminente. En la zona de riesgo se hallan personas que creen que su gran amor por los lobos hará que los animales correspondan su amor y, por lo tanto, no deseen lastimarlas. Los animales ciertamente pueden mostrar comportamientos similares al afecto y la ternura, e incluso hacer grandes sacrificios por sus dueños, afirma Patricia Goodmann. Pero los humanos jamás sabremos cómo perciben estas relaciones. El cerebro del lobo es grande y bien desarrollado. Pero ¿es capaz de registrar el espectro de sentimientos y actitudes que los humanos definimos como amor? Patricia Goodman se permite ser escéptica.

---

27 [*Los lobos del Monte McKinley*].

28 [*Hombre y Lobo: avances, cuestiones y problemas de la investigación de lobos en cautiverio*].

Ataques anteriores

Patricia Wyman tenía veinticuatro años y era nueva en el trabajo. Apenas llevaba tres días allí cuando los lobos de Haliburton Forest & Wildlife Reserve la atacaron mortalmente la mañana del 18 de abril de 1996. Era la tercera vez que la bióloga de profesión entraba al recinto de cinco lobos dentro del parque que, tres meses más tarde, abriría al público. Las instalaciones, ubicadas entre Toronto y la capital canadiense, Ottawa, en el centro-oeste de la provincia de Ontario, son unas de las más grandes del mundo en cuanto a superficie. El recinto mide 61.000 metros cuadrados, a comparación de los 6400 del recinto SÖKA de Kolmården.

La primera vez que Patricia Wyman entró al recinto de los lobos fue en compañía de su jefe. La segunda vez alimentó ella sola a los lobos. Entonces la manada se mantuvo a cierta distancia. Pero, de acuerdo con su novio, tras su segundo día de trabajo expresó una cierta intranquilidad respecto al líder de la manada. Lo percibió agresivo y amenazante. Al día siguiente, él y el resto de los lobos la mataron. Wyman fue hallada, tal como Karolina en el recinto de Kolmården, sin ropa y con heridas por mordidas severas. Los lobos, circulando alrededor del policía que entró al recinto, custodiaban el cuerpo. Se tuvieron que hacer disparos para mantener alejados a los animales. Se sacrificó a todos los lobos al día siguiente y se les hizo la prueba de la rabia. El resultado fue negativo.

El fundador de Wolf Park, Erich Klinghammer, lideró la investigación para conocer las posibles causas detrás del ataque.

Según el experto en lobos, es posible que los lobos rodearan a la joven y luego ella se tropezara con algunas de las ramas que había en el suelo. Entonces los cánidos se lanzaron al ataque y, en cuestión de segundos, ella estaba muerta. La mujer jamás informó a sus superiores de su preocupación respecto a estar sola en el recinto. De acuerdo con los directivos, era una violación de las reglas del parque entrar sola. No queda claro por qué, a pesar de todo, lo hizo. Es posible que no la hubieran informado sobre el reglamento. De acuerdo con Klinghammer, el ataque seguramente jamás habría sucedido de haber estado acompañada.

Nueve años después del accidente fatal de Canadá, se produce un ataque casi idéntico en EE. UU. Sucede en el zoológico Out of Africa, en Camp Verde, Arizona, el 17 de marzo de 2005. También en esta ocasión una mujer sola es atacada. Heather Mueller, de 34 años, era una cuidadora experimentada que había trabajado en el zoo durante

años. Se encontraba sola junto con dos lobos que llevaban siete años viviendo en el recinto y que nunca habían mostrado signos de agresividad. Mueller sobrevivió al ataque de milagro. Pero con heridas muy serias.

En la década de los 80, mientras Kolmården invitaba a niños pequeños y a un equipo de la televisión pública sueca a conocer a su manada de lobos socializados, Wolf Park se hacía cargo de un lobo que acababa de atacar mortalmente a un niñito en Michigan.

Mickey, como se llamaba el lobo, había estado encadenado en un patio trasero. El niño había querido acariciar al gran perro y, minutos después, este lo había mordido fatalmente. Si bien la población silvestre de lobos en EE. UU. —sin contar Alaska— es de alrededor de ocho mil ejemplares, hay cerca de un millón de lobos domesticados e híbridos de lobo en cautiverio. De acuerdo con un estudio de 1996, cada año se venden doscientos cincuenta mil de esos cachorros entre los hogares estadounidenses. De acuerdo con el mismo estudio, solo veinticinco por ciento de esos lobeznos sobreviven a su primer año de vida. La mayoría de los supervivientes, tanto lobos domesticados como híbridos de lobo, carecerán de un hogar dentro de los siguientes tres años. Estas cifras dan cuenta de dos cosas: en parte, que entre los dueños y criadores de perros hay muchos irresponsables; pero también de lo problemático que es tener a un lobo o a un híbrido de lobo como animal de compañía. Están programados genéticamente para comenzar a desafiar a la persona que perciben como líder de la familia una vez que han alcanzado la madurez sexual. Los perros hacen lo mismo, pero el comportamiento es atenuado gracias a miles de años de reproducción. Después de algunos años, los lobos y los híbridos de lobo se vuelven imposibles de manejar en la mayoría de los casos. Así, sus dueños los mantienen encadenados fuera de la casa o encerrados en perreras estrechas. Experimentan vidas miserables. A menudo logran escapar y se convierten en un peligro tangible para el ganado, los perros e incluso los humanos, en especial los niños.

El mismo año en el que los lobos asesinan a la cuidadora Patricia Wyman en Ontario, varios miembros de las fuerzas armadas suecas visitan el recinto de lobos de Kolmården. Durante el juicio en Norrköping se proyecta una filmación casera, un poco granulada, de aquella visita. En ella se ve a los soldados acariciar a los lobos cuando, de pronto, uno de ellos muerde la chaqueta de uno de los uniformados. El soldado se había dejado algunas golosinas para perro en el bolsillo. El lobo se niega a soltarlo y gruñe con fuerza.

«Quédate quieto», se oye que alguien grita. Alguien más suelta una risa nerviosa. En cuestión de segundos, el ambiente ha pasado de relajado a amenazante. Pero en el recinto se encuentra la guía Siv. Ha criado a los lobos dándoles el biberón, es dura y no siente temor. Le

agarra la nariz al lobo, lo que lo obliga a relajar el agarre y soltar la chaqueta. Esto no le gusta nada, así que redirige su atención hacia la mujer. El gran depredador parece lanzarle una serie de mordiscos hacia los brazos. Se para sobre las patas traseras y de su garganta sale un sonido gutural y grave que se eleva hasta ser algo parecido a un rugido o un bramido. Es un sonido aterrador. Así, sobre sus patas traseras, el lobo es más o menos igual de alto que la guía. Mueve la cabeza de un lado a otro, ladra y lanza mordiscos buscándole los brazos. Es difícil interpretar este comportamiento de otra forma que no sea como extremadamente agresivo. La guía responde agarrándolo de la piel y dándole tres fuertes patadas en la barriga y en las patas traseras, en algo parecido a una lucha de pie, empuja al animal que tiene enfrente. Al final, el lobo se suelta y huye agazapado, con el rabo entre las patas. Siv lo sigue rápidamente y le grita. El lobo se aleja gimoteando. Los soldados suecos, que han presenciado los hechos, parecen divididos. De acuerdo con Siv, a quien más tarde interroga la policía respecto al ataque mortal de 2012, el comportamiento del lobo, tal como se ve en la filmación, se debió a que durante la noche la manada había cambiado de líder.

«Devil, quien muerde el bolsillo de la chaqueta del hombre, no había sido líder; era uno de esos lobos con los que se podía bajar la guardia», explica Siv en el interrogatorio. «Lo que sucede es que cuando me acerco amenazo su liderazgo. Pero no soy consciente de ello. Entonces, se comporta agresivo conmigo e intenta ponerme en mi lugar y me veo obligada a patearlo para librarme de él».

Fue la primera y la única vez que Siv se vio sometida a un trato similar por parte de alguno de los lobos del recinto de Kolmården. Jamás pudo entrar de nuevo tras el evento. Al preguntársele qué habría pasado si, a pesar de todo, hubiese entrado al recinto, dice creer que los lobos la habrían atacado de nuevo. O por lo menos habrían desafiado su posición de líder de la manada.

Mats Amundin corrió el mismo destino, según lo revela a lo largo de las audiencias. Un macho de bajo rango se alzó sobre sus patas traseras, colocó las delanteras en los hombros de Amundin y lanzó un mordisco cerca de su cara. Mats Amundin fue expulsado del recinto sin poder volver en tanto el lobo hostil siguiera con vida. No se atrevió a volver a entrar al recinto SÖKA, al percibir que le habían dado señales claras de no quererlo ahí.

A pesar de la muerte en Canadá. A pesar del grave ataque contra Heather Mueller en el zoo de Arizona; a pesar de un ataque serio en 2007 en Alemania, en el zoológico de Hannover, que resultó en un cuidador gravemente herido; a pesar de que ese mismo año, en Noruega, una loba socializada atacara en el parque natural Langedrag a la persona que la había criado dándole el biberón; a pesar de que el

mismo personal de Kolmården hubiera sido atacado y expulsado del recinto de los lobos varias veces; a pesar de que Mats Amundin, al verse confrontado durante el juicio con las desagradables circunstancias en torno a la muerte de la cuidadora Anna, considerara que esta se había hallado en un grave peligro de muerte en aquel momento; a pesar de que el otrora jefe de investigación del zoo y ahora testigo experto del juicio hubiese experimentado un trato similar… tanto él como los abogados de la defensa sostienen que el ataque mortal fue «como un rayo que cae en un día soleado».

Ninguno de los eventos documentados de ataques de lobos contra seres humanos ha hecho a los directivos del zoológico reconsiderar los métodos de trabajo del zoo con lobos socializados adultos. En lugar de eso, durante las audiencias se reiteran los mitos en torno al lobo cimentados en las décadas de 1970 y 1980 en el marco de Proyecto Lobo; esto es, que no hay razones para que las personas les teman. En el interior del zoológico, el lobo es considerado, hasta las 11:17 de la mañana del 17 de junio de 2012, completamente inofensivo para los humanos.

No aparece en el plan de contingencia de Kolmården frente a una fuga de animales peligrosos, elaborado, con gran retraso hasta 2012 —el mismo año del ataque—. En la lista están el león, el tigre y el gorila. Pero no el depredador que, de adulto, puede pesar más de cincuenta kilos, tiene colmillos de cuatro centímetros de largo y es capaz de derribar a un alce por sí solo y, en manada, matar a un caballo adulto o a un oso, si bien, ciertamente, los lobos salvajes rara vez atacan a las personas. No nos ven como presas, al menos no a los seres humanos adultos.

Los lobos salvajes les temen a los humanos. Pero han matado con anterioridad. De eso no hay duda. Han matado a gente al estar rabiosos, han matado a gente mientras cazaban y han matado a gente para proteger sus territorios. En el futuro, los lobos seguirán matando a personas solas que se encuentren en el lugar equivocado en el momento equivocado.

En septiembre de 2015, *The Times* reporta que Celia Hollingworth, de 62 años y desaparecida mientras hacía senderismo de montaña en el norte de Grecia, seguramente ha muerto víctima de lobos.

Vagaba sola por una zona montañosa remota. Las heridas del mutilado cuerpo, al que le faltan trozos grandes y cuyos huesos del muslo están aplastados como resultado de las mordeduras, indican que la manada de lobos la mató. No es necesario exagerar los riesgos, pero los lobos pueden ser peligrosos para los humanos.

En 2002, bajo la supervisión del experto en depredadores John Linnell del Instituto Noruego para la Investigación de la Naturaleza[29], se llevó a cabo un estudio exhaustivo de ataques de lobo

documentados. De acuerdo con el estudio, desde el siglo XVIII los lobos han matado a personas en 1548 casos bien documentados; esto solo en Europa occidental. La mayoría de los ataques fatales ha ocurrido en el cambio de siglo. En Rusia, donde se encuentra la población más grande de lobos en el mundo, se han documentado varios ataques incluso después de la Segunda Guerra Mundial. En la ciudad de Kirov, 22 niños de entre tres y diecisiete años de edad habrían sido muertos por lobos entre los años 1944 y 1950. En la India, entre 1980 y 1995, murieron más de doscientos niños consecuencia de ataques de lobo. John Linnell no desea ver extinto al lobo, al contrario. Pero considera que minimizar los riesgos y problemas potenciales que conlleva la existencia de territorios de lobo cerca de zonas pobladas no favorece los esfuerzos de conservación. El resultado es el mismo que cuando se niegan los genocidios u otros eventos históricos traumáticos, afirma el experto. Ello conduce a una desconfianza y polarización aún mayores.

En la actualidad, el lobo está a salvo. La misión tuvo éxito. Hay cerca de doce mil lobos salvajes en Europa. Lo que resta por hacer es intentar coexistir con el depredador al que se ha rodeado de mitos. Al reivindicar que los lobos son inofensivos, se pone en riesgo la confianza en torno al exitoso trabajo de conservación llevado a cabo a lo largo del siglo XX.

El investigador declara frente a la BBC:

«Los lobos no son ni santos ni enviados del diablo. Simplemente son depredadores de gran tamaño».

De vuelta en la sala del tribunal de Norrköping, los aboga-dos de la defensa consideran que Kolmården y el acusado Mats Höggren tienen las estadísticas de su lado. La probabilidad de morir a causa de un ataque de lobo es extremadamente baja en Suecia. La última vez que alguien fue víctima de un lobo en territorio sueco fue durante el llamado asolamiento del lobo de Gysinge, es decir, hace doscientos años. Se dice que incluso aquella vez se trató de un lobo socializado.

Todo comenzó cuando un jardinero que trabajaba en los terrenos de la fragua de Gysinge encontró tres lobeznos abandonados en el bosque. Uno de ellos, una hembra, terminó en la hacienda de Hofors, en donde creció encerrada. Al alcanzar la madurez sexual, escapó de su encierro. Nunca había aprendido cómo cazar.

Se había despojado del respeto natural que los lobos le tienen a los humanos. Su primera víctima aquel invierno fue el niño Erik Ed, de tres años e hijo de un soldado, que había estado jugando en la nieve afuera de una casita en Dragbo. Su padre lo encontró, sangrando en la nieve, a un kilómetro de distancia. Aún estaba con vida, pero no pudieron salvarlo.

El invierno de 1821, nueve personas fueron muertas y quince

resultaron heridas por la loba de Gysinge. La mayoría eran niños. Muchos fueron hallados mutilados y medio devorados. El 21 de abril del mismo año le dispararon a una loba grande en Nordanåker. Después de eso cesaron los ataques.

Desde entonces, no hay casos documentados de lobos que hayan matado gente en Suecia. No hasta el suceso del 17 de junio de 2012 en Kolmården. Uno podría elegir ver aquello como la prueba de lo increíblemente impredecible del ataque en el recinto, después de todo. Los abogados de la defensa, en sus conclusiones frente al tribunal, muestran una foto del rey junto a los lobos de Kolmården. De haber existido la más mínima sospecha de la peligrosidad de los lobos para los humanos ¿habría el zoológico permitido al jefe de Estado de Suecia entrar al recinto de aquellos depredadores? Naturalmente que no. Pero también se puede concluir que el número tan bajo de ataques mortales reportados es consecuencia lógica de cuántos lobos ha habido en Suecia los últimos cien años; es decir, casi ninguno. Antes de que se empezaran a ver huellas de lobo otra vez en Värmland a inicios de los años ochenta del siglo XX, la especie se encontraba, en principio, extinta en Suecia.

Aparte de las poblaciones que han vivido en cautiverio en los zoológicos del país, sencillamente no ha habido muchos lobos viviendo en proximidad con los humanos. Al mismo tiempo, al menos el personal de Skansen consideró a los lobos de zoológico lo suficientemente peligrosos como para dejar de intentar socializarlos con ayuda de la crianza con biberón. Kolmården hizo una valoración distinta.

Llegados a este punto, comienzo a dudar de que la respuesta al enigma del ataque de Kolmården se halle en realidad en los lobos. Parecen obedecer, tal como el resto de los depredadores, a sus instintos heredados. La respuesta quizás deba buscarse en el zoo y en su arquitectura y economía. Cada vez siento más curiosidad sobre por qué los humanos construimos instalaciones para mostrar a criaturas exóticas y salvajes en ambientes artificiales. Hábitats que, además, a menudo llamamos «el hábitat natural del animal». ¿De dónde proviene este pensamiento fundamentalmente paradójico?

---

29 NINA, por sus siglas en noruego.

El panorama de las ciencias naturales

En 1896, la autoridad de patentes alemana recibió una solicitud de patente para una innovación llamada «panorama de las ciencias naturales». Detrás de este invento estaba el conocido domador de animales y dueño de una casa de fieras Carl Hagenbeck, de Hamburgo. Había hecho fortuna viajando por todo el mundo para cazar animales salvajes que luego vendía a las casas reales europeas, los parques zoológicos y los ricos que deseaban impresionar a sus amigos teniendo una pantera, un logo de muchos colores o, quizás, un tigre en sus jardines. Hagenbeck tenía un sueño: recrear en Hamburgo, su ciudad natal, los ambientes de los que había disfrutado en sus viajes alrededor del mundo. En su propio zoológico, los animales exóticos no estarían expuestos como piezas de museo en jaulas frías y apretadas. Podrían moverse libremente en sus hábitats naturales.

Su concepción de las ciencias naturales era un nuevo tipo de instalaciones para la cría de animales, en las que distintas especies de animales exóticos, incluso grandes depredadores carnívoros, podían ser mostrados al público. La finalidad era que dicho público sintiera que daba un paseo por los lugares exóticos en los que el animal vivía antes de caer en las redes y trampas de Carl Hagenbeck. Un borrador de la solicitud de patente muestra a un visitante con un bastón, un sombrero de bombín y una cámara alrededor del cuello. El hombre está parado en un bloque de hielo artificial y se embebe del hábitat glacial del ártico. Un ingenioso sistema de barreras físicas separa al elegante visitante de los osos polares. Gracias a una ilusión óptica, el paisaje se vería significativamente más profundo y extenso de lo que realmente era. Hagenbeck había aprovechado métodos usados en el cine y el teatro. Los bastidores daban la impresión de que los animales eran libres, que no los limitaban rejas, ventanas o cercas.

En 1907, el Tierpark de Carl Hagenbeck abrió sus puertas en el distrito de Stellingen, en Hamburgo. Lo que volvía único a este zoológico era que los visitantes no solo podían ver animales salvajes en sus hábitats naturales, sino también razas exóticas de personas. Hagenbeck no se conformó con mostrar a personas extrañas provenientes de lugares exóticos, sino que preparó espectáculos llenos de acción que atrajeron a un público enorme. Estas demostraciones tan populares y visitadas fueron llamadas «völkerschau». A menudo, el mismo Hagenbeck escribía los guiones, y estos contenían cacerías

dramáticas a caballo, así como peleas entre tribus rivales.

La más popular era la de temática wéstern. El aclamado espectáculo de los sioux atrajo a 1,1 millones de visitantes durante los cinco meses que estuvo en escena en la primavera de 1912. Contenía tanto espectaculares tocados de plumas como dramáticas cabalgatas por la pradera, incluyendo el corte del cuero cabelludo de los enemigos; pero, sobre todo, ¡había indios de verdad! A los alemanes les encantaban los wésterns salvajes. Los libros de Karl May sobre el indio Winnetou y el trampero Old Shatterhand vendieron millones de ejemplares. En su biografía, *Mein Kampf*, Adolf Hitler escribe que, siendo un chiquillo austriaco, las aventuras lo encantaban de tal forma que hacía novillos. Más tarde, en el nazismo, la vida libre y nómada de los indígenas se contrastaría con la vida urbana y decadente de los judíos. Los nazis tenían en gran estima a los pueblos indígenas americanos por su «comprensión holística de la naturaleza». No es de extrañar que lograran demostrar que los indígenas sioux formaban parte de la raza aria. Si se buscan razones subyacentes a la obsesión del *Führer* por los lobos, aquella vida en la pradera, que experimentó a través de sus libros siendo niño y con la que soñó de joven, probablemente sea el inicio de todo.

La excitante tensión ante el encuentro con «lo salvaje» era la experiencia que Carl Hagenbeck ofrecía a su público. El encuentro con los grandes carnívoros era el más intenso. Un foso de apenas ocho metros de ancho y cinco de profundidad era lo único que separaba a los visitantes del zoo de los leones. No había cercas ni barreras de protección, solo una serie de carteles de advertencia que, probablemente, aumentaban la emoción en, por ejemplo, «la quebrada del león». En su libro *Carl Hagenbeck's empire of Entertainments*[30], el autor Eric Ames escribe sobre cómo el renombrado inventor Thomas Alva Edison gritó horrorizado al encontrarse, de pronto, cara a cara con un león. Experimentar la ausencia del muro que separa a la civilización de la naturaleza provoca una sensación de vértigo en el espectador similar a la que se siente al descender a toda velocidad en una montaña rusa, escribe Ames.

Las «instalaciones de aclimatación» de Carl Hagenbeck, como las llamaron los periódicos suecos, atraían a Stellingen a entre quince mil y veinte mil visitantes diarios. El alemán dueño de casas de fieras convirtió la zoología en entretenimiento para las masas. Un tema que le entusiasmaba eran las representaciones bíblicas del paraíso. Entre los primeros escenarios que levantó estuvo el Jardín del Edén, con un fondo creado por el paisajista Moritz Lehmann. Y así, como un paraíso, describieron al Tierpark los cautivados visitantes cuando este abrió al público en 1907. Apenas a unos minutos en tren del centro de Hamburgo, la clase media urbana podía adentrarse en el desierto, las

estepas y sus pastos ondeantes al viento, los glaciares cubiertos de hielo, las junglas oscuras, montañas, quebradas y cuevas. Se podía contemplar, con los propios ojos, a seres humanos extraños y animales mitológicos en sus escondites y territorios de caza. Lugares sobre los que anteriormente solo se había podido leer en los periódicos y los libros de aventuras, ahora podían ser observados en la realidad. Se describió al Tierpark como un «reino celestial para los animales», un lugar en el que
—tal como el mismo Hagenbeck lo expresó— «se abandonaba la crueldad de la naturaleza y prevalecía la paz bajo el influjo de la buena cultura».

El bloqueo marítimo contra Alemania durante la Primera Guerra Mundial puso un alto temporal a las operaciones en Tierpark. Los artistas contratados tuvieron que regresar a sus lugares de origen. En el zoológico, los animales salvajes murieron de hambre o sucumbieron a enfermedades. En total, más de dos mil animales murieron en Tierpark durante los años en los que transcurrió la guerra. Pero Carl Hagenbeck no tuvo que sufrir ver la obra de su vida convertida en ruinas. A los sesenta y ocho años, una de sus serpientes venenosas lo atacó repentinamente y falleció por los efectos de la mordedura. A su muerte, en 1913, dejó un negocio familiar con deudas enormes como legado. Pero también la idea del parque temático. Sin Carl Hagenbeck no habría habido una Disneylandia. Ni un Sea World. Y tampoco un Kolmården. Carl Hagenbeck fue el hombre detrás de la forma de entretenimiento que conocemos como aventura exótica.

El optimismo reinaba en Europa cuando se inauguró el Tierpark en 1907. La globalización y las nuevas tecnologías de comunicación eran consideradas garantes de la paz mundial. Nadie podía imaginar la guerra mundial que se avecinaba y el infierno que devastaría tanto al zoológico como al resto del continente europeo.

Corrían tiempos diferentes cuando el zoológico de Kolmården abrió sus puertas en 1965. Los años del crecimiento récord en Suecia llegaban a su fin y los socialdemócratas buscaban a tientas una nueva narrativa que guiara al país hacia el futuro. El fundador del zoo, Ulf Svensson, socialdemócrata convencido y miembro del partido, creó el ejemplo perfecto de cómo una antigua ciudad agrícola como Kolmården podía transformarse en un codiciado destino turístico. Le demostró al gobierno central en Estocolmo cómo era posible crear empleos dando a conocer un lugar. La naturaleza ya no era un mero recurso industrial, sino también una experiencia.

Mientras que las instalaciones de Carl Hagenbeck vieron la luz del día a inicios del siglo XX junto con la penetración del cine en la sociedad, el proyecto de Ulf Svensson coincidió con otro medio de comunicación masiva: la televisión.

La creciente clase media urbana de Suecia pudo, desde los salones de sus casas y frente al televisor, reconectarse con la naturaleza. Ya en 1955 se emitía, gracias a la televisión estatal sueca, la primera película de naturaleza, *Viggen Viggo*, del cineasta Bertil Danielsson. Los programas de naturaleza rápidamente se convirtieron en los más populares de los bloques de programación y, con ellos, un arquetipo masculino hizo su entrada en la esfera pública sueca: el experto en naturaleza, ese tipo bien dispuesto, agradable e inteligente.

Nils Linnman fue el primero de una larga lista de presentadores en explicar los misterios de los animales y la naturaleza a los televidentes suecos. Su programa *Korsnäsgården*, inicialmente titulado «Justo ahora», fue uno de los programas más populares entre los televidentes a lo largo de sus veintitrés años de emisión. Se rodó en la granja Kamsgärd, a las afueras de Knutby, en Uppland.

Otros comentaristas de naturaleza influyentes en los comienzos de SVT fueron los cineastas Sven Gillsäter y Arne Sucksdorff, quienes cautelosamente guiaron a los telespectadores por las vastas montañas y los profundos bosques suecos. Pero también invitaron a todos aquellos que pagaban su licencia de televisión[31] a lugares exóticos como las Islas Galápagos y las junglas de la India. Este era el mundo mágico —dado a conocer por la televisión— que Ulf Svensson construyó en los bosques de Östergötland; un mundo que pertenecía a los hombres seguros de voz suave y con la capacidad de hablar el lenguaje de los animales.

Ningún sueco ha hecho más por convertir la vida salvaje en cultura popular que el excéntrico y popular juglar, imitador de aves y documentalista Jan Lindblad. Sus discos con sonidos de aves dominaron las listas de popularidad en la década de 1970. El mayor de sus éxitos fue una versión de la canción popular estadounidense *Shenandoah*, que duró más de un año en las listas de popularidad y superó a Abba en ventas. Millones de personas vieron sus documentales de naturaleza.

Jan Lindblad se abrió paso entre las masas en 1970 con su programa *Hylands hörna*, o «El rincón de Hyland». En él, los telespectadores veían a un hombre bien peinado —de traje *tweed* y corbata pulcramente anudada— que sacudía la cabeza, abría la boca muy grande y emitía el sonido gorjeante de un tucán.

A pesar de los trucos y los silbidos, fue su capacidad para crear narraciones impresionantes y cautivadoras de la naturaleza salvaje lo que le hizo verdaderamente popular entre la gente. Jan Lindblad era un bendecido por los dioses. En el estudio de Lennart Hyland, habla con elocuencia sobre sus proyectos cinematográficos en las selvas de la India y los bosques tropicales de Guyana, y de cómo su afición a imitar los sonidos de los animales le ha permitido tener un contacto

especial con los pueblos indígenas de Sudamérica.

En su papel de documentalista, Lindblad no se conforma con documentar a distancia a los exóticos animales salvajes. Se esfuerza por crear una relación personal con ellos, por acercarse tanto como sea posible. En una de sus películas, rodada en Guyana, termina en una inesperada lucha cuerpo a cuerpo con una anaconda de cinco metros de largo.

La serpiente parece estar cerca de matar al naturalista sueco y ahogarlo en las negras aguas del río. Es imposible determinar si lo que sucede es real o es una puesta en escena para la cámara. Pero la serpiente se mueve vivaz. Todo indica que Jan lucha por su vida.

«La anaconda está en su elemento, pero yo no. Sometido a su fuerte agarre, sentía como si la cabeza se me fuera a separar del cuerpo». Así describe Lindblad su encuentro con la gran serpiente.

El cronista de la naturaleza no solo filma animales exóticos. Casi los persigue. Es un acosador en la jungla. En su discurso para el documental *Djungelbokens värld* o, en español, «El mundo del Libro de la Selva» (1980), lee:

«Primero, los pequeños tienen que cenar. Es fantástico estar sentado en el césped a apenas cuatro, cinco metros de este trío de leones».

Lindblad prosigue, mientras el ambiente del documental se vuelve más tenso:

«Ahora confían totalmente en nosotros…».

Al caer el sol, se oye el sonido de los grillos. En la siguiente toma aparece un gran león macho que abre el hocico muy grande y muestra sus puntiagudos colmillos. Es un animal aterrador e impresionante. Jan Lindblad dice:

«Es lo mismo con ambos machos. Poco a poco, me han aceptado a una distancia increíblemente cercana, menos de dos metros. De nuevo se trata de la confianza entre un león salvaje y yo, representante de una especie que, durante siglos, ha sido su enemigo mortal».

Después, Lindblad decide que desea capturar cómo se refleja el sol poniente en los ojos del macho. El resultado es un acercamiento extremo del ojo de un león ante el resplandeciente sol de la tarde. Jan sigue leyendo su guion:

«Apenas se puede estar más cerca de la naturaleza. Es un privilegio increíble ser aceptado así, por completo».

Pero quiere un contacto aún más íntimo con lo salvaje. Quiere vivir con ello. Ser uno con la naturaleza.

Al volver a Suecia, se pone en contacto con su amigo Ulf Svensson, director del zoológico ubicado en Krokek. El documentalista de naturaleza desea llevarse dos de los cachorros de tigre de Kolmården de vuelta a la India para introducirlos en el parque nacional de Ranthambhore, según explica. El consejo provincial otorga el permiso

para criar tigres. Pero Jan Lindblad cae gravemente enfermo, el proyecto se retrasa y pronto hay dos tigres adultos de más o menos cien kilos viviendo con él y su pareja, Pia Thörn, en su cabaña de verano ubicada en una isla del lago Valdemaren, a las afueras de Flen. La localización se guarda en secreto para no atraer a turistas curiosos. En la serie documental *Våra tigrar*, transmitida en 1983 por Sveriges Televisión, se retrata la vida de la pareja junto a Lillan y Rani, nombres con los que se bautizó a los felinos. Los tigres crecieron con rapidez y se hizo más difícil para la pareja manejarlos.

Un día, Lillan se escapa de la isla y nada hasta tierra firme. Una vacacionista de Katrineholm encuentra al tigre adulto en la cocina de su casita de verano. La mujer logra cerrarle la puerta en las narices y, aterrada, llama a la policía. Por supuesto, el inesperado encuentro habría podido acabar en una tragedia tan surrealista como de pesadilla. Pero el suceso no se convirtió más que en una historia curiosa en el archivo de la radio pública sueca. Pia Thörn acudió a recoger a su tigre con un camión de mudanza.

El plan original de Jan Lindblad era reintegrar a los tigres al parque nacional de la India, pero las autoridades del país consideraron que, habiéndose criado entre humanos, supondrían un riesgo de seguridad demasiado grande.

Lindblad no compartía la opinión de que Lillan y Rani pudieran resultar peligrosos para los humanos. El naturalista afirmó poder hablar «tigre». Sus tigres lo creían tigre también, explicó en entrevistas. Nada peligroso podría suceder. El futuro de Lillan y Rani se convirtió en un serial en los tabloides suecos. Se retrató a las autoridades indias como ignorantes y atrasadas. Finalmente, en una carta dirigida a la primera ministra del país, Indira Gandhi, Lindblad amenazó con disparar en el acto a los tigres si ella no permitía su reinserción en la naturaleza.

Al mismo tiempo, la situación se volvió más difícil de controlar en el hogar de la pareja Thörn-Lindblad. Cuando también Rani logró escapar de su escondite secreto por vía acuática, la policía consideró que una cabaña de verano no era el hogar adecuado para dos adultos depredadores por excelencia, provenientes de la jungla india.

Cuando personal uniformado visitó la isla, se encontró con dos tigres somnolientos a los que se había medicado con Valium antes de la visita. Lillan y Rani fueron devueltos a Kolmården. Una vez allí, pelearon con el resto de los tigres. Entonces se los trasladó al zoo de Borås, en donde vivieron hasta ser sacrificados con una inyección letal.

El género del documental de naturaleza es un patrimonio cultural extraordinariamente poco investigado, dado su lugar central en el entretenimiento televisivo. Una excepción son las investigaciones de la

experta en medios y profesora en estudios de género Hillevi Ganetz, quien ha estudiado catorce películas suecas de naturaleza emitidas por la televisión pública. Uno de los conceptos que utiliza para describir el contenido de estas películas es el antropomorfismo, es decir, que a los animales retratados se les atribuyen impulsos psicológicos y valores humanos que, en sí mismos, reflejan el espíritu de la época prevalente en la sociedad. La naturaleza puede, según Ganetz, contener violencia aparentemente sin sentido, por momentos incluso parecer pervertida. Pero cuando el material se edita para conformar una narración coherente, queda poco espacio para ese tipo de comportamientos incomprensibles y aparentemente inmorales entre los animales.

También emplea el concepto de hipermedialidad. En vez de tan solo describir la vida en la naturaleza, también se cuenta la historia de cómo se produjeron las imágenes del filme y las dificultades por las que atravesaron los documentalistas al registrar la vida en la naturaleza, con el espectador en mente. Poder acercarse con reverencia a los animales es la recompensa que hace que todo valga la pena. Este es un estilo común en los documentales de naturaleza. Lindblad llevó la hipermedialidad al extremo absoluto en sus filmes. Estos no tratan solo de tigres o leones de la India, sino tal vez, ante todo, de él mismo y de su relación intensa con los depredadores salvajes.

Lo que Kolmården era capaz de ofrecer a sus visitantes con el producto-experiencia *Contacto Cercano con Lobos* era más que un encuentro personal con los animales; era la oportunidad de convertirse en un Jan Lindblad. Por todo YouTube y Facebook hay fotos y vídeos de las visitas a los recintos de lobos de Kolmården. La hipermedialidad va incluida en las mil coronas del billete de entrada. En el recinto de los lobos, los visitantes no solo podían fotografiar a los impresionantes depredadores con las cámaras de sus móviles, sino también crear una historia que trataba de ellos mismos y de cómo la manada los había aceptado como parte suya.

En los interrogatorios de la policía, varios empleados declaran que el recinto de los lobos se había convertido en un refugio, un breve respiro en mitad de una jornada laboral ajetreada. Los guías entraban al recinto de los depredadores para relajarse y convivir con ellos. Algunos iban allí en busca de consuelo por algo que les había sucedido en el día a día y que los había entristecido o enfadado. Los lobos gemían y lamían los rostros de los miembros humanos de su manada, secándoles las lágrimas. Claro está que nadie puede saber con certeza si un lobo actúa a partir de un sentimiento de compasión y empatía o simplemente porque las lágrimas son un fluido corporal que sabe a sal. Eso no significa que haya razón para dudar de la intensidad de la experiencia humana en el interior del recinto. Al menos entre el

personal del zoológico, para muchos era algo fantástico.

Mientras escucho testimonios en el tribunal de Norrköping, no puedo evitar buscar a los compañeros de la difunta en Facebook. Varios de ellos se han hecho selfis con los lobos y todavía los tienen entre sus fotos de perfil. Los lobos lamen los rostros de sus cuidadores como perros cariñosos. Son fotografías conmovedoras y hermosas. Pero evocan emociones encontradas, dada la espantosa tragedia que se ha producido con esos mismos depredadores dentro de ese mismo recinto en donde se han tomado las fotografías.

En lo personal, no siento un gran deseo ni de pelear con anacondas ni de volverme parte de la manada. Creo que soy demasiado amante de la comodidad. Además, soy cobarde. Pero, evidentemente, la idea atrae a muchos otros. *Contacto Cercano con Lobos* es un producto-experiencia muy lucrativo y popular. De acuerdo con el inspector Anders Wallberg, el número de visitantes por año rondaba los ocho mil. Eso significa unos ingresos para Kolmården en torno a los ocho millones de coronas suecas al año.

Uno puede preguntarse por qué algunas personas se exponen por voluntad propia a un encuentro potencialmente mortal con un depredador. El biólogo estadounidense Edward O. Wilson introdujo, en los años 80 del siglo XX, el concepto de «biofilia», que significa el instinto humano de buscar compañía en otras formas de vida. Erich Fromm había utilizado el término con anterioridad para describir una atracción humana inconsciente hacia todo lo considerado vivo y vital, pero Wilson afirma que más bien puede tratarse de una característica biológica heredada. La voluntad de acercarse a lo salvaje puede ser algo simplemente presente en nuestra naturaleza humana. Y en nuestra sociedad capitalista, todo instinto humano es también un mercado potencial.

---

30 [*El imperio de entretenimiento de Carl Hagenbeck*].

31 Hasta el 2019, los hogares suecos que poseían una televisión debían pagar una licencia de radio y televisión que, a partir del 1 de enero de 2019, fue reemplazada por una tasa de servicio público.

Sed de sangre

El 23 de julio de 1982, un viernes cálido y soleado, Horst Heilmann, del distrito de Vällingby, en Estocolmo, decide desviarse de la caravana de autos y frenar cerca de los leones del safari de Kolmården. El hombre de cuarenta y tres años baja y cierra la portezuela de su Jetta. Luego se quita la parte superior de la ropa. Se agacha en la hierba y silba. Horst Heilmann trabaja en la Cervecería Pripps y desea vivir una experiencia memorable durante sus vacaciones. Otros visitantes del safari observan resguardados desde sus autos cómo el hombre busca contacto con algunos de los jóvenes del zoo. Los llama como si fueran perros. La madre de los cachorros no está contenta con el comportamiento. Sin dudarlo, aparece desde un costado, lanzándose a toda velocidad contra el intruso. Un momento después, el resto de la manada está sobre él. Los visitantes, aterrorizados, consiguen alertar al personal del zoológico. Dos miembros del personal intervienen, dispersando a la manada con su vehículo, y suben al hombre malherido en el coche. Aún está con vida. Pero tiene la garganta desgarrada. Horst Heilmann muere en el piso del auto a los pocos minutos, ahogado en un charco de su propia sangre. Se desaloja y cierra el safari mientras el personal limpia los restos del incidente.

Pronto las colas de coches volverán a serpentear por el recinto de los leones. Como si nada hubiera sucedido, los grandes felinos han vuelto a su apacible dormitar bajo el sol.

El director del zoo, Ulf Svensson, comenta el incidente en los medios de comunicación. Según él, no se puede culpar a nadie, ni al personal ni a los leones, de lo ocurrido. Horst Heilmann rompió las reglas del safari. Está prohibido bajarse del vehículo. Las ventanillas deben estar cerradas.

Los leones actuaron instintivamente, explica. Svensson también expresa su preocupación de que el incidente asuste a las personas y ya no quieran visitar el zoo. Pero un mes más tarde, *Aftonbladet* informa de que el muy publicitado ataque ha promovido un aumento del número de visitantes. El último recinto del safari, el de los leones, parece fascinar particularmente a los visitantes. El reportero del periódico escribe:

«Cuando los visitantes llegan a la sección de los leones, la emoción se hace sentir más dentro de los autos, comprensiblemente. Muchos intentan hacer fotos a través de las ventanillas y las cámaras se apuntan principalmente hacia las hembras. Después de todo, una de

ellas podría ser la que mató a aquel hombre el 23 de julio».

Mientras fijo con alfileres sobre la pared, cada vez más desordenada, de mi sótano-oficina los viejos recortes de periódico, me llega la noticia de que otro cuidador de zoológico ha muerto a consecuencia de un depredador en un zoológico sueco. El incidente ocurre a las 10:27 del viernes 4 de agosto de 2017. En el noticiero de la radio se dice que un empleado temporal de dieciocho años de edad ha sido atacado por un oso en el parque Orsa Rovdjurspark, en Dalarna. El joven es atendido por sus heridas, pero muere en el transcurso de la tarde. De acuerdo con el director del zoológico, el accidente se produjo durante una actividad en la que se permite a los visitantes acompañar a los cuidadores al recinto de los osos para alimentarlos. Los animales debían estar en un espacio de separación contiguo, pero, por alguna razón, dos individuos se hallaban en el recinto principal. Una familia de los Países Bajos, que llevaba a sus niños y se encontraba con el cuidador, logró escapar saltando una cerca de varios metros de altura que, además, habría estado electrificada. La policía clasifica el incidente como un delito contra la salud y la seguridad en el trabajo y abre una investigación por homicidio imprudente.

Más tarde se halló un agujero en el suelo, que los osos habían excavado por debajo de la cerca. Fue así como los animales lograron volver al recinto, pasando por debajo de una protección contra excavaciones hecha de cemento, para después atacar al cuidador. El personal del zoo disparó a uno de los osos tras el ataque. El otro fue retirado. Al momento del ataque, el fallecido, Robert Lindvall, se había encontrado trabajando solo en el recinto. El parque cerró tras el accidente, pero al día siguiente abrió de nuevo en los horarios de costumbre.

Empiezo a buscar más noticias sobre personas atacadas por animales en parques y zoológicos de todo el mundo. El hecho resulta ser más común de lo que pensaba.

Probablemente el animal de zoológico más peligroso del mundo sea la orca Tilikum, que a lo largo de veinte años logró matar a tres personas. Tilikum fue capturado en el fiordo de Hafnarfjordur, en Islandia, en 1983. Tenía entonces dos años. Ya adulto, pesaba 5,7 toneladas y medía casi siete metros, medidos desde el hocico hasta la aleta caudal, y es el animal más grande registrado en cautiverio. La poderosa ballena era una atracción popular del SeaWorld de Orlando. Por lo común, los espectáculos terminaban cuando, en medio de un enorme chapuzón, salpicaba a gran parte del público entre grandes ovaciones. Mató a su entrenadora, Dawn Brancheau, en la piscina de Sea World. La agarró por la coleta y la ahogó, arrastrándola al fondo de la profunda piscina. El documental *Blackfish* de 2013 revela que,

durante su vida, Tilikum pasó largos periodos aislado en un tanque oscuro. Ello a pesar de que, en la naturaleza, las orcas son animales sociales que se mueven a lo largo de extensiones enormes en el mar. Tilikum sufría de infecciones severas en los dientes. A pesar de su tamaño, otras orcas más pequeñas lo atacaban. Casi todo indica que el cautiverio lo llevó a una psicosis y a ser un asesino en potencia. Pero era valioso. Se lo utilizaba como semental y su esperma se vendía por sumas muy altas a otros parques similares alrededor del mundo. En total, fue el padre de veinte crías de orca. La entrenadora Dawn Brancheau fue la tercera y última víctima de Tilikum. Diecinueve años antes, en 1991, y de modo análogo, le había quitado la vida a la entrenadora Keltie Byrnes en el ya desaparecido Sealand ubicado cerca de Vancouver, en Canadá. Arrastró a la bióloga marina de veintiún años bajo el agua; la mujer se ahogó frente a una audiencia aterrada. En 1999, la orca mató a un visitante que se quedó en el zoológico después del cierre. Al encontrarse solo en Sea World, Daniel Dukes, de veintisiete años, decidió, por razones desconocidas, darse un baño nocturno con su animal favorito. Hallaron el cuerpo mutilado del hombre a la mañana siguiente, en la piscina. Tilikum murió en Sea World en enero de 2017, a los treinta y seis años de edad. De acuerdo con el zoológico, al momento de su muerte la orca se encontraba «rodeada de entrenadores, cuidadores y veterinarios».

De cuando en cuando, los animales de zoológico se convierten en los protagonistas de una narración más amplia que, en realidad, trata sobre nosotros los humanos. Así, terminan representando la justicia, la solidaridad, la conciencia ambiental y otras virtudes especialmente valoradas en la sociedad humana. Por supuesto, encerrados en recintos o cautivos en piscinas cloradas, ignoran su valor simbólico. Continúan siguiendo sus impulsos y comportamientos heredados.

El 11 de abril de 2009, los visitantes del zoo de Berlín comprueban la gran diferencia existente entre la imagen ideal que se proyecta de los animales y los instintos naturales de estos. De pronto, una mujer completamente vestida nada en la piscina de los osos polares. Cuatro de los depredadores árticos no tardan en meterse en el agua para indagar quién ha invadido su territorio. Entre los osos que se acercan a la mujer que chapotea en el agua fría está Knut, quizá el animal de zoológico del que más se ha hablado en Alemania. Abandonado por su madre al nacer, el personal se encargó de él y lo convirtió en el primer cachorro de oso polar en sobrevivir en cautiverio en el zoo en 30 años. El tierno osito, blanco como la tiza, causó furor mediático en Alemania. Lo registraron como marca. Hubo juguetes, películas y libros con su nombre. Fue capturado por la lente de la fotógrafa estrella Annie Leibovitz y terminó, junto con el actor Leonardo Di Caprio, en la portada de *Vanity Fair* para un número especial sobre el

calentamiento global. Ese mismo año, el número de visitantes del zoológico de Berlín aumentó un treinta por ciento. Se calculó que el oso polar generó ingresos por cerca de cinco millones de coronas.

2007 fue el año de mayor éxito comercial en los 163 años de historia del zoo de Berlín, en gran parte gracias a Knut.

Dos años más tarde, el osito ya no era blanco como la tiza y tierno, sino una bestia de cuatrocientos kilos, de pelaje amarillento, que se aproximaba a nado para atacar a una madre de familia confundida y mentalmente enferma que había querido acercarse a él. Frente a unos visitantes horrorizados, muchos de ellos armados con las cámaras de sus teléfonos móviles, se sucede una dramática pelea a muerte. Finalmente, el personal del zoológico consigue desviar la atención de los osos polares y sacar a la mujer del agua. Milagrosamente, la mujer sobrevive, con heridas en brazos y piernas provocadas por las garras de los osos. En una entrevista tras el incidente, su exnovio y padre de la hija que comparte con ella, se muestra profundamente preocupado. Y es que, ¿cómo le cuenta uno algo así a su hija?

A día de hoy, la hija debe haberlo averiguado todo. Es de suponer que ha visto en YouTube los vídeos que muestran a su madre presa del pánico mientras, con una cuerda de salvamento, sus rescatadores tiran de ella hacia arriba por la pared de hormigón, al mismo tiempo que tiene a los osos polares pisándole los talones. Con suerte, la hija ha evitado leer los comentarios condenatorios y, a menudo, llenos de odio.

Con todo, las críticas hacia la mujer de los osos polares no son comparables con la tormenta de comentarios que azotó a los padres del niño de tres años que logró trepar por una cerca de un metro de altura y cayó al foso de los gorilas de montaña del Cincinatti Zoo and Botanical Garden en Ohio en mayo de 2016. El macho Harambe, de diecisiete años, arrastró al niño como si fuera una muñeca de trapo. En los vídeos caseros publicados en las redes sociales se oye a la madre del niño que, angustiada, intenta hablarle calmadamente a su hijo, víctima de la violencia del gran macho. El personal se vio obligado a sacrificar al gorila de doscientos kilos de un disparo, para así salvar la vida del pequeño.

El debate posterior al incidente exuda moralismo e indignación. No se habla de si está bien o no mantener animales exóticos en cautiverio, sino de si la madre del niño es culpable de la muerte de Harembe. La tildan de ser la peor madre del mundo. Tal como en los viejos cuentos populares europeos, parece que la idea de que las personas descuidadas e irresponsables se merecen que los animales salvajes las despedacen prevalece. Pero sanguinarias como son las reacciones ante la desgracia de que un humano se adentre en el recinto de los animales salvajes, son también igualmente lamentables cuando un

animal de zoológico se mete en problemas. Y la evidencia de ello jamás es más clara que cuando Nelson, una cría de rinoceronte recién nacida, lucha por su vida en el zoo de Kolmården en el invierno de 1995.

Un mundo lleno de vida

Para la hora del almuerzo del 20 de febrero de 1995, el estado de Nelson se ha deteriorado drásticamente. Está en un vestuario, tumbado sobre una manta, con una intravenosa conectada a la oreja. Su temperatura corporal baja y a la cría de rinoceronte de diez días le cuesta cada vez más trabajo respirar. Poco después del mediodía, el director de investigación Mats Amundin y el veterinario Bengt Röken toman la decisión de sacrificarlo. No quedan esperanzas. A lo largo de diez trágicos días, el zoo ha hecho hasta lo imposible por salvarle la vida a la primera cría de rinoceronte engendrada en un zoológico sueco. Han tratado a Nelson con acupuntura lo mismo que con gimnasia acuática. Incluso lo han llevado al Hospital Universitario de Uppsala para hacerle una radiografía de cráneo. Sus piernas nunca pudieron sostener los 60 kilos que pesa la cría. Bengt Röken sospecha que tiene un virus herpes en el cerebro. El veterinario le administra una última inyección y el rinoceronte se queda dormido pacíficamente sobre su manta.

En 1995, las personas mueren en masa por todo el mundo. La masacre de Srebrenica, el peor crimen de guerra acaecido en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, se cobra ocho mil vidas. Cientos de miles de refugiados de la Guerra de los Balcanes huyen para salvar sus vidas y piden asilo en Suecia. Más de seis mil personas mueren en Kobe, Japón, tras un violento terremoto. Pero es la cría de rinoceronte del zoológico de Kolmården, que lucha por su vida a lo largo de diez días, la que cautivará a los lectores de noticias suecos más que cualquier otra tragedia de aquel año. Algo en las imágenes del indefenso rinocerontito que, con sus patitas tambaleantes, buscaba a su madre provoca un maremoto de ternura surgido desde lo más profundo de la población sueca. Se publican cerca de mil reportajes sobre Nelson. SVT transmite un documental sobre su corta vida. Tras su muerte, se produce algo cercano a un duelo nacional.

Cinco años más tarde, una lata de plástico que supuestamente contiene las cenizas de Nelson llega a Håle Stenar en la provincia de Skåne. La lata es enterrada bajo un mojón de piedra en *Nimis,* el complejo escultórico que el artista Lars Vilk construyó con desechos de madera provenientes del mar. La ceremonia es organizada por el Club de Nelson, una agrupación que, en sus mejores días, contó más de dos mil miembros. El lugar del entierro, ubicado en el estado independiente de Ladonia, del que Lars Vilk es secretario de Estado, se marca con una placa de latón. En retrospectiva, la histeria colectiva

que rodea a Nelson parece exagerada y casi enigmática. La muerte de simpáticos animales en cautiverio sucede con frecuencia; todos los días, de hecho.

Según la Asociación Europea de Zoológicos y Acuarios[32] (EAZA, por sus siglas en inglés), cada año se sacrifica a entre tres y cinco mil animales en los zoológicos europeos. A veces para acortar el sufrimiento de animales enfermos o heridos, como, por ejemplo, Nelson. Pero la mayoría de las veces los animales están completamente sanos y son sacrificados para contener la población y evitar la endogamia. Para el veterinario de un zoológico, el uso de la pistola neumática o de la inyección de cóctel letal es una tarea rutinaria pura. Los cadáveres de los animales se usan como alimento para otros animales o son quemados, como desechos.

En el zoológico de Copenhague se quería cambiar la imagen preconcebida de conservatorio moderno, así que su director, Bengt Holst, decidió invitar a los visitantes a una disección pública de una de las jirafas del zoo. La idea era contrarrestar la «disneyficación» prevaleciente de la vida en la naturaleza, presente en la cultura occidental. Bengt Holst quería que los animales del zoológico fueran algo más que «payasos en nuestro mundo». El periódico *Ekstra Bladet* se centra en este inusual punto del programa del zoológico.

El diario británico *The Independent* recogió la noticia, lo que desató protestas a nivel global.

El sacrificio tuvo lugar, tal como estaba programado, el 9 de febrero de 2014, a pesar de que a Marius —así se llamaba la jirafa— le habían ofrecido un nuevo hogar con un millonario estadounidense, e incluso ser trasladado a uno de los varios zoológicos europeos. En Suecia, el zoo de Frösö, en Östersund, dijo poder hacerse cargo de Marius.

En lugar de eso, personas vestidas con monos blancos cortan a Marius en pedazos ante las cámaras en Copenhague. En la página web de *Ekstra Bladet*, el mundo entero puede observar el cuerpo sin vida y desmembrado de la jirafa, tendido sobre una losa de hormigón frente a un grupo de padres y niños en edad preescolar, bien abrigados para el invierno. Tras la disección, Marius se vuelve comida para leones. La cría de jirafa, que pronto cumpliría dos años, no estaba enferma como Nelson. Su sacrificio no fue un asunto de compasión humana con el fin de acortar su sufrimiento. Las razones de su muerte fueron la genética y la demografía. Sencillamente, Copenhague tenía un exceso de jirafas macho de dos años de edad y la composición genética de Marius no servía para propósitos de reproducción.

Bengt Holst, por su parte, juzga mal el poder simbólico de los animales de zoológico y las emociones que el destino de sus vidas pueden despertar entre el público en general. El intento por transparentar más las actividades del zoológico y hacerlo de un modo

pedagógico desemboca en una catástrofe de relaciones públicas. Holst y otros directivos del zoológico reciben más de cuatro mil correos electrónicos en protesta por sus acciones —un investigador que estudió cómo se tomó la muerte de Marius alrededor del mundo contabilizó doscientas treinta mil publicaciones en torno a Marius en Twitter—. En el sitio web del zoológico, un visitante anónimo exterioriza sus sentimientos:

«Esto es un infierno en la tierra. Los "humanos" que trabajan aquí son los verdaderos "desechos" de la sociedad. Habría que encerrarlos, dispararles y desmembrarlos».

La misma mañana en que Marius es disecado frente al público, un grupo de manifestantes se reúne, con pancartas y antorchas, en el exterior del zoológico de Copenhague. Los amigos de los animales consideran que Beng Holst ha profanado no solo el cuerpo de Marius, sino la idea del zoo como un ambiente de resguardo para los animales del mundo. Además de ello, Holst recibe amenazas directas de muerte.

Estos eventos suscitan la pregunta de cuál es el verdadero propósito de nuestros zoológicos en la sociedad. Lo que demuestran tanto la vida de Nelson como la de Marius es que, de puertas adentro, no parece haber lugar natural para la muerte.

Que los humanos, y no la naturaleza, controlen la vida y la muerte en un zoológico suele, por regla general, omitirse en la narrativa de los animales que nacen y viven en cautiverio. Es como si se esperara que aquella zona se encontrara allende las fronteras del zoo y formara parte de otro lugar, uno mucho más hermoso y divino, lo que no es de extrañar si consideramos que precisamente ese fue el objetivo de Carl Hagenbeck al crear su Tierpark, el primer parque temático del mundo con animales exóticos. Quería construir un Jardín del Edén.

Es fácil olvidar que un zoo tiene más en común con un escenario de teatro o un plató de filmación que con la vida en la naturaleza. Un recinto de zoológico es una puesta en escena. Un lugar para que el público experimente una narrativa cautivadora sobre la vida salvaje.

Esta disposición de las cosas, particularmente las llamadas ideas posmodernas, es algo que ha fascinado a muchos filósofos. Ahí donde en el enorme zoológico de San Diego los turistas veían animales que pastaban pacíficamente bajo el cielo californiano, el reconocido filósofo francés Jean Baudrillard vio criaturas cuyos territorios y cuerpos habían sido conquistados. Uno de los conceptos más conocidos y discutidos de Baudrillard es el de la «hiperrealidad». Dentro de la semiótica, se le considera como el estadio en el que se mezclan realidad y ficción. El escritor y ganador del Premio Nobel Umberto Eco ha investigado este concepto más a fondo. Afirma que se trata de personas que, en su deseo de alcanzar algo que se asemeje a sus sueños, construyen una versión falsa de la realidad. Una versión

que se consume como si fuera verdadera. Michel Foucault, por su parte, usó el término «heterotopía» para describir el espacio existente en la frontera que separa la fantasía de la realidad. A diferencia de la utopía, que es, después de todo, un lugar inexistente, la heterotopía se manifiesta en un área bien definida del mundo físico. Es un lugar al que acudimos para experimentar el mundo como desearíamos que se viera, oliera y sintiera. Un mundo lejos de la gris y fría cotidianidad, lleno de calidez, aguas vivas y cantos de aves. Foucault cita a los museos, los complejos turísticos y los centros comerciales como ejemplos de heterotopías. En esta categoría se cuentan también los zoológicos.

El producto-experiencia *Contacto Cercano con Lobos* se desarrollaba en un lugar en el que se creía que las personas podían hablar el idioma de los lobos, un lugar en el que la frontera entre la civilización y la vida salvaje se desdibujaba. La violencia, el caos y la muerte que son parte de esa naturaleza sencillamente no existían en el recinto. El zoólogo británico Desmond Morris, en sus libros *El mono desnudo* y *El zoo humano*, sostiene que la misión de los animales de zoológico es ayudar al ser humano a entenderse a sí mismo. Su cautiverio nos ayuda a aceptar y superar las adversidades y desafíos que conlleva la vida en una sociedad de consumo. En el interior del recinto de lobos de Kolmården se llevaban a cabo cursos organizacionales y de liderazgo. Se pensaba que los empleados de, por ejemplo, una empresa de telecomunicaciones podían aprender a colaborar mejor y vender más suscripciones si estudiaban a los lobos. Incluso los líderes políticos de más alto rango de Suecia en su momento recibieron ayuda de los animales de Kolmården para lograr una gestión más efectiva de la nación. En el mismo año del ataque, el Ministerio de Industria e Innovación, con la entonces ministra Annie Lööf al frente, visita el zoológico. Con ayuda de los delfines, los funcionarios aprenderían más sobre comunicación y retroalimentación. La notable visita se consideraría como ingresos para el zoo, pues la influencia de los animales en la sociedad moderna se extiende hasta la esfera gubernamental. Entre tanto, el teórico del arte John Berger afirma que es precisamente lo contrario. En su ensayo *¿Por qué miramos a los animales*? escribe:

«Los zoológicos, teatralmente decorados para su exposición, eran en realidad demostraciones de [la] absoluta marginación [de los animales]».

Allí dentro, sus ojos parecen no encontrarse nunca con los del visitante, escribe. Berger observa en el encuentro evitado la consecuencia de la marginación y el desplazamiento de los animales para sacarlos de nuestro presente. Nuestros hijos viven rodeados de animales en forma de simpáticos personajes de dibujos animados y

peluches. Los padres abonamos nuestras cuotas al Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) y sentimos una fuerte afinidad por los animales considerados en peligro de extinción. En especial, nos dolemos por aquellos que, en las imágenes, se ven tiernos. Pero los animales de verdad, los que respiran y sangran tal como nosotros, han desaparecido de nuestro día a día. Hoy consumimos más carne que nunca. Pero la matanza en masa se lleva a cabo en instalaciones anónimas, a una distancia considerable de la cultura humana. Berger llega a la conclusión de que «el zoo está destinado a ser una decepción». Añora la dualidad existente entre animales y humanos característica de la vida previa a la industrialización. Sostiene que en la sociedad capitalista moderna esa relación se ha perdido. Según Berger, esto es resultado de que las personas que tenían un amplio conocimiento de los animales se han vuelto marginadas. La clase social a la que se refiere son los pequeños granjeros y ganaderos. Paradójicamente, en la región nórdica, justamente este grupo es conocido por su notorio odio hacia los lobos. Quienes más deberían tener algo que enseñarnos sobre la vida de los animales son aquellos que, surgido el debate, se presentan como opositores de todo lo que los urbanitas consideran salvaje y natural. Nuestra simpatía ya no recae en las ovejas o los terneros domesticados, como ocurría anteriormente en la historia, sino en nuestras fantasías sobre los depredadores salvajes que los cazan y los matan.

En el zoo podemos experimentar lo salvaje en circunstancias controladas, pero también contribuir a la conservación de las especies animales amenazadas. Los zoológicos modernos funcionan como una especie de Arca de Noé; al menos así es como la industria suele justificar sus actividades. Pero de acuerdo con el biólogo marino estadounidense Stephen Spotte, ello no es más que una vanidosa ilusión humana. En su *Zoos in Postmodernism*[33] escribe:

«Al contrario de lo que afirman los zoológicos, estos no pueden enseñarnos un ápice sobre cómo funciona la naturaleza».

Según el autor, no hay diferencia entre una estéril jaula de hormigón y los entornos diseñados del zoológico moderno —como, por ejemplo, un recinto para lobos—, sencillamente porque la naturaleza salvaje existe, por definición, en lugares a los que la humanidad no es capaz de llegar.

Jamie Lorimer, profesor asociado de geografía cultural de la Universidad de Oxford, desea redefinir el término «naturaleza salvaje». En su obra *Wildlife in the Anthropocene*[34], escribe que la época en la que la naturaleza podía considerarse un lugar puro y atemporal, libre de seres humanos y su interferencia, ha terminado. Vivimos en una era en la que los humanos estamos impactando en toda la vida y los sistemas biológicos del planeta. La naturaleza salvaje no es un paraje

lejano y despoblado, escribe Lorimer; se halla en nuestro interior —donde adopta la forma de bacterias, en nuestros sistemas intestinales — y, alrededor de nosotros, en nuestras ciudades, se expresa en la flora y fauna que las habitan. No hay división entre naturaleza y cultura. Lo salvaje está en todas partes, afirma, adoptando, como quien habla del Señor y de sus inescrutables caminos, un tono casi religioso.

Y quizás así deba entenderse al zoológico moderno: como un lugar de culto. La visita al recinto de los lobos nos remite a una especie de ritual religioso; una forma de acercarse a la Creación. En su libro *Reinventing Eden*[35], Carolyn Merchant, historiadora de la ciencia de la Universidad de California, describe las similitudes entre la gran narrativa general del movimiento ambientalista y el mito cristiano del Paraíso. Desde el inicio de los tiempos la humanidad ha buscado el paraíso perdido. Y es en la naturaleza virgen en la que sus defensores ven el paraíso que Dios otorgó a los primeros seres humanos. Las actuales catástrofes ecológicas son la Caída de nuestros tiempos. Los primeros activistas ambientales eran nuestros salvadores y profetas. Tras la extinción de los animales, la contaminación de los mares y la deforestación de los bosques, la humanidad sueña con que, en algún futuro lejano, la naturaleza se recupere y florezca una vez más. Este argumento suena exactamente igual al del espectáculo musical del que mis hijos y yo disfrutamos en el delfinario de Kolmården cuando apenas comenzaba a trabajar en este libro; un espectáculo magnífico que terminaba con la canción *Circle of Life* de Elton John, popularizada gracias a la escena de la película *El Rey León* en la que Simba es presentado triunfalmente a los animales, que se inclinan ante él. Traducida a múltiples idiomas, la versión sueca de la canción se titula «Un mundo lleno de vida» y el coro dice lo siguiente:

En un mundo lleno de vida.
Todo se enlaza aquí
como un círculo que se cierra
por el poder del amor.
Todos tienen un lugar,
todo tiene un sentido.
Es nuestro mundo,
un mundo lleno de vida.

Un futuro de existencia armónica entre la humanidad y la naturaleza es también la máxima visión utópica de la socialdemocracia sueca. El primer ministro Göran Persson expresó en palabras este sueño de futuro; lo llamó «la casa verde del pueblo» y, en cierto modo, Kolmården es el mismísimo parque temático insignia de la casa verde del pueblo. Su fundador y leal miembro del partido, Ulf Svensson, me

revela durante una de nuestras entrevistas que, como oficiante y civil autorizado para la celebración de matrimonios, ha casado al menos a cuatro parejas entre los lobos de Kolmården. Describe cómo el largo vestido blanco de una de las novias terminó manchado por huellas de lobo. Él se ofreció a pagar la tintorería, pero la mujer se negó. Iba a conservar el vestido así durante el resto de su vida, como recuerdo.

---

32 European Association of Zoos and Aquaria.

33 [*Los zoológicos en la posmodernidad*].

34 [*La vida salvaje en el antropoceno*].

35 [*Reinventar el Edén*].

La guerra de la jungla

Kolmården anuncia que su primer espectáculo de delfines será el 4 de julio de 1969, a las 3:00 p. m. Se anima a los visitantes a llegar a tiempo para ver a los delfines, según el anuncio, «jugar y charlar y saltar en el aire casi ocho metros».

Dos semanas antes, los protagonistas llegaron a Norrköping en un vuelo chárter. El capataz de la papelera de Steinhatchee, Nevin Stewart, capturó a los delfines, uno de los cuales resulta estar muerto al aterrizar en Norrköping, en las aguas de la Florida.

Según un esclarecedor artículo publicado por *Expressen*, la caza de los delfines se realizó por aire y mar. Se dirigió a los barcos pesqueros desde el aire para que rodearan a la familia de delfines y la obligaran a dirigirse a aguas menos profundas. Según Stewart, es importante darse prisa cuando la red se cierra, pues los mamíferos pueden entrar en pánico y ahogarse.

Mientras los delfines encargados por Kolmården estaban siendo capturados, cinco de ellos murieron. Doce lograron escapar de las redes. A los cinco supervivientes se los llevó a una marina, donde se los mantuvo en tanques estrechos hasta entregarlos en Suecia. Nevin Stewart parece asombrado cuando el reportero de *Expressen* le pregunta si los animales están listos para ser mostrados al público dentro de los siguientes catorce días.

—Se necesitan de tres a cuatro meses de adiestramiento con un entrenador para que sean lo suficientemente buenos como para ofrecer espectáculo de verdad —responde el estadounidense.

Que el manejo de los animales debió ser muy penoso y estresante para ellos no está en duda. Pero el autor del artículo no se ocupa de tales detalles. Son los años sesenta del siglo XX y Suecia vive sus años de crecimiento récord. Hay cosas mucho más importantes por reportar. Suecia es líder mundial en un ámbito más y es capaz de tomar a su entorno por sorpresa. El delfinario que se construye en Kolmården es el más moderno del mundo y la piscina en la que nadarán los delfines es descrita como la más grande del planeta. Se han bombeado cuatro millones de litros de agua desde Bråviken y se le han agregado 115 toneladas de sal para hacerla tan salada como el Golfo de México, donde dos semanas antes los delfines fueron secuestrados, separándolos así de su familia biológica. Toda el agua se limpia tres veces al día con ayuda de microfiltros. El pH se revisa con regularidad. El ángulo obvio para la noticia es enfatizar lo impresionados que están los estadounidenses ante todo esto.

El estreno es un éxito. En el agua, entre los delfines, se encuentra Mats Amundin. Según *Svenska Dagbladet*, desde el otoño siguiente se llevará a cabo un gran experimento con una máquina de escribir para delfines que funcione bajo el agua. La meta es que los humanos aprendan el idioma de los delfines. Ulf Svensson ya ha contactado al fabricante de máquinas de escribir Facit, ubicado en la población sueca de Åtvidaberg.

Dos años más tarde los delfines están muertos. Facit jamás produce la máquina de escribir. El entrenador de delfines alemán Hans-Jürgen Klinckert renuncia sin más y abandona el país junto con su esposa. Frente a *Aftonbladet,* justifica su renuncia con las siguientes palabras: «Hay demasiados negocios en Kolmården».

Además, seis osos japoneses escapan de su gruta. El cuidador dejó seis candados abiertos, lo que les permitió salir. Tres vuelven por sí mismos y a dos les dispara el personal; a Pikko, que había buscado refugio en la copa de un árbol, le disparan con una ampolla tranquilizante que lo hace desplomarse y morir, tres días más tarde, a causa de las heridas. Mientras esto transcurre, una hembra de oso polar muere en circunstancias extrañas y sus compañeros de recinto se la comen. La hembra acababa de ser adquirida de un circo de Alemania Occidental.

Se intenta averiguar el porqué de la muerte de los delfines en cautiverio, pero no hay una respuesta clara. Posiblemente se trate de envenenamiento por mercurio. Al año siguiente, el zoo es criticado por convertir un traslado de osos pardos en un reclamo. El tráiler se detiene en varias ciudades suecas para mostrárselos al público en plazas y lugares abiertos.

Ulf Svensson está acostumbrado a la crítica. Ha pagado para que lo sermoneen, dice. La gente ya lo llamó loco cuando sugirió que se instalara un zoo en medio de los bosques de Kolmården.

En 1983, se alcanza el récord de visitantes. Un millón de personas compran entradas para el zoológico más grande de la región nórdica. Nuestro amigo Jan Lindblad se encuentra en la cima de su carrera. Sus tigres Lillan y Rani se han convertido en estrellas de televisión y han vuelto al foso de los tigres del zoo. Kolmården se da a conocer como el zoológico más moderno del mundo y sirve de referencia para la construcción de instalaciones similares en otros países. Kolmården es, para su ramo, lo que Volvo para los fabricantes de autos: una fuente de inspiración sueca y un modelo para el resto del mundo.

A fin de cuentas, Ulf Svensson logra su revancha. En un principio, el entonces ministro de Economía Gunnar Sträng, no había querido que el proyecto se llevara a cabo. En la biografía de Bertil Torekull sobre el gobernador Per Eckerberg leo cómo, al recibir la negativa por medio de su compañero de partido, Eckeberg llamó a Ulf Svensson y

le dijo: «Ahora tenemos que salvar lo salvable. Quizás podríamos montar un espectáculo colosalmente distinto. Algo solo para diversión».

En ese libro sobre Per Eckerberg leo lo siguiente:

«Y así fue. Jamás he visto algo tan comercializado como el zoológico de Kolmården. Hay vendedores de chocolate y helado que financiaron ese parque. Lo más importante fue que el contratista John Mattson prometió construir las obras bajo un contrato de margen fijo y a crédito».

A falta de financiación gubernamental, Ulf Svensson se vio obligado a ser creativo. Se convirtió en uno de los primeros socialdemócratas en explorar la llamada política de la tercera vía, es decir, dejar atrás las soluciones gubernamentales y favorecer el liberalismo de mercado. Se vendió a los animales de Kolmården, sus recintos y piscinas a intereses privados y sindicatos. La Confederación de Sindicatos de Suecia, más conocida como «LO», por sus siglas en sueco, patrocinó el recinto de los linces —que en sueco se llaman «lodjur»— que pasó a ser «LO-djur» en honor a la organización. El gran salvavidas por el que saltaban los delfines tenía la forma del logotipo de Trygg-Hansa. A cambio, la aseguradora costeó los nuevos azulejos de las piscinas. Los afortunados niños a los que los delfines remolcaban a través del agua iban a bordo de una barquita hinchable decorada con el nombre de Viking Line. Pero exactamente cómo funcionaba la economía del zoológico parece haber sido un misterio.

En 1986, el consejo municipal descubre que la fundación del zoológico de Kolmården no ha presentado sus estados financieros de años anteriores, lo que significa que hay una falta de transparencia respecto a las actividades de la organización. Al mismo tiempo, se produce una serie de eventos extraños relacionados con el plan de un museo de cera inspirado en el Madame Tussauds de Londres, de modo que las únicas figuras que se crean reproducen a Per Eckerberg y el fundador Ulf Svensson. Este no logra responderme dónde se encuentra hoy su copia de cera. Probablemente haya sido fundida para luego resucitar en una representación de otra cosa.

A finales de la década de 1980 se da una lucha de poder entre Ulf Svensson y el recién contratado director ejecutivo Stig Eriksson. Ahora la empresa está dividida en dos partes, una que gestiona los inmuebles —y de la que Ulf Svensson es director general— y la otra que se encarga de la gestión del zoo. El problema es que ambos creen que dirigen el zoológico. Los tabloides vespertinos llaman a este conflicto la «guerra de la jungla». Kolmården está en crisis financiera y la dirección de la empresa planea una oferta pública de venta con el fin de procurarse fondos. El nuevo director ejecutivo exige que se retire al fundador Ulf Svensson. La empresa solo puede tener un director

general.

Finalmente, Stig Eriksson se queda con la dirección de la empresa y el fundador de Kolmården se retira en 1988. Su pase anual del zoo continúa renovándose año tras año, no obstante. Dos años más tarde, Eriksson renuncia y se va de Norrköping. La administración del zoo recluta a un nuevo director general, Svante Bergquist, quien espera con ansias la oferta pública de venta.

«Creo que la inclusión de Kolmården en la Bolsa tendrá una recepción muy positiva. Porque, ¿a quién no le gustaría ser dueño de, por ejemplo, una cría de canguro», declara Bergquist, lleno de ilusión, ante el periódico financiero *Dagens Industri*.

Estaba por sufrir una desilusión.

Porque poco después comienza el verdadero errar por el desierto. Entre 1990 y 1993, la municipalidad de Norrköping —es decir, los contribuyentes— invierte cien millones de coronas en las nuevas instalaciones del zoológico. La nueva laguna de los delfines se convierte en el delfinario más grande y menos rentable del mundo. En 1995, la recién creada Kolmårdens Djurpark AB, sociedad anónima cien por ciento propiedad del municipio de Norrköping, tiene deudas por ciento diez millones de coronas suecas y un déficit de explotación de entre veinte y veinticinco millones. Esto pese a que ha sido un verano soleado y el zoo ha atraído a sus visitantes con precios más bajos y estacionamiento gratuito.

En octubre, una leona de 154 kilos escapa del Parque Safari. No hay heridos y la leona es dormida y devuelta a su recinto. Pero aquello suscita preguntas respecto a la seguridad del zoológico. Ese mismo año mueren cinco delfines más. El carrusel de directores generales continúa. Svante Bergquist protesta con su renuncia. El concejal de Norrköping, simpatizante del partido político de los Moderados y presidente del consejo administrativo de Kolmården, Gunnar Breding, declara al periódico *Expressen*:

«Svante Bergquist no era lo suficientemente duro. Se necesita un director que pueda racionalizar la operación del zoo y darle publicidad para tener más visitantes».

El 15 de febrero de 1997 nace la cría de rinoceronte que recibe el nombre de Newton, y el nuevo director, Mats Schröder, espera que el interés por la adorable cría perdure y atraiga más visitantes al zoo. Medio año después, el animal pesa 700 kilos y muere a causa de problemas del corazón. Pero esta vez no hay interesados en dispersar sus cenizas en un paraje natural. A diferencia de lo sucedido con su hermano Nelson, nadie llora a Newton. La narrativa del intento por salvar una vida más de rinoceronte no genera interés alguno. El cuerpo de gran tamaño es llevado a la incineradora de desechos.

Al mismo tiempo, el centro de conferencias de Kolmården se ha

convertido en el patio de juegos de los ediles del municipio; el champán fluye a raudales y los escándalos se suceden uno tras otro. Finalmente, el gobierno municipal se harta y pone el zoo a la venta por ciento veinticinco millones de coronas. En medio de esos tiempos desesperados nace la idea del producto-experiencia *Contacto Cercano con Lobos*. Es entonces cuando lobos y estrellas de la televisión comienzan a aparecer juntos en la prensa rosa.

Los compradores terminan siendo un grupo de hombres de negocios de Nyköping que se habían ido a la quiebra y los entonces dueños del hotel Vildmarkshotellet. Dos años más tarde, el hotel y el zoológico se fusionan y se crea Parks & Resorts Scandinavia AB. Pronto, la sociedad adquirirá también los parques Gröna Lund y Skara Sommarland. En 2006, el multimillonario Johan Tidstrand, descendiente de Clas Ohlson, fundador de la cadena minorista que lleva su nombre, se convierte en el nuevo dueño de la sociedad. El número de visitantes aumenta. La prueba de fuego económica parece superada al fin. Pero al parecer, en su lucha por sobrevivir, el zoológico ha descuidado la seguridad cada vez más.

Durante la inauguración de Tiger World 2007 los lobos atacan y derriban a Arne Weise. Es la primera vez que el comportamiento agresivo de los lobos socializados llama la atención de los medios. El otrora presentador de televisión, a sus 70 años, se muestra angustiado y declara ante los reporteros de los tabloides haber estado seguro en aquel instante de que los lobos lo matarían. Un fotógrafo logró capturarlo, en el suelo, con cuatro lobos adultos encima de él. En el rostro del popular hombre se observa el temor, la sorpresa y la vergüenza de quien repentinamente se encuentra en una situación aterradora e inexplicable. El guía Thomas, que posteriormente criará a la manada que terminará matando a Karolina, declara a *Expressen*:

«Si entras con los lobos mostrando una actitud demasiado arrogante, ellos querrán marcarte».

También afirma que, de no confiar al cien por ciento en ellos, no dejaría que nadie entrara en el recinto. Atribuir la responsabilidad del ataque a la víctima es un patrón que se repetirá a partir de entonces. Al parecer, cuando ocurren accidentes en el zoo estos jamás son culpa de Kolmården. En los periódicos el incidente se convierte en un capítulo más de la complicada vida del envejecido Arne Weise, que tiene problemas de alcoholismo, soledad y una trágica necesidad de reconocimiento.

Un año más tarde, durante el verano de 2008, un autobús turístico se sale del camino dentro del área del Parque Safari. En ese momento, además de a una manada de lobos, el recinto alberga también a ocho osos adultos. Las ramas de los árboles rompen los cristales de dos ventanillas y los osos se acercan al autobús, repleto de visitantes. Una

guía, a la que el artículo se refiere como María, narra después a *Norrköpings Tidningar* cómo intenta desesperadamente calmar a los pasajeros. Los padres observan a los lobos empezar a moverse en círculo alrededor del autobús y tratan de esconder bajo las chaquetas a sus hijos, que gritan. Por fin, el chófer logra devolver el autobús al camino y así puede salir del recinto y encontrarse con un vehículo de evacuación. María, que solo es una empleada temporera, describe cómo, después del suceso, tiene dificultades para conciliar el sueño y pesadillas.

Otra guía, Louise, alerta al periódico local sobre las graves carencias en seguridad del zoológico. Según ella, después del incidente pasan dos meses antes de que la administración del zoológico lleve a cabo una revisión de seguridad con el personal. Durante la reunión se comunica a los guías que, de sucederse un accidente, el vehículo no podrá evacuarse con otro vehículo. No hay suficiente espacio. Eso significa, confirma la exguía, que si un autobús sufre problemas mecánicos o comienza a incendiarse dentro del recinto, sus pasajeros deberán abandonar el transporte y huir a pie atravesando el recinto en el que viven los grandes depredadores. María nunca ha sabido que se realicen ejercicios o rutinas respecto a cómo debe reaccionar el personal en una situación así; mucho menos ha participado en alguno. Por el contrario, por parte del zoológico se ha sugerido que, de tener que evacuar el autobús, los pasajeros pueden caminar todos tomados del brazo, dado que esto posiblemente asuste a los osos y a los lobos.

Nunca se ha repasado o practicado el cómo hacer para que todos los pasajeros de un autobús, presas del pánico y posiblemente lastimados, caminen brazo con brazo por aquel terreno. Tampoco se sabe a ciencia cierta si los osos en verdad se asustarán al presenciar tal escena. Pero siempre se puede tener la esperanza de que funcione.

En 2011, con la entrada en servicio del nuevo teleférico, el Parque Safari cierra el acceso a coches y autobuses. Pero la seguridad del zoo sigue siendo un problema.

El 1 de marzo de 2010, la Oficina de Entorno Laboral de Suecia le envía un aviso de inspección a la administración del zoológico exigiendo que se establezcan rutas de escape de los recintos para así garantizar la seguridad del personal.

En el otoño de 2016, durante el juicio en Norrköping, el exjefe de tecnología y mantenimiento testifica sobre las grandes deficiencias de seguridad que sufría el zoológico. Las instalaciones estaban viejas y desgastadas. Al momento del ataque, la lista de acciones pendientes por realizar era prácticamente interminable. El hecho de que el zoo llevara un tiempo sin director ocasionaba que la distribución de responsabilidades no fuera clara. En principio, la gestión sistemática del ambiente laboral parecía inexistente. Hasta 2011, el año previo al

accidente, no existían procedimientos establecidos para el reporte de incidentes y percances. No se daba seguimiento de las incidencias. No se llevaba a cabo acción alguna. Los representantes sindicales de seguridad y salud en el trabajo describen cómo sus observaciones sobre las deficiencias en materia de seguridad y entorno laboral habían sido respondidas con total indiferencia por parte de la administración del zoo.

Al final, el personal se ve obligado a quebrantar deliberadamente las directrices, ignorar el presupuesto y actuar para resolver los problemas más urgentes sin la aprobación de los directivos. Según el entonces jefe de tecnología y mantenimiento, los empleados llaman a sus acciones una especie de «desobediencia civil».

En el momento del ataque no existían reglamentos de seguridad por escrito respecto al trabajo con los lobos de Kolmården. Tampoco respecto a cómo iniciar a los nuevos guías en sus labores. Resultó que los novatos enseñaban a otros novatos cómo manejar a los lobos adultos. El trabajo en solitario era habitual. Y es precisamente esto lo que el tribunal considera la violación de seguridad más grave en lo que se refiere al manejo de lobos socializados.

Tampoco había directrices sobre cómo debía actuar el personal en caso de que se diera una emergencia en el recinto. Muchos de los incidentes y las lesiones producidos allí dentro no se reportaban.

A pesar de una serie de situaciones graves en las que los visitantes se vieron obligados a acudir al hospital para que los vendaran o suturaran tras una mordida de lobo, los depredadores continuaron siendo considerados inofensivos para los humanos.

Cuando sucede el accidente, Parks & Resorts Scandinavia no parece estar dando prioridad a la que debía ser la actividad principal del zoo, es decir, la zootecnia. En lugar de eso, el presupuesto se invierte en la construcción de la montaña rusa Wildfire, además de la creación de un parque temático inspirado en Bamse y sus amigos. Los más altos cargos de Kolmården tampoco tienen mayor experiencia en el trabajo de conservación animal, el cuidado de los animales o la educación del público en torno a ellos. Al momento del ataque, el entonces director general, Mats Olsson, apenas lleva algunas semanas en el puesto, tras desempeñarse más recientemente como director de club de baloncesto de los Delfines de Norrköping; ahí, con esos «delfines», terminaba su experiencia con animales. Por el contrario, llevaba a cuestas una exitosa carrera en el sector minorista: había gestionado una de las cadenas de tiendas de artículos deportivos más grandes de Suecia durante años.

Al encontrarme con Ulf Svensson este me revela que le han retirado el pase anual de Kolmården. Ahora debe pagar su entrada como cualquier otro visitante. Dice que cree que se debe a un

pronunciamiento que ha hecho en la prensa local. No ha visto con muy buenos ojos la construcción de Wildfire y es posible que haya expresado su opinión al respecto por accidente. No le parece que las atracciones encajen en el zoológico más moderno del mundo. Los residentes de la zona han denunciado las obras, que causan mucho ruido; ello hace que la construcción se suspenda durante algún tiempo. Ulf Svensson afirma que la administración piensa que él está detrás de las denuncias, lo que es falso. Se siente triste por haber perdido su pase anual.

Algunos años antes del ataque, la «chica que puede hablar con los lobos», Annika Olsson, había visitado su antiguo lugar de trabajo por última vez. Había ido a Kolmården acompañada de miembros del Club de Perros de Trabajo de Tidaholm. El comportamiento agresivo e insolente de los lobos no se correspondía con lo que ella había vivido en el zoo en sus tiempos. La manada que llegó a conocer muy bien a mediados de la década de 1980, dirigida por el macho Nisse y la hembra Vanja, había estado compuesta de lobos curiosos pero muy cautelosos. Y ella se había manejado con gran paciencia dentro del recinto. Poco a poco, había permitido a los lobos acercársele. Aquella había sido una manada de verdad, como las que hay en la naturaleza: una hembra y un macho, como líderes, y tres camadas de crías.

La manada del recinto SÖKA, que atacó y mató a Karolina, se componía de tres grupos de hermanos albergados en un mismo lugar, lobos que, según las experiencias observadas en la naturaleza, jamás conformarían una manada permanente en circunstancias normales.

Annika dice no estar especialmente sorprendida de que sucediera el ataque. Gente de los clubes de perros de trabajo de toda Suecia le ha confiado que las condiciones en el recinto de Kolmården han empeorado. Muchos de quienes antes apreciaban las visitas guiadas entre los lobos habían dejado de acudir a ellas. Algunos consideraban que el personal había perdido el control sobre la manada y el ambiente en el recinto era amenazante e incómodo. Annika jamás sintió temor durante su última visita, pero no le gustó lo que vio. Definitivamente no le agrada la idea de criar animales salvajes, permitir que reciban la impronta de seres humanos y luego socializarlos. Ha visto corzos, caballos y alces en cautiverio volverse agresivos y peligrosos para los humanos al llegar a la edad adulta.

—Está claro que un biberón no cambia los genes del animal. Lo único que sucede es que se elimina la cautela natural del mismo. Si además se lo entrena para comportarse mal con los humanos, aquello termina en una catástrofe. No se trata de *si* sucederá un accidente grave, sino de *cuándo*.

El ataque de Kolmården le parece profundamente trágico; para los compañeros de trabajo de Karolina, para sus familiares, pero también

para los lobos que son culpados por lo sucedido. Se siente decepcionada y triste de que las cosas hayan sucedido así.

—Creo que se trataba de dinero. Las visitas guiadas simplemente se volvieron una fuente de ingresos demasiado importante para el zoo, así que aumentó la presión de tener visitantes en el recinto —dice.

Annika tuvo que despedirse de la manada de Nisse y Vanja, a quienes llama «sus lobos», en 1984. En su cocina, me muestra una diapositiva en la que se la ve acariciando a Vanja, que yace sedada en una jaula, lista para que la transporten a Junsele. Poco después la hembra estaría muerta. La administración del zoológico de Junsele decide, precisamente ese verano, que además de las actividades de cría de animales, el área también se prestaba a la realización de conciertos de rock. Annika sospecha que el ruido de los amplificadores posiblemente estresó a los lobos y por ello se lanzaron en un ataque repentino y coordinado contra Vanja, la líder. Varias personas que se encontraban en el zoo atestiguaron la sangrienta tragedia sucedida tras las rejas del recinto de los lobos. Todo empezó con un ataque de una de las hembras jóvenes de la manada. Vanja resultó tan lastimada tras el incidente que, cuando la sacaron del recinto, uno de los veterinarios del zoo la sacrificó. Entretanto, en un telegrama del 4 de julio de 1984, el investigador Erik Wilsson del Centro de Entrenamiento Canino del Estado Sueco *Statens hundskola*, ubicado en Sollefteå, describe el comportamiento de los lobos como «completamente normal». Afirma que se dan comportamientos similares siempre que la líder envejece o que una hembra más joven quiere desafiar a la líder, de mayor edad.

«En estado salvaje, la hembra amenazada desaparece de inmediato, pero en el zoológico no pudo retirarse, sino que fue atacada, con tan malos resultados que más tarde tuvo que ser sacrificada».

Erik Wilsson no cree que las continuas actuaciones en el escenario causaran la sangrienta tragedia.

«Esto sucederá de nuevo cuando la nueva líder sea demasiado vieja. Para evitar un final similar necesitaríamos un recinto del tamaño de media provincia de Ångermanland».

El fallo

En 2016, tres días antes de Nochebuena, tres meses después del inicio de las audiencias del juicio y cuatro años y medio tras el ataque de los lobos, el presidente del tribunal se para frente a las luces LED de las cámaras de televisión. Afuera de la sala uno del Tribunal de Primera Instancia de Norrköping espera a que el murmullo de periodistas y fotógrafos se asiente. Carraspea y pronuncia el fallo: se condena al entonces director zoológico de Kolmården, Mats Höggren, por delitos contra la salud y la seguridad en el trabajo, incluido el homicidio imprudente. La sentencia conlleva libertad condicional. El zoo de Kolmården es sentenciado a pagar una multa de 3,5 millones de coronas. Juntos, Mats Höggren y el zoológico, deberán pagarle a la hermana menor de Karolina una compensación por daños y perjuicios que asciende a 40.000 coronas, después de que el tribunal considerara que ella y la fallecida tenían una relación especialmente cercana.

El fallo constituye, en sí mismo, una violenta crítica al experimento con lobos y humanos que se había estado llevando a cabo en el zoo de Kolmården desde la década de 1980. Durante las audiencias, varios de sus empleados no fueron capaces de responder quién, dentro de la organización, era la persona responsable del personal y de los animales en el interior del recinto. El tribunal, por su parte, considera que la responsabilidad en el momento del accidente recaía en una persona: Mats Höggren, quien no tomó las medidas de seguridad que habrían podido salvarle la vida a Karolina; por lo tanto, este termina siendo el culpable del homicidio imprudente. La falta más grave en lo que se refiere al ambiente laboral fue el permitir a los guías trabajar solos con los lobos, sin la posibilidad de llamar para pedir ayuda en una situación de emergencia. Asesorada por sus abogados, Parks & Resorts Scandinavia elige no apelar el fallo, según se afirma, por respeto a la familia y allegados de la víctima. Pero la pregunta es qué tan prioritaria es verdaderamente la familia. En una carta dirigida al entonces director general, la madre expresa su decepción ante la respuesta de la empresa tras el incidente, que no le ofreció ayuda para procesar el choque y el duelo. Durante el funeral se recaudó dinero para un proyecto de conservación de elefantes en Kenia en el que Karolina estaba muy involucrada. Amigos y compañeros donaron grandes sumas de dinero. Del zoo de Kolmården no se recibió ni un centavo.

Pienso en Sofie, la compañera que encontró a Karolina en el recinto. De vuelta en la sala del tribunal, habla con voz quebrada, apenas

audible. El presidente del tribunal tiene que pedirle varias veces que alce la voz. De los interrogatorios policiales se desprende que no consideraba que su relación con los lobos del recinto SÖKA fuera especialmente buena. Al menos no después de que Vilkas le mordiera la mano. Prefería no entrar sin la compañía de alguien que fuera una figura paterna para los lobos. Y, aun así, el 17 de junio de 2012, el día del accidente, entró. Naturalmente, me habría gustado preguntarle qué había sentido antes de abrir la última puerta que conducía a los lobos. Sabía que el agresivo Vilkas se encontraba allí, en algún lugar. Todavía no sabía qué le había sucedido a su compañera, pero ¿sospecharía algo? ¿Estaría asustada? ¿Cómo es que se arriesgó a entrar sola?

Pero Sofie no desea hablar. Cuando la importuno con mis preguntas a las afueras de la sala del tribunal, un representante de recursos humanos de la empresa se apresura a rodearla con el brazo y llevársela lejos. A pesar de que han pasado años desde el fatal ataque, el incidente todavía es delicado. Posteriormente le envío un correo electrónico para pedirle disculpas por mi comportamiento inoportuno y le pregunto si estaría dispuesta a responder mis preguntas por escrito. No lo está.

Contacto a su compañera, Anna, aquella a quien los lobos emboscaron cuando entró sola al recinto, pero que, milagrosamente, logró salir indemne. Amable, pero firme, rechaza mi solicitud de una entrevista. Así las cosas, me veo en la necesidad de confiar en la información de la investigación preliminar y en los desgarradores testimonios ofrecidos durante el juicio.

Más tarde, recibo una carta escrita a mano por Ulf Svensson, el fundador del zoo. Le parece que se condenó al hombre equivocado. Quien tendría que haber enfrentado un juicio, según él, es el director general. Si era tan nuevo en el puesto que no había tenido tiempo de familiarizarse con todas las normas de seguridad, entonces la responsabilidad caía en el director del grupo empresarial (en ese momento el ahora jubilado Jan Roy) y luego en los propietarios.

Unos meses después de que el fallo se convierte en sentencia firme, intento ponerme en contacto con el condenado Mats Höggren para pedirle un comentario. Una contestadora automática responde mis llamadas. Nadie contesta mis correos electrónicos. Dada la sentencia suspendida, Höggren no pisa la cárcel, pero es condenado a pagar días-multa y una indemnización por daños y perjuicios. Cuando han pasado dos meses desde que la sentencia adquiere carácter de cosa juzgada se borran los testimonios. También se eliminan las filmaciones de la sala del tribunal. El suceso se desvanece en la memoria colectiva y desaparece. La sentencia es el único documento público restante.

Según lo que leí, en todos los otros casos en los que se dieron ataques

de lobos, los animales fueron sacrificados de inmediato; no así en Kolmården, aunque ya nadie entra al recinto de los lobos; en cambio, se les arrojan trozos de carne por encima de la cerca.

Perder a una compañera y amiga en estas circunstancias es terrible, por supuesto. Pero los familiares son, a fin de cuentas, los más afectados por el ataque; ellos que, sentados en la sala del tribunal, con los ojos llorosos, escuchan los relatos de los oficiales de policía sobre los hechos de aquella mañana. Son ellos quienes desean respuestas verdaderas a sus preguntas sobre cómo fue posible que ocurriera el accidente.

El padre de Karolina apenas ha tenido fuerzas para seguir partes del juicio. Los hermanos han estado ahí, mirando fijamente a una mesa frente a ellos, las lágrimas corriéndoles por las mejillas. El novio, con quien Karolina se había comprometido, es un hombre delgado y pálido marcado por el dolor. Ha seguido todo el juicio apretando los labios, sentado a la derecha de su suegra. He visto a la madre, rendida, sacudir la cabeza ante los muchos recuerdos vagos de los compañeros de su hija.

El presidente del tribunal ha tenido que recordarles, vez tras vez, que en un tribunal sueco se habla prestando juramento de no faltar a la verdad. Nada se debe ocultar o callar. Pero los miembros del personal son elusivos. Parecen sentir una mayor lealtad hacia la organización y la marca Kolmården que hacia su compañera caída, una hija, hermana y compañera de vida a quien se echa de menos profundamente. Es posible que sientan culpa. Que se pregunten si podían haber hecho algo diferente aquel día. Si podían haber influenciado la trágica cadena de eventos de alguna manera. Es natural, comprensiblemente. Pero nadie en la sala culpa a los guías por lo sucedido. No llevan sobre sí la responsabilidad del empleador. El personal que trabajaba en el recinto corrió tantos riesgos en su centro de trabajo como Karolina. Por supuesto, para la empresa Kolmården entre menos se diga, mejor; entre menos detalles salgan a la luz, mayores son las posibilidades de que el incidente sea visto como el accidente fortuito y completamente impredecible que sus cualificados abogados afirman sucedió en el verano de 2012.

Pero, a juzgar por los testimonios de algunos de los principales expertos en lobos del mundo, si se consideran las investigaciones, las experiencias previas en instalaciones similares y el comportamiento de la manada, todo en su conjunto, parece que el ataque mortal que se dio en Kolmården solo era cuestión de tiempo. Según las notas del bloc de los lobos, Karolina había tenido «discusiones» tanto con Vilkas como con Volk en el interior del recinto SÖKA. Pero ¿cómo se debe interpretar la palabra «discusiones»? ¿Se comportaron los lobos de forma amenazante? ¿La desafiaron y la pusieron a prueba? Al parecer,

poco antes del accidente se habían dado tensiones importantes en el recinto, a partir de las cuales Vilkas, en particular, había comenzado a comportarse de un modo bastante agresivo tanto con los guías como con los visitantes.

Que un lobo joven finalmente desafíe a uno de sus padres es el desenlace lógico de la armonía en una manada de lobos; eso afirman todas las investigaciones que he revisado; eso describen también todos los expertos con los que he hablado sobre las dinámicas en el interior de una manada; eso dicen los testimonios que los principales expertos en lobos han dado durante el juicio. Y es que en la naturaleza aquello no supone mayor drama; sencillamente significa que la infancia del lobo ha terminado y que le espera una nueva etapa en su desarrollo hacia la vida adulta. El conflicto con los padres puede concluir en algunos segundos. O volverse violento, prolongado y, en ocasiones, acabar con la vida de uno de los lobos, extinguida al calor de la batalla por los rangos, tal como ocurrió en el zoo de Junsele, al compás de un concierto de rock, con Vanja, la hembra alfa.

En un conflicto así, el lobo joven se enfrenta a dos opciones; la primera es admitir la derrota por adelantado y abandonar la manada para intentar hallar pareja y formar su propia familia en un territorio distinto. Dentro del espacio confinado de un zoológico esta opción no existe, evidentemente. La cerca restringe todas las vías de escape, tanto hacia arriba como hacia abajo, gracias a los refuerzos de concreto que corren por debajo del suelo. Ello no deja otra opción más que luchar a muerte. Si el joven lobo consigue derrotar a uno de sus padres, que puede hallarse debilitado por alguna razón, la manada tendrá un nuevo líder.

El poder de la naturaleza

Pocas cosas pueden detener a un lobo que ha decidido que llegó la hora del cambio. En el zoológico de Skåne, justo después del fin de semana de Año Nuevo de 2010, toda la manada de lobos logra escapar de su recinto mordiendo la cerca metálica que los mantenía cautivos hasta hacerle un agujero. Las gotas de sangre en el lugar de los hechos dan cuenta de la furia con la que han desgarrado y tirado de los hilos de alambre.

Los depredadores alcanzan a matar a un ciervo, un corzo y un par de ovejas en un recinto adyacente antes de que el personal les dispare. La manada de doce individuos pierde la vida. Entre las teorías sobre lo ocurrido se plantea la hipótesis de que la fuga haya sido provocada por uno de los machos que, nacido en 2008, había alcanzado la madurez sexual, llegando así también al momento de decidir abandonar a la manada.

En 2007, dos jóvenes machos habían excavado su camino hacia la libertad en el recinto de Kolmården. Para ello, los lobos de diez meses de edad tuvieron que abrir un túnel a través del suelo rocoso, por debajo de la protección especial antiexcavaciones —construida expresamente para evitar tales fugas— que se extendía un metro por debajo de la superficie. A uno de los lobos le dispararon fuera del zoo dos días más tarde. El otro caminó noventa kilómetros hacia el norte por entre las profundidades del bosque y, pasado un mes, un ganadero le disparó. El lobo había atacado a sus ovejas.

Incluso se ha dado el caso de que lobos salvajes entren al zoo de Kolmården, es decir, que logren escabullirse desde el mundo exterior. Eso ocurrió al mismo tiempo que estos jóvenes hermanos se encontraban prófugos. Cómo logró el individuo salvaje forzar su entrada evadiendo la gran cerca enrejada que rodea al zoo nadie ha logrado explicarlo. Una teoría es que habría conseguido trepar por una de las empinadas laderas que descienden hacia Bråviken, donde la cerca se abre, y luego habría saltado hacia el zoológico desde una piedra o un árbol grandes.

La loba Lajka no permitió que una barrera de hormigón de tres metros de altura se interpusiera en su camino cuando, en busca de libertad, decidió abandonar su cautiverio en Skansen un veraniego día de 1976. Al tomar impulso y correr en diagonal por el muro inclinado, logró escapar y continuar su camino por la capital sueca. Tras una

intensa persecución en la que participó una cincuentena de policías, le dispararon frente a la embajada de España, ubicada en Djurgården.

Karolina entra al recinto ese domingo de junio de 2012 a encontrarse con esta fuerza de la naturaleza. Sé que en aquel momento no se encontraba al cien por ciento ni física ni mentalmente. Los testimonios de compañeros y familia la describen estresada. El 8 de junio llega tarde al trabajo por culpa de un mareo. Había buscado sus síntomas en Google y sospecha que padece vértigo postural benigno, causado por alteraciones mecánicas en los canales semicirculares del oído interno. Los síntomas también se presentan cuando hay agotamiento, algo que afecta cada vez con mayor frecuencia a mujeres con formación superior y objetivos profesionales ambiciosos.

Sé que el 9 de junio llama a su novio para que la recoja en el trabajo; no se siente bien. Sin embargo, cambia de opinión al enterarse de que el actor Mikael Persbrandt visitará el recinto de los lobos. No se lo quiere perder. El 15 de junio se queja de dolor de cabeza; el 16 de junio de sentir presión y dolor en o alrededor del ojo. Al día siguiente entra sola al recinto.

A menudo se dice que, en el ámbito laboral, una buena táctica para hacer carrera es volverse imprescindible. Sin duda, Karolina era un recurso esencial para el popular y muy lucrativo producto-experiencia de uno de los zoológicos más grandes de la región nórdica. El problema es que las aptitudes que suele valorar un patrón —como el sentido del deber, la lealtad y la autonomía— pueden resultar por completo letales en medio de una manada de lobos. A los guías de Kolmården se les había informado de lo que ocurre al retroceder ante el ataque de un lobo. Que la manada te expulse del recinto significa que tu tiempo allí y tu carrera como guía han terminado. Regresar se hace imposible, de la misma forma que un lobo salvaje no puede volver a la manada que una vez abandonó. Por lo tanto, los empleados han aprendido a alardear. Se los ha animado a ejercer dominio sobre los lobos hablándoles en su propio idioma; mirándolos fijamente a los ojos, gruñéndoles amenazadoramente o cogiéndolos por la nariz; o, en casos excepcionales, presionándolos contra el suelo. Sé que antes de empezar a criar a golpe de biberón a los lobeznos de la manada Farkas, Karolina no tenía experiencia alguna en el trabajo con lobos socializados. Su especialidad eran los elefantes.

En diciembre de 2016, una vez dictado el fallo del juicio, llamo al otrora jefe de investigación, Mats Amundin. Pero está cansado y triste por el agotador proceso y no desea participar en ninguna entrevista más sobre el incidente en el recinto de los lobos. Tal vez después del verano. Ya veremos, dice. Dado que es el coordinador de especies de la Asociación Sueca de Zoológicos en lo que respecta al lobo, es decir, el responsable general del trabajo de conservación de la especie en los

zoológicos escandinavos, le pregunto si consideraría responder algunas preguntas más generales en torno a la cría de lobos. Se muestra reacio, pero lo consideraría; si pudiese hacerlo vía correo electrónico.

Mats Amundin explica que, a la fecha en que envía el correo, hay 136 lobos vivos en el registro genealógico. Se encuentran en zoológicos de Suecia, Noruega, Finlandia, los Países Bajos, Reino Unido y Letonia. Cada año, desde 1995, nacen de media 41 nuevos lobeznos y, cada año, 35 individuos mueren o son sacrificados en dichos zoológicos.

«A los lobos no necesarios para la cría se les permite quedarse con la manada de sus padres en el recinto», escribe, «hasta que ni estos ni sus hermanos los aceptan. Luego se los sacrifica para evitar el estrés o un caso grave de acoso».

A lo largo de todo el juicio escuché a los principales expertos en lobos dar cuenta de la inteligencia del animal; del grado de sofisticación de su comunicación y de la eficacia con la que colabora con los demás miembros de la manada durante, por ejemplo, un episodio de caza. Aprendí que el lobo tiene muy buena memoria y que registra y almacena hasta el más mínimo detalle que le pueda ser de utilidad en el futuro. También que cada decisión que toma está cuidadosamente calculada. Por supuesto, no sé si todo eso es cierto o si siquiera es factible poner tales expectativas en un animal; tal vez solo se trate de ilusiones o proyecciones humanas. Pero si, como afirman todos estos expertos, el lobo es tan sensato, racional y calculador, ¿cómo percibieron los miembros de la manada la muerte del lobo Kurt? Aquel que fue sacrificado en el verano de 2011, un año antes del accidente. ¿Comprendieron que Kurt había muerto? ¿Fueron capaces de concluir que el ser humano estaba detrás de su desaparición? Mi sospecha es que, sencillamente, el experimento de Kolmården con los lobos tuvo más éxito del esperado.

Estas son especulaciones mías, claro. Pero partamos de la idea de que los lobos en verdad percibían a sus cuidadores humanos como los líderes de la manada; que los guías más perseverantes y valientes realmente habían logrado que los animales los aceptaran como sus propios padres; que habían alcanzado esa posición, a la que aspiraban, dentro de la manada gracias a que se habían comunicado usando el lenguaje de los cánidos, es decir, imitando su lenguaje corporal, sonidos y miradas. Supongamos que los lobos del recinto habían aceptado a Karolina como su líder. Desde el punto de vista de los lobos, lo ocurrido con Kurt un año antes —el que fuera sedado y después lo sacaran del recinto para jamás volver — podía haber sido, sencillamente, el resultado de cómo la líder bípeda de la manada había defendido su posición frente a un retador, desterrando de la comunidad al miembro de bajo rango de la comunidad, tal como

sucede en la naturaleza. Si ese fuese el caso, ¿no se justificaría entonces que un lobo, queriendo avanzar posiciones dentro de la manada, se lanzara al ataque la siguiente ocasión que la jerarquía pasara por una renegociación, durante una fase en la que la líder mostrara claros signos de debilidad? Después de todo, eso es lo que hacen los lobos habitualmente al pasar la pubertad; está en su naturaleza.

Aquella fatídica mañana Karolina estaba cansada, con problemas de salud y, sobre todo, sola. Era ella quien había alimentado a los machos y los había cuidado cuando aún eran pequeños e indefensos. Era su madre. Pero los lobos no son animales sentimentales. De hecho, la pregunta es si los animales siquiera tienen la capacidad de percibir el tiempo y las relaciones de la misma forma que los humanos. Tal vez Karolina se haya distraído un instante, como le sucede a cualquiera que está teniendo un mal día de trabajo. Además, tapada con la capucha para protegerse de la llovizna, su visión periférica habría estado limitada. Así, a uno de los individuos de la manada se le habría presentado la posibilidad de redefinir su lugar en el orden interno. En incidentes anteriores —entre otros, los protagonizados por los guías Per y Anna— el ataque inicial provino de un lobo que se había acercado sigilosamente a la víctima por la espalda, estando fuera de su campo visual.

En el mundo y en la cultura de los humanos, percibimos el ataque contra el otro como un acto delictivo. Algo profundamente inmoral. Si se mata a alguien, aquello se denomina asesinato u homicidio, lo que significa que el autor del crimen pasará la mayor parte del resto de su vida en prisión. Nos sentamos, muy serios, en salas con pisos de madera a repasar los eventos que llevaron a la comisión del delito. Sopesamos pruebas. Buscamos motivos. Creamos una narrativa que dé sentido al suceso y pedimos el castigo que nos exige la moral reinante.

En la Edad Media incluso se juzgaba a los lobos y se los condenaba a muerte, como si fueran seres humanos con conciencia y sentido de la justicia.

Cuando muere un ser humano organizamos una ceremonia. Lo recordamos y le rendimos honores con discursos y obituarios. Juntos, construimos una narrativa de la vida del difunto y nos aseguramos de que haya un lugar de entierro al cual poder ir a recordarlo. En algunos casos escribimos libros sobre la obra de la persona y su significado para la sociedad humana.

Los lobos obedecen otras reglas. Dejan que la naturaleza siga su curso y que los miembros de su familia que han muerto se pudran en el bosque hasta no quedar de ellos más que huesos. Viven en un mundo de olores. El grado de descomposición y el olor de los tejidos desintegrados de un cadáver pueden decirle al lobo cosas que los

humanos jamás estaremos en posibilidad de comprender. Pero nada indica que los lobos anticipen la existencia de una vida después de esta. Por lo que sabemos, para ellos solo existe el ahora; el impulso de sobrevivir al día a toda costa, de conservar su lugar en la manada.

En enero de 2018, el manuscrito de mi libro está casi terminado y mi cuenta bancaria vacía. Llegó la hora de reintegrarme a la sociedad. Mi tiempo en la naturaleza ha terminado. Empiezo a limpiar la pared de mi sótano-oficina. Quito los recortes de periódico y los meto en una caja. Despego el mapa del recinto, en el que la ubicación del cuerpo se marca con una «X». También quito el dibujo del forense —en el que se indican las mordidas fatales en una silueta humana—, así como las fotografías de la escena del crimen. Despego la esquela del *Borås Tidning*. Meto en la caja los documentos del fallo contra el entonces director del zoológico, Mats Höggren, junto con la transcripción del alegato final del abogado Stefan Risö. En él, el asesor jurídico de los familiares de Karolina llama la atención sobre un detalle surgido durante los interrogatorios a los compañeros de la chica. El texto impreso está marcado con resaltador amarillo neón. En el margen escribí «¡NOTA!». El texto se refiere a una observación hecha por Sofie, quien halló a Karolina muerta en el recinto. Según el abogado, aquella información lo dejó helado. Tiene que ver con Volk, el macho acosado y pisoteado por los demás lobos.

A lo largo de 2017 he contactado a Mats Amundin en varias ocasiones. Pero no desea responder más preguntas sobre el ataque ni emitir comentarios sobre el contenido del libro que escribo. Quiere dejar aquel evento traumático en el pasado, según me explica. En enero de 2018 me encuentro cerca de Kolmården, de camino a Estocolmo desde Norrköping tras una reunión con el inspector Anders Wallberg. Me detengo a la orilla del camino y lo llamo una vez más. Le pido, suplicante, ver a los lobos del recinto SÖKA por última vez. Pero Amundin no puede hablar conmigo; está dirigiendo una clase magistral sobre zoología. Me pide volverlo a contactar por correo electrónico.

Una semana después, suena el «pling» característico de mi bandeja de entrada. El jefe de investigación rehúsa mi petición de entrevistarlo una vez más; no me sorprende. Pero dice poder contarme qué ha sucedido con los lobos. Todos están muertos. Uno, no desea revelar cuál, fue sacrificado por razones médicas en 2016. A los demás los sacrificaron en 2017. La razón, escribe Amundin, es que tras el ataque se volvió imposible cuidarlos adecuadamente. El producto-experiencia *Contacto Cercano con Lobos* dejó de existir. El personal dejó de entrar al recinto. En su lugar, se intentó entrenar a los lobos para que ingresaran en un recinto de separación voluntariamente cuando se tuviera que hacer limpieza en su hábitat. Pero los animales no

escuchaban a sus cuidadores.

Mats Amundin escribe:

«Con el tiempo, la situación se volvió insostenible, y como de todas formas no podíamos mostrárselos a los visitantes adecuadamente, tomamos la decisión de sacrificarlos. Para entonces habían superado la edad promedio de los lobos, es decir, los ocho años».

Doblo el correo impreso y lo introduzco en la caja. La pared de mi sótano-oficina está completamente despejada, a excepción de una serie de pósits de color rosado. En cada notita hay un nombre. Uno a uno, los despego de la pared: Farkas, Ùlfur, Vilkas, Amaroq, Ookami, Tchono, Lobo; Kurt, al que he tachado. Al final, solo queda uno en la pared vacía: Volk.

Sé que Sofie hizo una observación decisiva, un detalle que surgiría durante el interrogatorio con el inspector Anders Wallberg y que, más tarde, el abogado Stefan Risö enfatizaría en la sala del tribunal durante su muy severo y emotivo alegato final. Sé que, en los días previos al ataque, Volk se había mantenido a distancia. Tumbado y acurrucado bajo su árbol caído; acobardado, asustado y sucio. Sé que no formaba parte de los saludos habituales junto al resto de los lobos. Sé que los demás no compartían comida con él. Pero, tras semanas de aislamiento y completo rechazo por parte de la manada, e inmediatamente después del ataque, se encontraba de nuevo entre el resto de los lobos. Tras la muerte de Karolina, Volk había regresado a su comunidad. De nuevo era parte del grupo.

Notas y agradecimientos del autor

La fuente informativa más importante para esta historia es el acta de la investigación preliminar que el inspector Anders Wallberg pasó casi cuatro años reconstruyendo hasta que, en enero de 2016, el fiscal decidió presentar cargos. Con paciencia, Wallberg trazó un recorrido de los acontecimientos inmediatamente posteriores al ataque de los lobos, se hizo una imagen de la organización de Kolmården y se situó para comprender cómo funciona una manada de lobos, lo que dio como resultado 1763 páginas de información. Este trabajo posiblemente lo haya convertido en uno de los mayores expertos en lobos socializados de Suecia. Sigue investigando delitos contra la salud y la seguridad en el trabajo en la provincia de Östergötland, pero, tras una reorganización institucional, ya no trabaja solo.

*

Durante las audiencias del juicio en el Tribunal de Primera Instancia de Norrköping, llevadas a cabo entre el 30 de septiembre y el 18 de noviembre de 2016, escuché las historias de los empleados. Sin embargo, ninguno de los compañeros más cercanos de la difunta ha permitido que se le entreviste para este libro. Quizás debí ser más insistente. Pero sabía que la policía había hecho todas las preguntas necesarias, excepto, posiblemente, la clásica: «¿Qué se siente?». Eso lo tendrá que averiguar el lector por sí mismo. Entrevisté personalmente a Wallberg tanto por telefóno como en la estación de policía de Norrköping.

*

Deseo agradecer también al fiscal Jan Olof Andersson por su paciencia.

*

He leído montones de libros sobre lobos, más de los que cabrían aquí. La mayoría se mencionan a lo largo del texto. Quizá el más importante para comprender al lobo, en parte como arquetipo en la literatura y el arte, pero, sobre todo, como ser viviente, ha sido *Vargen – den jagade jägaren* de Henrik Ekman (Norstedts, 2010).

*

También le pedí a Henrik Ekman que, a partir de su gran conocimiento de la naturaleza en general, y de los lobos en particular, verificara los datos del manuscrito terminado. A pesar de su apretada agenda se hizo un hueco —incluso a mitad de una sesión de observación de aves— para leer mi material y hacerme comentarios de suma importancia. Por ello, le debo un gran agradecimiento.

*

En el otoño de 2014 visité Kolmården junto con mi familia y al año siguiente volví como periodista de *Svenska Dagbladet*. En esa ocasión se entrevistó a Mats Amundin. El resultado fue un reportaje más extenso titulado «Lo indomable»[36], publicado en

Kulturmagasinet el 1 de noviembre de 2015. Durante mi visita, la fotógrafa Daniella Backlund capturó una serie de imágenes conmovedoras publicadas junto con el reportaje.

*

En el verano de aquel mismo año visité Lobo Park, ubicado en Andalucía, España, y entrevisté al criador de lobos Daniel Weigend quien, a diferencia de una serie de expertos suecos en animales, no se mostró sorprendido en absoluto respecto al ataque; en todo caso, lo que le sorprendió fue que no hubiese ocurrido antes. Se puede consultar más información sobre el lugar en www.lobopark.com.

*

La hemeroteca de la Biblioteca Real de Suecia ha sido una fuente inestimable de información. Allí he encontrado muchas noticias sobre los lobos —los de Kolmården y los de otros zoológicos suecos—, pero también sobre incidentes y eventos relacionados tanto con lobos salvajes como con lobos domesticados, sucedidos en los últimos cien años y que, posteriormente, han caído en el olvido. Sorprendentemente, muchas de estas noticias se encontraban entre las páginas de sociales y la programación de televisión de los tabloides vespertinos.

*

La historia del personaje Vargen la encontré en una serie de ejemplares maltratados del tebeo *Bamse* (números 4, 5, 6, 1998) que estaban en la cabaña de campo de la familia. La influencia que el dibujante Rune Andréasson tuvo en mi generación es indiscutible.

*

Ulf Svensson, fundador de Kolmården, generosamente ha compartido conmigo recuerdos de su carrera profesional; lo entrevisté en dos ocasiones en su casa de Norrköping. He hablado al teléfono con él durante horas. Además, la historia de la fundación del zoo también se relata en su autobiografía, *Boken om Svensson – skaparen av Kolmårdens djurpark* (Höganäs: Wiken 1992), y en la biografía sobre Per Eckerberg escrita por Bertil Torekull: *Lille hövdingen – ett ömsint porträtt av Per Eckerberg, vår förste politruk* (W&W 1993). En 2018, el ahora consultor para el futuro, de 88 años de edad, publicó una autobiografía más, titulada *Svenssons svindlande affärer*[37] (Fantasi Förlag, 2018).

*

Herrarna i skogen (Albert Bonniers Förlag, 2007), de Kerstin Ekman, me ha ayudado a entender el papel del lobo en la cultura y en el bosque como lugar mitológico.

*

El autor Boria Sax describió a detalle la importancia de los lobos tanto para la biología racial como para el nazismo en su obra *Animals in the Third Reich - Pets, Scapegoats, and the Holocaust* (Continuum, 2002), lo que me llevó a leer la epopeya de *El libro de la selva* de Rudyard Kipling con nuevos ojos, pero no solo eso; también me condujo al padre de la etología, Konrad Lorenz. Los libros más relevantes escritos por el exnazi y posterior premio nobel son *I samspråk med djuren*[38] (Norstedts, 1953) y *Civilisationens åtta dödssynder*[39] (PAN/Norstedts, 1973).

*

En el archivo de Sveriges Radio y el Archivo de Medios Audiovisuales de la Biblioteca Real hallé reportajes, películas y programas de televisión —principalmente de las décadas de 1970 y 1980— que describen la transformación del lobo, de malvado a bondadoso, sucedida a raíz del trabajo de conservación llevado a cabo por la Sociedad Sueca para la Conservación de la Naturaleza. La emisión de *Naturrutan* en la que aparece Erik Zimen como invitado se transmitió el sábado 24 de mayo de 1975 por el canal 1 de SVT. La emisión de *Café Norrköping* transmitida desde Kolmården es del 19 de septiembre de 1983. El episodio de *Magazinet* de Jan Guillou, «el único programa verdadero sobre el lobo, este bello y fascinante animal», se emitió el 22 de febrero de 1984 en el canal 2 de SVT. La entrevista con Mats Amundin, «el zoólogo que ha aprendido el idioma de los lobos», se emitió en la estación radiofónica P1 el 10 de julio de 1986.

*

Un informe del proyecto, titulado *Rapport från Projekt Varg*[40], se encuentra resguardado en el archivo de la Biblioteca Real para aquellos interesados en leerlo. Entrevisté al líder de proyecto Mart Marend por teléfono.

*

El libro *Friluftshistoria – från «härdande friluftslif» till ekoturism och miljöpedagogik*[41] (Carlsson bokförlag, 2008) me ha dado una visión general sobre la naturaleza como recreación y producto de consumo.

*

Erik Zimen es, probablemente, el investigador más influyente en lo que respecta a la imagen que Suecia tiene del lobo desde la década de 1970 hasta nuestros días. Su obra más famosa se titula *The Wolf, a species in danger*[42] (Delacorte Press, 1981).

*

En el invierno de 2017 visité a Annika Olsson en su casa para entrevistarla. Su pernoctación en el recinto de los lobos se narra en la edición del 5 de agosto de 1980 del *Lerums Tidning*. Un artículo más, que vale la pena mencionar, aparece en *Hemmets Journal* en 1981, con el encabezado «Los “peligrosos” lobos meneaban la cola y mendigaban paté». Su trabajo final de bachillerato se titula *Etologiska studier av vargar i hägn*.[43]

*

La entrevista con el catedrático Olof Liberg se llevó a cabo en el marco del juicio y, posteriormente, se completó vía telefónica y correo e.

*

Deseo agradecer al catedrático Hans Temrin, de la Universidad de Estocolmo, por su ayuda para comprender cómo funciona la jerarquía en el seno de una manada de lobos.

*

Man and Wolf, de Harry Frank, me sirvió como introducción tanto a la investigación sobre los lobos como al trabajo con lobos socializados. El libro me condujo al número especial de *American Zoologist* de 1967 sobre lobos y, con él, a la comprensión de que la cría de lobos basada en la alimentación con biberón es un fenómeno moderno surgido en la última mitad del siglo XX.

*

He escuchado el testimonio de Patricia Goodmann en el tribunal y he leído la investigación de Erich Klinghammer sobre el fatídico accidente ocurrido en la reserva Haliburton Forest & Wildlife Reserve, además del reglamento de seguridad y el material pedagógico de Wolf Park y de otros lugares similares alrededor del mundo.

*

El libro *Carl Hagenbeck's empire of entertainments* (University of Washington Press, 2009) de Eric Ames, profundamente académico y friki, es lectura indispensable para cualquiera que desee entender la arquitectura, la economía y el oscuro pasado colonial del zoológico como organización, y vale la pena al menos hojearlo para ver sus fantásticas imágenes.

*

La obra de Jan Lindblad comprende un vasto catálogo que incluye, desde películas y libros, hasta discos para gramófono. La mayor parte es propiedad de la Fundación Jan Lindblad (Jan Lindblad-fonden, en sueco). Es probable que Suecia jamás vuelva a tener una celebridad más inverosímil y fascinante. Entre los libros significativos para este proyecto se encuentran *Den vita tapiren*[44] (Bonnier, 1972) y *Tigrarna – vårt största äventyr*[45] (Bonnier Fakta, 1982). Jan Lindblad recibió el premio periodístico Stora journalistpriset en 1970.

*

Hillevi Ganetz, profesora en Estudios de Género, es una de las pocas personas que ha hecho investigación sobre los documentales de naturaleza. Su *Naturlikt. Människor, djur och växter i SVT:s naturmagasin*[46] (Gidlunds förlag, 2012) ofrece una introducción a la visión masculina de lo salvaje en los programas suecos de naturaleza.

*

Las vidas del rinoceronte Nelson y la jirafa Marius se han abordado en miles de artículos periodísticos. Pero quien ha escrito el artículo más interesante sobre animales que mueren en los zoológicos es Ian Parker en su contribución de enero de 2017 para la revista *The New Yorker*, titulada «Killing Animals at the Zoo[47]».

*

La historia de la captura los primeros delfines de Kolmården en las aguas de Florida, EE. UU. se describe en un reportaje publicado por el periódico *Expressen* en junio de 1969, redactado por el periodista Tord Andersson y documentado por la fotógrafa Inge Hallberg. Al verano siguiente se produce la «gran muerte de los delfines» en el delfinario de Kolmården. *Aftonbladet* reporta, en agosto de 1970, que en un periodo de un año siete de los delfines del zoológico habían muerto.

*

En marzo de 1990, Erik Hörnfeldt reporta para *Expressen* los conflictos dentro de la administración de Kolmården, bajo el encabezado «Djungel kriget»[48].

*

Entrevisté al experto en lobos, el noruego Runar Næss, en el marco del juicio en

Norrköping. El citar las meras palabras que pronunció nunca le hará justicia al testimonio rendido en aquella sala del tribunal, compuesto de palabras y representaciones físicas en igual medida.

*

Naturalmente resulta imposible escribir un libro sobre un zoo sin mencionar «¿Por qué miramos a los animales?» de John Berger, que forma parte de *Mirar* (Ediciones de la Flor 2005). Igual de imposible resulta escribir sobre los entornos artificiales de los parques temáticos sin referirse a pensadores posmodernistas como Jean Baudrillard, Michel Foucault y Umberto Eco. También puedo mencionar, entre otros títulos contemporáneos, *Reinventing Eden: The Fate of Nature in Western Culture* (Routledge, 2003), de Carolyn Merchant, y *Wildlife in the Anthropocene – Conservation After Nature (University of Minnesota Press, 2015)*, de Jamie Lorimer. El hecho es que vivimos en una época en la que cabe preguntarnos si queda en el planeta algo que podamos llamar naturaleza salvaje, una visión de la naturaleza que también ha recibido duras críticas. Edward O. Wilson, entre otros, nos ha advertido sobre un futuro en el que las especies animales y los ecosistemas se conservarán solamente por la utilidad que puedan tener para la humanidad.

*

Escribir un libro sobre lobos de zoológico en Suecia sin mencionar a los investigadores privados Nils Norlén y Harry Fredriksson no me parecería correcto. Durante décadas, estos hombres han alertado sobre una campaña de encubrimiento dirigida por el gobierno sueco, y están convencidos de que, siguiendo las instrucciones de Erik Zimen, los lobos fueron reintroducidos a los bosques suecos. Según Norlén, todo se revelará en un testamento que se encuentra oculto en una bóveda bancaria secreta. Parthenon (2001), una editorial especializada en temas de fantasmas, actividades paranormales y conspiraciones publicó el libro *Vargmannens testament*[49]. Por desgracia, nada de la información sensacionalista de estos investigadores privados pasó el filtro de comprobación de datos para este libro.
Quiero agradecer al profesor en Genética Hans Ellegren, de la Universidad de Uppsala, por hacérmelo notar con precisión científica.

*

La historia de cómo el lobo Trollet atacó al príncipe Bertil me la contó Jonas Wahlström, de Skansen, por teléfono. También me dirigió hacia aquellos colegas suyos que habían participado en la cría de lobos de aquel zoo.

*

En el popular sitio web de noticias *Vargfaka.se*, Jesper Jönsson reunió, entre 2011 y 2015, noticias de todo el mundo relacionadas con el lobo. Según Jönsson, se trata de la base de datos más completa del mundo en lo que respecta a la relación entre los humanos y los lobos. Si bien jamás he usado Vargfakta como referencia directa, en varias ocasiones me ha llevado a otras publicaciones.

*

El Instituto Noruego para la Investigación de la Naturaleza (NINA) publicó en 2002 *The fear of wolves: A review of wolf attacks on Humans*[50]. La finalidad del informe, financiado por el gobierno noruego, era reducir el temor a los lobos. El director del proyecto fue el experto en depredadores John Linnell. Sin embargo, el contenido sugiere que, después de todo, posiblemente sea saludable tenerles cierto respeto a los depredadores. Los lobos son capaces de matar a seres humanos, aunque no

suceda con frecuencia. El informe completo puede descargarse del sitio web de WWF. John Linnell también ha publicado el artículo de opinión «The need for honesty in the face of inconvenient facts about wolves»[51] en el sitio web de la organización conservacionista Wolves and Humans (www.wolvesandhumans.org).

*

Quizás resulte conveniente reiterar la idea de John Linnell de que el lobo no es ni bueno ni malo. Es, sencillamente, un gran depredador con todo y sus instintos innatos. En lo personal, creo que se debería conservar al lobo en Suecia, pero es erróneo y contraproducente menospreciar y ridiculizar las preocupaciones de vivir en proximidad con este depredador.

*

El autor e historiador Ulf Ivar Nilsson ha escrito sobre el asolamiento del lobo de Gysinge en 1820 y 1821.

*

A lo largo de mi trabajo con este libro he intentado, sin éxito, contactar con el exdirector zoológico Mats Höggren para obtener algún comentario. También, en distintas ocasiones, he intentado contactar al otrora jefe de investigación Mats Amundin, a quien, durante el juicio, la defensa llamó como testigo experto considerándolo la mayor autoridad en materia de lobos socializados. Quise darle la oportunidad de —en su calidad de responsable del registro genético y coordinador de especies para el Proyecto Lobo de la Asociación Sueca de Zoológicos—ofrecer su visión del trágico evento en retrospectiva (¿qué hemos aprendido?, ¿qué salió mal?), pero no quiso responder preguntas. Incluso le ofrecí emitir sus comentarios por escrito. Amundin rechazó la oferta aduciendo que tanto él como sus colegas quieren dejar el trágico suceso atrás.

*

Aparte de Mats Höggren, ninguno de los empleados de Kolmården es sospechoso ni culpable de haber cometido delito alguno. Es importante recordarlos. De hecho, también han corrido el riesgo de morir o de sufrir heridas graves mientras trabajaban en el recinto de los lobos. A lo largo del libro solo se mencionan sus nombres de pila.

*

Quisiera agradecer al editor Martin Kaunitz por su aliento y su inestimable crítica. Gracias al editor literario Jacob Swedberg, que ha escudriñado mis textos. Gracias también a mi hermana, Elin Berge, que los leyó y brindó su opinión. Agradezco especialmente a mi pareja, Johanna Nilsson, por su lectura, su apoyo y su amor. Y, por supuesto, a mis hijos, que espero tengan una relación tan estrecha con los animales y la naturaleza como la que yo tuve de niño. Los animales vuelven mágico al mundo. Gracias también a Freya, la perra bóxer que me hizo compañía durante la etapa final de este trabajo. De verdad me hacían falta esos largos paseos.

*

Finalmente, deseo expresar mis condolencias a la familia y los amigos de Karolina. La pérdida de un miembro de la familia en estas circunstancias trágicas es un dolor con el que tendrán que vivir por el resto de sus vidas. Aquellos que deseen honrar su memoria pueden hacer una donación al David Sheldrick Wildlife Trust (www.sheldrickwildlifetrust.org), un proyecto que le apasionaba profundamente.

También se pueden hacer aportaciones vía la asociación Försvara Elefanterna (www.forsvaraelefanterna.nu). En el orfanatorio para crías de elefante abandonadas, ubicado a las afueras de Nairobi, hay una placa en su honor que reza (en inglés):

> «Humilde, bondadosa, cariñosa. Una verdadera guardiana de la naturaleza, una embajadora de la vida. Su más grande pasión era ayudar a y trabajar con los animales, en especial con los elefantes. Dedicó su vida no solo a cuidar a los animales de forma práctica, sino a investigar y a educar a la gente sobre la importancia de la conservación de especies amenazadas. Será por siempre amada y echada de menos».

---

36 «Det otämjbara», en sueco.

37 [Los vertiginosos negocios de Svensson].

38 [En conversación con los animales].

39 [Los ocho pecados capitales de la civilización].

40 [Informe de Proyecto Lobo].

41 [Historia de la vida al aire libre: desde el «vida al aire libre que te curte» hasta el ecoturismo y la educación ambiental].

42 [El lobo: una especie en peligro].

43 [«Estudios etológicos de lobos en recintos»].

44 [El tapir blanco].

45 [Los tigres: nuestra más grande aventura].

46 [Como en la naturaleza: seres humanos, animales y plantas en los programas de naturaleza de SVT].

47 [«Matar animales en el zoo»].

48 [«La guerra de la jungla»].

49 [*El testamento del hombre lobo*].

50 [«El temor a los lobos: un análisis de los ataques de lobo contra seres humanos»].

51 [«La necesidad de la honestidad frente a los datos incómodos sobre los lobos»].